

**BRONCE FINAL EN LA MESETA NORTE  
ESPAÑOLA: EL UTILLAJE METALICO**

JULIO FERNANDEZ MANZANO

MONOGRAFIAS

INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS EN CASTILLA Y LEON

JULIO FERNANDEZ MANZANO

**BRONCE FINAL EN LA MESETA NORTE  
ESPAÑOLA: EL UTILLAJE METALICO**

JUNTA DE CASTILLA Y LEON  
CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA

1986

© **JUNTA DE CASTILLA Y LEON**  
**Consejería de Educación y Cultura**

I.S.B.N.: 84-505-4376-2

Depósito legal: SO. 426/86

Imprime: INGRABEL - Picos de Urbión, 1 - ALMAZAN (Soria)

*a M.<sup>a</sup> Angeles*



## PRESENTACION

*Con este volumen que recoge la tesis doctoral, adaptada para su edición, de Julio Manzano, nace una nueva serie de publicaciones promovidas por la Consejería de Educación y Cultura. Se trata de una serie de «MONOGRAFIAS» donde acoger los resultados de las investigaciones arqueológicas que tan fructíferamente viene desarrollando el colectivo, cada vez más amplio, de especialistas volcados en el conocimiento de nuestro más oscuro y amplio pasado.*

*En esta serie, verán la luz los trabajos que por su calidad, interés y extensión soliciten un marco más amplio que el ofrecido por la Revista «NVMANTIA». Como ella, estará nuestra serie abierta a cuantos lo soliciten pero seremos exigentes del máximo rigor científico, vigilando, meticulosamente, la aportación de conocimientos que cada texto suponga con respecto al estado actual de la investigación.*

*El «Consejo de Investigaciones Arqueológicas de Castilla y León» auténtico artífice del cambio producido en la política arqueológica de nuestra Comunidad (de los aspectos negativos somos exclusivos responsables), desea fomentar los trabajos cada día más sólidos, por su enfoque, su metodología, su profundidad de análisis y síntesis. Deseamos potenciar los trabajos que obtengan conclusiones menos perecederas, donde se pronuncien tesis firmes de cimiento. Este, creemos, es el caso del texto que inaugura la serie. La tesis del Dr. Manzano nos parece una magnífica manera de comenzar la nueva singladura. Ojalá el lector piense lo mismo.*

ENRIQUE BAQUEDANO PEREZ

Director General de Patrimonio Cultural



## PROLOGO

*No siempre cabe la satisfacción de prologar un trabajo cuya gestación se ha vivido día a día y, superado el trámite académico, alcanza al fin el umbral de su publicación.*

*Nuestra vida universitaria, pese a su monotonía administrativa, ha dado siempre lugar a vivencias enriquecedoras que, aparentemente, se hallaban y hallan muy lejos del quehacer cotidiano propio. Mi inolvidable estancia en Galicia me brindó unas posibilidades de conocimiento del Bronce Atlántico que, de otro modo, no habría tenido lugar. Sin, en este sentido, solución de continuidad mi llegada a la Universidad de Valladolid trajo consigo la posibilidad de conocer directamente la gestación de los trabajos de una serie de compañeros y amigos que han dado lugar a la definición de la fase Proto-Cogotas. Por ello he podido ver día a día un quehacer que tiene como resultado el replanteamiento del tema de las relaciones culturales entre el NW peninsular y la Submeseta Norte. La ruta del Duero y las tierras zamoranas cobran en este proceso un protagonismo sospechado antaño y definido ahora.*

*El Dr. Fernández Manzano, alumno de mis primeros años en Valladolid y compañero de excavaciones en Torres do Oeste, emprendió este estudio con singular tenacidad. En estos años los problemas de la paleometalurgia vienen gozando de especial atención. La definición de los recursos mineralógicos ha sido, tanto en Galicia como en la Meseta un punto de partida imprescindible, una infraestructura sin la cual habría carecido de base todo intento de construcción. Ha sido necesaria una labor interdisciplinar que ha exigido profundizar en campos y conocimientos que, hace tres lustros, distaban mucho de ser frecuentes en el patrimonio metodológico e instrumental de los arqueólogos.*

*La construcción que aquí se nos ofrece no habría sido posible sin una elaboración muy detenida, extensiva e intensiva, de un amplio utillaje metálico. Amplio en el tiempo, en el espacio, en sus relaciones y en su composición. Menos numeroso de lo que el autor, siempre, desearía pero mucho más rico de lo que podía pensarse hace un decenio y cuyo aumento es continuo.*

*El Bronce Final se nos muestra, en sus indicios, modesto. Claramente enraizado en el Bronce Medio y ya con manifiesta vocación atlántica, un «Atlántico» que es, en cierto modo, un Mediterráneo que tiene su centro en la «Bahía de Vizcaya».*

*Este Bronce Final I es el punto de partida del Bronce Final II con su interrupción progresiva de novedades técnicas y nuevo utillaje hasta el extremo de hacer dificultosa en algunos casos su diferenciación con el Bronce Final III, novedad y persistencia, que nos llevará hasta fases en las cuales, Proto-Cogotas y Cogotas I, la Meseta asumirá una personalísima facies cultural. A lo largo de este periodo el Bronce Final aparece ante nosotros como un crisol definido por el eje del Duero, unión con el Atlántico y con las tierras meridionales a las cuales corresponde una parte considerable de la labor que antaño se concedía al eje ibérico.*

*Este resultado no es consecuencia de intuiciones geniales suma de opiniones personales o venturosas extrapolaciones. Su raíz y razón se halla en la acriba con que se ha efectuado el estudio monográfico del utillaje. Una vez más, «una vida de análisis para una hora de síntesis...».*

*Me permitiré, a título puramente personal, destacar el singular papel de los investigadores británicos en estos estudios, Blance, Cowen, Harbison, Hawkes, Savory, algunos desaparecidos y otros, afortunadamente, en constante actividad. La labor de los investigadores portugueses, silenciosa y eficaz, aparece siempre presente.*

*Las tierras de la Meseta, las riveras del «padre Duero», viven en estas páginas su pasado histórico como receptoras, creadoras y difusoras de una de las más atractivas peripecias culturales que ha vivido la Península, quizás una de sus mejores horas en la creación de unos modelos culturales personales en un ámbito de valores universales no encerradas ni enquistadas en su terruño sino ricas por el intercambio de ideas y saberes. Un ejemplo del pasado que no debiéramos dejar de tener en cuenta en este presente que prepara nuestro futuro.*

**ALBERTO BALIL**

## INTRODUCCION

Lejanos ya los tiempos en que los estudios referidos a la Edad del Bronce apenas si eran abordados incidentalmente, a partir de hallazgos aislados de piezas bronceas; uno de los enfoques que en la actualidad ha cobrado mayor relevancia es aquel que tiene por objeto el análisis de las diversas culturas del periodo tomando como referencia geográfica espacios de índole regional. Buen ejemplo de los mismos lo constituyen diversas síntesis francesas —«Les cultures de l'Age du Bronze dans le bassin de la Charente», de J. Gómez; «L'Age du Bronze en Languedoc occidental, Rousillon, Ariège», de J. Guilaine; L'Age du Bronze dans la région de Paris»; de J.P. Mohen; etc.— cuyo planteamiento, en general coincidente, pretendemos asumir en el presente trabajo. A diferencia de aquellos, sin embargo, el espacio temporal a que nos referiremos, se restringe exclusivamente al Bronce Final, ciñéndose, por lo demás, a las manifestaciones metalúrgicas que presuntamente pudieron corresponder a la etapa.

Son muy limitadas las páginas que la bibliografía tradicional ha dedicado a los estudios metalúrgicos en la región, y entre sus causas más importantes se halla una más o menos admitida irrelevancia de tal actividad en la Cuenca del Duero, derivada del contraste con otros focos atlánticos de la Península Ibérica, el noroeste sobre todo, donde los hallazgos de esta naturaleza ofrecen una muy notable cuantificación. El escaso interés por el tema justificaría que hasta época muy reciente el mismo casi siempre ofrezca un carácter muy puntual —espada del río Esla, depósito de Huerta de Arriba, etc.—, no más que meras descripciones morfológicas, en el mejor de los casos acompañadas de algunos paralelos que posibilitasen otorgarles una cronología. La realidad, sin embargo, es bien diferente.

Una sistemática y exhaustiva labor de catálogo ha permitido establecer una relación de algunos centenares de piezas metálicas fundidas en este momento, que hacen de la Cuenca del Duero el segundo foco en importancia del Bronce Atlántico Peninsular, original en sus manifestaciones, que no subsidiario del galáico-portugués, y con el interés adicional de que, en determinados casos, se reconoce su correspondencia con el grupo cultural Cogotas I, o de las cerámicas excisas y de boquique. Será precisamente esta última circunstancia la que nos impulse a publicar este trabajo, aún cuando tengamos plena conciencia de que muchos de los datos referidos a la metalurgia del Bronce Final se barajan en estudios de reciente publicación —«La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico», de Ruiz-Gálvez, o el que sobre el mismo tema ha presentado recientemente A. Coffyn— referidos al mismo periodo en toda la península Ibérica. Creemos firmemente, en definitiva, en la necesidad de concebir la metalurgia en el seno de un determinado marco cultural, de individualizarla como una manifestación propia de un área geográfica específica, sin que ello signifique soslayar lo que tiene de exponente de relación con otros grupos foráneos.

El marco geográfico elegido, la Cuenca del Duero<sup>1</sup>, constituye una región natural, estructurada, desde el punto de vista geomorfológico, por una zona central de sedimentos terciarios en disposición tabular y unos rebordes montañosos de génesis secundaria y paleozóica. Unos límites, pues, bastante nítidos cuyo carácter singular se ve acrecentado por la peculiar hidrografía,

<sup>1</sup> Para el análisis de los diversos aspectos geográficos referidos a la Meseta Norte, entre otros, pueden consultarse: CABO, 1973; HOPFNER, 1954; LAUTENSACH, 1967; MARTIN BOLAÑOS, 1946; TERAN, 1954; TERAN, et alii 1968.

resultado de las formas de relieve y el clima. Un gran río, el Duero, drena toda la cuenca alimentado por un elevado número de afluentes que, en cierto modo, palián la escasez de precipitaciones en el territorio. Las fronteras netas que formas de relieve y distribución hidrográfica imponen, será la causa de que algunas comarcas o determinadas áreas situadas en los bordes exteriores de las cordilleras que delimitan la región —Villarçayo y La Bureba, El Bierzo, etc.— aparezcan excluidas en el presente trabajo.

Somo conscientes pese a todo, y aún cuando también el término «Meseta Norte» o «Cuenca del Duero» ofrezca amplias resonancias y tradición en la bibliografía de índole arqueológica, que el criterio geográfico no es el más idóneo para definir unos grupos culturales, aunque en este caso, la falta de otros indicadores más precisos, políticos, por ejemplo, hacen del mismo el más apropiado para nuestros propósitos.

De gran interés hubiera sido el poder contar con una reconstrucción del paisaje primitivo de región, pues no hemos de olvidar que el mismo se nos ofrece como principal límite de las actuaciones humanas. En tal sentido, un intento de análisis resultaría baldío, por cuanto es harto limitado el número de informes palinológicos, paleontológicos, climatológicos, etc.<sup>2</sup> que posibiliten una aproximación fiable a las condiciones ecológicas de los siglos XII-VII antes de la era; dificultad que incluso no se sustrae a otros territorios europeos mejor estudiados, como así lo pone de relieve la falta de unanimidad en la determinación de los límites cronológicos, en varios siglos incluso, de los periodos subatlántico y subboreal<sup>3</sup>. Esta realidad es la que, deliberadamente, nos ha impulsado a renunciar a una descripción de las características físicas del territorio actual, al alcance de cualquiera en obras bien distintas a la que presentamos, y tan sólo, por lo que tiene de inmutable, se hará referencia a las fuentes de ciertos minerales, siempre con posibilidad de haber sido explotados en aquel momento.

El trabajo se ha concebido a partir de la realización de un inventario de todas las piezas conocidas con anterioridad, además de algunas inéditas que ahora se presentan; ordenadas alfabéticamente por provincias y procurando, siempre que ha sido posible, la observación directa de las mismas a fin de realizar, a escala 1:1, el correspondiente dibujo. Por este motivo prescindimos de un catálogo fotográfico. Una labor en suma de fácil ejecución, a la que hemos prestado especial interés, procurando indagar en las circunstancias de cada hallazgo en un intento de paliar la escasa atención que a este aspecto tradicionalmente se ha prestado y conscientes de qué catálogo puede servir de base para futuros trabajos. La ordenación de los materiales se ha efectuado, a causa de la frecuente falta de contexto en que los mismos se localizaran, con criterios cronológicos, adoptando para ello las periodizaciones atlánticas europeas, pues no en vano un elevado porcentaje de las piezas inventariadas ofrecen un inequívoco parentesco con las que proliferan en tales territorios<sup>4</sup>.

Será la tipología el método analítico utilizado para el estudio de los diversos objetos, bien entendido que, en todo momento, hemos procurado huir, dado el carácter artesanal de los fabricados de la época, de planteamientos extremos, muchas veces inútiles para la reconstrucción histórica de cualquier periodo, y de tan dudoso alcance que, con frecuencia, constituyen uno de los objetivos predilectos de la crítica especializada. Su empleo en términos moderados, sin embargo, creemos se justifica plenamente teniendo en cuenta para ello que en algunas zonas de la Cuenca del Duero constituyen los únicos vestigios arqueológicos, que existen determinadas piezas cuyo

<sup>2</sup> Desde que Margalef (MARGALEF, 1956, p. 5-9) propusiese su síntesis climática para el Noroeste peninsular, carecemos de otra actualizada que abarque tales aspectos de forma global. No deja de ser cierto, sin embargo, que el análisis de restos óseos y pólenes ocupan hoy un lugar importante en los informes de las excavaciones arqueológicas (EIROA, 1979; LÓPEZ PLAZAS y JIMENEZ FUENTES, 1978, p. 207-214; etc.).

<sup>3</sup> En tal sentido, dos son las periodizaciones más difundidas, la primera de las cuales (CHALINE, 1982, p. 38, por ejemplo) sitúa la aparición del periodo subatlántico a partir de los inicios del segundo milenio, e incluso algo antes, mientras que para LUMLEY, RENAULT-MISKOVSKI, MISLOVSKI et GUILAINE, 1976, p. 3-14 aquella fase no tendría su comienzo sino a partir del 700 a.C.

<sup>4</sup> Adoptamos básicamente la que Hatt estableciese para los territorios atlánticos (HATT, 1954, p. 379-384; *Idem*, 1961, p. 184-195), sin olvidar que la regionalización cultural del área, impone algunas matizaciones a la misma. De manera sintética, las clasificaciones europeas se recogen en: CHEVILLOT, 1981, Tableau 1, p. 36.

tipo se data con precisión en algún momento del Bronce Final —en ocasiones con el respaldo de análisis químicos o espectrográficos— y que, en definitiva, la falta de homogeneidad de hallazgos de tipo Cogotas I en el territorio y la propia escasez de excavaciones en yacimientos de esta naturaleza, constituyen un serio hándicap para vertebrar la secuencia histórica del Bronce Final a partir de tan singular cultura.

Aún así, asumimos plenamente que la metalurgia y elementos metálicos en general no dejan de constituir un aspecto más de la cultura material de las gentes del período, motivo por el que subrayamos el carácter provisional de las consideraciones que presentamos y que, en todo caso, con el tiempo no servirán más que de complemento a los resultados que deparen futuras excavaciones.

Por último, no queremos finalizar estas líneas introductorias sin resaltar la importancia de una serie de trabajos, aportes parciales en ocasiones —los del P. Morán, Taracena, Ortego, Almagro...— o ensayos de escaso alcance, no por ello carentes de mérito —los de Gómez Moreno o Luengo, entre otros—, que en su momento sirvieran de material base para la primera síntesis de cierta enjundia —la del año 1959, de Maluquer—, y que aún hoy siguen ofreciendo un inestimable valor para cualquier estudio referido a la época. A todos estos autores, auténticos precursores del conocimiento de la Edad del Bronce en la Cuenca del Duero, nuestro justo y sincero reconocimiento.



## INVENTARIO DE HALLAZGOS

### PROVINCIA DE AVILA

#### Diego Alvaro

En la denominada Dehesa del Castillo, en Diego Alvaro, se halló un escondrijo de bronce, una de cuyas piezas es un hacha de talón y una anilla, desconociéndose la naturaleza de las restantes. En la actualidad se conserva en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca. Long. máx., 134 mm.; anch. cuerda filo, 43 mm.; long. hoja, 67 mm.

Bibliografía: MALUQUER DE MOTES, J., 1958, p. 80; GUTIERREZ PALACIOS, A., 1966, p. 64; MONTEAGUDO, L., 1977, p. 183, taf. 78, 1139.

#### Sanchorreja

En el castro de Los Castillejos, excavado por Cabré, Navascués y Camps entre 1931-1935, y estudiado 25 años más tarde por Maluquer, se hallaron diversas piezas de bronce perfectamente clasificables en el Bronce Final. Entre ellas:

1. Punta de lanza de empuñadura tubular con orificios para clavillo en el tubo. Long. máx., 140 mm.; long. hoja, 85 mm.; anch. máx., 31 mm.; diám. boca tubo, 22 mm.

2. Fragmento de hacha de talón.

3. Fragmento de caldero con orificios para los remaches. Long. 100 mm.; anch., 67 mm.

Todas las piezas se conservan en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca.

Bibliografía: MALUQUER DE MOTES, J., 1958 a, 1.- p. 56, fig. 19,2; 2.- p. 91,3 y 3.- fig. 19.

### PROVINCIA DE BURGOS

#### Cabañas de Juarros

De dicho término, ubicado en las estribaciones de la Sierra de la Demanda, procede un puñal o espada corta, además de diversas puntas de lanza; sin que se pueda establecer relación entre todos los hallazgos. Se encontraron de forma casual.

1. Arma pistiliforme con empuñadura tripartita y hombros en «V». Solicitada por el P. Velasco a su poseedor, este se la entregó, siendo esta la última noticia acerca de su paradero. Long. máx., 265 mm.; long. hoja, 175 mm.; anch. máx. empuñadura, 44 mm., anch. máx. hoja, 28 mm.

Bibliografía: VELASCO, E., 1953-1954, p. 177-183; IDEM, 1954, p. 751, fig. 1.

2. Punta de lanza de empuñadura tubular. Se conservó en poder del párroco de Quintanadueñas, desconociéndose su paradero actual. Long. máx. 110 mm.; long. hoja, 82 mm.

Bibliografía: VELASCO, 1954, p. 751, fig. 1.

3. Es posible que con esta misma procedencia pueda indentificarse otra punta de lanza hoy depositada en los fondos del Museo del Monasterio de Silos. Así lo cree Delibes, que en estos momentos analiza los materiales de la Edad del Bronce allí depositados. Long. máx. 110 mm.; long. hoja, 82 mm. anch. máx. 19 mm., diám. boca tubo, 19 mm.

#### Castrillo de la Reina

En el lugar denominado «La Cuesta del Burro», junto con un elevado número de hachas pulimentadas, el P. Saturio recogió diversos objetos metálicos, entre ellos una punta de lanza de empuñadura tubular, hoy conservada en el Monasterio de Silo. Carece de una pequeña porción de su extremo.

Long. máx., 168 mm.; long. hoja, 140 mm.; anch. máx., 32 mm.; diám. boca tubo, 29 mm.

Bibliografía: GONZALEZ SALAS, S., 1947, fig. 19.

### Coruña del Conde

En algún lugar indeterminado de este municipio se descubrió un depósito de piezas de bronce, las cuales fueron adquiridas por Horace Sandars para, finalmente, cederlas al Museo Arqueológico Nacional, donde hoy se custodian. Los objetos que integran el hallazgo son los siguientes:

1. Hacha de talón y una anilla. Long. máx., 178 mm.; anch. cuerda filo, 40 mm.; long. hoja, 119 mm.
2. Hacha de talón y una anilla. Long. máx., 215 mm.; anch. cuerda filo, 40 mm.; long. hoja 140 mm.
3. Hacha de talón y dos anillas. Long. máx., 198 mm.; anch. cuerda filo, 55 mm.; long. hoja, 138 mm.
4. Hacha de talón y dos anillas. Long. máx., 217 mm.; anch. cuerda filo, 64 mm.; long. hoja, 141 mm.

Bibliografía: MELIDA, J.R., 1920, p. 492, 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>, Lám. XVI; IDEM, 1921, p. 11-12, 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>, Lám. XVI; GIL FARRES, O., 1948, p. 180; MATA CARRIAZO, J.R., 1963, 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> p. 802, fig. 618, 1 y 11, 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>, p. 803, fig. 619, 4 y 5; MONTEAGUDO, L., 1977, 1.<sup>a</sup>: p. 191, taf., 81, 1195, 2.<sup>a</sup>: p. 193, taf. 83, 1212, 3.<sup>a</sup>: p. 198, taf. 87, 1255, 4.<sup>a</sup>: p. 217, taf., 158, 1254 A.

5. Hacha de apéndices laterales. Long. máx. 160 mm.; anch. cuerda filo, 160 mm.; grosor 9 mm.
6. Hacha de apéndices laterales. Long. máx. 194 mm.; anch. cuerda filo, 41 mm.; grosor, 10, 5 mm.

Bibliografía: MELIDA, J.R., 1921, p. 12, Lám. XV; MATA CARRIAZO, J.R., 1963, p. 805; OSABA Y RUIZ DE ERENCHUM, B., 1964, p. 239; MONTEAGUDO, L., 1977, p. 141, taf. 52, 848 y 849.

7. Hacha plana. Long. máx., 177 mm.; anch. cuerda filo, 77 mm.
8. Hacha plana. Long. máx., 155 mm.; anch. cuerda filo, 75 mm.

Bibliografía: MELIDA, J.R., 1920, p. 492; IDEM, 1921, p. 11-12; MONTEAGUDO, L., 1977, 1.<sup>a</sup>: p. 107, taf. 37, 679, 2.<sup>a</sup>: p. 113, taf. 42, 729.

### Covarrubias

Atribuida erróneamente por Maluquer como procedente de Silos, y depositada en los fondos de dicho Museo, se conserva un hacha de apéndices laterales hallada en la también burgalesa localidad de Covarrubias.

Long. máx., 151 mm.; anch. cuerda filo, 42 mm., grosor, 8,5 mm., peso, 248 mm.

Bibliografía: MALUQUER DE MOTES, J., MUÑOZ, A. y BLASCO, F., 1959, p. 68, nota 65.

### Fuente Urbel

De esta localidad, al norte de Villadiego, se conoce un hacha de talón y una anilla encontrada de forma casual. Se halla depositada en la colección Fontaneda.

Long. máx., 183 mm.; anch. cuerda filo, 59 mm., long. hoja, 111 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 194, taf. 84, 1221.

### Gumiel de Hizan

Según noticias del Boletín de la Comisión de Monumentos de Burgos, el 27 de junio de 1927, se acordó adquirir para la misma dos hachas de bronce procedentes, sin más precisiones, de este término. Hoy se conservan en el Museo Arqueológico de Burgos, donde hemos podido comprobar que se trata de un ejemplar de talón y una anilla y otro de apéndices laterales.

1. Hacha de talón y dos anillas. Long. máx., 195 mm.; anch. cuerda filo, 51 mm.; long. hoja, 134 mm.
2. Hacha de apéndices laterales. Long. máx., 169 mm.; anch. cuerda filo, 45 mm.; grosor, 9,5 mm.

Bibliografía: Boletín de la Comisión de Monumentos de Burgos, 1927, p. 215; OSABA Y RUIZ DE ERENCHUM, B., 1964, p. 241; MONTEAGUDO, L., 1977, 2.<sup>a</sup>: p. 142, taf., 53, 858.

### Huerta de Arriba

En 1923, cuando se realizaba la carretera entre Huerta y Monterrubio de la Sierra, se halló un importante depósito de bronce integrado por las siguientes piezas: tres hachas de talón —dos de doble anilla y la otra de una—, dos brazaletes lisos con sección elíptica, cuatro navajas de afeitar, una punta de lanza de empuñadura tubular, tres puñales de lengüeta y un punzón de sección cuadrada, además de algunas chapas de bronce claveteadas, con las que Santa Olalla efectuó una hipotética reconstrucción de dos recipientes. El conjunto se conserva en el Museo de Prehistoria de Valencia.

1. Puñal de lengüeta. Long. máx. 194 mm.; anch. máx., 28 mm.
2. Puñal de lengüeta. Long. máx., 175 mm.; anch. máx., 21 mm.
3. Puñal de lengüeta. Long. máx., 120 mm., anch. máx., 27 mm.

4. Punta de lanza de empuñadura tubular. Long. máx., 175 mm.; long. hoja, 146 mm.; anch. máx., 37 mm.; diám. boca tubo, 24 mm.
5. Hacha de talón y una anilla. Long. máx. 180 mm.; anch. cuerda filo, 45 mm.; long. hoja, 112 mm.
6. Hacha de talón y dos anillas. Long. máx., 225 mm.; anch. cuerda filo, 55 mm.; long. hoja, 148 mm.
7. Hacha de talón y dos anillas. Long. máx., 235 mm.; anch. cuerda filo, 53 mm., long. hoja, 153 mm.
8. Navaja de afeitar. Long. máx., 117 mm.; anch. máx., 39 mm.
9. Navaja de afeitar. Long. máx., 153 mm.; anch. máx., 39 mm.
10. Navaja de afeitar con la hoja decorada. Long. máx., 129 mm.; anch. máx., 63.
11. Navaja de afeitar. Long. máx., 140 mm.; anch. máx., 53.
12. Brazaletes macizos sin decorar. Long. máx., 155 mm.; grosor, 4 mm.
13. Brazaletes macizos sin decorar. Long. máx., 173 mm.; grosor, 7 mm.
14. Fuente de chapas remachadas (reconstrucción hipotética) Diám. boca, 138 mm.; altura, 50 mm.
16. Punzón de sección cuadrada. Long. máx., 129 mm., grosor, 6,5 mm.

Bibliografía: MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J., 1942, p. 127-164; ALMAGRO, M., 1943, p. 270 y ss.; MAC WHITE, E., 1951, p. 108, fig. 34, Lám. XIII; IBERO, J.M., 1955; ALMAGRO, M., 1960, 2 (1-2); OSABA Y RUIZ DE ERENCHUM, B., 1964, p. 241; MONTEAGUDO, L., 1977, taf. 152, B y 153, A.; 5.ª: p. 191, taf., 81, 1194, 7.ª: p. 195, taf., 85, 1232 y 6.ª: p. 195, taf. 85, 1233.

#### Humada

En las laderas de Peña Amaya se halló un fragmento de espada de lengua de carpa correspondiente a la empuñadura y parte de la hoja. Se conservó en la colección del Marqués de Comilla, hoy dispersa.

Long. máx. (fragmento) 150 mm.; anch. hoja, 36 mm.

Bibliografía: ALMAGRO, M., 1939-1940, lám., 10; IDEM, 1940, fig. 18, 4; MATA CARRIAZO, J. R., 1947, p. 807; SCHÜLE, H., 1969, taf. 165.

#### Lara de los Infantes

El Castro de Lara ocupa parte de los territorios término de Lara de los Infantes y Mambrilla de Lara, desconociéndose a cual de ellos corresponden los hallazgos arqueológicos de la colección José Luis Monteverde, adquiridos con posterioridad por el Sr. Fontaneda. Entre ellos, existe un fragmento de punta de lanza de empuñadura tubular.

Long. máx., 127 mm.; anch. máx., 35 mm.

Bibliografía: MONTEVERDE, J.L., 1969, p. 227.

#### Mecerreyes

Se debe al P. Saturio el conocimiento de una punta de lanza procedente de este municipio. Depositada en el Monasterio de Silos, desapareció tras su incendio hace algunos años. Carecía del tubo exento.

Long. máx. (fragmento), 132 mm.; anch. máx. 20 mm.; diám. boca tubo, 11 mm.

Bibliografía: GONZALEZ SALAS, S., 1947, p. 9.

#### Padilla de Abajo

En las inmediaciones de Padilla de Abajo, pequeña población que se asienta sobre un relieve tendido en el contacto de las parameras de La Lora con la cuenca terciaria castellana, se encontró un escondrijo de bronce en la actualidad depositado en el Museo Arqueológico Nacional. Está compuesto por los siguientes objetos:

1. Punta de lanza de empuñadura tubular. Long. máx., 165 mm.; long. hoja, 134 mm.; anch. máx., 32 mm.; diám. boca tubo, 21 mm.
2. Hacha de talón con anilla. Long. máx., 156 mm.; anch. cuerda filo, 65 mm.; long. hoja, 103 mm.
3. Brazaletes macizos sin decorar. Long. máx., 150 mm.; grosor, 6 mm.
4. Brazaletes macizos decorados con incisiones geométricas. Long. máx., 203 mm.; grosor, 9 mm.
5. Brazaletes macizos decorados con incisiones geométricas. Long. máx. 203 mm., grosor, 10 mm.
6. Brazaletes macizos decorados con incisiones geométricas. Long. máx., 141 mm.; grosor, 7 mm.
7. Brazaletes macizos decorados con incisiones geométricas. Long. máx., 162 mm.; grosor, 6 mm.
8. Punta palmela. Long. máx. 98 mm.; long. hoja, 52 mm., anch. máx., 32 mm.

Bibliografía: MAC WHITE, E., 1951, p. 89. Lám. XXII; BOSCH GIMPERA, P., 1964, p. 67; OSABA Y RUIZ DE ERENCHUM, B., 1964, p. 242; 8ª DELIBES DE CASTRO, G., 1977, p. 29.

**Renedo de Amaya**

Procedente de esta localidad y hallada de forma casual, se conoce un hacha plana con anilla. Se encuentra en la colección Fontaneda.

Long. máx., 176 mm.; anch. cuerda filo, 62 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 158, taf., 58, 938.

**Santibáñez de Zarzaguda**

Según indicaciones de Angel del Castillo, de San Sebastián de Zarzaguda —casi con seguridad ha de ser Santibáñez, pues no existe otra localidad con aquel nombre— proceden cuatro hachas de talón y una anilla que pasaron a engrosar la colección del Marqués de Comilla. Desconocemos sus características, así como su actual paradero.

Bibliografía: CASTILLO, A., 1927, p. 34.

**Silos**

En las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en aquel monasterio, y en el nivel que González Salas denominó «celta», se halló una fibula de codo de tipo Ría de Huelva, carente de parte del arco. Tras el incendio acaecido en el Monasterio de Santo Domingo, donde se custodiaba, está perdida.

Long. máx., 63 mm.

Bibliografía: GONZALEZ SALAS, S., 1945, p. 20, lám. XIX.

**Provincia de Burgos**

Repartidas por diversos Museos e Instituciones españolas, y sin que sea posible detallar el lugar exacto de su hallazgo, se encuentran algunas piezas que se hallaran en la provincia.

1. En el Museo Arqueológico Provincial de Barcelona está depositada un hacha de talón y dos anillas inventariadas con el n.º 923.

Long. máx., 203 mm.; anch. cuerda filo, 45 mm.; long. hoja, 135 mm.

2. Entre los fondos del Museo de la institución Valencia de don Juan, en Madrid, se encuentra un hacha de talón y dos anillas.

Long. máx., 151 mm.; anch. cuerda filo, 32 mm., long. hoja, 73 mm.

3. Inventariada con el n.º 1162, en el Museo Arqueológico de Burgos existe un hacha de talón y dos asas.

Long. máx., 176 mm.; anch. cuerda filo, 59 mm.; long. hoja, 114 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, 1.ª: p. 158, taf. 58, 935; 2.ª: p. 158, taf. 58, 941; 3.ª: p. 157, taf., 58, 934.

4. También en el Museo Arqueológico Provincial de Barcelona, se conserva una fibula de codo procedente de los fondos de la colección Chicote. Fue hallada en la Meseta Norte, y casi con seguridad en la provincia de Burgos.

Long. máx., 67 mm.; altura, 28 mm.

Bibliografía: ALMAGRO, M., 1957, p. 39.

**PROVINCIA DE LEON****Almanza**

Procedente de dicha localidad, y hallada de forma fortuita, se conoce un hacha de apéndices laterales, hoy depositada en la colección Fontaneda.

Long. máx., 167 mm., anch. cuerda filo, 52 mm.; grosor, 11 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 143, taf. 53, 861.

**Astorga**

En el Museo de Los Caminos, de Astorga, se encuentran ciertos objetos de bronce, algunos de los cuales, inequívocamente, han de datarse en el Bronce Final. Todos ellos se localizaron en Astorga o alrededores.

1. Punta de lanza de hoja maciza. Carece de tubo exento. Con otros materiales, procede de la colección Cazurro. Long. máx. (fragmento), 120 mm.; anch. máx., 20 mm.

Bibliografía: inédita.

2. Brazaletes macizos decorados con incisiones geométricas. Se localizó, sin más precisiones topográficas, en las cercanías de esta ciudad, hallándose de forma conjunta con el que inventariamos a continuación. Long. máx., 216 mm.; grosor, 11 mm.; peso, 70,25 grs.

3. Brazaletes macizos decorados con incisiones geométricas. Long. máx. 119 mm.; grosor, 11 mm.; peso, 70,25 grs.

Bibliografía: FERNANDEZ MANZANO, J., 1981 a, p. 181-184.

4. En poder del anticuario de Villafranca del Bierzo se conserva un hacha de talón y una anilla, en 1981. Long. máx., 185 mm.; anch. cuerda filo, 60 mm.; long. hoja 122 mm.

Bibliografía: FERNANDEZ MANZANO, J., 1981 a, p. 177-181.

### La Cabrera

Carente de cualquier referencia en cuanto a su hallazgo, en el Museo portugués de Belem se encuentra depositada una espada pistiliforme. Long. máx., 600 mm.; long. hoja, 496 mm.; anch. máx. empuñad., 54 mm.; anch. hoja, 48 mm.

Bibliografía: VASCONCELLOS, J.L., 1934, p. 51; LUENGO, J.M., 1941, p. 138; MAC WHITE, E., 1951, p. 96.

### Camposalinas

El P. Morán se refiere a la existencia de un depósito hallado casualmente en los altos del valle de Ruán. Estaba formado por cuatro hachas de talón y dos anillas así como dos barras de bronce sin decoración, y un cincel que el mismo autor confunde con un regatón. En la actualidad, tan sólo conocemos bien las características de una de ellas.

1. Hacha de talón y dos anillas. Estuvo en poder de Pedro García, en Riello (León). Se desconoce su paradero. Long. máx., 222 mm.

2. Hacha de talón y dos anillas con pátina verdosa. En la actualidad se ignora su paradero.

3. Hacha de talón y dos anillas. Estuvo en poder de José Díez, de Camposalinas. A juzgar por la fotografía que de la misma nos proporcionara el P. Morán, creemos que es un ejemplar que se halla depositado en el Museo Arqueológico de Barcelona.

Long. máx., 200 mm.; anch. cuerda filo, 60 mm.; long. hoja, 135 mm.

4. Hacha de talón y dos anillas. La tuvo un tal Benjamín, de Camposalinas. No existe descripción alguna de ella.

5. Cincel de cubo. Sus paredes ofrecen un notable grosor. Long. máx. 160 mm.; diám. boca tubo, 20 mm.

Bibliografía: MORAN, C., 1964, p. 41; IDEM. 1962, P. 132-133.

### Cea

De esta localidad proceden algunos objetos de bronce, ahora integrados en la colección Fontaneda.

1. Hacha de apéndices laterales. Long. máx., 197 mm.; anch. cuerda filo, 64 mm.; grosor, 11 mm.

2. Hacha de apéndices laterales. Long. máx., 167 mm.; anch. cuerda filo, 51 mm.; grosor, 11 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, 1.ª: p. 145, taf. 54, 877, 2.ª: p. 143, taf. 54, 860.

3. Brazaletes macizos decorados con incisiones geométricas. Desconocemos sus características.

### Cistierna

Sin referencia alguna sobre su hallazgo, de esta localidad procede un hacha de talón y doble anilla. Se encuentra en los fondos de la colección Fontaneda. Long. máx., 194 mm.; anch. cuerda filo, 56 mm.; long. hoja, 131 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 200, taf., 88, 1272.

### Cofiñal

En poder del anticuario de León «Manolo» (Carretera de los Cubos, 9), existe un hacha de talón y un asa. Long. máx., 145 mm.; anch. cuerda filo, 38 mm.; long. hoja, 93 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 191, taf., 81, 1186.

### Cornombre

Ninguna referencia poseemos acerca de las circunstancias del hallazgo de un hacha de talón y una anilla localizada en aquella población. Se conserva en el Museo Arqueológico Provincial de León. Long. máx., 175 mm.; anch. cuerda filo, 62 mm.; long. hoja, 116 mm.

Bibliografía: MORAN, C., 1925, p. 54; LUENGO, J.M., 1941, p. 134; MORAN, C., 1949, p. 43; IDEM, 1962, p. 133; MONTEAGUDO, L., 1965, p. 28, n.º 44; IDEM, 1977, p. 206, taf., 91, 1307.

### La Bañeza

Con esta procedencia, en 1964, ingresó en el British Museum un hacha de talón y dos anillas. Posee un nervio corto, estrecho y bastante resaltado en ambos lados de la hoja. Long. máx., 187 mm.; anch. cuerda filo, 51 mm., long. hoja, 103 mm.

Análisis espectrográfico: Cu: 90%, Pb: 0,06%, Sn: 8,40%, Ag: 0,055%, Fe: 0,010%, Sb: 0,15%, Ni: 0,015%, As: 0,15%, Bi: 0,002%.

Bibliografía: HARRISON, R.J., CRADDOCK, P.T. and HUGHES, M.J., 1981, p. 138, fig. 13, n.º 73 y p. 175, n.º 73.

### Lois

En la parte alta de Sierra Nevada, no lejos de Riaño, en una galería de una mina se halló un caldero de bronce junto con un hacha transversal de hierro, un útil de hueso, una cornamenta de ciervo y varias teas para iluminación. Es propiedad de la Sociedad de Minas de Mercurio, de Lois. Diám. boca, 520 mm.; diám. máximo, 560 mm.; altura, 410 mm.

Bibliografía: SCHUBART, H., 1961, p. 35-38, abb., 9.

### Manzaneda de las Omañas

Gómez Moreno hace referencia a un hacha de talón y una anilla procedente de este lugar. Se conserva en el Museo Arqueológico Provincial de León. Long. máx., 178 mm.; anch. cuerda filo, 44 mm.; long. hoja, 117 mm.

Bibliografía: GOMEZ MORENO, M., 1925, p. 84; LUENGO, J.M., 1941, p. 134; MORAN, C., 1962, p. 133; MONTEAGUDO, L., 1965, p. 29; IDEM, 1977, p. 191, taf., 81, 1185.

### Mirantes de Luna

En el Museo Arqueológico Nacional se custodia un hacha de apéndices laterales procedente de esta localidad. Se desconocen las circunstancias de su aparición. Long. máx., 175 mm.; anch. cuerda filo, 55 mm.; grosor, 11 mm.

Bibliografía: GIL FARRES, O., 1947, p. 39-40; IDEM, 1948, p. 173; MORAN, C., 1949, p. 43; MALUQUER DE MOTES, J., MUÑOZ, A. y BLASCO, F., 1959, p. 69; MONTEAGUDO, L., 1977, p. 144, taf. 56, 866.

### Mondreganes

Dos son los objetos de bronce que con esta procedencia conocemos. En ambos casos ignoramos dato alguno en relación con su hallazgo.

1. Hacha de talón y dos anillas. Está en poder del Sr. Fontaneda. Long. máx., 208 mm.; anchura cuerda filo, 52 mm.; long. hoja, 150 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 164, taf., 61, 970.

2. Punta de lanza de empuñadura tubular. Por medio del Prof. Avelino Rodríguez, de la Universidad de León, hemos tenido conocimiento de esta pieza, carente de referencia alguna acerca de su hallazgo. Long. máx., 160 mm.; long. hoja, 109 mm.; anch. máx., 38 mm., diám. boca tubo, 27 mm.

Bibliografía: inédita.

### Oblanca

Entre Oblanca y Caldas de Luna, sobre un terreno llano, se alza el Castro, cuya necrópolis, según el P. Morán, se halla en el lugar denominado Villar de Cos, en el término de Oblanca. De allí procede una hacha de apéndices laterales, varias pulseras de bronce y un puñalito de cobre. El hacha, fragmentada, se conserva en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca. Long. máx., 189 mm.; anch. cuerda filo, 60 mm.; grosor, 14 mm.

Bibliografía: MORAN, C., 1925, p. 180; LUENGO, J.M., 1941, p. 138; MORAN, C., 1942, p. 153, fig. 11, 7; IDEM, 1949, p. 27; IDEM, 1962, p. 133; MALUQUER DE MOTES, J., MUÑOZ, A.M. y BLASCO, F., 1959, p. 68; MONTEAGUDO, L., 1977, p. 144, taf. 53, 868.

### Pontedo

Gómez Moreno pudo ver en este pueblo un hacha de bronce de talón y dos anillas. Se desconoce su paradero, así como sus características formales.

Bibliografía: GOMEZ MORENO, M., 1925, p. 2; LUENGO, J.M., 1941, p. 135.

### Posada de Valduerna

En el Museo Arqueológico de León se custodia un hacha de apéndices laterales procedente de Posada, sin más indicaciones. Long. máx., 185 mm.; anch. cuerda filo, 66 mm., grosor, 11 mm.

Bibliografía: inédita.

### Regellina

Señala Almagro la existencia de un puñal afalcatado, localizado al abrir un pozo para una mina. No hemos podido situar dicho término en la provincia de León, y de existir, sin duda debe encontrarse en el norte de la misma, donde se explota mineral. Está depositada en el Museo Arqueológico Provincial de Barcelona. Long. máx., 455 mm.; long. hoja, 273.

Bibliografía: ALMAGRO, M., 1943, p. 278.

### Renedo de Valderaduey

Correspondiente a un hallazgo fortuito, conocemos la existencia de una punta de lanza de empuñadura tabular, depositada en la colección Fontaneda. Desconocemos sus características.

### Represa

Hacia 1920, al cavar los lindes de una finca, se halló un pequeño depósito compuesto por tres puntas de lanza. Se desconoce su paradero actual.

1. Punta de lanza de empuñadura tubular. Long. máx., 250 mm.; long. hoja, 151 mm.; anch. máx., 35 mm., diám. boca tubo, 21 mm.
2. Punta de lanza de empuñadura tubular. Long. máx., 234 mm.; long. hoja, 125 mm.; anch. máx., 21 mm.; diám. boca tubo, 22 mm.
3. Punta de lanza de empuñadura tubular. Long. máx., 152 mm.; long. hoja, 112 mm.; anch. máx., 21 mm., diám. boca tubo, 15 mm.

Bibliografía: ALMAGRO, M., 1967, 1 (1).

### Revilla

A la derecha del río Tuerto, a su paso por esta población, próxima a Astorga, existe un castro del que procede una lanza de empuñadura tubular. Según Luengo, se conserva en el Ayuntamiento de Astorga. Long. máx., 185 mm.; long. hoja, 145 mm.; anch. máx., 31 mm. diám. boca tubo, 15 mm.

Bibliografía: LUENGO, J.M., 1961, p. 102-103, fig. 2.

### Río Esla

Del lecho fluvial del río Esla, sin que sea posible determinar de que punto de su recorrido, procede una espada pistiliforme adquirida por el Museo Arqueológico Provincial de Barcelona al coleccionista vallisoletano Darío Chicote. Long. máx., 645 mm.; long. hoja, 555 mm.; anch. máx. empuñadura, 62 mm., anch. hoja, 35 mm.

Un análisis espectrográfico de la pieza arrojó los siguientes resultados: Cu: 87,13%; Sn: 10,81%; Fe: 0,77%; Pb: 0,45%; Zn: 0,33%.

Bibliografía: ALMAGRO, M., 1939-1940, p. 47-56; IDEM, 1940, p. 102, fig. 17, 6; IDEM, 1955, p. 50; MATA CARRIAZO, J.R., 1963, p. 807; ALMAGRO, M., 1966, p. 154, fig. 55,6.

### Sacaojos

En el castro de dicha población, próxima a La Bañeza, al abrir un camino, se hallaron una serie de materiales arqueológicos, y entre ellos, un molde de arenisca para fundir hoces planas. Está en el Museo Arqueológico Provincial de León. Long. máx., 120 mm.; anch. máx., 140 mm.; grosor, 20 mm.

Bibliografía: LUENGO, J.M., 1961, fig. 4, 1.

### San Emiliano

Según Monteagudo, en el antiguo Museo de León, estuvo un hacha de talón y un asa que el mismo dibujó en 1944. No se posee referencial alguna de su actual paradero. Long. máx. 213 mm., anch. cuerda filo, 61 mm.; long. hoja, 145 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1965, p. 29, abb. 47; IDEM, 1977, p. 192, taf. 82, 1200.

### San Justo de la Vega

En el Museo de Los Caminos, de Astorga, se halla depositada un hacha de apéndices laterales con aquella procedencia. Long. máx., 201 mm.; anch. cuerda filo, 64 mm.; grosor, 14 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, I., 1977, p. 144, taf. 54, 873.

### Santa María del Río

En dicha localidad, a 18 Km. al norte de Sahagún, se halló de forma casual un hacha de talón y dos anillas. Está en la colección Fontaneda. Long. máx., 221 mm.; anch. cuerda filo, 58 mm.; long. hoja, 133 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 197, taf. 85, 1240.

### Torneros de Valderia

Junto con dos hachas planas y una punta palmela, correspondientes a diferentes hallazgos, conocemos un hacha de talón y dos asas pertenecientes a diversas personas de aquel municipio. Long. máx., 182 mm.; anch. cuerda filo, 48 mm.; long. hoja, 120 mm.

Bibliografía: MAÑANES, T., 1977 a, p. 170 lám. I.

### Torre de Babia

En el monte de Las Verdes, se descubrieron de forma fortuita dos hoces planas de bronce de idéntica factura. Ambas se conservan en el Museo Arqueológico Provincial de León.

1. Hoz plana. Long. máx. 203 mm.; anch. máx., 51 mm.

2. Hoz plana. Long. máx. 207 mm.; anch. máx., 52 mm.

Bibliografía: LUENGO, J.M., 1941, p. 137-138; MAC WHITE, E., 1951, p. 78; MATA CARRIAZO, J.R., 1963, p. 805, fig. 631.

### Valdevimbre

En 1925, cuando se trazaba el rellano de un camino vecinal, entre Valdevimbre y Fresnillo del Monte, en el lugar denominado El Otero, fue hallado un lote de objetos de bronce. Todos ellos pasaron al comercio de antigüedades, desconociéndose en la actualidad su paradero. El conjunto está formado por:

1. Hacha plana. Long. máx., 130 mm.; anch. cuerda filo, 80 mm.

2. Hacha plana. Long. máx., 115 mm.; anch. cuerda filo, 65 mm.

3. Sierra con los extremos perforados. Long. máx., 115 mm.; anch. máx., 15 mm.

4. Yunque. Long. mesa 45 mm.; altura 55 mm.

5. Punta de lanza de empuñadura tubular. Long. máx., 220 mm.; long. hoja, 145 mm.; anch. máx., 45 mm.; diám. boca tubo, 28 mm.

6. Regatón cónico. Long. máx., 220 mm.; anch. boca tubo, 22,5 mm.

7. Puñal de hoja triangular. Long. máx., 225 mm.; anch. máx. 40 mm.

8. Puñal de hoja triangular. Long. máx. 135 mm.; anch. máx., 35 mm.

Bibliografía: LUENGO, J.M., 1941, p. 131-133, fig. 5; MATA CARRIZO, J.R., 1963, p. 749; DELIBES DE CASTRO, G. y FERNANDEZ MANZANO, J., 1982, p. 101-120.

### Veguellina de Orbigo

A comienzos del presente siglo, al realizar un pozo en casa de Deogracias Junquera, fue hallada una espada de bronce con la hoja en disposición pistiliforme muy marcada. Tiene la punta rota. Long. máx., 600 mm.; long. hoja 510 mm.; anch. máx. empuñad. 62 mm.; anch. hoja, 32 mm.

Se ha efectuado un análisis químico de la misma con los siguientes resultados: Cu: 87,17%; Sn: 7,90%; Pb: 0,88%; Zn: 0,05%; Fe: 0,63%; Ag: 0,84%.

Bibliografía: MORAN, C., 1949, p. 44-45; DELIBES DE CASTRO, G. y MAÑANES PEREZ, T., 1979, p. 158-168.

### Villaceid

Entre los objetos metálicos que se hallaron en la excavación de este castro leonés, el P. Morán describe la presencia de «varias placas de muy poco espesor claveteadas por un orilla y remachados los clavos». Tan sólo conocemos una de ellas. Long. máx. 56 mm.; anch. máx. 29 mm. (fragmento).

Bibliografía: MORAN, C., 1962, p. 109, lám. CII-k.

### Villamizar

En dicha localidad, próxima a Sahagún, se halló casualmente una hacha de talón y dos asas, ambas fragmentadas. Posee decoración esquemática en las caras de la hoja. Se custodia en la Colección Fontaneda. Long. máx., 136 mm.; anch. cuerda filo, 42 mm.; long. hoja, 84 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1965, p. 34, ab. 74; IDEM, 1977, p. 195, taf., 84, 1231.

### Villasabariego

Diversas son las noticias referentes a hallazgos de piezas de bronce producidos en esta localidad. De los que a continuación detallamos, en ningún caso parece existir relación entre ellos.

1. Hacha de apéndices laterales. Depositada en la colección Fontaneda. Long. máx., 167 mm.; anch. cuerda filo, 54 mm., grosor, 10,5 mm.

2. Hacha de talón y dos anillas. Carece de parte de la garganta. Se halla depositada en la colección Fontaneda. Long. máx. (fragmento) 184 mm.; anch. cuerda filo, 76 mm.; long. hoja, 155 mm.

3. Hacha de talón y doble anilla. Como las procedentes, fue adquirida por el Sr. Fontaneda. Long. máx., 212 mm.; anch. cuerda filo, 62 mm.; long. hoja, 134 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, 1.<sup>a</sup>: p. 143, taf., 59, 859, 2.<sup>a</sup>: p. 155, taf. 57, 922, 3.<sup>a</sup>: p. 156, taf., 57, 929.

4. Hacha de talón y dos asas. La hoja está decorada con motivos antropomorfos en ambas caras. Se encuentra depositada en la Comisión de Monumentos de León. Long. máx. 190 mm.; anch. cuerda filo, 57 mm.; long. hoja, 133 mm.

Bibliografía: LUENGO, J.M., 1941, p. 135, fig. 7; MONTEAGUDO, L. 1977, p. 135, taf., 84, 1230.

5. Schüle apunta el hallazgo de una fíbula de codo procedente de Lancia. Podría tratarse de parte de un broche de cinturón.

Bibliografía: SCHÜLE, H., 1969, p. 144, ab. 39, a; COFFYN, A., GOMEZ, J. et MOHEN, J.P., 1981, p. 207.

### Villaverde de Arcayo

En poder del Anticuario de Sahagún, Sr. Martín, se encuentra un hacha de talón y un asa hallada en este municipio. Long. máx., 162 mm.; anch. cuerda filo, 43 mm.; long. hoja, 112 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 191, taf., 81, 1187.

### Villaverde de la Chiquita

Tenemos noticias de que el Sr. Fontaneda adquirió, procedentes de este término, seis pulseras de bronce decoradas con idéntico motivo; además de una espada pistiliforme de empuñadura tripartita. Desconocemos sus características.

### Provincia de León

Entre las piezas que componen los fondos del Museo Arqueológico Provincial, existen algunas con seguridad procedentes de la provincia, sin más indicaciones sobre su localización.

1. Espada pistiliforme con el extremo de la hoja fragmentado. Inventariada con el n.º 348. Long. máx. (fragmento), 360 mm.; long. hoja, 272 mm.; anch. máx. empuñad., 55 mm.; anch. hoja, 30 mm.

Bibliografía: ALMAGRO, M., 1940, fig. 17, 5; IDEM, 1966, fig. 55, 5.

2. Punta de lanza de empuñadura tubular. Tiene el tubo roto a la altura del arranque de la hoja. Long. máx., 154 mm.; long. hoja, 149 mm.; anch. máx., 23 mm.; diám. boca tubo, 9 mm.

3. Punta de lanza constituida por un largo tubo rasgado ligeramente ensanchado en el extremo para configurar la punta. No ha de descartarse pudiera proceder de Cármenes, si la identificamos con la que cita Gómez Moreno «con el capuchón para enastar roto». Long. máx., 150 mm.; diám. boca tubo, 20 mm.

Bibliografía: GOMEZ MORENO, M., 1925, p. 2.

4. Hacha de apéndices laterales. Inventariada con el n.º 341. Referenciada en el libro de registro con «Castrillón», acaso pudiera corresponder al topónimo así denominado, sito en Castrocalbón. Long. máx., 172 mm.; anch. cuerda filo, 60 mm.; grosor, 13 mm.

5. Hacha de talón y dos anillas. Inventariada con el n.º 331. Long. máx., 207 mm.; anch. cuerda filo, 52 mm.; long. hoja, 137 mm.

6. Hacha de talón y dos anillas. Inventariada con el n.º 333. Según Monteagudo pudiera proceder de Lancia. Long. máx., 256; anch. cuerda filo, 46 mm.; long. hoja, 155 mm.

7. Hacha de talón y dos anillas. Inventariada con el n.º 339. Long. máx., 196 mm.; anch. cuerda filo, 57 mm.; long. hoja, 121 mm.

8. Hacha de talón y dos anillas. Inventariada con el n.º 343. Hoja sin nervios, con la sección circular y elíptica en su extremo. Long. máx., 183 mm.; anch. cuerda filo, 45 mm.; long. hoja, 137 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, 5.ª: p. 198, taf. 86, 1250, 6.ª: p. 229, taf. 108, 1465, 7.ª: p. 155, taf., 57, 923, 8.ª: p. 169, taf., 66, 1024.

9. Hacha de talón y dos anillas. Inventariada con el n.º 335. Long. máx., 210 mm.; anch. cuerda filo, 54 mm.; long. hoja, 130 mm.

Bibliografía: GOMEZ MORENO, M., 1925, p. 49; MONTEAGUDO, L., 1977, p. 197, taf., 85, 1241.

10. Hacha de talón y dos anillas. Posee, en vez de las características nevaduras en la hoja, dos incisiones longitudinales. Inventariada con el n.º 336. Long. máx., 197 mm.; anch. cuerda filo, 54 mm.; long. hoja 134 mm.

Bibliografía: GOMEZ MORENO, M., 1925, p. 49; MATA CARRIAZO, J. R., 1963, p. 804; MONTEAGUDO, L., 1977, p. 197, taf. 88, 1270.

11. Hacha de talón y dos anillas. Inventariada con el n.º 334. Long. máx., 244 mm.; anch. cuerda filo, 55 mm.; long. hoja, 157 mm.

Bibliografía: GOMEZ MORENO, M., 1925, p. 49; MATA CARRIAZO, J. R., 1963, p. 804; MONTEAGUDO, L., 1965, p. 32; IDEM, 1977, p. 221, taf. 103, 1419.

Desde 1909, en el British Museum se custodia un hacha de talón y dos asas con procedencia «provincia de León». La hoja posee cuatro nervaduras. No conserva una de sus anillas. Long. máx., 156 mm.; anch. cuerda filo, 50 mm.; long. hoja, 111 mm.

Análisis espectrográfico: Cu: 88%, Pb: 2%, Sn.: 9,40%, Ag: 0,60%, Fe: 0,25%, Ni: 0,02%, As: 0,06%, Bi: 0,001%.

Bibliografía: HARRISON, R.J., CRADDOCK, M.J. and HUGHES, M.J., 1981, p. 136, fig. 11, n.º 66 y p. 157, n.º 66.

## PROVINCIA DE PALENCIA

### Acera de la Vega

En la colección Fontaneda se encuentra un hacha de talón y dos asas procedente de esta localidad, próxima a Saldaña. Monteagudo señala la posibilidad de que pueda corresponder a un presunto depósito, hoy custodiado en el Museo Provincial de Palencia. Long. máx., 229 mm.; anch. cuerda filo, 52 mm.; long. hoja, 157 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 197, taf., 86, 1244.

### Aguilar de Campoo

En una cueva lindante con la carretera Aguilar-Cervera, en la Revuelta de los Molinos, lugar donde se construía la presa del pantano de Aguilar, fue hallada una punta de lanza de enmangue tubular y clásico orificio para sujetar el astil de madera. Hoy está en la colección Fontaneda. Long. máx., 219 mm.; long. hoja, 180 mm.; anch. máx. 41 mm.; diám. boca tubo, 20 mm.

Bibliografía: FONTANEDA, E., 1962, p. 266; FONTANEDA, E. y PALOL, P. de, 1967, p. 224, fig. 1, 4.

### Becerril de Campos

En el castro situado a 12 Km. al noroeste de esta población, casualmente se halló un hacha de talón y dos anillas. Forma parte de la colección Fontaneda. Long. máx., 228 mm.; anch. cuerda filo, 64 mm., long. hoja, 150 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 193, taf. 83, 1211.

### Calzadilla de la Cueva

Respondiendo a un hallazgo fortuito, en poder del Sr. Fontaneda existe un hacha de apéndices laterales localizada en dicho término. Long. máx., 168 mm.; anch. cuerda filo, 55 mm.; grosor, 10 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 143, taf. 53, 863.

### Castromocho

Relata Navarro, que en los cenizas de esta población existe un inmenso yacimiento de donde proceden flechas de bronce. Según Almagro, se trata de tres puntas de lanza de enmangue tubular, que constituyen un depósito. Se desconoce su paradero.

1. Punta de lanza de enmangue tubular. Long. máx., 122 mm.; long. hoja, 66 mm.; anch. máx., 34 mm. diám. boca del tubo, 22 mm.

2. Punta de lanza de enmangue tubular. Long. máx., 90 mm., long. hoja, 45 mm.; anch. máx., 24 mm.; diám. boca tubo, 15 mm.

3. Punta de lanza de empuñadura tubular. Long. máx., 182 mm.; long. hoja, 148 mm.; anch. máx., 28 mm. diám. boca tubo, 23 mm.  
Bibliografía: NAVARRO GARCIA, R., 1948, p. 95; ALMAGRO, M., 1967, 1-(1).

#### Cisneros

En el Museo Arqueológico Nacional se encuentran depositadas cinco puntas de lanza o jabalinas, procedentes de aquel término, sin más indicaciones.

1. Jabalina. Inventariada con el n.º 10265. Long. máx., 68 mm.; long. hoja, 50 mm.; anch. máx., 16 mm. diám. boca tubo, 11 mm.
2. Jabalina. Inventariada con el n.º 10266. Long. máx., 65 mm.; long. hoja, 30 mm.; anch. máx., 22 mm. diám. boca tubo, 23 mm.
3. Jabalina. Inventariada con el n.º 10267. Long. máx., 89 mm.; long. hoja, 36 mm.; anch. máx., 22 mm. diám. boca tubo, 19 mm.
4. Jabalina. Inventariada con el n.º 10268. Long. máx., 85 mm.; long. hoja, 38 mm.; anch. máx., 19 mm.; diám. boca tubo, 19 mm.
5. Punta de lanza. Inventariada con el n.º 10269. Carece de tubo exento, fragmentado. Long. máx., 158 mm.; anch. máx., 25 mm.

Bibliografía: MATA CARRIAZO, J.R., 1963, p. 810; DELIBES DE CASTRO, G., 1983, p. 69-81.

#### Dehesa de Romanos

De este municipio, próximo a Saldaña, procede una hacha plana con anillas, adquirida por el Sr. Fontaneda. Long. máx., 182 mm., anch. cuerda filo, 61 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 156, taf., 58, 931.

#### Frechilla

En el pago denominado Las Frailas, y durante la realización de labores agrícolas, en 1972, se halló un puñal o espada corta de lengua de carpa y empuñadura tripartita. Se encuentra en poder de D. Jesús Marcos, vecino de Frechilla. Prospectado recientemente el lugar, se hallaron cerámicas excisas y boquique. Long. máx., 360 mm.; long. hoja, 265 mm.; anch. máx. empuñadura, 50 mm.; anch. hoja, 35 mm.

Bibliografía: ALCALDE CRESPO, G., 1980, p. 83-89.

#### Fuentes de Valdepero

Tenemos noticias de que en la colección Fontaneda está depositado un brazalete de bronce con decoración incisa, cerrado y sin soldar.

#### Monte Bernorio

Formando parte de los abundantes hallazgos metálicos correspondientes a la excavación de este castro palentino, se encuentra una pequeña placa de bronce con remaches de cabeza cónica, casi con seguridad correspondiente a un caldero. Long. máx., 88 mm.; anch., 14 mm.

Bibliografía: SAN VALERO APARISI, J., 1944, p. 24.

#### Osornillo

De esta localidad se conoce un brazalete decorado, cerrado y sin soldar. Adquirido por el Sr. Fontaneda, lo conserva en la actualidad.

#### Palencia

1. En el lugar denominado «Montesagrado», se encontró un hacha de talón y una anilla, hoy depositada en una colección particular de esta ciudad. Sus caras están decoradas con motivos esquemáticos. Long. máx., 193 mm.; anch. cuerda filo, 73 mm.; long. hoja, 107 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 199, taf., 84, 1220.

2. Entre los fondos del British Museum, existe un hacha de talón y dos anillas con la reseña «Palencia». Su ingreso se produjo en 1891. Long. máx., 187 mm.; anch. cuerda filo, 48 mm.; long. hoja, 111 mm.

Análisis espectrográfico: Cu: 90,5%, Pb: 0,11%, Sn: 8,70%, Ag: 0,07%, Fe: 0,01%, Sb: 0,09%, Ni: 0,02%, Bi: 0,0015%.

Bibliografía: HARRISON, R.J., CRADDOCK, P. T. and HUGHES, M.J., 1981, p. 191, fig. 14, n.º 76 y p. 157, n.º 76.

### Paredes de Nava

En el Museo Arqueológico Nacional están depositadas un puñal y un tranchet, ambos procedentes de Paredes, sin más indicaciones.

1. Puñal con el extremo del asidero rematado por un pivote cilíndrico. La hoja es pistiliforme, apareciendo su extremo fragmentado. Long. máx., 240 mm.; long. hoja, 165 mm.; anch. máx. empuñad. 35 mm.; anch. hoja, 20 mm.

Bibliografía: ALMAGRO, M., 1940, p. 103, fig. 18, 7; IDEM, 1939-1940, fig. 1, 11; MATA CARRIAZO, J.R., 1963, p. 806; ALMAGRO, M., 1966, fig. 58; HARRISON, R.J., 1974-1975, fig. 5, a.

2. Tranchet. Long. máx., 88 mm.; long. hoja, 45 mm.; anch. cuerda filo, 20 mm.

Bibliografía: COFFYN, A., GOMEZ, J. et MOHEN, J. P., 1981, carte, 7, n.º 75.

### Saldaña

En el Museo Arqueológico Provincial de Palencia se custodian diversas piezas de bronce localizadas en Saldaña, que es posible constituyan un depósito.

1. Puñal o espada corta de lengua de carpa. Su empuñadura no se corresponde con la forma más característica, tripartita. Long. máx., 304 mm.; long. hoja, 270 mm.; anch. hoja, 33 mm.

2. Puñal triangular con escotadura en la base. Long. máx., 245 mm.; anch. máx., 37 mm.; grosor nervio, 9 mm.; grosor lengüeta, 3 mm.

3. Hacha de apéndices laterales. Inventariada con el n.º 159. Long. máx. 175 mm.; anch. cuerda filo, 65 mm.; grosor, 11 mm.

Bibliografía: NAVARRO GARCIA, R., 1939, p. 26-27; DELIBES DE CASTRO, G., 1975, p. 149-150, fig. 1 y fig. 3, 1.

4. Hacha de talón y una anilla. Long. máx. 232 mm.; anch. cuerda filo, 56 mm.; long. hoja, 148 mm.

5. Hacha de talón y dos anillas. Long. máx., 181 mm.; anch. cuerda filo, 44 mm.; long. hoja, 118 mm.

Bibliografía: CASTILLO, A., 1927, p. 35; MONTEAGUDO, L., 1965, p. 35, fig. 49 y 61; DELIBES DE CASTRO, G., 1975, p. 150, lám. II, fig. 1 y 2; MONTEAGUDO, L., 1977, 1.ª: p. 191, taf. 81, 1188, 2.ª: p. 197, taf. 86, 1245.

6. Cíncel de cubo de sección circular. Long. máx., 160 mm.; diám. boca tubo, 21 mm.

Bibliografía: DELIBES DE CASTRO, G., 1975, p. 190, lám. III, 1, fig. 3, 7.

Sin posibilidad de establecer una relación en cuanto a su hallazgo con los anteriores ejemplares, en la colección Fontaneda se halla un escoplo de cubo con sección cuadrada. Long. máx., 135 mm.; diám. boca tubo, 24 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 250, taf. 119, 1717.

### Tamara

Sabemos que en la colección Fontaneda se encuentra una punta de lanza de empuñadura tubular, hallada casualmente en esta localidad.

### Villanueva del Rebollar

Como en el caso anterior, el Sr. Fontaneda posee una punta de lanza de empuñadura tubular que adquiriera en dicho término.

### Villodre

Desconectada de lecho arqueológico alguno, se halló casualmente un hacha de talón y una anilla. Es propiedad de D. Lubomyr Urhin, residente en Valladolid. Long. máx., 160 mm., anch. cuerda filo, 42 mm.; long. hoja, 100 mm.

Bibliografía: MARTIN VALLS, R., 1984, p. 31, fig. 9.

### Provincia de Palencia

Como única referencia «de la provincia», en el Museo Arqueológico de esta capital se encuentran depositadas dos piezas de bronce, cuales son:

1. Punta de lanza de empuñadura tubular. Fragmentada, carece de tubo exento. Long. máx., 95 mm.; anch. máx., 22 mm.

Bibliografía: Inédita.

2. Hacha de apéndices laterales. Long. máx., 153 mm., anch. cuerda filo, 48 mm.; grosor, 12 mm.

Bibliografía: GIL FARRES, O., 1948, p. 173; MONTEAGUDO, L., 1977, p. 142, taf. 53, 857.

## PROVINCIA DE SALAMANCA

### El Berrueco

Son diversos los materiales que, obtenidos por excavación arqueológica, o hallados por casualidad, se conocen con esta procedencia. Entre los bronceos:

1. Fragmento de brazaletes decorado. Se halló en la cabaña Be 2, en las excavaciones que realizara Maluquer. Long. máx., 69 mm.; grosor, 8 mm.
2. Fragmento de un brazaletes liso. Ofrece la misma procedencia que el anterior. Long. máx., 122 mm.; grosor, 11 mm.
3. Puñal de empuñadura bipartita. Localizado en la cabaña Be 6, también de las que exhumara Maluquer. Long. máx., 257 mm.; anch. máx., 27 mm.
4. Del poblado de la cumbre procede la mitad del arco de una fíbula de codo de tipo Huelva. Está en la colección Ollero de Béjar. Long. máx., 59 mm.

Bibliografía: MALUQUER DE MOTES, J., 1958, 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>: p. 46-48, fig. 8, 3.<sup>a</sup>: p. 53, fig. 13, 4.<sup>a</sup>: p. 86-87, fig. 23.

5. El P. Morán recogió de las proximidades del cerro un asador estructurado por dos piezas soldadas. La empuñadura posee un pomo vasiforme con los extremos troncocónicos. El mango es cilíndrico, engrosado para enchufar la punta y asumir las funciones que en otras piezas desempeñan las aletas. Se desconoce su paradero. Long. máx., 877 mm.

Bibliografía: ALMAGRO GORBEA, M., 1974, p. 376, fig. 4 y 9, 4.

6. En la excavación que Maluquer efectuara, entre las chozas Be 1 y Be 6, fue hallado un asador con dos aletas rectangulares poco desarrolladas con sus ángulos redondeados. Se conserva en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca. Long. máx. (fragmento), 730 mm.

Bibliografía: MALUQUER DE MOTES, J., 1958, fig. 21, 1.14, fig., 4, 4 y 18, 1; ALMAGRO GORBEA, M., 1974, p. 376-377, fig. 18, 1.

### Fuenteliante

Dos son los objetos bronceos localizados en este término:

1. En la grieta de una peña, en la zona de la Dehesa, fue hallada casualmente un hacha de apéndices laterales. Se conserva en el Museo Arqueológico Provincial de Salamanca. Long. máx., 186 mm.; anch. cuerda filo, 53 mm.; grosor, 12 mm.

Bibliografía: GALACHE, A., 1953, p. 517-518; MALUQUER DE MOTES, J. 1956, p. 65, fig. 7, 2; MONTEAGUDO, L., 1977, p. 142, taf., 52, 832.

2. En una reciente visita al dolmen del valle de Las Cañas, hallamos un fragmento de hacha de talón correspondiente a la garganta. Long. máx., 20 mm.

Bibliografía: Inédita.

### Linares de Riofrío

Del lugar denominado La Macolla, donde existen diversas pilas de piedra tallada, según Morán, proceden dos valvas de arenisca para fundir hachas de talón y doble anilla, correspondientes a diferentes moldes.

1. Valva de arenisca. Se guarda en el Museo del Instituto Valencia de D. Juan, de Madrid. Bloque: long. máx., 261 mm.; anch. máx., 75 mm. Bajorrelieve: long. máx., 223 mm.; anch. cuerda filo, 60 mm.; long. hoja, 145 mm.

2. Valva de arenisca. Hoy extraviada. Según Maluquer, se envió en 1936 al Museo Arqueológico Nacional donde debería conservarse. De la misma tan sólo conocemos un dibujo que nos proporciona Monteagudo (1977). Bloque: long. máx. 260 mm.; anch. máx., 71 mm. Bajorrelieve, long. máx., 233 mm.; anch. cuerda filo, 62 mm.; long. hoja, 140 mm.

Bibliografía: MORAN, C., 1941, p. 185 y ss.; IDEM, 1942, p. 149, fig. 11, 3 y fig. 13; IDEM, 1946, p. 44, fig. 24; IDEM, 1962, p. 134; MALUQUER DE MOTES, J., 1958, p. 80, nota 17; MATA CARRIAZO, J. R., 1963, p. 795, fig. 621, 2; MONTEAGUDO, L., 1977, p. 197, taf. 86, 1246, 1247.

### Peñaparda

A la salida del pueblo, y próximo al camino de Fuenteguinaldo, en el lugar denominado Zaoz, se halló un hacha de talón y dos anillas. Partida por la línea del tope, la mitad superior se conserva en la colección didáctica del Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca. Desconocemos sus dimensiones.

Bibliografía: MALUQUER DE MOTES, J., 1956, p. 91.

### Peñaranda de Bracamonte

En el Museo Arqueológico Provincial de Salamanca, se conserva una hoja de hacha de talón. Ofrece muestras de haber sido utilizada como cuña o escoplo.

Long. máx., 98 mm.; anch. cuerda filo, 50 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 178, taf. 74, 1104.

### Tejado

Gracias a la amabilidad del P. Belda, de Alba de Tormes, conocemos la existencia de algunas piezas de bronce con esta procedencia.

1. Fragmento de la garganta de un hacha de talón. Long. máx., 35 mm.
2. Regatón cónico. Carece de su extremo. Long. máx., 55 mm.; diám. boca tubo, 20 mm.

Bibliografía: Inédita.

## PROVINCIA DE SEGOVIA

### Segovia

Quizá procedente de la misma capital, en el Museo Arqueológico Nacional se hallan dos puntas de lanza donadas a dicha institución por H. Sandars.

1. Punta de lanza de empuñadura tubular, con la boca del tubo ligeramente deteriorada. Inventariada con el n.º 28189. Long. máx., 127 mm.; long. hoja, 93 mm.; anch. máx., 26 mm.; diám. boca tubo, 19 mm.
2. Punta de lanza de empuñadura tubular. Inventariada con el n.º 28188. Long. máx., 137 mm.; long. hoja, 101 mm.; anch. máx., 24 mm.; diám. boca tubo, 13 mm.

Bibliografía: MELIDA, J.R., 1921, p. 12; MATA CARRIAZO, J.R., 1963, p. 810.

3. En la colección Gómez Moreno, hoy dispersa, estuvo una espada pistiliforme con la empuñadura triparfita; casi con seguridad hallada en Segovia. Long. máx., 700 mm.; long. hoja, 615 mm.; anch. máx. empuñad. 51 mm.; anch. hoja, 35 mm.

Bibliografía: ALMAGRO, M., 1939-1940, fig. 1, 16; IDEM, 1940, fig. 17, 3; MATA CARRIAZO, J.R., 1963, p. 817, fig. 626.

### Sepúlveda

Moliner, citando a Somorrostro, señala la aparición de un hacha de talón y dos anillas hallada en un lugar indeterminado del municipio. En el Museo Provincial de Segovia se conserva un vaciado en escayola correspondiente a la misma. Long. máx., 165 mm.; anch. cuerda filo, 40 mm.; long. hoja: 105 mm.

Bibliografía: MOLINERO PEREZ, A., 1954, p. 27; IDEM, 1971, p. 86, n.º 2833, lám. CXLII, 2; MONTEAGUDO, L., 1977, p. 191, taf. 81, 1192.

## PROVINCIA DE SORIA

### Beratón

De la vertiente meridional del Moncayo, del barranco de Los Reajos, procede un hacha de talón y anilla única. Actualmente se conserva en el Museo Arqueológico Provincial de Soria. Long. máx., 218 mm.; anch. cuerda filo, 53 mm.; long. hoja: 122 mm.

Bibliografía: CASTILLO, A., 1927, p. 36; TARACENA, B., 1941, p. 43, ORTEGO, T., 1957, p. 115-116; FERNANDEZ MIRANDA, M. y BALBIN BERHMANN, R., 1971, p. 295; MONTEAGUDO, L., 1977, p. 161, taf. 60, 956.

### Covaleda

Al levantarse una losa, durante la construcción de la carretera de Covaleda a Santa Inés, a unos ocho kilómetros de primer punto citado, apareció un lote de piezas de bronce en cuyo número no se coincide. Según las primeras noticias de T. Ortego, constaba de tres hachas de talón y doble anilla, un hacha de apéndices laterales y un regatón de lanza. En el Museo de Soria, sin embargo, tan sólo ingresaron cuatro piezas, faltando una de las hachas de talón conocida por una descripción del mismo Ortego.

1. Regatón cónico. Long. máx., 199 mm.; diám. boca tubo, 30 mm.
2. Hacha de apéndices laterales. Long. máx., 147 mm.; anch. cuerda filo, 37 mm.; grosor, 10 mm.
3. Hacha de talón y dos anillas. El nervio de la hoja se remata en botón. Long. máx. 215 mm.; anch. cuerda filo, 54 mm.; long. hoja, 135 mm.
4. Hacha de talón y una anilla. Long. máx., 145 mm.; anch. cuerda filo, 32 mm.; long. hoja, 86 mm.

5. Hacha de talón y una anilla. Conocida por dibujo. Long. máx., 152 mm.; anch. cuerda filo, 42 mm.; long. hoja, 89 mm.

Bibliografía: ORTEGO, T., 1954, p. 281 y ss.; IDEM, 1957, p. 116-121; APRAIZ BUESA, R., 1958, p. 198-200; FERNANDEZ MIRANDA, M. y BALBIN BERHMANN, R., 1971, p. 291-292; MONTEAGUDO, L., 1977, 2.<sup>a</sup>: p. 140, taf. 51, 832, 3.<sup>a</sup>: p. 195, taf. 84, 1223, 4.<sup>a</sup>: p. 153, taf. 56, 909, 5.<sup>a</sup>: p. 191, taf. 81, 1196.

#### Langa de Duero

Durante las excavaciones de Taracena en el castro celtibérico de esta ciudad, se descubrió un hacha de apéndices laterales en una de las viviendas —habitación 14—, en compañía de una punta de flecha del mismo material, además de un pequeño anzuelo y un vasito con cinco denarios ibéricos. Long. máx., 136 mm.; anch. cuerda filo, 45 mm.; grosor, 19 mm.

Bibliografía: TARACENA, B., 1932, p. 58-59, lám. XXIV; IDEM, 1941, p. 90; MONTEAGUDO, L., 1977, p. 139, taf. 51, 828.

#### Ocenilla

Sin noticias concretas acerca de las circunstancias de su hallazgo, en esta localidad se encontró un pequeño depósito —un puñal y una punta de lanza— que pasó a los fondos del Museo Celtibérico de Soria. La lanza se halla actualmente extraviada. Hoy se cuestiona su carácter de depósito.

1. Puñal de lengua de carpa. Carece de la empuñadura. Long. máx., 260 mm.; long. hoja, 250; anch. hoja, 22 mm.

Bibliografía: ALMAGRO, M., 1939-1940, fig. 1, 12; IDEM, 1940, p. 104, fig. 18, 6 y fig. 21; IDEM, 1966, fig. 58; IDEM, 1967, 1-(1); FERNANDEZ MIRANDA, M. y BALBIN BERHMANN, R., 1971, p. 294-295, fig. 4, 3, lám. III; HARRISON, R. J., 1974-1975, fig. 5, b.

2. Punta de lanza de enmangue tubular. Long. máx., 206 mm.; long. hoja, 145 mm.; anch. máx., 25 mm.; diám. boca tubo, 17 mm.

Bibliografía: ALMAGRO, M., 1967, 1-(1); FERNANDEZ MIRANDA, M. y BALBIN BERHMANN, R., 1971, p. 294-295, fig. 4, 3, lám. III.

#### San Esteban de Gormaz

En poder del anticuario de Segovia, Pedro Escribano, se encuentra un hacha de talón y un asa hallada de forma casual en esta localidad. Long. máx., 197 mm.; anch. cuerda filo, 64 mm.; long. hoja, 112 mm.

Bibliografía: MONTEAGUDO, L., 1977, p. 193, taf. 82, 1212 A.

#### Soria

Casi con seguridad de esta capital, se conoce una punta de lanza de enmangue tubular. Estuvo en la colección Monteverde, adquirida con posterioridad por el Sr. Fontaneda. Long. máx., 185 mm.; long. hoja, 159 mm.; anch. máx., 45 mm.; diám. boca tubo, 25 mm.

Bibliografía: MONTEVERDE, J.L., 1969, p. 227.

### PROVINCIA DE VALLADOLID

#### Amusquillo de Esgueva

Sin posibilidad de relacionarlo con algún contexto arqueológico, de esta localidad procede un brazaletes de bronce, macizo y con decoración a base de temas en espiga. Long. máx., 188 mm.; grosor, 8 mm.

Bibliografía: WATTENBERG, F., 1963, p. 236; PALOL, P. de y WATTENBERG, F., 1974, p. 65-66, fig. 7.

#### Medina de Rioseco

En el Cerro de San Andrés, promontorio al NW de Medina, se halló una punta de lanza de enmangue tubular. Long. máx., 87 mm.; long. hoja, 42 mm.; anch. máx., 19 mm.; diám. boca tubo, 22 mm.

Bibliografía: PALOL, P. de, 1967, p. 221; MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., 1975 a, p. 195.

#### San Román de Hornija

En las excavaciones arqueológicas efectuadas en dicha localidad, y en un «basurero», característico de la cultura de Cogotas I, se halló una fíbula de codo de tipo Huelva. Long. máx., 47 mm.; altura, 29 mm.

Asimismo, se recuperaron un pequeño aro espiraliforme y un lingote, como la pieza precedente bronceos. 1.ª: diám., 17 mm.; sección, 1 mm. 2.ª: long. máx., 22 mm.; altura, 7 mm.

Bibliografía: DELIBES DE CASTRO, G., 1978, p. 227 y 236, fig. 7.

### Provincia de Valladolid

Depositada en el Museo Arqueológico Provincial de Valladolid se encuentra un hacha de talón y una anilla, posiblemente localizada en la propia provincia, sin que se pueda precisamente más datos sobre tal extremo. Long. máx., 152 mm.; anch. cuerda filo, 41 mm.; long. hoja, 91 mm.

Bibliografía: inédita.

### PROVINCIA DE ZAMORA

#### Fradellos

En el paraje denominado El Castro, o Castrico, se halló un hacha de apéndices laterales. Fue adquirida a su propietario para depositarla en el Museo Provincial de Zamora. Long. máx., 156 mm.; anch. cuerda filo, 51 mm.; grosor, 19 mm.

Se ha efectuado un análisis espectrográfico en la misma, deparando los siguientes resultados: Filo: Cu: 72,18%, Sn: 22,30%, Pb: 3,48%, As: 0,28%, Sb: 0,135%, Ni: tr., Zn: 0,134, Fe: tr. Parte Media: Cu: 65,71%, Sn: 27,03%, Pb: 3,12%, As: 0,327%, Sb: 0,167%, Ni: tr., Zn: 0,141, Fe: tr. Talón: Cu: 70,28%, Sn: 23,66%, Pb: 3,90%, As: 0,252, Sb: 0,143, Ni: tr., Zn: 0,252, Fe: tr.

Bibliografía: ESPARZA, A., 1978, p. 346-348, fig. 1.

#### Otero de Sariegos

De las proximidades de la Salina Grande procede un cincel de cubo, recogido fortuitamente por un pastor. Long. máx., 153 mm.; diám, boca tubo, 27 mm.

Bibliografía: MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., 1982, p. 50-54, fig. 2.

#### Sansueña

Es posible que del castro del mismo nombre, entre Rosinos de Vidriales y Fuente Encalada, proceda un depósito, hoy custodiado en el Museo Diocesano de León.

1. Puñal de hoja triangular y lengüeta simple. Long. máx., 231 mm.; anch. máx., 32 mm.; anch. extremo vástago, 6 mm.; peso, 87 grs.

2. Puñal de hoja triangular y lengüeta simple. Long. máx., 215 mm.; anch. máx., 27 mm.; anch. extremo vástago, 7 mm.; peso, 70 grs.

3. Puñal de hoja triangular y lengüeta simple. Long. máx., 110 mm.; anch. máx., 30 mm.; anch. extremo vástago, 11 mm.; peso, 39 grs.

4. Punta de lanza de empuñe tubular rasgado. Long. máx., 226 mm.; long. hoja, 105 mm.; anch. máx., 15 mm. diám. boca tubo, 18 mm.

5. Hacha de talón y una anilla. Long. máx., 169 mm.; anch. cuerda filo, 45 mm.; long. hoja, 111 mm.

6. Brazaletes lisos. Long. máx., 216 mm.; grosor, 7 mm.; peso, 53 grs.

7. Brazaletes lisos. Long. máx., 201 mm.; grosor, 7 mm.; peso, 46 grs.

8. Brazaletes lisos. Long. máx., 204 mm.; grosor, 7 mm.; peso, 61 grs.

9. Bocado de caballo estructurado por dos piezas articuladas. Long. en extensión, 239 mm.; peso, 136 grs.

Un análisis químico de las piezas, ha deparado los siguientes resultados:

1.ª: Cu: 88,60%; Pb: 8,03%; Fe: 1,80%; Ag: 0,36%; Zn: 0,13%. 2.ª: Cu: 93,79%, Pb: 0,82%, Fe: 2,10, Ag: 0,11%, Zn: 0,07%. 3.ª: Cu: 88,25%, Sn: 8,30%, Pb: 0,62%, Fe: 1,05%, Ag: 0,05%, Zn: 0,04%. 4.ª: Cu: 87,43%, Sn: 9,25%, Fe: 0,43%, Ag: 0,25%, Zn: 0,05%. 5.ª: Cu: 87,30%, Sn: 8,50%, Pb: 0,10%, Fe: 0,65%, Ag: 0,14%, Zn: 0,59%. 6.ª: Cu: 81,54%, Sn: 13,30%, Pb: 0,05%, Fe: 0,80%, Ag: 0,09%, Zn: 0,08%. 7.ª: Cu: 89,29%, Pb: 8,49%, Fe: 1,10%, Ag: 0,75%, Zn: 0,41%. 8.ª: Cu: 85,41%, Sn: 10,95%, Pb: 0,74%, Fe: 1,43%, Ag: 0,13%, Zn: 0,06%. 9.ª: Cu: 94,39%, Sn: 2,10%, Pb: 0,05%, Fe: 0,80%, Ag: 0,69%, 0,08%.

Bibliografía: DELIBES DE CASTRO, G., 1977 a, p. 239-257; IDEM, 1980, p. 221-246.

**MESETA NORTE**

Casi con seguridad procedente de algún lugar de la Cuenca del Duero, conocemos un puñal de lengua de carpa con empuñadura tripartita rematada por un pivote cilíndrico. Se custodia en la colección del Instituto Valencia de Don Juan. Long. máx., 220 mm.; long. hoja, 142 mm.; anch. máx. empuñad., 31 mm.; anch. hoja, 21 mm.

Bibliografía: ALMAGRO, M., 1939-1940, fig. 1, 32; IDEM, 1940, p. 103, fig. 18, 8; MATA CARRIAZO, J. R., 1963, p. 806; ALMAGRO, M., 1966, fig. 58.



## EL BRONCE FINAL I

En consonancia con las periodizaciones que en la actualidad se aceptan para el Bronce Final Atlántico, con el que la Meseta Norte española se alinea bastante incondicionalmente, el Bronce Final I habría transcurrido entre los años 1200 y 1100 a.C.

Pese a la incuestionable vinculación occidental de nuestro territorio, la afirmación no está exenta, sin embargo, de ciertos aspectos de matiz, pues parece poco correcto admitir que los hechos aquí acaecidos ofrezcan la misma naturaleza e intensidad en sus manifestaciones, que los que se produjeron en las fases Rosnoën, en el noroeste francés; Bishopland, en Irlanda, o Penard en la Gran Bretaña, por ejemplo<sup>5</sup>. En efecto, en estas últimas, aún cuando se muestren refractarias a la colonización de los Campos de Urnas —que a la postre marcan el inicio del Bronce Final—, no por ello se van a sustraer a los influjos que de los mismos irradian, concretados en el aporte de determinados objetos metálicos que de inmediato encuentran allí excelente acogida. A su vez, tales grupos cuentan con una probada tradición metalurgista, implantada ya con fuerza desde el Bronce Antiguo y en continuo crecimiento, aspectos ambos determinantes que, hacia el 1200, los hogares atlánticos europeos inicien un proceso de florecimiento en sus producciones metálicas, cuyo cénit acaecerá algunas centurias más adelante.

Si no deja de ser cierto que la península Ibérica se hace eco de similares acontecimientos —recordemos que como en los horizontes Penard o Rosnoën, también aquí aparecen láminas de tipo Ballintober y estopes característicos de la fase gala—, éstos, tan sólo se prodigan de forma esporádica, sin comparación con el auge que adquieren en latitudes más septentrionales. El relativo aislamiento que se acepta sufrió el Occidente Peninsular durante el Bronce Medio, parece, pues, que debió perpetuarse durante la centuria correspondiente al Bronce Final I, aunque determinados hallazgos, sobre todo el importante depósito leonés de Valdevimbre, traslucirían una vocación atlántica de las comunidades meseteñas. Estas serán las protagonistas de la cultura de Cogotas I, la cual, gestada en última instancia en el mundo de Ciempozuelos, y con carácter inmediato en la segunda mitad del Bronce Medio —horizonte Proto-Cogotas—, inicia ahora su periodo de mayor implantación, ininterrumpido hasta comienzos del siglo VIII en que periclita.

<sup>5</sup> Un estudio de síntesis de las mencionadas culturas puede analizarse en: BRIARD, 1965; BURGESS, 1976; o COLES, 1979; entre otros.



## TIPOLOGIA METALICA

### 1. PUNTAS DE LANZA

Con seguridad surgidas de una secular tradición a partir de modelos líticos, no resulta, sin embargo, fácil determinar con un mínimo de precisión cual fue el origen último de las puntas de lanza metálicas; momento que no debió distar mucho de la aparición y difusión de las técnicas de tratamiento del mineral. En opinión de Childe, los primeros modelos se habrían comenzado a fabricar en los inicios del cuarto milenio.

En la Europa Atlántica, sin que sea posible establecer una conexión con el Próximo Oriente —acaso porque no exista—, los ejemplares más arcaicos datan del Bronce Antiguo inglés<sup>7</sup> —tipo Arreton Down—, si bien los modelos que en dicho periodo se desarrollan, planos con un orificio en el vástago, o con una abrazadera —«a ferrule»—, todavía distan de los de tubo y alerones, que se configurarán durante el Bronce Medio, momento en que aparecen bien representados tanto en las Islas Británicas como en el noroeste de Francia. Desde allí se habrían difundido al resto de los territorios atlánticos. Un esquema, en suma, que vendría a desacreditar la creencia, tradicionalmente admitida en la bibliografía hispana, según la cual las lanzas de matriz tubular debían adscribirse en todos los casos al Bronce Final, cuando resulta probado su origen más temprano.

Frecuentemente, la dificultad de encuadrar en uno y otro periodo —Bronce Medio o Final— estas armas no es pequeña, complicación que viene determinada no sólo por la reiterada aparición aislada de muchos ejemplares, sino también por la pervivencia de prototipos del Bronce Medio hasta entrado el siguiente periodo. Consecuencia de todo ello, y con el fin de posibilitar la adscripción temporal más ajustada de cada pieza, intentaremos establecer los rasgos genéricos que caracterizan las puntas más antiguas —del Bronce Medio e inicios del Bronce Final—, a diferencia de las que proliferarán en las dos últimas fases del Bronce Final.

Las primeras se significan por el amplio diámetro de la boca del tubo, elemento que muchas veces no alcanza la parte distal de la lanza; los orificios para remachar el pasador en el asta son grandes e irregulares, en tanto que los alerones ofrecen una gran amplitud. A estos datos globales, cabría añadir la gran homogeneidad morgológica que tales armas presentan durante el mencionado periodo. De los ejemplares inventariados, los que mejor se ajustan a estas formas, «arcaicas», son los de *Valdevimbre*, (fig. 1, 1) y *Represa* (fig. 2, 3), todos ellos leoneses.

Una de las tres lanzas del depósito de Represa, la señalada con el número 3, posee los alerones en disposición romboidal, detalle poco frecuente en los modelos de cualquier ámbito cultural europeo, aunque sea posible hallar piezas que resuman globalmente el porte de la misma. Tal es el caso de algunos ejemplares nórdicos asimilados al tipo Lüneburg<sup>8</sup> (poseen, no obstante el esquema en rombo más acusado y el tubo más largo) o las puntas del grupo francés de Rosnoën<sup>9</sup>, de hoja muy similar, pero como en el caso anterior, con el tubo exento más desarrollado. En estas mismas tierras, las piezas del depósito normando de

<sup>7</sup> GERLOFF, 1975, p. 137-140.

<sup>8</sup> JACOB-FRIESEN, 1967, p. 177-183, taf. 93, 11 y taf. 173, 3 y 8.

<sup>9</sup> BRIARD, 1965, fig. 51.

Vateville-la-Rue<sup>10</sup>, asociadas con varias espadas de muesca, o la pieza de la Grotte du Boundalaou, Aveyron<sup>11</sup>, constituirían referencias cercanas a esta de Represa. Aún reconociendo que no son demasiado precisos los paralelos utilizados, en líneas generales la cronología de aquellos se centra en un periodo que tendría sus inicios en el Bronce Medio Pleno —momento de difusión del tipo Lüneburg y de la pieza de Boundalaou—, y que no parece rebasar el Bronce Final I, si atendemos a las fechas que nos proporcionan las lanzas francesas de Rosnoën y Vateville-la-Rue; esto es, una fase acorde con la que en su tiempo postuló Almagro<sup>12</sup>: «modelos antiguos dentro del Bronce III Hispano».

Las restantes puntas de lanza, una de Valdevimbre y dos de Represa, encuentran abundantes paralelos en toda Europa Occidental. En Francia, modelos con los alerones dilatados en su base, arranque del tubo muy ancho y orificio para clavillo grande e irregular, se encuentran en los tipos bretones de Tréboul, del Bronce Medio<sup>13</sup>, y más en concreto en su variante —cronológicamente algo posterior, de finales del mismo periodo— Tréboul II<sup>14</sup>, cuya diferencia respecto a las anteriores radica en que el tubo no se interrumpe antes de alcanzar el extremo de la hoja. De la misma fecha que las precedentes, Bronce Medio III, y muy similares a las leonesas, resulta ser un ejemplar de Arnave, Ariège<sup>15</sup>, interesante por cuanto apareció en un depósito asociada con hachas de rebordes, un puñal de clavos y algunos objetos más, que de manera inequívoca le confieren esta cronología. Coincidiendo también con la segunda mitad del Bronce Medio, tales formas aparecen en Centroeuropa, en el horizonte temprano de los túmulos carpáticos<sup>16</sup>, así como en los túmulos occidentales, en las fases 4 y 5 de Ziegert<sup>17</sup>. En Europa Nórdica, ejemplares afines se constatan en el tipo Valsömagle de Jacob Friesen<sup>18</sup>, con una cronología afín a la de las puntas antes citadas. Estos esquemas no agotarán su existencia durante el Bronce Medio, siendo frecuente su hallazgo en periodos posteriores, caso de las piezas del depósito francés de Saint-Just-en-Chaussée<sup>19</sup>, acompañadas de estochos de tipo Rosnoën, ya del Bronce Final I, o incluso más tardíos, como lo demuestra la presencia de piezas próximas —con los alerones algo más reducidos— en la Ría de Huelva<sup>20</sup>.

A la vista de los paralelos manejados, parece probarse que tanto las tres piezas del conjunto de Represa como la de Valdevimbre, encuentran las réplicas más numerosas en modelos del Bronce Medio, y en menor proporción del Bronce Final I, por lo que no debemos descartar que las mismas puedan representar incluso las primeras piezas tubulares de la Cuenca, acaso auténticas importaciones. Su cronología, más ambigua en el caso de Represa, pues el depósito donde se hallaron no deparó otros objetos, con pocas dudas quedaría afianzada entre el Bronce Medio III / Bronce Final I, a partir del escondrijo a que pertenece la de Valdevimbre<sup>21</sup>.

## 2. REGATONES

Constituyen elementos que, a manera de casquillos se engastaban en el extremo inferior de las lanzas haciendo de contrapeso, a la vez que de recurso defensivo y contera. Su difusión atañe especialmente a la Edad del Hierro, y tan sólo de forma esporádica, por lo que a la Cuenca del Duero se refiere, se constatarán en el Bronce Final. De la escasez de tales objetos daría cuenta que junto con tres ejemplares meseteños —Valdevimbre, Coaleda, y un tercero del Berrueco— en el resto del territorio Peninsular los modelos

<sup>10</sup> VERRON, 1973, p. 397-398, fig. 46.

<sup>11</sup> CLOTTES et CONSTANTINI, 1976, p. 473, fig. 2, 7.

<sup>12</sup> ALMAGRO, 1967, E. 15, 1-(1).

<sup>13</sup> BRIARD, 1965, p. 86.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

<sup>15</sup> GUILAINE, 1972, p. 140-142, fig. 44.

<sup>16</sup> GIMBUTAS, 1965, p. 72, fig. 32, 5.

<sup>17</sup> ZIEGERT, 1953, taf. 5 y 13.

<sup>18</sup> JACOB-FRIESEN, 1967, p. 117-136.

<sup>19</sup> BLANCHET et MOHEN, 1977, p. 474-475.

<sup>20</sup> ALMAGRO, 1958, E. 1, 39-(19), 93.

<sup>21</sup> Este depósito ha sido objeto de un pormenorizado estudio (DELIBES y FERNANDEZ MANZANO, 1982, p. 101-119) tras el cual, creemos existen razones más que probadas para considerar que su ocultación debió producirse en un momento próximo al 1250 a.C.

difundidos se reducen a los treinta y ocho de la Ría de Huelva<sup>22</sup> los extremeños de Cabezo de Araya<sup>23</sup> y un pequeño grupo de piezas portuguesas, en torno a la media docena<sup>24</sup>, ninguna de las cuales responde a los esquemas de los de la meseta Norte. En todos los casos aparecen con el extremo rematado mediante un ensanchamiento en forma de botón que, acompañando a tubos largos —salvo unos pocos ejemplares italianos de Sa Idda<sup>25</sup>— parecen constituir manufacturas de genuina raigambre hispana, conocidos con la denominación «tipo Huelva».

Ninguno de los tres regatones que se conocen en la Cuenca del Duero, ofrecen vinculaciones tipológicas entre sí, pudiendo tan sólo adscribir al Bronce Final I el de *Valdevimbre* (fig. 1, 2). Sus rasgos se concentran en la disposición lisa del tubo, que ofrece un pequeño orificio algo alejado de su zona proximal, cuya finalidad sería insertar un pasador para sujetar la pieza al astil. Tipológicamente, idénticos ejemplares se documentan —no sin ciertos problemas de datación<sup>26</sup>— en conjuntos británicos de transición entre el Bronce Medio / Final, como los de Westh Meath, Flynhonnau y Ambleside<sup>27</sup>, prototipos a su vez derivados de los que Butler<sup>28</sup> considera los más antiguos de Europa, cuya cuna se localizaría en tierras nórdicas en el Montelius III tardío.

Con cierta anterioridad a los paralelos citados, e igualmente afines al regatón leonés, se conocen otros en el Medio Oriente, caso de los persas de Djamshidi<sup>29</sup> datados en el periodo IV de la fase homónima —3100/1700 a.C.—; pudiendo fecharse los caucásicos de Beshtasheni y Samthavro<sup>30</sup>, entre 1300/1100, coincidiendo con el Bronce Final I atlántico. No tenemos constancia, sin embargo, de que tales modelos —anteriores en el primer caso al Bronce Final— se hayan difundido por el Mediterráneo hasta alcanzar tierras hispanas, pues los que se constatan en Italia, por ejemplo<sup>31</sup>, son de las postrimerías del Bronce Final, ofreciendo además notables variaciones formales en relación con el de *Valdevimbre*. Debemos, pues, desechar las rutas meridionales como vía de penetración Peninsular de estos modelos, posición ya intuida en su momento por Almagro<sup>32</sup>.

Será de nuevo la cronología del conjunto en que fue hallado donde encontremos la razón más sólida para su datación —Bronce Medio III / Bronce Final I—, toda vez que este ejemplar, presumiblemente, habría estado embutido en el mismo astil que la punta de lanza analizada con anterioridad.

### 3. PUÑALES

Salvo aquellos ejemplares matizados por alguna de las características que acompañan a formas bien definidas del Bronce Final —pistiliformes o de lengua de carpa—, el resto de los puñales meseteños, por lo general, no responden a tipologías netas, como acontece a tales armas en otros territorios europeos. Tomando como observación este hecho, tan sólo pueden adscribirse inequívocamente al Bronce Final I los ejemplares de *Valdevimbre* (fig. 1, 6 y 7), siendo probable que el salmantino de *El Berrueco* (fig. 3, 1) ofrezca idéntica datación.

Especial significado poseen los dos modelos leoneses por responder a formas arcaicas dentro de la Edad del Bronce, en principio varios siglos alejadas del horizonte que ahora analizamos. Ambos coinciden en

<sup>22</sup> ALMAGRO, 1958, E. 1, 39 (30) y 39 (32).

<sup>23</sup> *Idem*, 1960, F. V, E. 4, (43)-8.

<sup>24</sup> KALB, 1980, Abb. 9, 43 y Abb. 13, 57.

<sup>25</sup> ALMAGRO, 1940, p. 110, fig. 30, 3, 4, 7 y 8.

<sup>26</sup> Todos estos conjuntos plantean ciertos problemas de datación, ya que, mientras Burgess (BURGESS, 1976, p. 205-207) afirma que deben situarse en su fase Penhard, asimilable al Ha A Temprano y al Bronce Final I, Rowlands (ROWLANDS, 1976, p. 46), sobre la base de la presencia en los mismos de palstaves de su clase 5, grupo 1, sugiere indirectamente su paralelismo con el Ornament Horizont, más aún recordando que el citado tipo de hacha es réplica del modelo normando de la «región ecléctica» de Smith, Bronce Medio III/Bronce Final I (BRIARD et VERRON, 1976, p. 91-95).

<sup>27</sup> ROWLANDS, 1976, p. 61.

<sup>28</sup> BUTLER, 1963, p. 133.

<sup>29</sup> SCHAEFFER, 1948, p. 464, fig. 250.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 504, fig. 272.

<sup>31</sup> MULLER KARPE, 1959, taf. 40, D-3, taf. 65, G-4 y taf. 128, A-9.

<sup>32</sup> ALMAGRO, 1940, p. 136.

determinados rasgos formales —silueta de la hoja triangular y sistema de empuñadura con clavos—, si bien, responden a modelos básicamente distintos. El de mayor tamaño se caracteriza por tener la hoja completamente plana, así como por contar en la placa de sujeción, redondeada, con sólo dos orificios para otros tantos clavos. Sin que pueda aceptarse, como señalara Blance<sup>33</sup>, su vinculación directa con ejemplares argáricos, y más de acuerdo con el calificativo de «paraargárico» o «argaroides» con que los definiera Monteagudo<sup>34</sup>, a partir del estrangulamiento que deslinda la placa de la hoja, sería posible establecer una comparación con los puñales triangulares del Bronce Antiguo europeo. Tal comparación, sin embargo, ofrece tan sólo una relativa validez, pues en estos últimos, los orificios para los pasadores superan el número de tres, poseyendo en ocasiones una decoración más o menos barroca en la hoja<sup>35</sup>. La pieza leonesa, en definitiva, no posee el carácter europeo neto que singulariza a unos pocos puñalitos ibéricos, el de Alcobaca<sup>36</sup> por ejemplo; si bien no se aleja demasiado de algunas variantes de aquellos, el almeriense de Lugarico Viejo<sup>37</sup>, entre otros, en los que el influjo de los aludidos modelos europeos es en verdad transparente. Los paralelos aducidos nos llevan a unas fechas posteriores a 1650 a.C., que son las iniciales de los tipos denominados «europeos», y necesariamente anteriores a 1450, momento en que los mismos declinan bruscamente.

El puñal más pequeño ofrece una serie de rasgos que nos hace pensar en fechas más avanzadas. Estos se cifran en un sólido nervio central en la hoja y en una placa de empuñadura ancha y con cuatro orificios para clavos, la cual, lamentablemente, se halla recortada en el extremo superior, impidiendo así precisar su forma. Presumiblemente habría sido rectangular con los ángulos redondeados, en una disposición similar a la que poseen las armas de Cano<sup>38</sup> y Vale do Corvalho<sup>39</sup>, en Portugal; o Atalayuela<sup>40</sup> y Roufeiro<sup>41</sup>, en Valencia y Orense, respectivamente, ésta con sólo dos orificios, en vez de los cuatro que tiene la pieza de Valdevimbre. La cronología en los tres primeros casos se aproxima al término del Bronce Antiguo e inicios del Bronce Medio, algo desfasada en relación al ejemplar orensano, anterior al 1550 a.C. Estos modelos, sin embargo, no constituyen prototipos exclusivamente arcaicos, pues su uso continuará durante el Bronce Medio<sup>42</sup>, y aún durante el Bronce Final, uno de ellos constatado en la estación de la cultura de Cogotas I de San Román de la Hornija<sup>43</sup>. Por su parte, la disposición trapezoidal de los orificios de este ejemplar en la placa de empuñadura —habitual en algunos puñales del Argar B<sup>44</sup>—, así como su posible conexión con formas ojivales del Bronce Medio centroeuropeo<sup>45</sup>, constituirían argumentos para apoyar el carácter tardío de dicha pieza.

La singularidad del puñal nos obliga a reconocer lo aventurado de alguno de los paralelos citados en nuestra búsqueda de fechas posteriores al Bronce Antiguo; aunque es igualmente cierto que otros muchos indicios permiten sugerir un estancamiento tipológico de los útiles ibéricos de metal durante el Bronce Medio —entre ellos los puñales— y consiguientemente una perduración de modelos arcaicos con mínimas innovaciones, como podría ser en nuestra pieza su sistema de clavos.

<sup>33</sup> BLANCE, 1971, p. 145.

<sup>34</sup> MONTEAGUDO, 1977, p. 98-99.

<sup>35</sup> UENZE, 1938, *passim*; MILLOTTE, 1963, p. 83-85; HUNDT, 1970, *passim*; *Idem*, 1971, p. 1-50; BILL, 1973, p. 28-34. Para algunos tipos atlánticos, véase: GERLOFF, 1975; HARBISON, 1969; MOHEN, 1977; etc.

<sup>36</sup> VIEIRA NATIVIDADE, 1899, p. 433 y ss.; HARRISON, 1974, p. 63, fig. 4. En torno a otras piezas «rodanianas», incluso con mango macizo de metal, se ha especulado sobre su procedencia hispana, dado que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid; véase sobre ello: GUI-LAINE, 1972, p. 54.

<sup>37</sup> SIRET, 1890, lám. 16, n.º 9.

<sup>38</sup> JUNGHANS, SANGMEISTER y SCHRÖDER, 1969, lám. 52, 2, 3, n.º 1517-1526.

<sup>39</sup> SCHUBART, 1973, p. 265, fig. 11, B.

<sup>40</sup> BLANCE, 1959, 9, 4y 9, fig. 3, 12 y 13.

<sup>41</sup> LOPEZ CUEVILLAS, 1955, p. 104 y ss.

<sup>42</sup> CLOTTE et CONSTANTINI, 1976, p. 474, fig. 3, 23.

<sup>43</sup> Gracias a la amabilidad del Prof. Delibes, sabemos de la existencia de un puñal, todavía inédito, que procede de la estación vallisoletana, de tipo Cogotas I, de San Román de Hornija.

<sup>44</sup> BLANCE, 1971, p. 146-147; RUIZ GALVEZ, 1977, p. 104, fig. 10. Para la proyección de estos datos sobre el suroeste, véase: SCHUBART, 1975, p. 75-76.

<sup>45</sup> Las similitudes con estos tipos se centran fundamentalmente en la placa de empuñadura, casi siempre con los orificios en trapecio; no así en la hoja, ojival, con los bordes convexos. Los ejemplares de Huevre Magny, en el Jura (MILLOTTE, 1976, p. 489, fig. 2, 8) o de Balsac, en Gironde (COFFYN, 1976, p. 535, fig. 2, 8), entre otros muchos, representarían la proliferación de tales láminas.

Acercas del puñal de El Berrueco, y por lo que a su lengüeta se refiere, el rasgo más notable de la misma se concreta en que los flancos se ensanchan desde la base, plana, hasta el contacto con la hoja. Dos orificios colocados en vertical —todavía conservan los remaches— facilitarían la colocación de las cachas para el empuñamiento. La hoja presenta en el inicio un ligero ensanchamiento en relación con la lengüeta originando la aparición de dos pequeños «hombros»; discurrendo sus bordes paralelos hasta parte distal donde se tornan convexos para estructurar la punta. Las secciones son romboidales.

Se conocen en la Península algunos puñales de este tipo relacionados con hallazgos de órbita atlántica, caso de los portugueses de Maçao<sup>46</sup> o los burgaleses de Huerta de Arriba, que inicialmente pudieran servir de referencia cultural para este ejemplar. Debemos reconocer, sin embargo, que en ningún caso las similitudes son demasiado evidentes, e incluso, el horizonte cronológico de alguno de estos depósitos, como el ya citado de Maçao —datado en el Bronce Final III<sup>47</sup>— supondría a priori posterioridad a la lámina salmantina, hallada junto con cerámicas excisas y del boquique, cuyas fechas en pocos casos, y a la vista de las clasificaciones actuales, parecen alcanzar la modernidad del conjunto portugués. Consiguientemente, y a falta de otras evidencias, resultaría problemática la relación del puñal salmantino con otros atlánticos, sin que por ellos debamos prescindir de tal posibilidad, teniendo en cuenta que hachas de talón y un brazalete —casi con seguridad de tipo Bignam—, entre otros objetos, se constatan en la misma estación arqueológica.

Un excelente paralelo, de los mejores que conocemos, lo constituyen los ejemplares del pequeño depósito lusitano de Lama de Chá, en Outeiro do Rego<sup>48</sup>, compuesto por tres puñales —identificados repetidas veces como puntas de lanza—, y una punta de lanza. En efecto, las coincidencias formales, especialmente con el inventariado en segundo lugar, resultan notorias, pues tanto la distribución de la lengüeta con dos orificios, como la existencia de sendos «hombros» con los que se inicia la hoja en su zona proximal, son de gran parecido con la salmantina. Todas estas piezas presentan a su vez abundantes paralelos con los tipos de Campos de Urnas del Norte de Italia, correspondientes al grupo de Preschiera<sup>49</sup>, relación que ya nos recuerda Santos Junior<sup>50</sup>, y que por extensión pudiera ser igualmente válida para nuestro ejemplar.

Desde el punto de vista cronológico resultaría correcto este esquema teniendo en cuenta que las fechas otorgadas por Muller Karpe<sup>51</sup> al mencionado grupo italiano, Bronce D, coinciden con el inicio de la plenitud de la fase Cogotas I, esto es, hacia el 1200 a.C.; pudiendo incluso ajustarse más, si consideramos un breve periodo en la difusión del tipo. Más problemática resulta, por el contrario, justificar la presencia de un elemento centroeuropeo en el occidente de la Meseta, y más aún en un momento relativamente temprano; acaso, y mientras no surja algún hallazgo que lo corrobore, porque su importancia fue muy reducida, o tal vez porque no llegaron hasta aquí. A pesar de todo, no resultan excepcionales en el Oeste Peninsular —aunque con una datación algo más moderna— elementos relacionados con aquella cultura<sup>52</sup>, lo que nos lleva a no desdeñar tal filiación.

No nos atrevemos, en definitiva, a pronunciarnos sobre el origen del puñal, puesto que si la tipología nos conduce a centroeuropa, la inexistencia de otros ajuares relacionados de forma clara con este ambiente, nos permite cuando menos valorar el dato con ciertas dudas. Por último, podría ser de cierto interés para la clasificación temporal de esta pieza el hecho de que, al igual que acontece con ciertos modelos —caso de los ya citados de Peschiera, que representarían la primera producción en Centroeuropa de armas con empuñadura bipartita, en los inicios del Bronce Final—, el puñal salmantino, sin ser exactamente ese tipo, podría constituir uno de los primeros de lengüeta compuesta de la península Ibérica. De cualquier forma, lo que resulta claro, es que se trata de un objeto asimilado a la cultura de Cogotas I, y como tal su cronología ha de situarse entre los siglos XII e inicios del VIII.

<sup>46</sup> JALHAY, 1944, p. 262-277.

<sup>47</sup> FERNANDEZ MIRANDA y RUIZ GALVEZ, 1980, p. 68.

<sup>48</sup> SANTOS JUNIOR, 1967-1968, p. 339-342.

<sup>49</sup> MULLER KARPE, 1959, taf. 106 y 107.

<sup>50</sup> SANTOS JUNIOR, 1967-1968, p. 345.

<sup>51</sup> MULLER KARPE, 1959, abb. 64.

<sup>52</sup> RUIZ GALVEZ, 1979 a, en prensa.

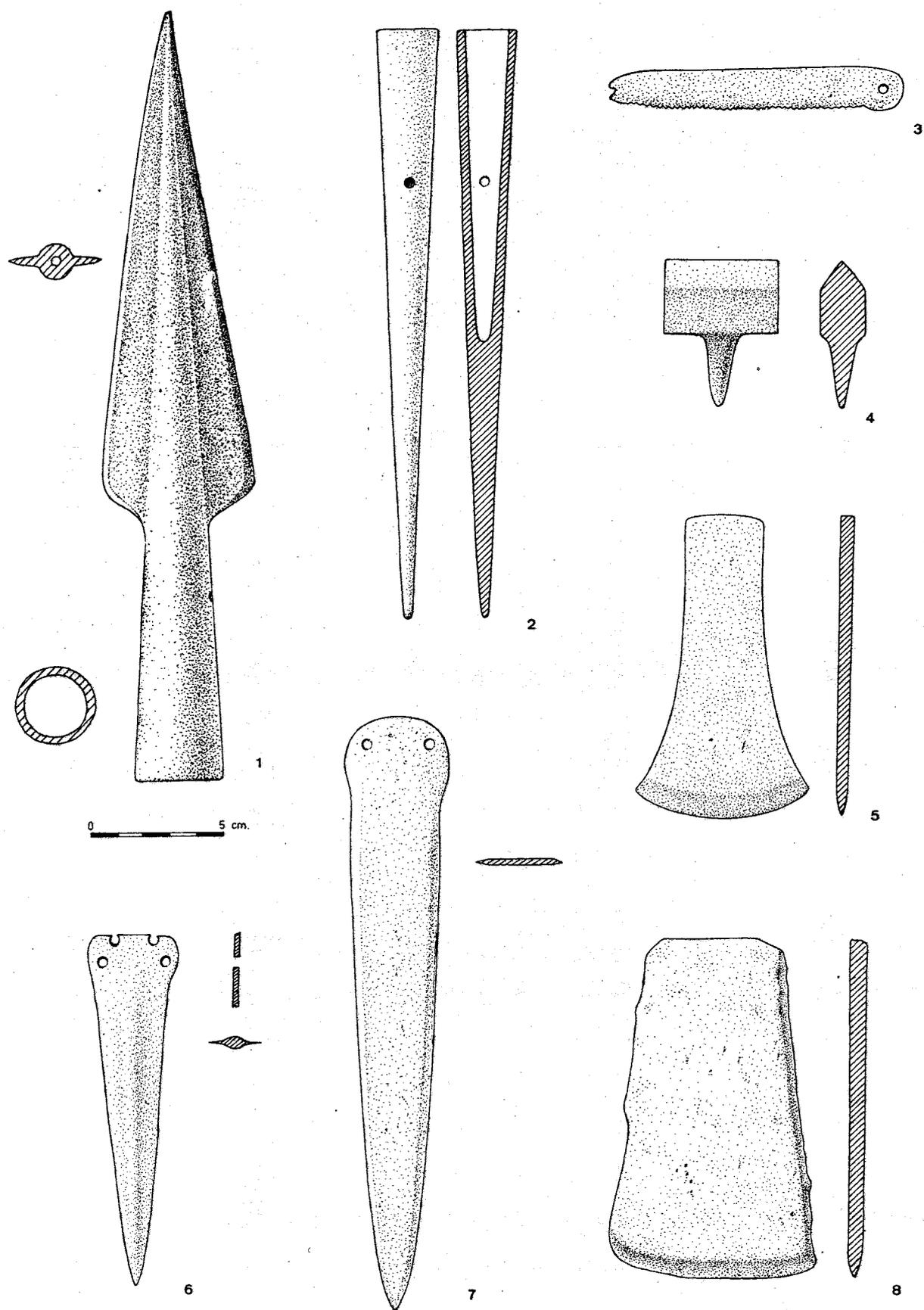


Fig. 1. Depósito de Valdevimbre (León).

#### 4. HACHAS DE TALON

Constituyen formas conseguidas a partir de la evolución de las hachas de rebordes, cuyas características más importantes, prescindiendo del gran número de tipos y subtipos existentes, vienen determinadas por los siguientes elementos: zona proximal o garganta, parte que pudo servir para fijar un mango; el talón o tope, saliente transversal que une la garganta con la hoja, esta última rematada en forma de corte o filo, y con frecuencia presentando nervios de robustecimiento o algún tipo de decoración; y las anillas o asas —sin ellas, una o dos—, colocadas en los flancos y con la misión de servir de soporte para hilvanar las ataduras que fijarían la pieza a un mango.

Conocidas en ambientes centroeuropeos de la Cultura de los Túmulos<sup>53</sup>, parece claro que el origen de los modelos ibéricos ha de buscarse en el Sur de Inglaterra y costas francesas del Noroeste. Efectivamente, en las Islas Británicas los primeros palstaves, sin asas, datan de la primera mitad del Bronce Medio, al término de la fase Arreton Down y durante la de Acton Park, fecha que igualmente coincide con la de su aparición en tierras bretonas —Horizonte Tréboul— en el Bronce Medio II<sup>54</sup>. Será en estas mismas latitudes, en el Bronce Medio III, donde surgirán los primeros ejemplares con una anilla, todavía basados en los esquemas de los modelos más clásicos, evolucionando en algunos de sus aspectos morfológicos —la garganta se va haciendo más ancha, el tope y los nervios cada vez más marcados, etc.— durante el Bronce Final, periodo este en que adquirirán su máximo desarrollo. Su producción sufrirá un rapidísimo declinar en Europa Septentrional hacia la mitad del Bronce Final —paradójicamente en aquellas latitudes que vieran su nacimiento—, pero no así en la Península Ibérica, donde llegará a constituir el tipo más difundido.

La presencia de hachas de talón en la Península ha de relacionarse en primera instancia con la importación de ejemplares sin asas desde las zonas en que se inventaran, casi con seguridad consecuencia de intercambios comerciales por vía marítima<sup>55</sup>. Tal acontecimiento quedaría patente ante la existencia de una decena de piezas sin anillas localizadas en la cornisa cantábrica, cuya morfología, en todos los casos, no representarían más que auténticas reproducciones de modelos ultrapirenaicos<sup>56</sup>. Al igual que aconteció con los palstaves sin asas, es probable que la introducción de las primeras hachas con una anilla estuviera determinada por importaciones desde los centros productores atlánticos, en un momento que no debió distar mucho del de su aparición, cuando más en los inicios del Bronce Final. Una vez asumida su idea por los talleres bronceístas del Noroeste Peninsular, éstos habrían desarrollado tipos propios matizados por las peculiaridades metalúrgicas y gustos de cada región. La consecución de palstaves de dos anillas, comunmente considerados como prototipos ibéricos, se habría iniciado con ligera posterioridad a las de un asa, acaso en el mismo Bronce Final I, continuándose ya su fabricación de forma contemporánea. La presencia en diversos hallazgos cerrados de ejemplares de una y dos anillas —Huerta de Arriba, Covaleda, etc.— avalarían la corrección del planteamiento, desacreditando la creencia tradicionalmente admitida<sup>57</sup>, según la cual, los modelos de dos asas siempre supondrían posterioridad respecto a los de una.

El hacha de talón constituye, sin duda alguna, el tipo metálico más difundido en el Norte y Oeste peninsulares durante el Bronce Final, hecho que ha motivado la realización de abundantes trabajos orientados tanto a su análisis tipológico como a su posible funcionalidad<sup>58</sup>. Sobre el segundo de los aspectos, la atención se centró en la posición de la pieza respecto al mango —perpendicular o paralelo—, en virtud de lo cual se le confería a la misma un carácter de arma o herramienta, respectivamente. Castillo<sup>59</sup>, en su momento, aceptará la viabilidad de sendas soluciones sin que una determinase la exclusión de la otra, aumen-

<sup>53</sup> ELUERE, 1982, p. 167, fig. 161.

<sup>54</sup> ROWLANDS, 1976, p. 180.

<sup>55</sup> SAVORY, 1951, p. 330-337.

<sup>56</sup> La problemática de los palstaves sin asas de la península, aparece tratada con cierta profundidad en: DELIBES DE CASTRO y FERNANDEZ MANZANO, 1977, p. 165-179.

<sup>57</sup> CHILDE, 1939, p. 322-324; DECHELETTE, 1924, p. 241-249.

<sup>58</sup> Efectivamente, es abundante la bibliografía referida a estos objetos, y entre ella, siguiendo un orden cronológico: CARTAILHAC, 1896; ALVES PEREIRA, 1903, p. 136; SIRET, 1913, p. 343-346; CASTILLO LOPEZ, 1927, p. 5-50; MAC WHITE, 1951, p. 65-66; MONTEAGUDO, 1965, p. 11-35; *Idem*, 1977.

<sup>59</sup> CASTILLO LOPEZ, 1927, p. 21.

tando así, en consecuencia, el número de servicios que la pieza podría realizar. Tales acepciones, utilitaristas, comenzarían, sin embargo, a perder consistencia desde el momento en que la composición química varía sus porcentajes para dar paso a una merma del cobre y estaño en beneficio del plomo, hecho que motivará la menor resistencia y efectividad de tales objetos en el momento de realizar cualquier labor de golpeado. A ello habría que añadir, coincidiendo con la expansión del nuevo elemento metálico, el plomo, la existencia de hachas con muñón de fundición, lo que determinaría la imposibilidad de ser enmangadas.

Estas observaciones nos llevan a poner en duda la validez de las atribuciones más difundidas —armas o herramientas—, para analizar otros plantemientos, como el ya enunciado por Siret<sup>60</sup>, de carácter «votivo», sin descartar que pudieran tratarse de «piezas-moneda» para efectuar intercambios comerciales, o, como más recientemente se ha planteado para las hachas de cubo francesas: «reservas metalíferas, stocks de metal listos para ser utilizados en la consecución de cualquier objeto»<sup>61</sup>.

De todas estas consideraciones, pese a ser imprecisas en unos casos, e incluso contradictorias en otros, se pueden atisbar, sin embargo, una serie de aspectos suficientemente expresivos para intentar desvelar la auténtica significación de tales objetos. Así, un análisis de su estado de conservación actual, permite apreciar que un elevado porcentaje de las piezas, incluso en el filo, aparecen sin grandes deterioros como debiera corresponder a un instrumento dedicado a herramienta —azada, útil de tala, etc.—. Tal circunstancia podría quizá hallar explicación en el hecho de que el afilado hubiese constituido práctica habitual; posibilidad que, no obstante, ofrece escaso crédito, dado que el número de reparaciones tendría que haber sido mínimo; aspecto deducible de la pervivencia de las proporciones internas —hoja / garganta—, y tomando como referencia los moldes de fundición conocidos. Por su parte, la dureza de las hachas, incluso de aquellas con escasa proporción de plomo, frecuentemente aparece mermada por la existencia de pequeñas concavidades en su estructura interna ocasionados por un usual defecto en el proceso de enfriamiento de la colada en los moldes, y que cuando son abundantes, hecho que sucede con no poca frecuencia, limitan considerablemente la solidez del instrumento, tornándolo frágil y quebradizo<sup>62</sup>.

Entendemos, pues, que estas piezas, cuya función no debió variar sustancialmente desde que aparecieron, presentan un carácter no utilitario, justificado aún más, junto a las razones expuestas, por el alto contenido en plomo de las más tardías —en algunas incluso es exclusivo<sup>63</sup>— y la existencia de otras —Lancia o Villamizar, por ejemplo— con decoración figurada en sus caras, elemento absolutamente supérfluo si estuvieran destinada a un fin de golpeado o corte.

No deja de ser cierto, sin embargo, que se conocen algunos ejemplares con evidentes muestras de haber sido sometidas a martilleo, mostrando con ello que en determinados casos sí pudieron usarse como herramienta, aunque tal hecho bien pudo suceder en épocas posteriores. Por todo ello, pensamos que la consideración de stock propuesta para los modelos galos de cubo, puede ser la adecuada para los de talón Peninsulares, que, como aquellos, también en alguna ocasión<sup>64</sup> han sido hallados formando cuantiosas concentraciones —de algunos centenares—, sin que se percibiese en ellos ninguna huella de uso.

Pese a que a grandes rasgos todas las hachas de talón participan de las mismas características, resulta evidente la existencia de variaciones morfológicas en alguno de sus componentes, suficientes para individualizar una serie de grupos, en determinados casos con claras implicaciones cronológicas. En un intento de establecer una clasificación válida de tales objetos, muchos son los rasgos formales en que podemos basarnos: según la forma del filo (recto o más o menos curvado), el discurrir de los lados de la hoja (más o menos abiertos), número de nervaduras o cualquier tipo decorativo en las caras de la hoja, disposición del tope (recto o curvado), anchura de las secciones, acabado técnico... y otro gran número de posibilidades que nos conducirían a una clasificación metódica y exhaustiva, válida tipológicamente, pero no tanto por su transcendencia histórica. A su vez, en nuestro caso, la posibilidad de utilizar análisis químicos y metalográficos como respaldo cronológico a los diversos tipos, resulta en la actualidad mínima dada la

<sup>60</sup> SIRET, 1913, p. 335.

<sup>61</sup> RIVALLAIN, 1971, p. 138.

<sup>62</sup> SIERRA RODRIGUEZ, 1978, p. 30.

<sup>63</sup> Sobre este tipo de hacha, plúmbeas, se conoce alguna en territorio peninsular (LLANOS, 1970, p. 48) y son abundantes en Francia, por ejemplo —aquí de cubo—, personalizadas en el tipo Pleucadeuc (BRIARD, 1965, p. 267-270).

<sup>64</sup> Un ejemplo significativo de depósito con gran número de hachas de talón, lo constituye el pontevedrés de Samieira, próximas a las dos centenas (GARCIA Y BELLIDO, 1946, p. 263-265).

escasa importancia cuantitativa de los mismos. Ante tal evidencia, no nos resta otra solución que recurrir a la tipología, en su sentido más clásico, como elemento sistematizador, precisando en tal sentido que, dado el carácter artesanal de las producciones de la época, somos partidarios de valoraciones que incluyan genéricamente los rasgos básicos de las diversas piezas, pero que a la postre puedan ofrecer una mayor significación.

Parece correcto identificar en este periodo, Bronce Final I, los ejemplares de un asa que, como los santanderinos de Novalés y Requejo<sup>65</sup>, entre otros, poseen unos rasgos claramente afines a aquellos del occidente europeo que les sirvieran de inspiración. Aunque carentes de la nitidez tipológica de los cántabros citados, dos son los modelos meseteños que podría presentar esta cronología: uno de *Diego Alvaro* (fig. 2, 2) en Avila y otro soriano de *Beratón* (fig. 2, 1).

El hacha de Diego Alvaro ofrece un dato ciertamente singular, en cuanto que sus proporciones hoja / garganta son ligeramente favorables a la primera, como sucede con los palstaves bretones del Bronce Medio / Final<sup>66</sup>, y a diferencia de los tipos hispanos, cuya hoja puede incluso duplicar la longitud de la garganta. Las caras se significan por su dilatada anchura en relación con la longitud total, sin que aparezcan compensadas con fuertes secciones, por el contrario sumamente delgadas. Para su datación podría tenerse en cuenta la distribución de los elementos internos —hoja/garganta—, encontrando abundantes paralelos, junto a los bretones señalados, en los también galos de la Charente<sup>67</sup>, entre otros, o algunos británicos<sup>68</sup> del Bronce Final I; sin obviar, pese a la corrección de las equivalencias citadas, que la pieza ofrece determinadas discordancias con aquellas —secciones estrechas o pequeño tamaño— que, cuando menos, nos obliga a aceptar la validez del paralelo con ciertas precauciones.

El segundo ejemplar, de Beratón, posee la peculiaridad de carecer de nervios en la hoja, aunque lo más notable de la misma reside en la garganta, sólo esbozada por dos rebordes laterales que, partiendo del tope apenas si alcanzan la tercera parte de la longitud que le sería habitual. Sus flancos discurren paralelos en casi todo su desarrollo, salvo un ligero ensanchamiento en la parte distal para estructurar el filo, ligeramente curvo. Aparentemente, muchas de estas características podrían inducir a que identificáramos el palstave soriano con los más típicos gallegos, de hoja rectangular y corte pequeño. Las diferencias, no obstante, son notorias, pues ninguna pieza del noroeste que conozcamos participa de la semiatrofia de la garganta, y menos aún que la hoja ofrezca un carácter plano y tan robusto como la que esta posee. Será de nuevo en el Norte y Oeste francés<sup>69</sup> donde hallemos las equivalencias más ajustadas, pues como aquellos, pese a que existen algunas diferencias de matiz, posee unas fuertes secciones, la garganta poco marcada, los perfiles escasamente inflexionados y el filo casi recto; coincidencias, en suma, más que suficientes para poder considerar a este pieza como un modelo arcaico, de los primeros de un asa que debieron fundirse en la Península, sin descartar constituya una auténtica importación.

<sup>65</sup> MONTEAGUDO, 1977, taf. 96, 905 y 906.

<sup>66</sup> BRIARD, 1965, p. 84-86.

<sup>67</sup> GOMEZ, 1980, fig. 50, 3, 4 y 6.

<sup>68</sup> PEARCE, 1983, plate 63, 512 y plate 80, 697.

<sup>69</sup> BRIARD, 1965, fig. 50, 4.

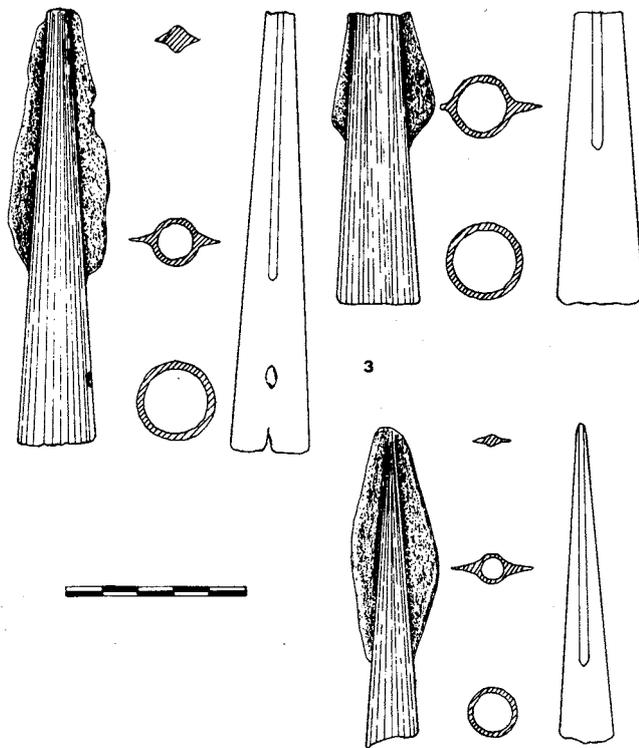
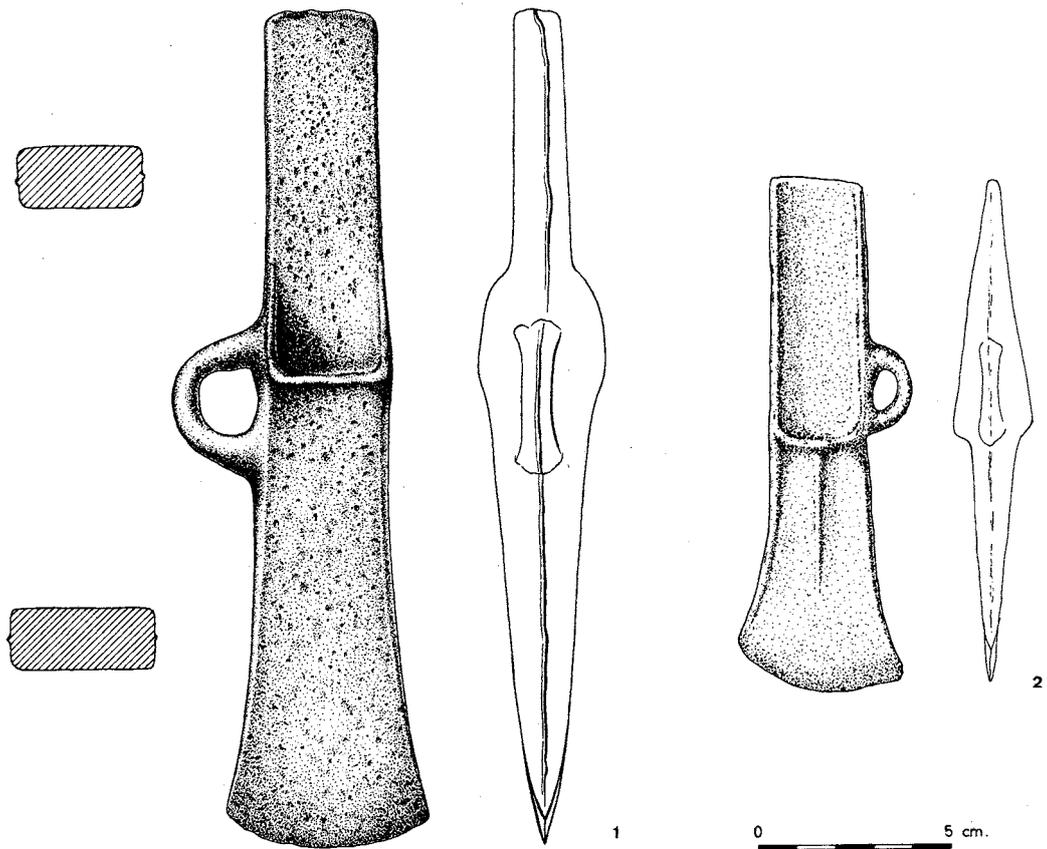


Fig. 2. 1. Beratón. 2. Diego Alvaro. 3. Depósito de Represa (según Almagro).

## 5. HACHAS PLANAS

Aunque resulta ser uno de los útiles metálicos más arcaicos, ligado a la misma aparición de la metalurgia, curiosamente, por la simplicidad de su diseño, a la postre la causa de su vigencia funcional, perdurarán en la Península durante un amplio periodo, rebasando incluso los límites de la Edad del Bronce<sup>70</sup>. En este Bronce Final I se integrarían dos piezas halladas en el escondrijo leonés de *Valdevimbre* (fig. 1, 5 y 8).

La primera de ellas, de forma rectangular con un extremo ligeramente ensanchado, ofrece un relativo interés por cuanto su esquema, absolutamente atípico, no puede ser tenido en cuenta como referencia cronológica de interés. Tan sólo la posible presencia de rebabas de fundición —existentes según se desprende del dibujo que de la misma nos proporciona Luengo— permite suponer que nos hallamos ante un fabricado cuando menos del Bronce Medio, momento en que se generaliza la técnica del molde bivalvo.

El segundo ejemplar concreta su morfología en el desarrollo paralelo de los flancos durante un tramo próximo a la mitad de su longitud total. Desde dicho punto, los perfiles se distienden de forma acusada, delimitando un corte bastante curvado, cuya cuerda duplica la anchura de la base. Los paralelos más antiguos de hachas así caracterizadas adquieren especial frecuencia en las Islas Británicas —tipo irlandés de Balleyvalley o inglés de la fase Bush Barrow o Wessex I— correspondientes al Bronce Antiguo<sup>71</sup>, momento coincidente con el de su fabricación en tierras francesas<sup>72</sup>. En territorio peninsular las mejores equivalencias, sin duda, se rastrean en el Noroeste, entre la desembocadura de los ríos Miño y Duero, especialmente con el tipo que Harbison<sup>73</sup> denominara Barcelos datado en momentos avanzados del Bronce Medio. De similar cronología, o acaso ya del Bronce Final I, sería un ejemplar coruñés localizado en Campos<sup>74</sup>, no muy alejada de la que ofrecen los modelos meseteños de Los Tolmos de Caracena (Soria)<sup>75</sup> y Las Cogotas (Avila)<sup>76</sup>, hallados ambos en asociación con materiales del recién bautizado «horizonte Protocogotas»<sup>77</sup>.

Creemos por todo ello, que la continuidad de este tipo de hachas planas desde el Bronce Antiguo, en que vieran su nacimiento, aparece suficientemente justificada, incluso con argumentos estratigráficos, hasta el Bronce Final I; sin olvidar que se conocen hallazgos con piezas similares aún de cronología más moderna, como es el también meseteño de Coruña del Conde, del Bronce Final II, por no citar los difundidos moldes de arenisca de Cabezo de Monleón<sup>78</sup> que, una vez más, demostrarían la actualidad de un útil tan arcaico con posterioridad al 700 a.C.

## 6. SIERRAS

La esterotipa formal de las sierras a lo largo de la Edad de los Metales, constituye probablemente la razón principal de que no exista estudio sistemático alguno que trate la evolución de las mismas. Al valorar la pieza de *Valdevimbre* (fig. 1, 3) única conocida en la región, Luengo la encuadró simplemente entre los elementos del conjunto que juzgó más arcaico dentro del depósito<sup>79</sup>, sin plantearse mayor problemática, lo cual resulta demasiado impreciso a tenor de que su morfología permite alguna consideración tipológica de mayor alcance.

<sup>70</sup> BELTRAN, 1961, p. 149-150.

<sup>71</sup> HARBISON, 1969, p. 78, pl. 37-67.

<sup>72</sup> CORDIER, 1976, p. 554.

<sup>73</sup> HARBISON, 1969, p. 115.

<sup>74</sup> LOPEZ CUEVILLAS, 1933, p. 50-51, lám. IV.

<sup>75</sup> JIMENO MARTINEZ, 1978, p. 538 y ss.

<sup>76</sup> CABRE AGUILO, 1930, p. 41-42, lám. XI, 3.

<sup>77</sup> DELIBES DE CASTRO y FERNANDEZ MANZANO, 1981, p. 66.

<sup>78</sup> BELTRAN, 1961.

<sup>79</sup> LUENGO, 1941, p. 133.

Se trata de una cinta con pequeños dientes bastante regulares en uno de sus bordes, y con sendas perforaciones en sus extremos redondeados, las cuales evidencian que no se utilizó en un mango sencillo, a manera de serrucho, sino fijada en una montura más compleja, tal vez formando parte de una sierra de arco<sup>80</sup>. En la península Ibérica el tipo «serrucho» pudo ser el primero en aparecer y, desde luego, fue el más ampliamente difundido durante el Calcolítico, a juzgar por su presencia en bastantes yacimientos representativos, como Vila Nova de Sao Pedro<sup>81</sup>, Alcalar<sup>82</sup>, Zambujal<sup>83</sup>, Finca de la Paloma<sup>84</sup>, etc. Bastantes de estas piezas, como se ve, parecen relacionadas con el pretendido «horizonte de las colonias»<sup>85</sup>, y resulta significativo comprobar sus analogías con los tipos del Mediterráneo Oriental<sup>86</sup>. Sin embargo, ya en esta época se documentan también las sierras «de cinta», siendo una de Alcalar<sup>87</sup> la más antigua de las ibéricas de las que tenemos noticias. La innovación de las perforaciones terminales podría ser algo más reciente, aunque el sistema parece ya asimilado en una pieza del poblado de Ifré<sup>88</sup> cuya cronología lamentablemente queda en suspenso dentro del dilatado desarrollo del mundo de El Argar.

Este floruit precoz de las sierras constatado en el Calcolítico / Bronce Antiguo de la península Ibérica, no parece tener réplica, sin embargo, en otras regiones del Oeste de Europa, donde las más antiguas conocidas se sitúan normalmente en los inicios del Bronce Final. Así ocurre efectivamente en Francia Occidental y el Rin, pudiendo decirse que, a excepción de algún ejemplar más antiguo documentado en los túmulos de Wüttemberg —del horizonte II de Ziegert, necesariamente anterior al Reinecke C<sup>89</sup>—, o en el depósito de Porcieu-Amblagnieu, del Bronce Medio III<sup>90</sup>, todas las restantes son posteriores, conociendo su auge a partir del Bronce Final I, en que, según Nicolardot y Gaucher<sup>91</sup>, pudo producirse una cierta especialización artesana. La misma interpretación podría valer para las piezas de las Islas Británicas, recordando la presencia de una sierra tipo Valdevimbre, junto con otra más arcaica, como la de Alcalar citada, en el escondrijo de Bishopland, Kildare<sup>92</sup>, que significativamente se considera prototípico de la transición Bronce Medio III / Bronce Final I en Irlanda. M. Smith<sup>93</sup>, por otro lado, alude a numerosas herramientas de este tipo en los depósitos de Sommerset, del Sur de Inglaterra, de su igualmente transicional Ornamet Horizon, para los que indica paralelos en ciertas tumbas continentales del Schleswig, del periodo Nórdico II, lo que confirmaría la cronología antes propuesta.

La impresión que se obtiene, pues, sobre las sierras de tipo Valdevimbre es de que, aún contando con excepcionales precedentes calcolíticos, su auténtica explosión debió acaecer al término del Bronce Medio. Sin embargo, con ello no podemos velar otra realidad, como es la gran difusión que estos modelos de cinta con extremos perforados alcanzarán en el Oeste de Europa durante todo el Bronce Final<sup>94</sup>, preludiando la aparición de las largas sierras de la plena Edad del Hierro<sup>95</sup>.

<sup>80</sup> Es improbable la utilización de auténticas sierras con anterioridad a la época de los metales, aunque en muchas ocasiones se aluda con este nombre a ciertas piezas líticas bastante más antiguas, de borde dentado, que, sin embargo, pudieran haberse utilizado tan sólo para la recolección de gramíneas. Únicamente algunas piezas tardías de piedra, de procedencia norteafricana, podrían hacernos pensar en la necesidad de matizar la primera afirmación (MATEU, 1967, p. 50-52), aunque habitualmente se consideren peines de alfarero.

<sup>81</sup> JALHAY y PACO, 1945, lám. VII, n.º XII-XIV.

<sup>82</sup> ESTACIO DA VEIGA, 1889, p. 157 y lám. IX.

<sup>83</sup> SANGMEISTER y SCHUBART, 1971, p. 40, fig. 7, d.

<sup>84</sup> HARRISON, 1974, p. 69.

<sup>85</sup> BLANCE, 1971, p. 51 y ss.

<sup>86</sup> BRANIGAN, 1974, p. 26, lám. XIV.

<sup>87</sup> ESTACIO DA VEIGA, 1889, lám. IX.

<sup>88</sup> SIRET, 1890, p. 119.

<sup>89</sup> ZIEGERT, 1963, taf. 4.

<sup>90</sup> NICOLARDOT et GAUCHER, 1975, p. 39-40.

<sup>91</sup> *Ibidem*, p. 49.

<sup>92</sup> EOGAN, 1964, p. 276, fig. 5.

<sup>93</sup> SMITH, 1959, p. 150.

<sup>94</sup> Se conocen en hallazgos franceses, italianos e hispanos de esta época (ROWLANDS, 1976, p. 46; BERNABO BREA, 1957, fig. 44; ALMAGRO, 1960, E.4-(3); NICOLARDOT et GAUCHER, 1975, p. 39-42).

<sup>95</sup> DECHELETTE, 1924, p. 375.

## 7. YUNQUES

Los yunques de la Edad del Bronce de Europa Occidental, pueden considerarse relativamente bien conocidos, y, sin embargo, no tenemos noticias de ninguna pieza que tenga las características de la de *Valdevimbre* (fig. 1, 4)<sup>96</sup>.

Genéricamente, los yunques del Bronce, que por sus reducidas dimensiones se ha supuesto servían exclusivamente como herramientas de orfebre, constan de una mesa de trabajo plana o a dos vertientes, con un vástago para la fijación en un banco, y, en ocasiones con uno o dos muñones laterales para facilitar su manejo<sup>97</sup>. Sobre la base de estos elementos, Moreau<sup>98</sup> ha establecido una clasificación en tres tipos — desde los más simples a los más complicados—, con ninguno de los cuales encaja exactamente la pieza de Valdevimbre. No obstante, cuenta con dos requisitos del llamado tipo I —el cuerpo rectangular, con el vástago en la base, y la mesa de trabajo convexa, en doble vertiente— que son suficientes para relacionarlas con el mismo. En todo caso, partiendo de que el ejemplar leonés es más simple que el modelo descrito, cabría pensar en el de Valdevimbre como un prototipo, una forma nueva, previa a las anteriores citadas, lo que tampoco puede considerarse definitivo, pues como Moreau<sup>99</sup> apostilla: «il n'est pas dans notre intention de tirer de ces variétés de formes une idée de l'évolution du tipe».

Sin olvidar esta última afirmación, es lícito discutir la cronología de la pieza tomando como punto de partida la de otras piezas del tipo I. Dos son los yunques que Moreau asocia al mismo: el bien conocido de Porcieu Amblagnieu<sup>100</sup>, y un molde de arenisca para fundir piezas como la anterior descubierto en La Lede-du-Gurp<sup>101</sup>. Como quiera que este último es un hallazgo producido fuera de contexto, hemos de recurrir tan sólo a la pieza de Porcieu-Amblagnieu —a la que significativamente señalaba Mac White<sup>102</sup> como posible paralelo para la de Valdevimbre— hallada formando depósito con numerosos elementos del Bronce Medio III, y todo lo más de la transición hacia el Bronce Final<sup>103</sup>. Si aceptamos la mayor simplicidad de la pieza leonesa como indicio de anterioridad respecto a la de Porcieu, habríamos de buscar fechas previas a 1250 para la misma. Sin embargo, pensando que responden a un esquema idéntico —hasta el punto que no descartamos la posibilidad de que el pivote lateral faltase en nuestra pieza por razones de mala conservación— nos inclinamos por un mismo rasero cronológico para ambas, soslayando la posibilidad de hablar de un tipo original —el tipo Valdevimbre— que no tendría mucha razón de ser en la Península Ibérica, donde no existe constancia de ningún otro yunque —ni de este, ni de ningún tipo— en toda la Edad del Bronce.

## 8. BRAZALETES

Desde la más remota antigüedad el hombre ha concedido gran importancia a los adornos personales en base a múltiples razones —sociológicas, psicológicas, religiosas, etc.—, manifestando con ello su posición jerárquica dentro del grupo, su riqueza, etc. Sin duda, uno de los objetos con esta categoría, «de adorno», más característico lo constituyen los brazaletes.

Conseguidos en principio utilizando materias primas de fácil trabajado —conchar engarzadas o los mismos «pecten», por ejemplo—, tan pronto como se difundió el modo de aprovechar los minerales debió comenzar su fabricación en metal, atestiguada en algunos yacimientos atribuidos al inicio de la Edad de

<sup>96</sup> EVANS, 1881, fig. 217-218.

<sup>97</sup> NICOLARDOT et GAUCHER, 1975, p. 19.

<sup>98</sup> MOREAU, 1971, p. 267-269.

<sup>99</sup> *Ibidem*, p. 269.

<sup>100</sup> NICOLARDOT et GAUCHER, p. 39-40.

<sup>101</sup> MOREAU, 1971, p. 269.

<sup>102</sup> MAC WHITE, 1951, p. 64.

<sup>103</sup> BOCQUET, 1969, p. 346.

los Metales<sup>104</sup>. Durante el Calcolítico y Bronce Antiguo predominarán formas macizas con las extremidades más o menos aplanadas o puntiagudas, pocas veces decorados..., en suma, rasgos carentes de fantasía cuya continuidad se verá perpetuada a lo largo de toda la Edad del Bronce. Será a partir del Bronce Medio, especialmente de la segunda mitad, cuando se produzca una importante eclosión de temáticas decorativas, que, con absoluto predominio de motivos geométricos —rombos, dientes de lobo, zig-zags, etc.— tendrán por protagonista, en principio, a ciertos grupos, caso de los Túmulos centroeuropeos<sup>105</sup> o el atlántico de Bignam<sup>106</sup>. El Bronce Final aportará como elemento más novedoso la diversificación formal de tales objetos —extremidades perforadas, con acanaladuras, etc.—, mientras que las decoraciones se mantendrán sin grandes cambios; hecho que originará no pocas dificultades para encuadrar en uno u otro periodo —Bronce Medio o Final— los ejemplares correspondientes a hallazgos aislados, sin olvidar que aún perdurarán en el Hierro.

Al igual que acontece con otros artefactos bronceos, el estudio de los brazaletes hasta el momento no ha suscitado demasiada atención entre los investigadores, careciendo de trabajo alguno referido al territorio Peninsular que aborde de forma global su análisis; mientras que en la Meseta, la no difusión de los temas decorativos que poseen cuatro de los cinco ejemplares del depósito burgalés de Padilla de Abajo —descubierto ya hace bastantes décadas— constituiría una muestra elocuente del mínimo interés del tema. Todos los brazaletes meseteños participan del rasgo común de la sencillez de su diseño —mayoritariamente de sección circular— lo que dificulta la posibilidad de establecer una secuencia tipológica para los mismos. Su clasificación, por consiguiente, habrá de realizarse en función del contexto cultural en que fueron hallados —curiosamente, serán la casi totalidad de los modelos lisos los que formen parte de depósitos o estratigrafía—, y cuando ello no sea posible, recurrir a características formales y/o decorativas y su comparación con otras piezas similares bien datadas. De las veinticuatro pulseras que hemos inventariado, y no sin ciertas reservas, al Bronce Final I corresponderían dos ejemplares provenientes del castro salmantino de *El Berrueco*.

El primero de aquellos (fig. 3, 3), liso y de sección circular, se conoce a través de un fragmento —algo más de la mitad—, carente de peculiaridad de interés a partir de la cual otorgarle una cronología. En tal sentido, mayor relevancia posee el segundo de los modelos (fig. 3, 2), decorado, que se localizó en la misma «choza» que el anterior. Deteriorado como aquel, en sus exterior aparecen representaciones incisas que se alojan en compartimentos rectangulares separados por dos trazos en vertical. En cada uno de ellos, de forma alterna, figuran motivos de dientes de lobo enfrantados, en tanto que en los contiguos hay cuatro triángulos con rayados paralelos en su interior, de manera que las incisiones de cada uno se oponen perpendicularmente a las de sus vecinos, consiguiendo con ello un bello efecto de resalte. La filiación de ejemplares así decorados con los del Bronce Medio III de las costas atlántica —tipo Bignam— apenas si ofrece

<sup>104</sup> JOVANOVIĆ, 1980, p. 95, e.

<sup>105</sup> ZIEGERT, 1963, taf. 14.

<sup>106</sup> BRIARD, 1965, p. 123-135.

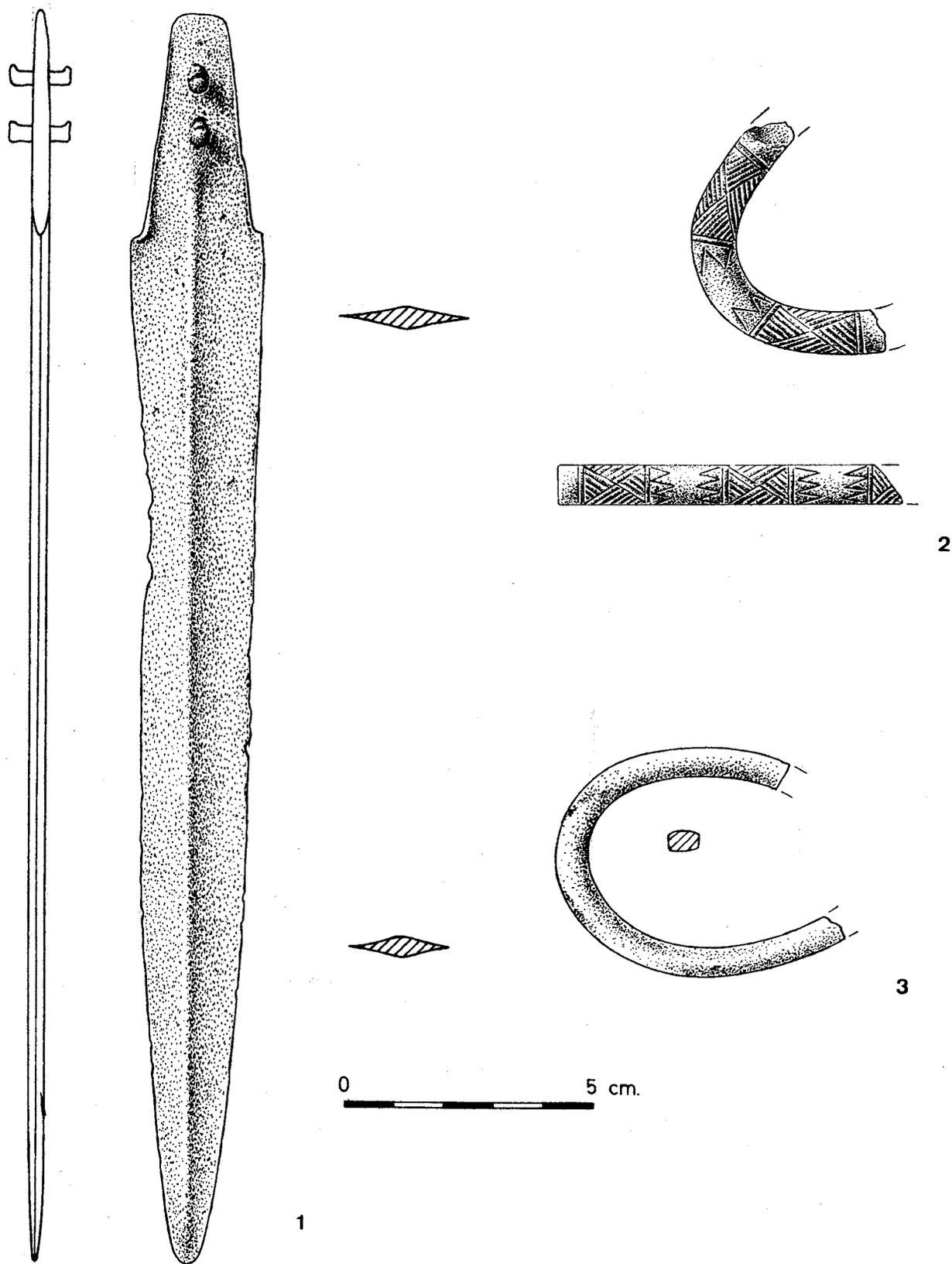


Fig. 3. *El Berrueco. Chozas Be 2.*

dificultad, pues con ellos coinciden tanto en la forma como en la decoración. Baste recordar que los dientes de lobo en combinaciones variables aparecen representados en un elevado porcentaje de brazaletes de este tipo<sup>107</sup>, mientras que la forma de compartimentación se repite hasta la saciedad en similares modelos. Tomado como referencia criterios decorativos, no existe, pues, obstáculo alguno para considerar el brazalete salmantino como una manufactura de finales del Bronce Medio o inicios del Bronce Final.

Dicho esquema, pese a todo, ofrece aparentemente ciertos inconvenientes, motivados por la descripción del ámbito arqueológico en que fue hallado —choza Be 2, en su estrato inferior<sup>108</sup>—, junto con cerámicas excisas y del boquique, el otro brazalete liso, además de un lote de objetos de hierro (dos escoplos, una hoja de cuchillo, una navaja de afeitar un punzón y una anilla), hecho que en su momento motivó que todos los materiales fueran considerados hallstáticos, asimilándose el modelo decorado a los tipos catalanes de Molá y similares<sup>109</sup>. Obviamente, a duras penas puede mantenerse tal supuesto, por cuanto las cerámicas excisas y del boquique allí datadas, que conozcamos, casi nunca transgreden al 800 a.C., momento en que la metalurgia del hierro no era conocida. Sin duda, una explicación más satisfactoria para interpretar esta asociación tan dispar, la hallaríamos en la posibilidad de que, realmente, el pretendido carácter unitario de la aparición de los materiales no fuese tal, sino que estuviésemos ante dos horizontes culturales, al primero de los cuales —Bronce Final— habrían de asimilarse la cerámica y los brazaletes y al más moderno, del Hierro, el resto de las piezas.

<sup>107</sup> Entre otros muchos, recordemos los del depósito de Malassis (BRIARD, CORDIER et GRUET, 1969, fig. 15, 101 y 102), Saumurois (CORDIER et GRUET, 1975, fig. 31, 5) o un tercero de Guipry (BRIARD, 1965, fig. 43, 5 y 6).

<sup>108</sup> MALUQUER DE MOTES, 1958, p. 46-48.

<sup>109</sup> VILASECA, 1943, p. 16-22.

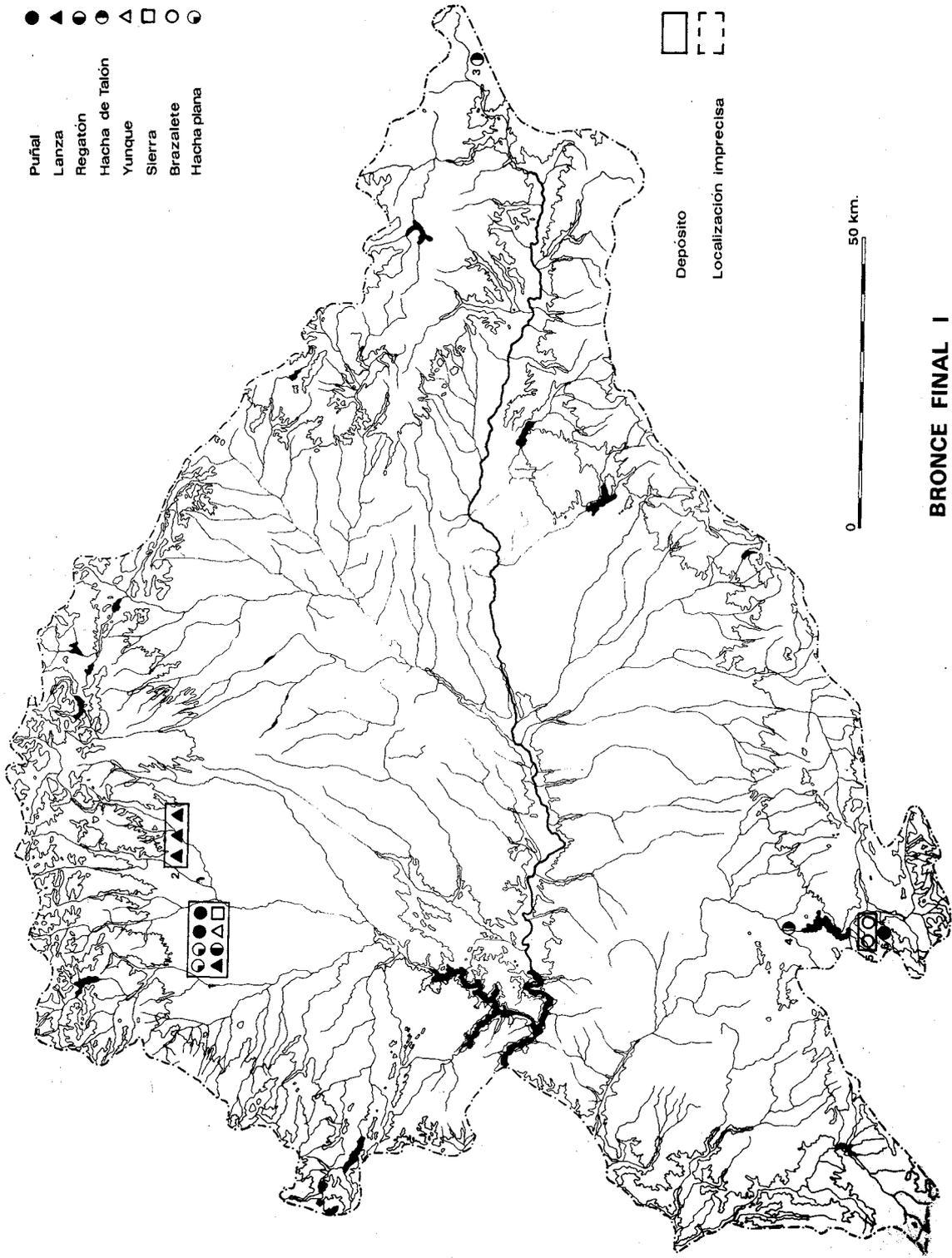


Fig. 4. 1. Valdevimbre (León). 2. Represa (León). 3. Beratón (Soria). 4. Diego Alvaro (Ávila). 5. El Berruoco (Salamanca). 6. El Berruoco (Salamanca).



## EL BRONCE FINAL II

El rápido devenir de los acontecimientos en los territorios afectados por la implantación de los Urnenfelfer, así como en aquellos sobre los que ejercen sus influjos, los atlánticos, será la causa de que apenas transcurridos cien años desde el inicio del Bronce Final, se perciban una serie de cambios, suficientes para determinar la puesta en marcha, hacia el 1100 a.C., de un nuevo horizonte cultural de incuestionable personalidad, el Bronce Final II.

Como sucediese en la centuria anterior, la esterotipia formal de determinadas piezas posibilita, sin grandes dificultades, adscribir a la fase una serie de objetos, entre los que sobresale un tipo de espada de lámina pistiliforme que, a la postre, se convertirá en uno de los mejores argumentos para referenciar las piezas fabricadas en el periodo. No será ésta, sin embargo, la única novedad que interesa a los siglos XI-IX, pues, de forma progresiva, comenzarán a utilizarse una ingente cantidad de tipos nuevos —cinceles, hachas de apéndices laterales, etc.— que, junto con la perpetuación de otros preexistentes —hachas de talón o puntas de lanza, entre otros— y por más que comparezcan formas de estirpe mediterránea las propias hachas de apéndices laterales—, atestiguan que la Meseta Norte española constituyó una provincia más de las que articulan la «comunidad cultural atlántica»; en su caso matizada por la fuerte singularidad que le otorga el sustrato entonces en ella vigente, Cogotas I. La progresiva importancia de la fase encontraría abundantes testimonios en el hecho de que será ahora, fundamentalmente a partir de los inicios del milenio, cuando han de datarse algunos de los más célebres depósitos meseteños —Coruña del Conde, Huerta de Arriba, Padilla de Abajo, etc.—, cuya amplitud tipológica no sería más que el exponente de la creciente complejidad socio-económica que el grupo Cogotas I va adquiriendo.

Hacia el 900 a.C. asistimos al término de este periodo, momento marcado en lo esencial por la aparición de tipos metálicos novedosos que, a la postre, y a falta de un conocimiento más preciso del mundo cogotiano, se convierten en uno de los criterios más nítidos para evaluar los cambios internos que se operan en dicha cultural.

## TIPOLOGIA METALICA

### 1. PUNTAS DE LANZA

Si en cierto modo la homogeneidad era una de las características que singularizaban a las lanzas tubulares del Bronce Medio y los inicios del Bronce Final, dicha tendencia se verá profundamente alterada a medida que transcurre el Bronce Final. Sobre un mismo esquema básico, se producirá una progresiva diversificación formal en consonancia con la reiterada regionalización de los talleres fundidores, que origina en no pocos casos grandes dificultades para la correcta clasificación de determinadas piezas. Pese a todo, y con un valor meramente indicativo, se pueden atisbar en estas armas ciertos rasgos de modernidad, que en opinión de Briard<sup>110</sup> se concentrarían en: mayor estilización general, tendencia a reducir tubo y alerones, y orificios para los remaches regulares y de escaso diámetro.

Uno de los pocos grupos que poseen uniformidad en sus esquemas, a la vez que un área de dispersión muy localizada, sería el integrado por las puntas de *Huerta de Arriba* (fig. 6, 9), *Padilla de Abajo* (fig. 27, 1) y *Castrillo de la Reina* (fig. 5, 3), todas ellas burgalesas. Junto con un marcado ensanchamiento de los alerones en el primer tercio de su desarrollo, el elemento que mejor define a estas piezas se concreta en el tubo, de escasa longitud en su tramo exento y fuertemente constreñido hasta el contacto con los alerones, lo que le confiere una disposición «embudada». Posee, en definitiva, un porte original que de alguna manera podría delatar la existencia de un taller de fundición local, bastante bien contrastado a partir de la repartición de estos ejemplares, de forma exclusiva en la parte central de la provincia de Burgos.

Cronológicamente, coincidirían con el término del Bronce Final II, fecha que otorgamos a Huerta de Arriba, a partir sobre todo de las navajas de afeitar, y en este caso apoyada por el reducido tamaño del tubo, teórico sinónimo de modernidad. Algunas piezas, caso de la perigordense de la Grotte de Rouffignac<sup>111</sup>, del Bronce Final III A, corroborarían este último extremo.

Junto a este conjunto, relativamente bien definido, existen una serie de lanzas de muy problemática datación, cuyo análisis, en el mejor de los casos tan sólo es posible efectuarlo ante la mera posibilidad de que las mismas hubiesen sido halladas con otros materiales bien fechados. Esta sería la situación de dos ejemplares de *Cabañas de Juarros* (Burgos) (fig. 5, 4 y 5), el primero de los cuales, de escasa talla, reproduce básicamente el esquema de tipos arcaicos —Valdevimbre, por ejemplo—. La diferencias con aquellos, no obstante, invalidarían la comparación, tanto por su pequeño tamaño, como sobre todo porque no ha de descartarse que la mencionada lanza hubiera sido hallada con un número indeterminado de tales armas, además de un puñal de asidero tripartito y hoja pistiliforme, inequívocamente vinculado al Bronce Final II. La segunda de las puntas, caso de ser correcta la asociación, ofrecería idéntica cronología.

La pieza de *Revilla* (León) (fig. 5, 2), con los flancos de los alerones en clara disposición romboidal, ofrecería en principio reminiscencias con uno de los ejemplares de Represa, arcaicos dentro del Bronce Final, sin descartar incluso su vinculación al Bronce Medio. Un análisis más minucioso de la misma, pondría de relieve notables diferencias entre ambas, concretadas en el menor desarrollo del tubo y anchura de la hoja por parte de la de Revilla. La relación con las del Bronce Final I, se limitaría, en suma, a que en la que ahora analizamos habría perdurado este rasgo arcaico —perfil en losange—, en un momento

<sup>110</sup> BRIARD, 1965, p. 86.

<sup>111</sup> CHEVILLOT, 1981, p. 51, fig. 16.

en que nuevas tendencias evolutivas estaban arraigadas. Ningún criterio firme poseemos para encuadrar aquí las puntas de *Mondreganes* (León) (fig. 5, 1) y *Lara de los Infantes* (Burgos) (fig. 5, 6) (esta carente del tubo y arranque de los alerones). Sin apenas posibilidad de abordar el análisis de la burgalesa por su mutilación, la de Mondreganes se significa por el tubo y alerones bastante pronunciados, pero sin alcanzar las proporciones que caracterizan a los primeros modelos tubulares. Da la impresión por ello que se trata de una pieza de tipología intermedia, entre formas arcaicas y evolucionadas, acaso fabricada en la primera mitad del Bronce Final II. La similar distribución del tubo y la hoja de una pieza de *Segovia* (fig. 5, 7) (en el M.A.N., con el n.º 28189), podría suponer para la misma una posición cronológica afín a la leonesa analizada; aunque, insistimos, la endeblez de los argumentos para su clasificación resultan más que evidentes.

## 2. REGATONES

No exento de ciertas similitudes con el de Valdevimbre —ambos presentan un carácter esencialmente liso—, el regatón de *Covaleda* (fig. 24, 2) posee como rasgo novedoso un reborde en la boca del tubo, conseguido por un mero abombamiento —no se trata de una forma regular en todo el contorno— de aquella zona.

Dicho detalle, es suficiente, no obstante, para establecer conexiones, las únicas que conocemos, con otros modelos del horizonte atlántico del Bronce Final II, Willburton / Saint Brieu des Iffs<sup>112</sup>. Pese a lo evidente de tal relación, no deja de ser cierto que el paralelo ha de manejarse con cierta prudencia, pues en definitiva, constituye una pieza de factura muy elemental, además de que resulta ser la única que con estas características se conoce, no ya en territorio meseteño, sino también en toda la Península Ibérica. Sin obviar estas dificultades, su clasificación en el Bronce Final II nos parece más que probable, teniendo en cuenta que —junto con los equivalentes extranjeros mencionados—, el hacha de apéndices laterales hallada en el mismo depósito, no debe datarse con anterioridad al 1100 a.C.

## 3. PUÑALES

De los tres puñales integrados en el depósito de *Huerta de Arriba*, el de mayor tamaño (fig. 6, 4) presenta como rasgos más significativos, una lengüeta rectangular con orificio para fijar el remache del mango; en tanto que su hoja, de perfil próximo a las pistiliformes, está toda ella jalonada por un nervio central en arista que le proporciona secciones romboidales. Aún cuando el número de puñales con estas características no adquiera excesiva difusión, su presencia en el occidente europeo no resulta excepcional. Piezas especialmente próximas a la burgalesa, son algunas de las halladas en el depósito galo de Vénat<sup>113</sup>, al igual que —en este caso con la lengüeta sin perforar— una británica de Wirmanleigh<sup>114</sup>, ambas curiosamente asociadas con materiales del Bronce Final III. Su cronología, en principio, y por tratarse de una forma vinculada a «lo pistiliforme», sería del Bronce Final II, habiendo de valorar las equivalencias citadas como perduraciones más modernas, en un momento en que las nuevas formas de lengua de carpa estaban en pleno apogeo.

<sup>112</sup> BURGESS, 1976, p. 207-209; BRIARD, 1965, p. 177-180.

<sup>113</sup> COFFYN, GOMEZ et MOHEN, 1981, p. 61.

<sup>114</sup> DAVEY and FOSTER, 1975, LWN 1/, n.º 137.

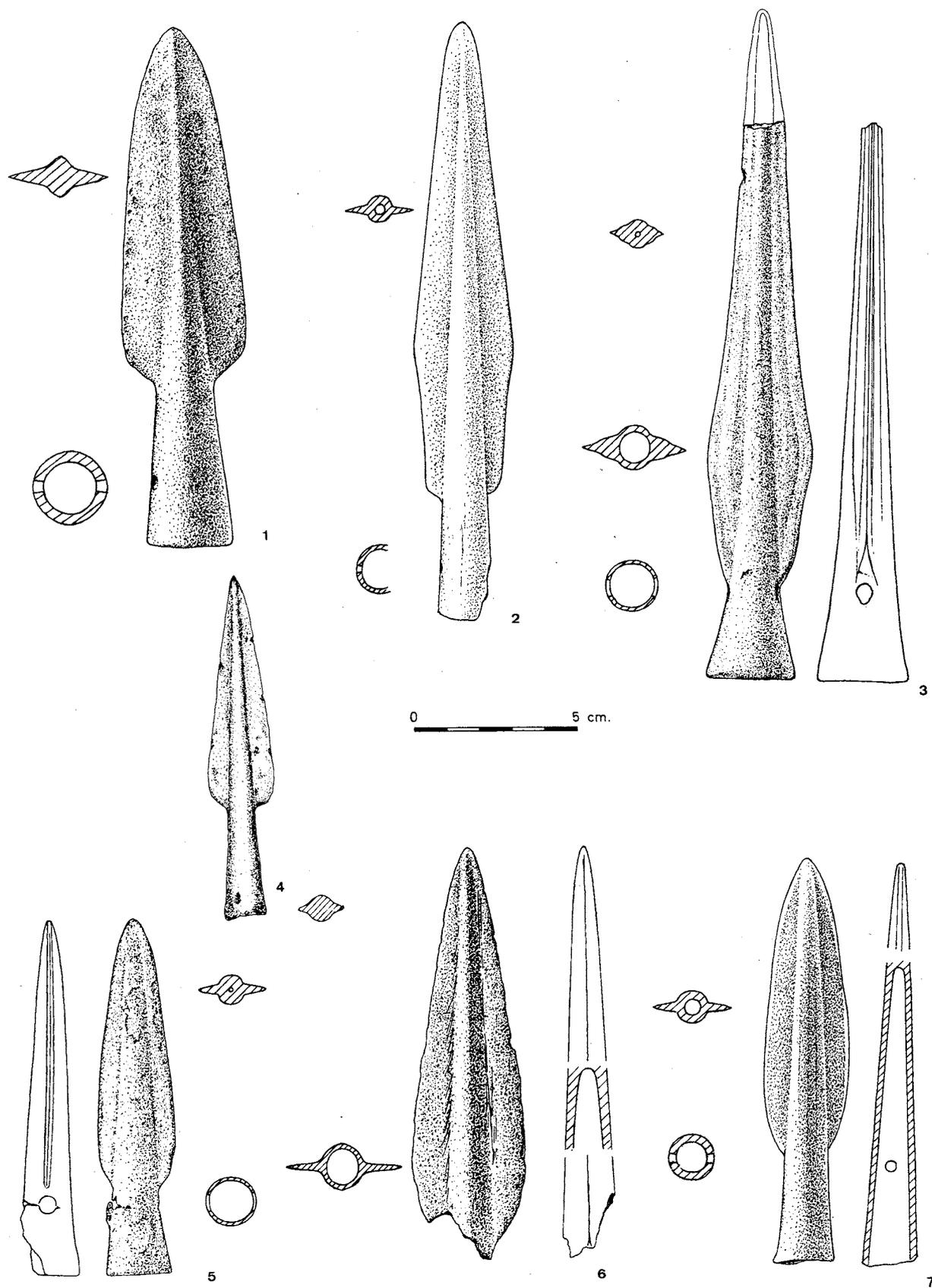


Fig. 5. 1. Mondreganes. 2. Revilla. 3. Castrillo de la Reina. 4 y 5. Cabañas de juarros. 6. Lara de los Infantes. 7. Segovia.

El segundo de los ejemplares (fig. 6, 5), presenta un nervio de robustecimiento en la hoja que desaparece en el último tercio de la misma, donde surgirán unas secciones elípticas, que en cierta manera nos recuerdan a la zona distal de una lámina de lengua de carpa. El sistema de empuñadura se estructura a base de una lengüeta relativamente pronunciada y ancha, casi rectangular, individualizada de la hoja por dos muescas laterales no excesivamente pronunciadas. Sobre el tipo de nervadura que asiste a esta pieza, ya señala Delibes<sup>115</sup> que se trata de una solución frecuentemente utilizada en la fabricación de puñales durante todo el Bronce Final. Las piezas británicas de Prump Room<sup>116</sup> y Reach Fen<sup>117</sup> o la francesa de Essonne<sup>118</sup>, confirmarían este particular. Salvo este dato, pocos son los aspectos de interés válidos para la clasificación de la pieza, caso de la lengüeta, de un tipo que con diversas variaciones, se difunde durante casi toda la Edad del Bronce en cualquier ambiente cultural europeo. Tan sólo el estrechamiento de la zona distal de la hoja pudiera suponer una relación con modelos de lengua de carpa rudimentarias, formas que en última instancia derivaron a la consecución de modelos «clásicos», y cuya datación se sitúa en torno al 800 a.C.

Si de original podemos caracterizar al segundo de los ejemplares burgaleses, no se escapa tampoco a este calificativo el tercer puñalito (fig. 6, 6), el de dimensiones más reducidas. En efecto, posee una lengüeta alargada de bordes divergentes hacia la hoja, con un único orificio, también prolongado, que con pocas dudas responde a la fragmentación intermedia de dos perforaciones aisladas. La hoja se estrecha de forma acusada hasta la punta, poseyendo un bisel en todo su contorno, además de una estrecha nervadura semicircular que afecta sólo al primer tercio de su longitud total. Aparentemente, los modelos que mejor resumen los rasgos de esta pieza se encuentran en ambientes culturales de Campos de Urnas, cual es el caso de un puñal hallado en la necrópolis de La Colombine, Champlay (Borgoña)<sup>119</sup> u otros dos del enterramiento igualmente francés de Fabourg, Saint-Gervais (Yonne)<sup>120</sup>, todos ellos derivados tipológicamente de los puñales del Bronce Medio del Sur de Alemania. En Italia por su parte, algunos de los numerosos ejemplares del conjunto de Peschiera<sup>121</sup> participarían igualmente de ciertas características del puñal burgalés. Como este, son de reducido tamaño, con la lengüeta perforada (hasta tres orificios) y la hoja frecuentemente se refuerza con un nervio semicircular.

Los paralelos aludidos, pudieran, sin embargo, serlo sólo en apariencia, pues no es menos cierto que existen también en ellos otros rasgos morfológicos bien diferenciados. Así, por ejemplo, mientras la zona proximal de la lengüeta de nuestro puñal es ancha, en los modelos europeos utilizados como paralelo predominan los esquemas apuntados. En ellos además, la sección de la hoja se configura a base de secciones romboidales, o en todo caso, con un nervio semicircular desarrollado a lo largo de buena parte de la misma, sin que conozcamos ningún puñal, como ocurre con el nuestro, en el que existan biseles por un lado, junto con la nervadura media como solución al robustecimiento de la lámina. No son muy explícitas, pues, las referencias que para su clasificación cronológica poseemos, y tan sólo el carácter atlántico del resto de las piezas del depósito, nos permite suponer que se trata de una manufactura vinculada a este mundo, por lo demás con una cronología próxima al 900 a.C., fecha conseguida a partir de las bien datadas navajas de afeitar, a las que más adelante aludiremos.

<sup>115</sup> DELIBES DE CASTRO, 1980, p. 363.

<sup>116</sup> SMITH, 1959, n.º 2.

<sup>117</sup> *Idem*, 1956, n.º 43.

<sup>118</sup> MOHEN, 1977, n.º 239.

<sup>119</sup> BONAMOUR, MORDANT et NICOLARDOT, 1976, p. 608, fig. 3, 4.

<sup>120</sup> SANDARS, 1957, p. 140.

<sup>121</sup> MULLER KARPE, 1959, taf. 107.

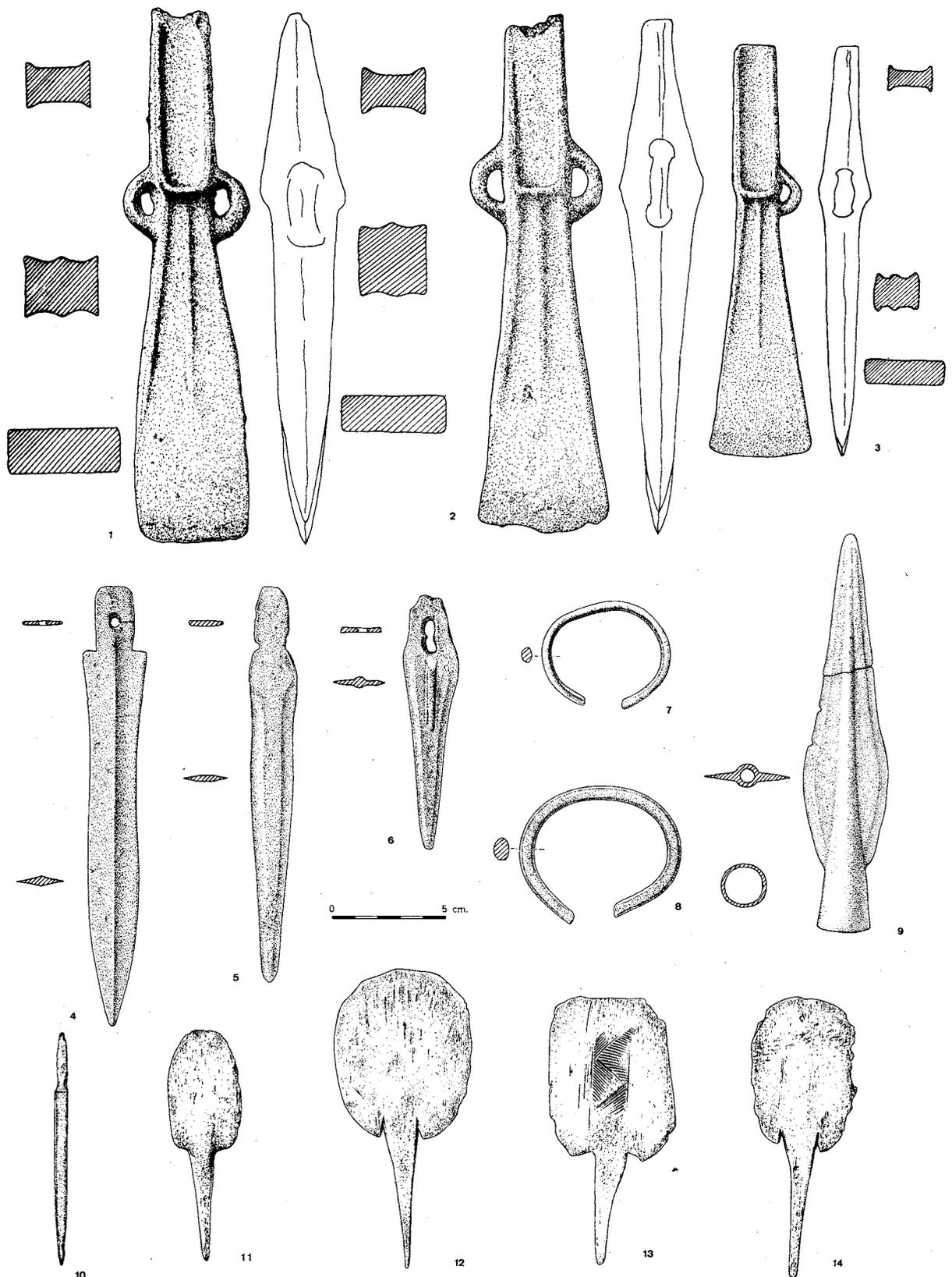


Fig. 6. Depósito de Huerta de Arriba.

#### 4. ARMAS PISTILIFORMES

Se engloban en esta denominación aquellas piezas cuya hoja aparece ensanchada a los dos tercios de su longitud a partir de la empuñadura.

Prescindiendo de los modelos de lámina pistiliforme y empuñadura simple —tipo Ballintober<sup>122</sup> o algunos nanteses<sup>123</sup>— que se desconocen en la Meseta, la génesis de los ejemplares con empuñadura tripartita se remonta, por lo que a los asideros se refiere, al Bronce D y Ha A, momento en que los mismos hacen su aparición, en centroeuropa, plasmados en el tipo Nenzingen<sup>124</sup>, todavía sin la hoja pistiliforme. Asimilando de estos el nuevo tipo de empuñadura, y probablemente derivados de los modelos de Treviblice, surgirán en los mismos ambientes geográficos las espadas de Hemigkofen, consideradas como la base de toda la producción atlántica de las armas pistiliformes con la empuñadura tripartita. Efectivamente, alguna de estas espadas debieron ser importadas desde territorios ajenos a la expansión de Campos de Urnas, caso del Oeste francés, donde se comenzaría muy pronto la fabricación de modelos originales, representados, entre otras, por las espadas del Loira y Girondinas en el Occidente de Francia, o las de Hammersmith en el Sureste de Inglaterra<sup>125</sup>.

Si problemático fue en su tiempo determinar el lugar de invención de estas armas, no lo fue menos la determinación del camino que las mismas debieron seguir hasta su arribada a la Península Ibérica. Sobre este extremo, Almagro<sup>126</sup> consideró su presencia como el resultado de la expansión de los pueblos de Campos de Urnas, en un proceso similar al que habría acontecido en Francia o Inglaterra. Tal posición fue rectificada posteriormente por Almagro Gorbea<sup>127</sup>, quién nos recuerda la existencia en la Península, ya en el Bronce Final I, de espadas-estoque de tipo Rosnoën —Forcas<sup>128</sup> o Castelo Bon<sup>129</sup>— además de un ejemplar de Herrerías (Almería)<sup>130</sup> comparable a los de Ballintober; todo lo cual pone de manifiesto la importancia de la tradición atlántica en la difusión de espadas. En este mismo sentido, no debemos olvidar que existen ciertas piezas hispanas —Alhama de Aragón<sup>131</sup>, La Cabrera o Vilar Maior<sup>132</sup>— que constituyen auténticas reproducciones de las bretonas del Bronce Final II, y que por ello pueden considerarse materiales importados. Con pocas dudas, pues, la vía atlántica habría adquirido un protagonismo exclusivo en la divulgación hacia el suroeste de Europa de tales armas; apostillado aún más a la vista de su distribución en la Península —reflejada en su momento por Savory<sup>133</sup> y con posterioridad por Harrison<sup>134</sup>—, de forma especial en el Norte y Oeste, lo que vendría a corroborar una vez más la validez de la observación de Almagro Gorbea, hoy vigente.

La clasificación tipológica de estas espadas, ha sido objeto de especial atención por parte de los investigadores galos Briard<sup>135</sup> y Coffyn<sup>136</sup>, el primero de los cuales establece para los modelos de Bretaña tres series, determinadas por ciertas variaciones tanto en la empuñadura como en la lámina. Coffyn por su parte, siguiendo a Parker-Brewis<sup>137</sup>, basa sus elementos de clasificación en el desarrollo de los «hombros» de la guardia, en virtud de lo cual perfila dos grupos: *a*, láminas de lengüeta ensanchada, «evasée», y *b*, de lengüeta estrecha, «fuyante», que pudieran llevar implícita una diferente cronología, reducida, sin

<sup>122</sup> BURGESS, 1968, p. 44.

<sup>123</sup> BRIARD, 1965, p. 164, fig. 55, 3.

<sup>124</sup> COWEN, 1955, p. 63-74.

<sup>125</sup> COFFYN, 1976, p. 534-542.

<sup>126</sup> ALMAGRO, 1940, p. 97-98.

<sup>127</sup> ALMAGRO GORBEA, 1976, p. 465.

<sup>128</sup> *Idem*, 1972, fig. 4, 5.

<sup>129</sup> CASTRO NUNES y VASCO RODRIGUES, 1957, p. 284-285.

<sup>130</sup> ALMAGRO GORBEA, 1972, fig. 50, 7.

<sup>131</sup> HARRISON, 1974-1975, p. 226, fig. 1, 2.

<sup>132</sup> CASTRO NUNES y VASCO RODRIGUES, 1957, p. 279-284.

<sup>133</sup> SAVORY, 1951, fig. 2.

<sup>134</sup> HARRISON, 1974-1975, fig. 4.

<sup>135</sup> BRIARD, 1965, p. 187-190.

<sup>136</sup> COFFYN, 1967, p. 785 y ss.

<sup>137</sup> BREWIS, 1923, p. 253-265.

embargo, a mera aproximación, pues los tipos que definiera Coffyn<sup>138</sup>, difícilmente traslucen una secuencia temporal neta. Se considera igualmente válido como indicador cronológico la existencia de varios roblones o calados únicos en el huso y la guardia. En este sentido se puede establecer que el mayor número de orificios equivale a mayor antigüedad, como así lo manifiesta la comparación de las espadas continentales, más antiguas, con las atlánticas; sirviendo también a estas últimas de elemento clasificador interno, pues se ha contrastado repetidas veces que distribuciones de tres clavillos en el huso y cuatro —dos a dos— en la guardia, se verán progresivamente sustituidas por calados largos, sobre todo en el huso<sup>139</sup>. En la Península, el calado único, también en el empalme, adquirirá un desarrollo casi exclusivo<sup>140</sup>.

Por lo que a la hoja se refiere, es notoria la mayor definición de la nervadura central en los modelos más recientes, que, con frecuencia, e igualmente como signo de modernidad, se acompaña de incisiones longitudinales a ambos lados, más numerosas en las últimas fabricaciones pistiliformes. En contraposición, los modelos arcaicos ofrecen en todos los casos un aspecto mucho más plano en la hoja. La progresiva pérdida del carácter pistiliforme de la hoja y la aparición de muescas al inicio de la misma, bajo la empuñadura, personalizaría un tipo de espada —Saint Nazaire— que en opinión de Cowen<sup>141</sup> representa la transición a los modelos de lengua de carpa, ya del Bronce Final III.

Evidentemente, todos estos rasgos, indicativos de una evolución tipológica, y por ende cronológica, no son absolutamente fiables en cuanto a su transcendencia, puesto que no resulta difícil encontrar ejemplares en los que aspectos modernos conviven con otros que atestiguan todo lo contrario<sup>142</sup>. No obstante, el predominio de las peculiaridades morfológicas de cada pieza en uno u otro sentido, permiten precisar con cierto detalle su horizonte cronológico, pese a que en la península, y a diferencia de lo que sucede en aquellas zonas que vieran su nacimiento, no resulta tan nítida su evolución.

Las pistiliformes meseteñas, salvo la espada de Segovia y el puñal de Cabañas de Juarros, han sido localizadas en la provincia de León, correspondiendo a los hallazgos de Veguellina de Orbigo, La Cabrera (El Bierzo?), y otras dos, una extraída del cauce del río Esla, sin más precisiones, y la segunda, de la provincia con seguridad, pero desconociéndose el municipio en que se halló. Pistiliformes todas ellas, existe en cada caso una serie de matices morfológicos peculiares que las individualiza entre sí.

Al igual que las ejemplares de Vila Maior o San Juan de Río, antes citados, la espada de *La Cabrera* (fig. 7, 1), presenta una empuñadura en U muy abierta, cuatro orificios en la guardia y otros tantos en el huso. La hoja posee un nervio no muy pronunciado, flanqueado por series de incisiones y carece de ricassos; suma de datos que han posibilitado su relación con algunas espadas nantesas de fabricación local, previas a la aparición de los tipos Saint Nazaire<sup>143</sup>. En fin, una distribución interna que nos recuerda claramente a la espada de Alhama de Aragón<sup>144</sup>, vinculada también con modelos galos de Nantes y del estuario del Loira<sup>145</sup>, por lo que no sería arriesgado suponer que, como la aragonesa, pudiese tratarse de una

<sup>138</sup> COFFYN, 1967, p. 793-794.

<sup>139</sup> GAUCHER et MOHEN, 1972, 5, 55.

<sup>140</sup> ALMAGRO, 1939-1940, p. 49.

<sup>141</sup> COWEN, 1956, p. 640.

<sup>142</sup> La de Veguellina de Orbigo, por ejemplo, participe de rasgos arcaicos —poca definición de la nervadura y hoja muy pistiliforme— junto con otros que manifiestan modernidad —empuñadura abierta—.

<sup>143</sup> DELIBES DE CASTRO y MAÑANES PEREZ, 1979, p. 162.

<sup>144</sup> HARRISON, 1974-1975, p. 226.

<sup>145</sup> *Ibidem*, p. 229.

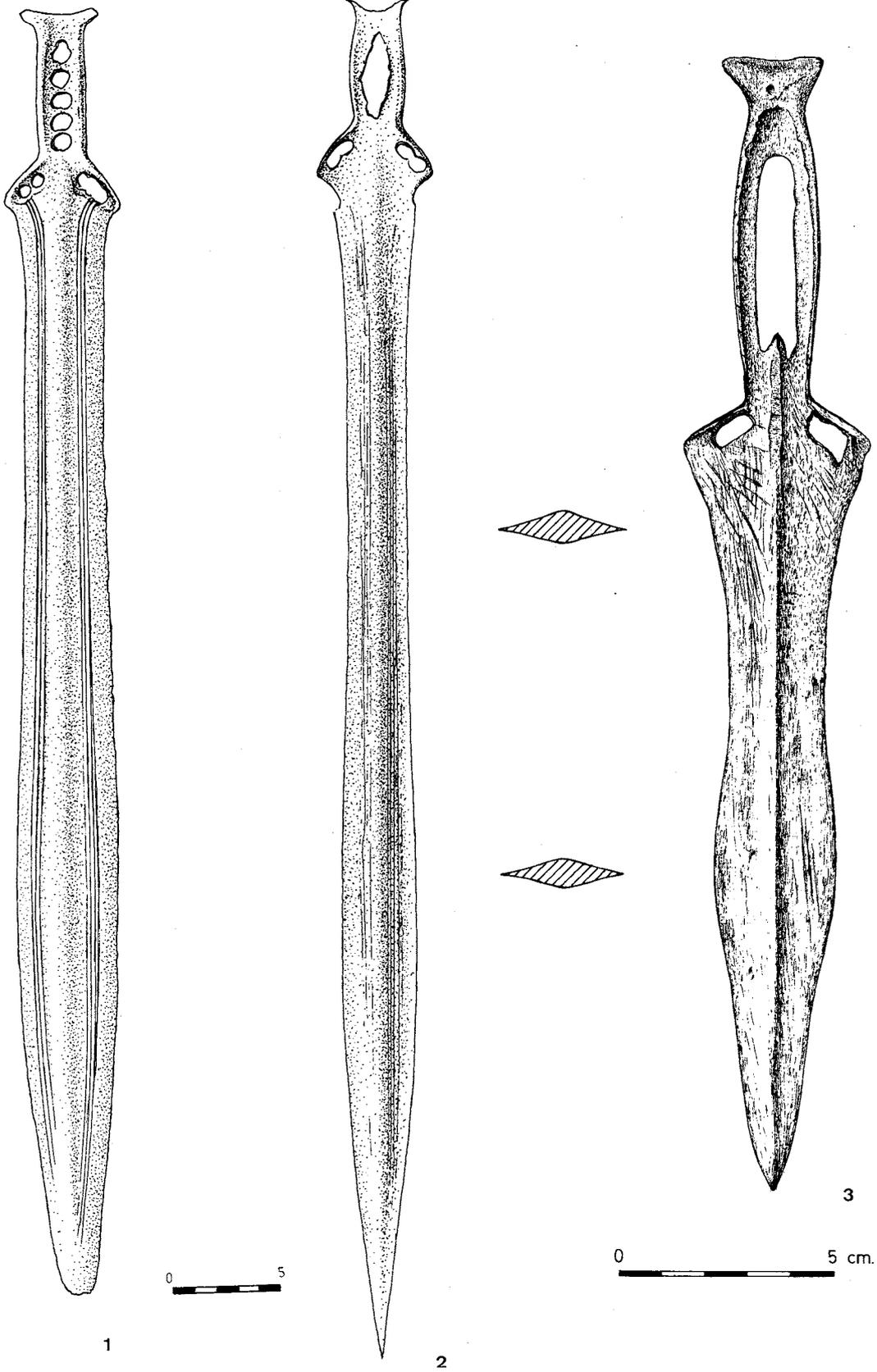


Fig. 7. 1. La Cabrera. 2. Segovia. 3. Cabañas de Juarros.

importación desde aquellas latitudes. El modelo conservado en el *Museo de San Marcos* (fig. 8, 3), posee en la empuñadura tres calados únicos, correspondiendo el esquema de los hombros a la forma que Coffyn denominara «fuyante», ahora, en U muy cerrada. Tal disposición, podría presentar, en principio, paralelos con los tipos centroeuropeos de Nenzingen (efectivamente, es grande el parecido entre sus empuñaduras) y Hemigkofen<sup>146</sup>, no obstante lo cual, la presencia de iguales asideros en ejemplares aquitanos del grupo de Saint Denis de Pile<sup>147</sup>, manifiestan que las formas de guardia estrechas también fueron incorporadas a la metalurgia atlántica, conviviendo con empuñaduras ensanchadas que, generalmente se consideran más modernas. Su lámina se acompaña de los característicos rehundidos a ambos lados del nervio central, éste con cierto resalte, pero sin alcanzar el espesor que adquirirán las pistiliformes más tardías, caso de la del Río Esla.

La espada de *Veguellina de Orbigo* (fig. 8, 1), con tres calados en la empuñadura, presenta, a diferencia de la precedente, los hombros de la guardia muy abiertos, en forma de rombo achatado. Dicho esquema se repite con bastante profusión en las pistiliformes francesas, y más concretamente en los aludidos tipos de Saint Nazaire, de finales del Bronce Final II. Aunque la similitud resulta suficientemente nítida como para estimar correcta tal relación, la existencia en el ejemplar leonés de tres calados únicos, junto con la falta de ricassos, le confieren un carácter tan especial que, pese a su probable contemporaneidad con aquel tipo galo, algún autor no ha dudado en enunciar el «Tipo Veguellina»<sup>148</sup>. La mezcla de rasgos de modernidad —calados largos, empuñadura abierta e incisiones longitudinales en la lámina— matizados por otros propios de los modelos arcaicos —poca definición de la nervadura y hoja marcadamente pistiliforme— afirmarían su originalidad. La similitud, bastante notoria, de una pieza orensana de San Esteban de Río Sil<sup>149</sup>, constituye un elemento de incuestionable valor para su datación, puesto que la misma pertenece a un conjunto del que se conoce una fecha de C. 14. En concreto, el análisis se efectuó a partir de un fragmento de madera del astil de una punta de lanza de alerones perforados de tipo británico, que nos proporciona una referencia neta a partir de la tipología —Bronce Final II<sup>150</sup>— y una cronología absoluta del 930 a.C., dentro ya de la segunda mitad del Bronce Final II.

No es este el modelo más evolucionado de las pistiliformes meseteñas, papel que, por el contrario, sí pudieron desempeñar otros ejemplares, cuales son el leonés de *Río Esla* (fig. 8, 2) y otro de *Segovia* (fig. 7, 2). El primero, ofrece empuñadura en V, nervios de la hoja bien resaltados, poseyendo la peculiaridad, acaso el dato más relevante para concretar su cronología, de que el perfil de la hoja ha perdido casi por completo la disposición pistiliforme. La de Segovia por su parte, de perfil pistiliforme próximo a la de Veguellina, se distancia de la leonesa en la forma de la empuñadura, en su caso caracterizada por un arcaico sistema en U. Dicho rasgo, que pudiera presuponer un retraso para su datación, se ve compensado por la presencia de dos acusadas muescas en el arranque de la hoja, acercándola así de manera bastante inequívoca a posiciones cronológicamente tardías dentro del desarrollo de las armas pistiliformes. Creemos, por todo ello, que ambas espadas han de datarse con ligera posterioridad a la de Veguellina, en un momento, como el tipo Saint Nazaire, inmediatamente anterior a la aparición de las más primitivas de lengua de carpa, tipo Huelva<sup>151</sup>, al filo de los siglos X-IX.

Sin que pueda integrarse en la categoría de espada, pues sólo mide 265 mm., pero participando como aquellas de hoja pistiliforme, se conoce una pieza, burgalesa, de *Cabañas de Juarros* (fig. 7, 3). Excepcionalmente rara —la única de estas características que tenemos noticias—, tiene la hoja marcadamente pistiliforme, con un nervio central de sección poco redondeada que penetra ligeramente en la empuñadura. Carece de ricassos y los hombros de la guarda son muy abiertos —casi perpendiculares al eje longitudinal del arma—, próximos a los que caracterizan a las pistiliformes tardías. Su cronología, por consiguiente, no habría de distanciarse demasiado de la del ejemplar de Veguellina, posterior al 950 a.C.

<sup>146</sup> NOVAK, 1975, p. 24, taf. 16, 110.

<sup>147</sup> COFFYN, 1967, fig. 2.

<sup>148</sup> DELIBES DE CASTRO y MAÑANES PEREZ, 1979, p. 163.

<sup>149</sup> ALMAGRO GORBEA, 1977, p. 522.

<sup>150</sup> COOMBS, 1975, p. 58, fig. 7, 1-4.

<sup>151</sup> En efecto, como han puesto de relieve Fernández Miranda y Ruiz Gálvez (FERNÁNDEZ MIRANDA y RUIZ GALVEZ, 1980, p. 66), los modelos de la ría de Huelva poseerían rasgos pistiliformes residuales, pudiendo ser considerados arcaicos.

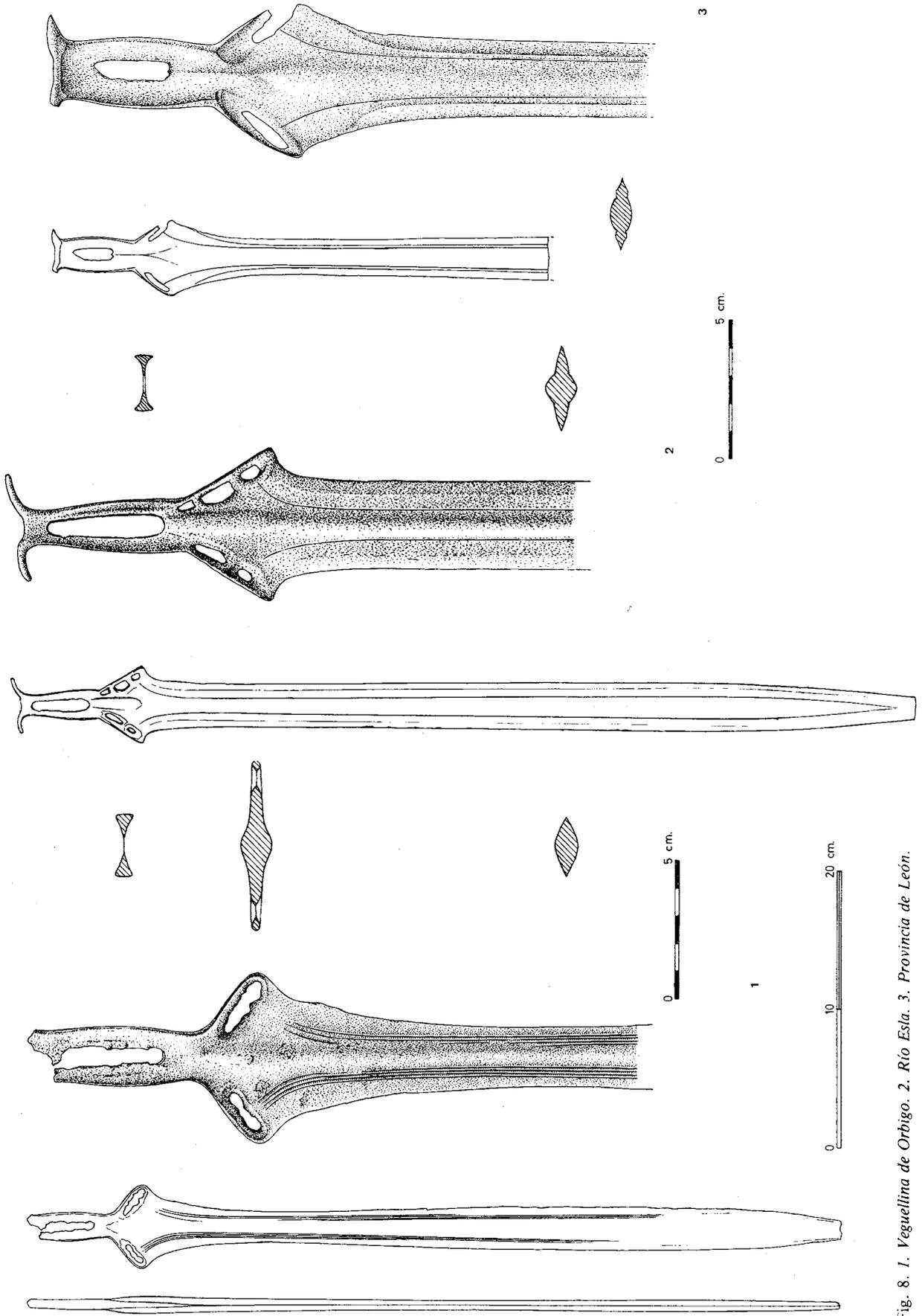


Fig. 8. 1. Veguellina de Orbigo. 2. Río Esla. 3. Provincia de León.

En fin, si el desarrollo tipológico nos proporciona una secuencia temporal importante —bien comprobada en Francia o las Islas Británicas—, desafortunadamente, las pistiliformes ibéricas aparecen muy rara vez asociadas a otros elementos, hasta el punto de que no se poseen argumentos arqueológicos sólidos para vincularlas a un determinado ambiente cultural. En tal sentido, se cuenta exclusivamente con el dato, no poco dudoso, de la relación de una empuñadura presuntamente de un arma de este tipo, con cerámicas excisas y del boquique, procedente del yacimiento alavés de Solacueva de Lacoizmonte<sup>152</sup>; otro ejemplar asturiano, de Sobrefoz<sup>153</sup> se localizó junto con un puñal de bronce de antenas —de los inicios de Ha C.—, pero también con una lanza de tipo británico —similar a la de San Esteban de Río Sil, antes mencionada—, datada en el Bronce Final II. En todo caso, las asociaciones son escasas y no demasiado típicas como para considerar definido convenientemente el sustrato que posibilitó su existencia, que por la coincidencia cronológica no ha de ser otro que Cogotas I.

## 5. HACHAS DE TALON

Si en el Bronce Medio III y Bronce Final I se inicia tímidamente la fabricación de palstaves sin y con un asa, respectivamente, ahora, entre 1100-900 a.C., será cuando de forma decidida los talleres atlánticos peninsulares, entre ellos los de la Meseta, adopten como tipo propio las hachas de talón, objetos que en su modalidad de dos anillas llegarán a convertirse en auténtico signo de identidad de las producciones hispanas.

El proceso de implantación y arraigo de las mismas, culminará con el surgimiento de unas formas peculiares, que en la Península Ibérica se plasmarán genéricamente en dos áreas geográficas, cuales son, Galicia y Norte de Portugal por un lado, y la propia Meseta, Asturias, Santander y el País Vasco, por otro. Los rasgos de la primera se concretarían en: perfiles de la hoja en paralelo, filo corto y recto, y una nervadura central que rara vez sobrepasa los dos tercios de la longitud total de la hoja. Por su parte, garganta corta y de poca profundidad, hoja en creciente, tope curvado y filo convexo más o menos acentuado, constituirían los elementos más relevantes de la segunda de las grandes familias. Curiosamente, los modelos de ambas regiones, geográficamente próximas, en casi ningún caso coexisten; fenómeno más singular aún si pensamos en la probada potencialidad metalúrgica de los focos productores gallegos, cuyos influjos, pujantes en las zonas del interior —Orense y Sur de Lugo— prácticamente se desvanecen al traspasar la barrera montañosa que la separa de la Cuenca del Duero, la cual se manifestará con unas formas originales, en general independientes del núcleo galáico-portugués.

La coincidencia de rasgos, norma común a gran parte de las hachas de talón, meseteñas no implica, sin embargo, una uniformidad tipológica, atisbándose una serie de grupos no siempre con excesiva significación cronológica o de otro tipo. Un primer criterio de clasificación estaría en consonancia con el número de anillas, surgiendo un primer tipo, *A*, con una anilla, y otro, *B*, con dos; dejando aparte aquellos modelos de talón sin aspas, de cuyo estudio prescindiremos por considerarlos plenamente inmersos en el Bronce Medio, y por lo tanto, fuera de los límites cronológicos que nos proponemos analizar. Precisaremos igualmente que esta primera división entre modelos de una y dos anillas, es un tanto de conveniencia, puesto que al examinar determinadas hachas de uno y otro tipo, la similitud entre ellas resulta tan clara, que la cronología necesariamente ha de ser muy próxima, más incluso y como antes señaláramos, a la vista de algunos depósitos cerrados donde esquemas similares coexisten.

Dentro del grupo *A*, apreciamos en primer lugar un gran conjunto *A 1*, cuyos rasgos, al margen de pequeñas variaciones, se concretan en su garganta poco marcada, dilatación progresiva de los flancos de la lámina, rectos o tendentes a la concavidad, tope algo arqueado y filo curvo. A su vez, la hoja presenta una nervadura media y dos resaltes laterales en forma de nervio, que ocupan aproximadamente un tercio de la longitud total de la misma. Fácilmente se aprecia que estas peculiaridades coinciden con las que de forma genérica otorgaremos a las hachas de la región, consecuencia de lo cual, consideramos este subtipo como el más representativo de cuantos iremos describiendo. En el mismo tendrían cabida los siguientes: *Huerta de Arriba* (fig. 7, 3), *Coruña del Conde* (fig. 23, 6), *Covaleda* (fig. 24, 3), *Sepúlveda* (fig. 10, 2), *Manzaneda* (fig. 9, 2), *Villaverde de Arcayo* (fig. 9, 4), *Cofinal* (fig. 9, 1), *Torneros de Valdería* (fig. 9, 3), *Astorga* (fig. 10, 3) otra de la *provincia de Valladolid* (fig. 10, 1) y una última palentina de *Villodre*.

<sup>152</sup> LLANOS, 1972, p. 87.

<sup>153</sup> ALMAGRO GORBEA, 1976, p. 465 y 474.

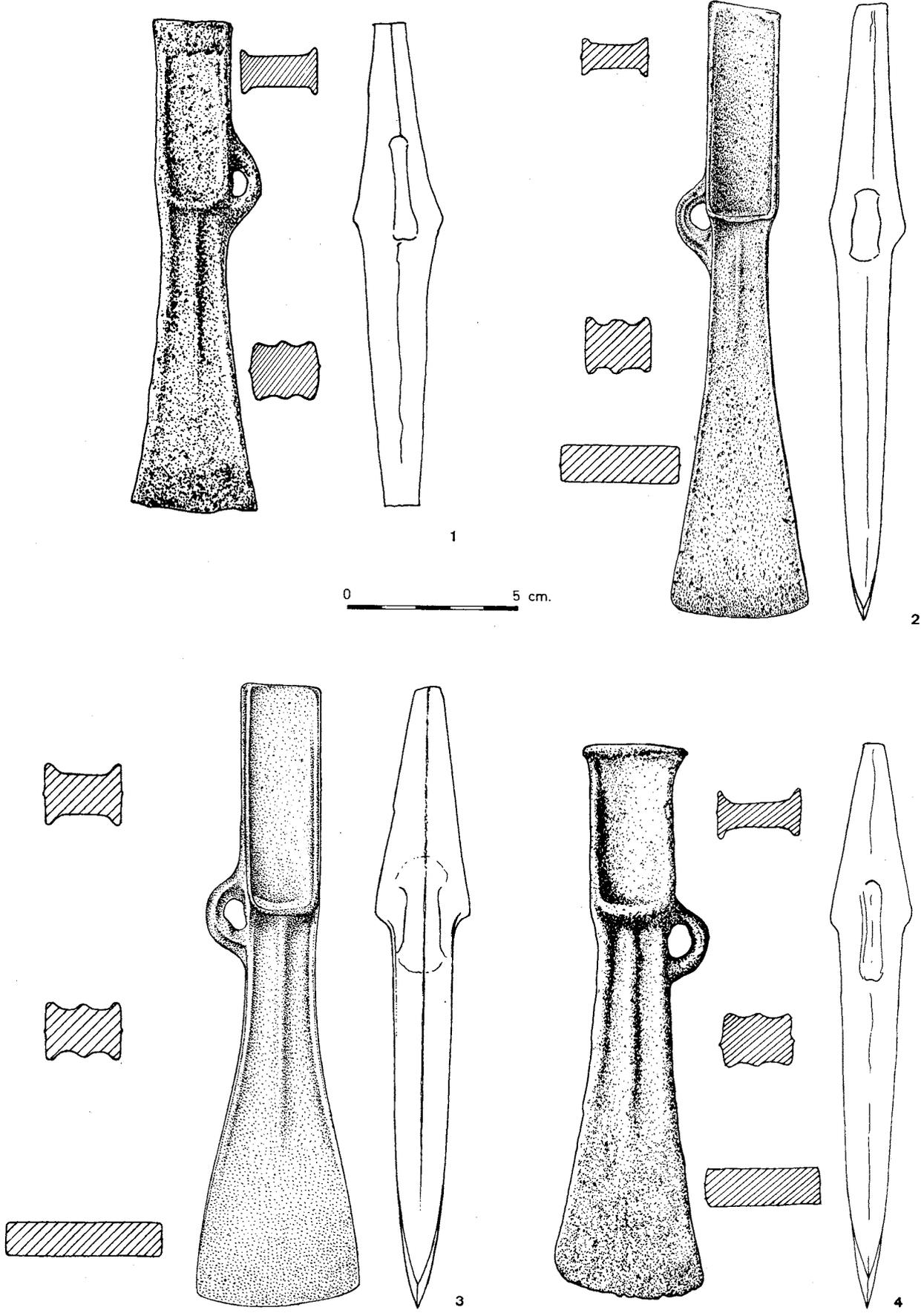


Fig. 9. 1. Cofiñal. 2. Manzaneda. 3. Torneros de Valderia. 4. Villaverde de Arcayos.

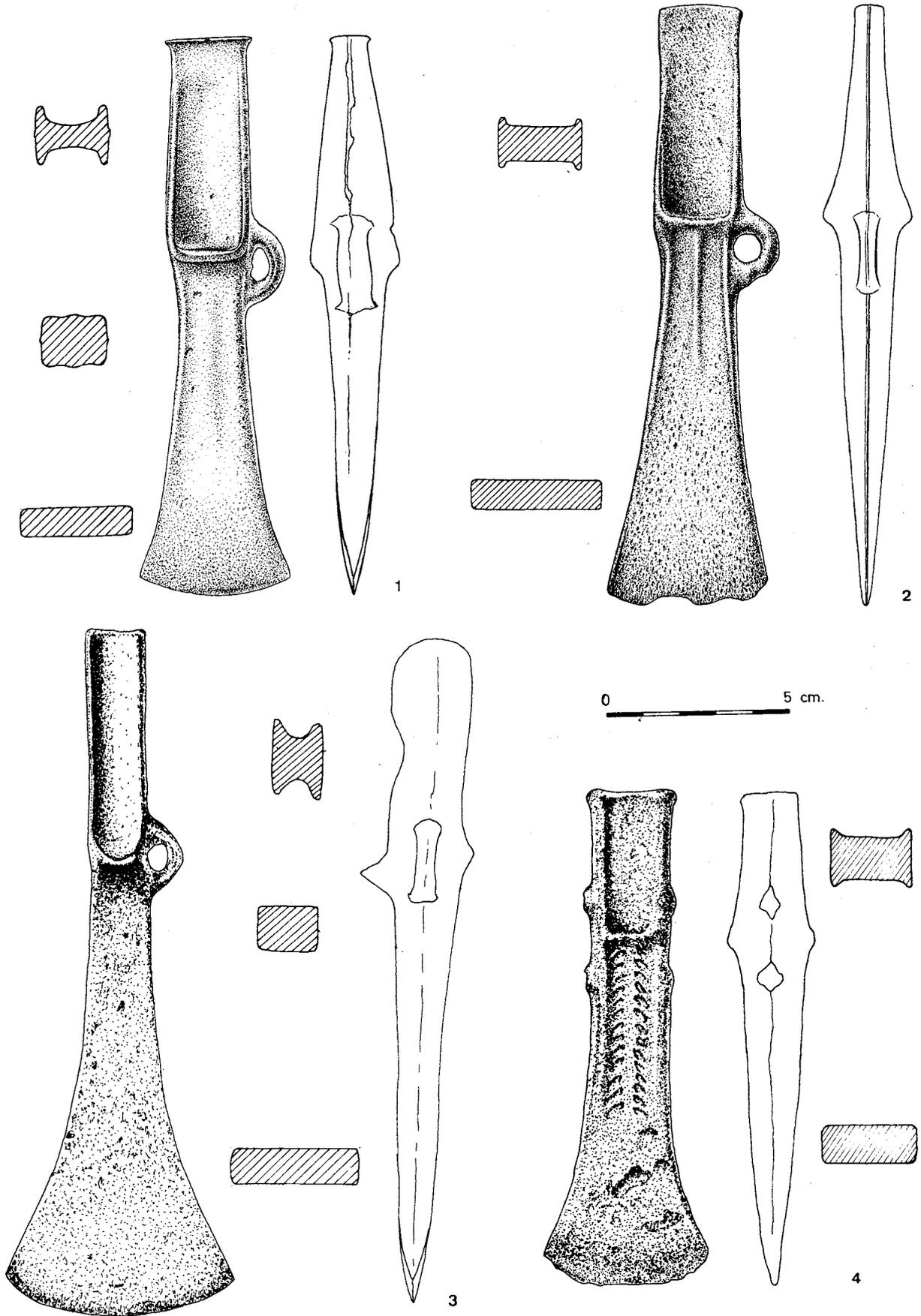


Fig. 10. 1. Provincia de Valladolid. 2. Sepúlveda. 3. Astorga. 4. Villamiraz.

Junto con la evidente coincidencia de sus rasgos morfológicos, pese a que existen diversas variaciones de matiz en alguna de ellas, sus dimensiones, fluctuando entre los 152 mm. de la más pequeña, de Covaleda, y los 183 mm. de Torneros de Valdería, servirían para corroborar la uniformidad del subtipo; oscilando sus proporciones internas —garganta/hoja/cuerda del filo— entre  $59-63 \approx 91-120 \approx 38-45$  mm. Otras cuatro piezas —*San Esteban de Gormaz* (fig. 11, 5), *Coruña del Conde* (fig. 23, 1), *Becerril de Campos* (fig. 11, 6) y *San Emiliano* (fig. 11, 1)<sup>154</sup>— ofrecen un tamaño mayor que las anteriores, pero, curiosamente, siguen manteniendo las mismas ecuaciones entre sus elementos, motivo por el que, en nuestro intento de simplificar en lo posible la excesiva proliferación de tipos, las incluimos en este mismo grupo.

La pauta cronológica más importante para la datación del subtipo nos la proporcionan las piezas de Coruña del Conde, Covaleda y Huerta de Arriba, las tres, como es sabido, halladas en otros tantos depósitos. Entre el 900-850 se situaría el más célebre de ellos, el de Huerta, los siglos XI y IX marcarían la amplitud del soriano, en tanto que, el de Coruña del Conde, con hachas de apéndices laterales, difícilmente podría ser anterior a los inicios del milenio.

Un segundo subtipo, el *A 2*, se significaría por la gran anchura de las caras, sin que estas se vean compensadas por una mayor longitud, perdiendo así el porte esbelto que caracterizara a las anteriores. Sus secciones son de considerable espesor, confiriendo a estas piezas una notable robustez. De los tres ejemplares que en el mismo han de integrarse, *Cornombre* (fig. 12, 2), *Fuente Urbel* (fig. 12, 1) y *Palencia* (fig. 12, 3), no poca originalidad posee la última, por cuanto su hoja se acompaña de un tema decorativo dispuesto longitudinalmente a ambos lados del nervio central. Dicho motivo, pensamos que debe relacionarse con representaciones antropomorfas, asimilables a aquellas que caracterizan el arte rupestre esquemático, y más específicamente con los denominados «ramiformes»<sup>155</sup>. Desafortunadamente, ninguna sería la transcendencia cronológica de tales temas, si pretendiéramos utilizarlos de referencia para datar este conjunto. Como es sabido, el momento de mayor difusión de los mismos se sitúan en torno al Bronce Inicial, a todas luces desajustado con el momento de aparición y desarrollo de los modelos de talón, aunque explicable si tenemos en cuenta que su presencia se dilata cuando menos hasta la Edad del Hierro<sup>156</sup>.

Invalidado el dato de los adornos como pauta cronológica, no poseemos ningún otro que de forma precisa podamos utilizar para este propósito, restándonos tan sólo recurrir a consideraciones de orden estadístico, indicativas de que es a partir de la segunda mitad del Bronce Final II, del 1000 a.C. en adelante, cuando comienza la fabricación masiva de tales objetos, sin olvidar que los mismos esquemas seguirán vigentes hasta el término de la Edad, por lo que la mayor modernidad de este subtipo pudiera ser posible.

El segundo de los grupos que proponemos, *B*, englobaría genéricamente los modelos de dos anillas. Dentro del mismo, un primer conjunto, *B 1*, ofrecería una serie de peculiaridades —garganta rectangular y poco profunda, tope curvado...— coincidentes con aquellas que poseen las del subtipo *A 1*, en este caso con la consiguiente adición de la segunda anilla, por lo que su cronología, necesariamente ha de ser muy próxima. En el mismo se integrarían las siguientes hachas: una de *Covaleda* (fig. 24, 1), dos de *Coruña del Conde* (fig. 23, 2 y 3), dos de *Huerta de Arriba* (fig. 6, 1 y 2), tres de la *provincia de León* (las inventariadas con los números: 331, 335 y 336) (fig. 13, 1, 2 y 3) depositadas en el Museo Arqueológico de dicha capital, una de *Acera de la Vega* (fig. 14, 2), una de *Cistierna* (fig. 14, 3), una de *Santa María del Río* (fig. 14, 1), una de *Camposalinas* (fig. 25, 1), una de *Villasabariego* (fig. 13, 4), la de la «Provincia de León», depositada en el British Museum y otra de *Villamizar* (fig. 10, 4). Sus proporciones, una vez más referidas a la garganta/hoja/cuerda del filo, se sitúan entre  $58-88 \approx 122-153 \approx 51-64$  mm.

Pese al incuestionable carácter homogéneo de sus piezas, existen algunas singularidades tales como la que posee el hacha de Villasabariego, con la hoja decorada a base de un altorrelieve cuyo tema, al igual que la pieza de un asa de Palencia, con pocas dudas se vincula con el arte esquemático, también con motivos ramiformes. Los mismos, estructurados mediante un eje longitudinal al desarrollo de la hoja con tres ramificaciones oblicuas a cada lado, se alinean asimismo con los temas plasmados en el ejemplar de Villamizar, en su caso conseguidos mediante dos series de pequeñas incisiones ovaladas que flanquean el nervio central de la hoja. Como en el caso de la palentina, la intransecendencia cronológica de dichos esquemas es manifiesta.

<sup>154</sup> Se conoce igualmente otra pieza de similar esquema localizada en Santibañez de la Sierra (Salamanca), que no incluimos en el inventario por pertenecer dicha localidad a la vertiente del río Tajo. (MALUQUER DE MOTES, 1956, p. 110).

<sup>155</sup> ACOSTA, 1968, p. 124.

<sup>156</sup> *Ibidem*, p. 130-132.

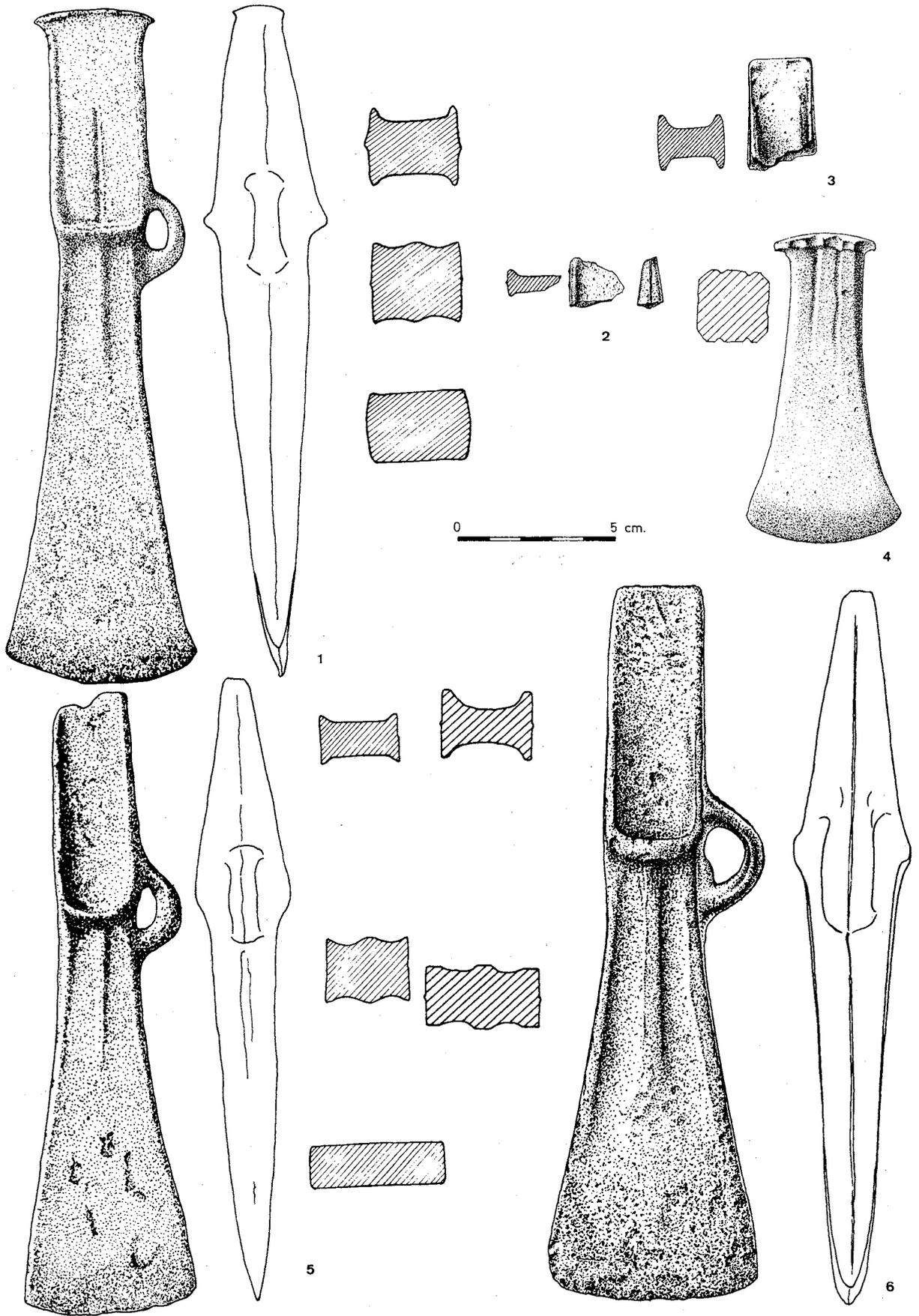


Fig. 11. 1. San Emiliano. 2. Fuenteliante. 3. Tejado. 4. Peñaranda de Bracamonte. 5. San Esteban de Gormaz. 6. Becerril de Campos.

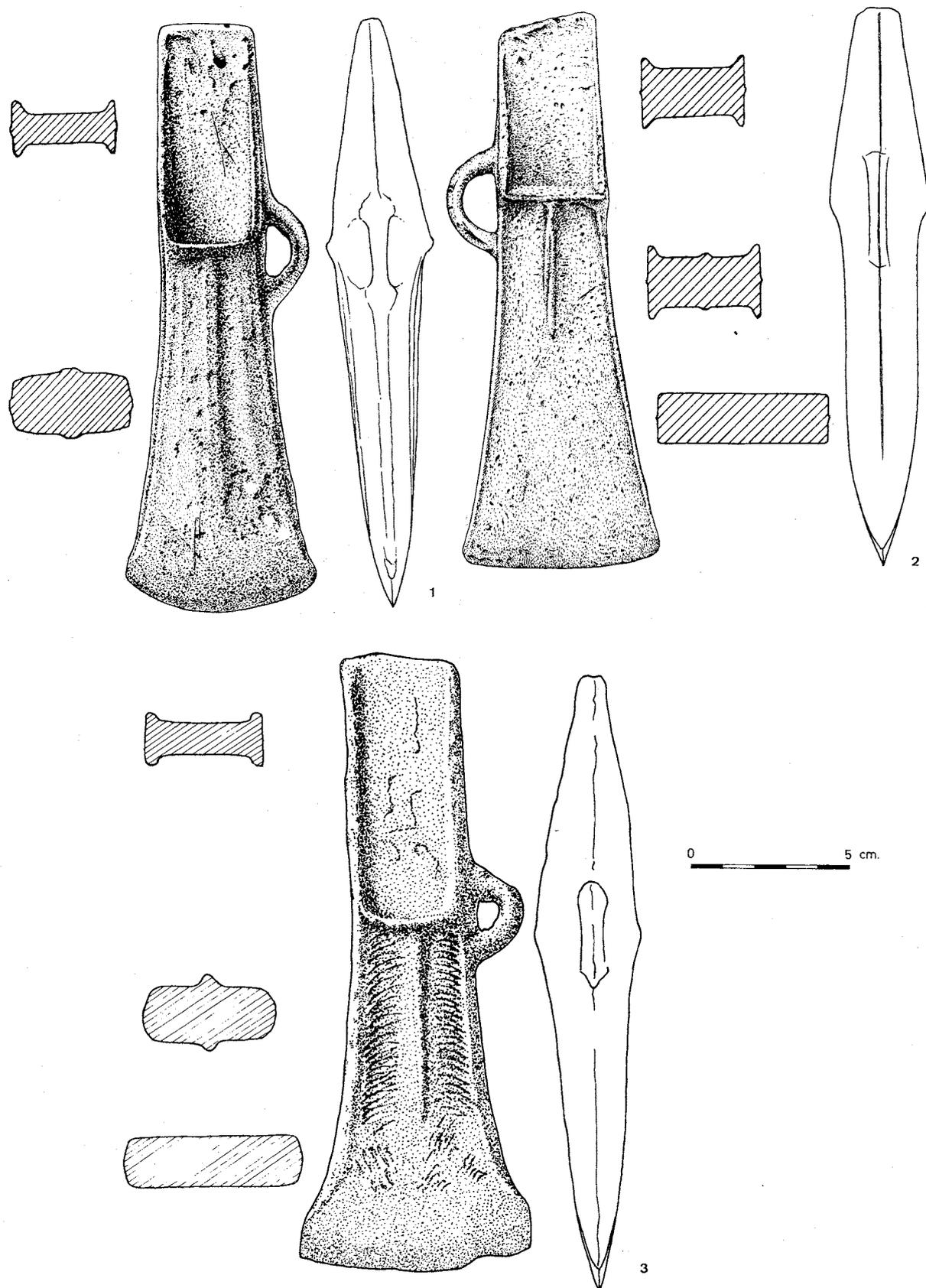


Fig. 12. 1. Fuente Urbel. 2. Cornombre. 3. Palencia.

En fin, un análisis morfológico escrupuloso nos llevaría a efectuar ciertas matizaciones, caso del filo «a corne» del hacha de Camposalinas, la sustitución de nervaduras por dos incisiones en cada cara —pieza número 335 del Museo de León— y cuatro en la de Cistierna; o la existencia en una Covalada, en el extremo del nervio mediano, de un botón a modo de remate, detalle poco frecuente en los modelos de talón, aunque constatado con cierta frecuencia en hachas portuguesas —Modim de Beira, Carris...<sup>157</sup>— y que igualmente debieron existir en la Meseta, pues así serían las piezas obtenidas a partir del molde arenoso de Linares de Riofrío (Salamanca). Ninguna de tales peculiaridades trasciende, sin embargo, ni para delimitar un área de dispersión expresiva, ni tampoco para precisar con más detalle su cronología, motivo por el que apenas si reparamos en un examen más pormenorizado de las mismas. Será una vez más la referencia de algunos de los depósitos, los de Covalada y Camposalinas, los que nos proporcionen para el grupo la referida fecha de la segunda mitad del Bronce Final II.

En cierto modo partícipe de los rasgos de compacidad que singulariza al subtipo *A 2*, el conjunto *B 2* ofrecería como peculiaridad más relevante la ausencia de nervaduras en la hoja. La carencia de este refuerzo podría, aparentemente, motivar la identificación de las piezas de este grupo con la ya analizada de Beratón, del Bronce Final I, posibilidad que, no obstante, habría que rechazar tras una simple comparación de sus hojas, de perfil marcadamente distendido y filo curvo en éstas, lejanas de la soriana, en su caso con los flancos paralelos.

Siete, son los palstaves que integran el subtipo: tres de la *provincia de Burgos* (uno depositado en el Arqueológico Provincial de Burgos, otro en el Instituto Valencia de Don Juan, en Madrid, y el tercero en el Museo Arqueológico Provincial de Barcelona) (fig. 16), dos de *Villasabariego* (fig. 17, 3 y 4), otra de la *provincia de León*, hoy depositada en el Museo Arqueológico Provincial de esa capital, con el número de inventario 339 (fig. 17, 2), y por último, una de *Padilla de Abajo* (Burgos) (fig. 27, 2), esta última con las caras mucho más esbeltas que las precedentes.

De porte similar, aunque algo desplazadas de los límites geográficos meseteños, se conoce un hacha procedente de San Pedro Manrique, en Soria<sup>158</sup> y otra burgalesa de Sotoscueva<sup>159</sup> hallada en un pequeño depósito junto con un hacha plana y otra plana con anillas. Tal asociación podría ser de gran utilidad para la datación de estas piezas, puesto que a partir del modelo plano con asas se suscita la posibilidad de establecer una secuencia tipológica —por el momento no comprobada arqueológicamente— según la cual, partiendo de los modelos clásicos —subtipos *A 1* y *B 1*— se habría evolucionado a los planos con anillas, representando el grupo *B 2*, sin nervaduras y con la garganta casi siempre poco marcada, un hito intermedio entre ambos, llegando a convivir con las planas, más modernas, según evidenciaría el propio depósito de Sotoscueva. La pieza del escondrijo de Padilla de Abajo, con un somero resalte a modo de tope y ligerísimos rebordes de garganta, avalaría en cierto sentido la corrección del planteamiento, pues como ya señalamos, dicho hallazgo, colateral del de Huerta de Arriba, se fecha en torno al 900 a.C., al filo ya del Bronce Final III. Esto es, que el grupo *B 2* habría comenzado su existencia al término del Bronce Final II, coincidiendo así con su difusión en otros territorios extrameseteños, en Asturias, allí individualizados por Blas Cortina<sup>160</sup> en el que denomina «tipo Pruneda», datado por este mismo autor, no sin ciertas reservas, en un momento próximo al 900 a.C. Con pocas dudas su fabricación se perpetuó hasta el término de esta Edad.

De todas las hachas de talón existentes en la Meseta, sólo dos ofrecen rasgos afines a los modelos gallegos. Ambos están depositados en el Museo de León, inventariadas con los números 333 y 344 (fig. 15, 2 y 1), respectivamente. Constituirían el subtipo *B 3*. La presencia de tales modelos en tierras de la Cuenca —de garganta estrecha, flancos de la hoja paralelos...— pondría de manifiesto una vez más la existencia de vínculos comerciales, con Galicia y Norte de Portugal en este caso, si bien, como relatáramos, la originalidad de ambas regiones será la pauta dominante, más aún cuando ni siquiera tenemos la seguridad de que ambas hachas se hubiesen localizado en la provincia de León. La similitud que en general mantienen —sobre todo la inventariada con el número 333— con las de tipo Samieira, permitirían ser datadas en la primera centuria del primer milenio antes de la era<sup>161</sup>.

<sup>157</sup> MONTEAGUDO, 1977, p. 208, taf. 93, 1321 A y taf. 92, 1321.

<sup>158</sup> ORTEGO, 1964, p. 115-118.

<sup>159</sup> LOPEZ MATA, 1950, p. 218.

<sup>160</sup> BLAS CORTINA, 1975, p. 143-145.

<sup>161</sup> MONTEAGUDO, 1977, taf. 162.

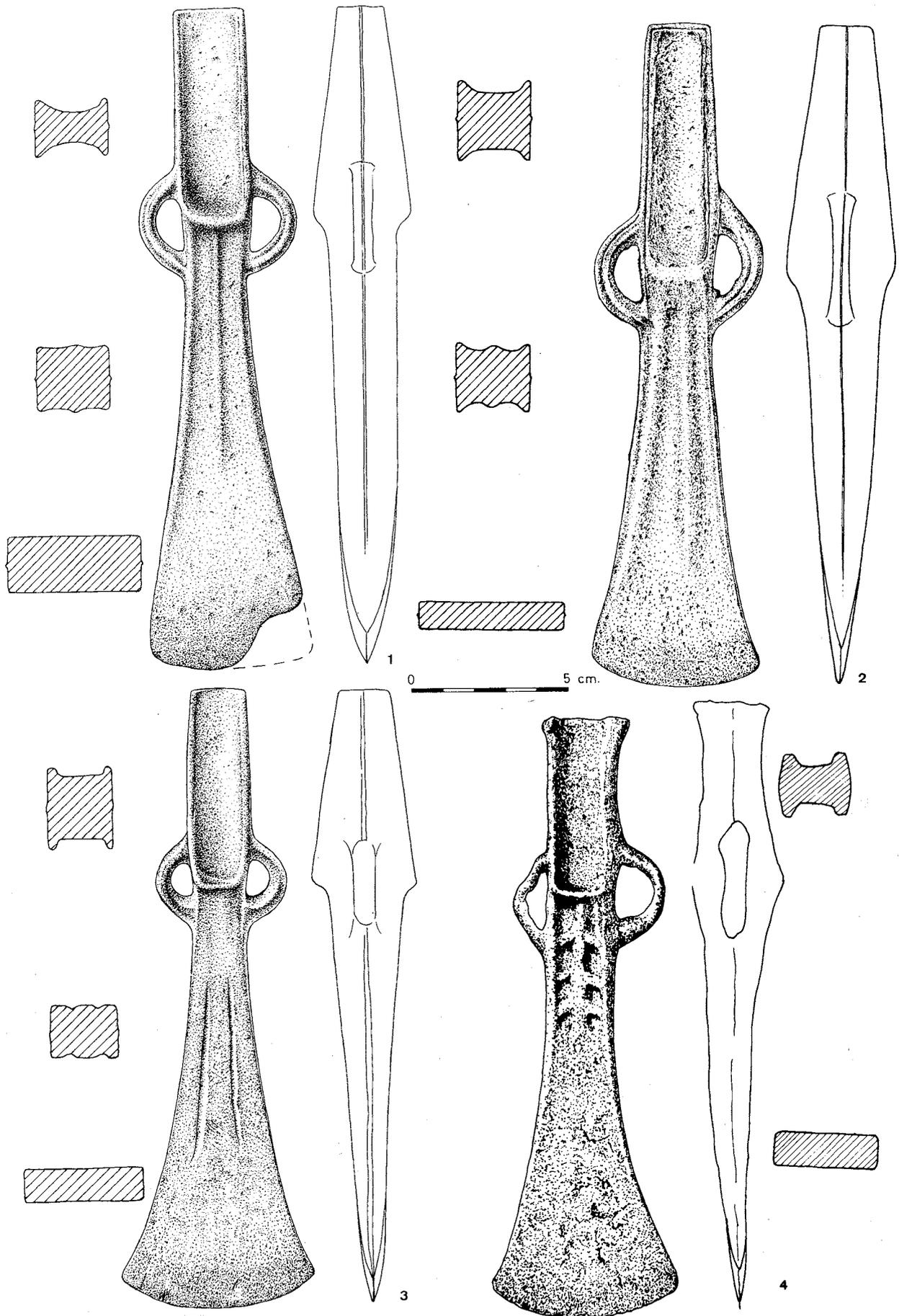


Fig. 13. 1, 2 y 3. Provincia de León. 4. Villasabiego.

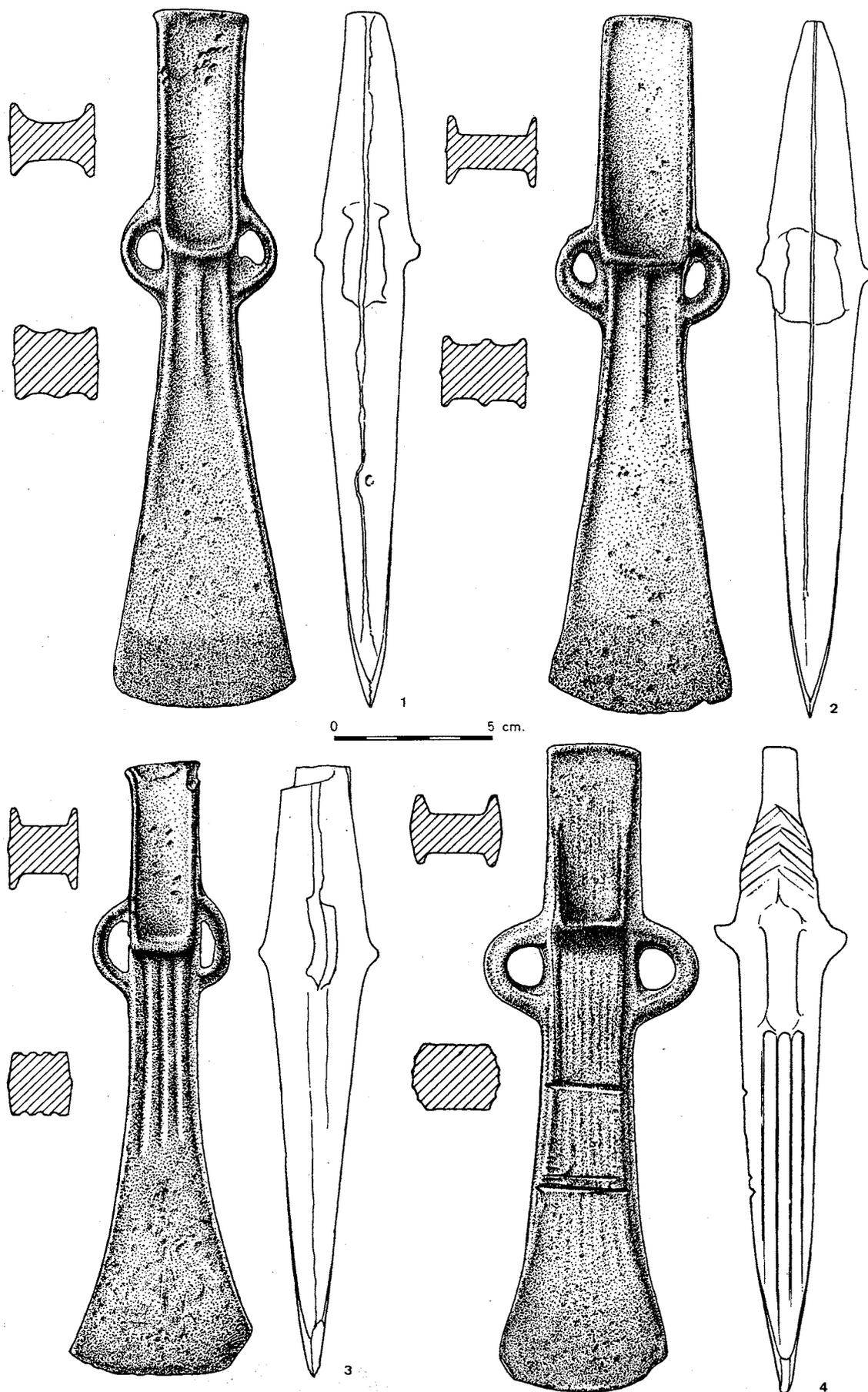


Fig. 14. 1. Santa María del Río. 2. Acera de la Vega. 3. Cistierna. 4. Mondreganes.

Bajo el epígrafe de *variantes atípicas*, incluimos dos piezas, una de *Gumiel de Hizán* (Burgos) (fig. 18, 2) y otra de *Mondreganes* (León) (fig. 14, 4). La primera posee tres cortos nervios en la hoja, bajo el tope, y tanto la garganta como este último elemento aparecen muy poco resaltados, confiriéndole un carácter eminentemente plano. Dicha peculiaridad nos hace pensar que la misma se fabricó en un momento coincidente con las del grupo B 2, pues como aquellas posee una semiatrofia de los elementos que proporcionan el relieve a sus caras. Su datación, por lo tanto, no habría de alejarse de los inicios del siglo IX, y en ningún caso anterior a la inauguración del Bronce Final II, si consideramos que la misma fue localizada junto con un hacha de apéndices laterales.

La de *Mondreganes* ofrece la superficie decorada mediante pequeñas incisiones, longitudinales en la hoja y garganta y oblicuas en los flancos, en absoluto coincidentes con las representaciones esquemáticas más difundidas. Formalmente, su hoja discurre con los perfiles paralelos durante los dos tercios iniciales, distendiéndose en la última parte para perfilar un corte ligeramente curvo. La garganta se estructura mediante sendos rebordes poco realzados. Da la sensación, en suma, que nos hallamos ante una forma híbrida entre los palstaves gallegos y meseteños, cuya fecha resulta ambigua, ya que si en ciertos aspectos nos recuerdan al ejemplar de *Beratón* —de similar garganta—, no coinciden con aquel ni en la hoja, ni en el hecho de poseer dos anillas, elemento éste posiblemente desconocido, o, en todo caso, de escasa difusión en el Bronce Final I.

Tras la descripción de las hachas que consideramos corresponden a este Bronce Final II, una vez más reparamos en el hecho de que en los diversos grupos propuestos existen algunas piezas —las de *Padilla de Abajo* y *Astorga*, por ejemplo, en el B 2—, que en la clasificación tipológica estricta difícilmente pudieran tener cabida con las compañeras de subtipo; u otras dos —la *Bañeza* y *Palencia*— del *British Museum* que participan de rasgos de diversos grupos. Las seriaciones, así, podría traslucir cierta dosis de artificiosidad que, sin embargo, quedaría muy mermada ante lo que creemos una más correcta valoración, en el caso de las hachas del conjunto B 2, por ejemplo, la tendencia al carácter plano por encima de otros detalles, como pueda ser el filo más o menos prolongado, sobre todo cuando dichos rasgos ofrecen un significado limitadísimo. Por su parte, a excepción de los modelos pertenecientes a depósitos bien datados en este periodo, existe la posibilidad, auténtica probabilidad diríamos, que algunas de las piezas aquí incluidas, de las localizadas fortuitamente, puedan datarse en el Bronce Final III, puesto que, como veremos el tipo «meseteño», se mantendrá sin variaciones ostensibles hasta el término de la Edad. Por su parte, la perduración de tales objetos transcurrido el Bronce se constata en el yacimiento alavés de *Henayo*<sup>162</sup>, del Primer Hierro, siendo difícil aceptar, como así sugiriera *García Bellido*<sup>163</sup> su vigencia hasta época romana.

## 6. HACHAS DE APÉNDICES LATERALES

Se trata de objetos que presentan en los flancos de una lámina, generalmente plana, dos pequeños apéndices cónicos, o bien salientes más o menos simétricos que sirven para la fijación de un mango.

Del estudio técnico de estas piezas<sup>164</sup> se desprende que este tipo de prensión se limita a útiles de corte transversal, lo que en principio supondría que su adscripción como hacha sería correcta. Las posibilidades funcionales, sin embargo, no se reducen a esta alternativa, pronunciándose en este sentido *Mac White*<sup>165</sup> y *Branigan*<sup>166</sup>, entre otros, quienes las incluyen en la categoría de escoplos, en tanto que para *Deshayes*<sup>167</sup>, tras un minucioso análisis de todas las opiniones vertidas al respecto, piensa que la mayor parte debieron

<sup>162</sup> LLANOS, APELLANIZ, AGORRETA y FARIÑA, 1975, p. 112.

<sup>163</sup> GARCIA Y BELLIDO, 1942, p. 305.

<sup>164</sup> CHRISTOPHE et DESHAYES, 1964, p. 55-56.

<sup>165</sup> MAC WHITE, 1951, p. 55-56.

<sup>166</sup> BRANIGAN, 1974, p. 23.

<sup>167</sup> DEHAYES, 1960, p. 128.

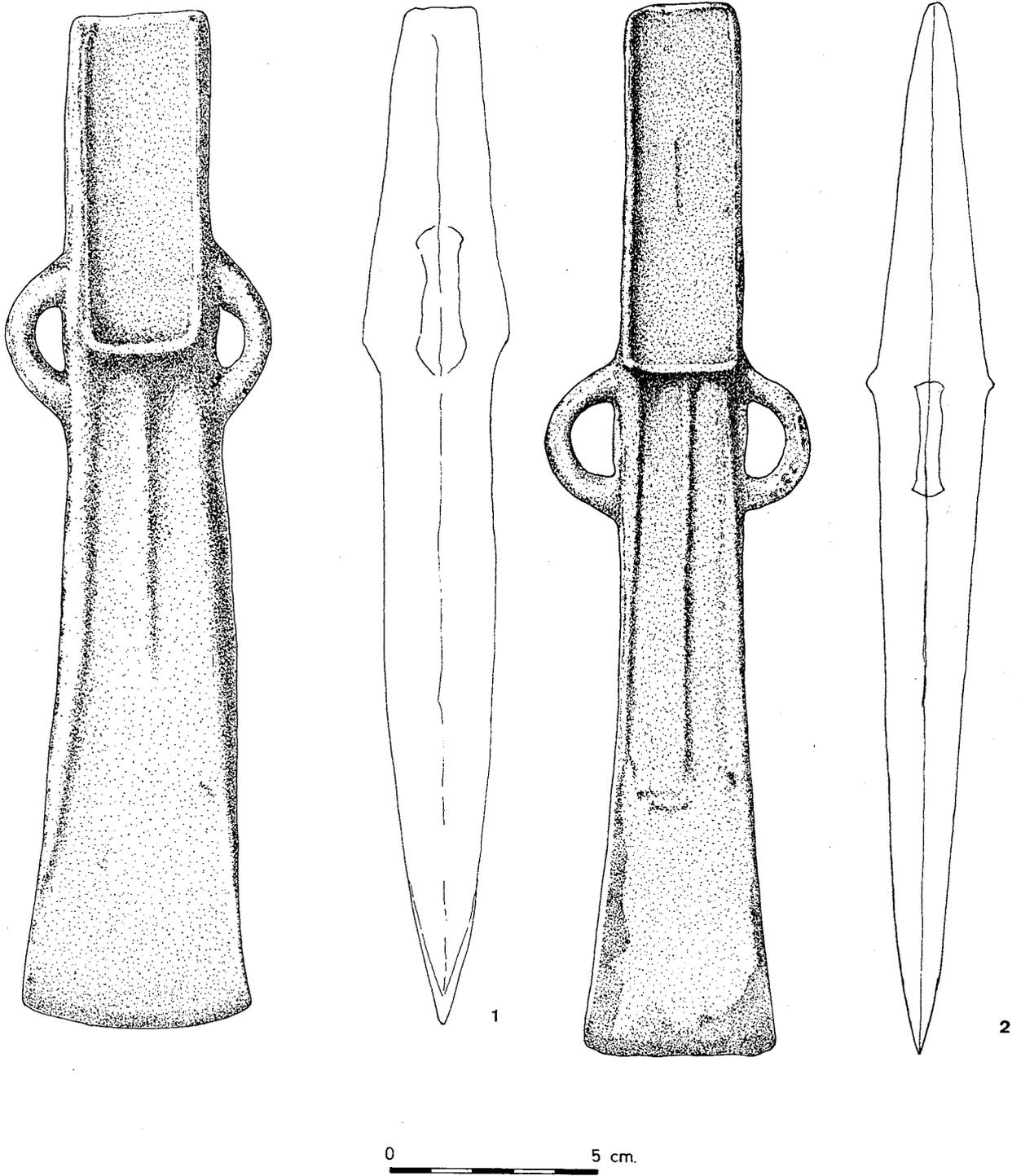


Fig. 15. 1 y 2. Provincia de León.

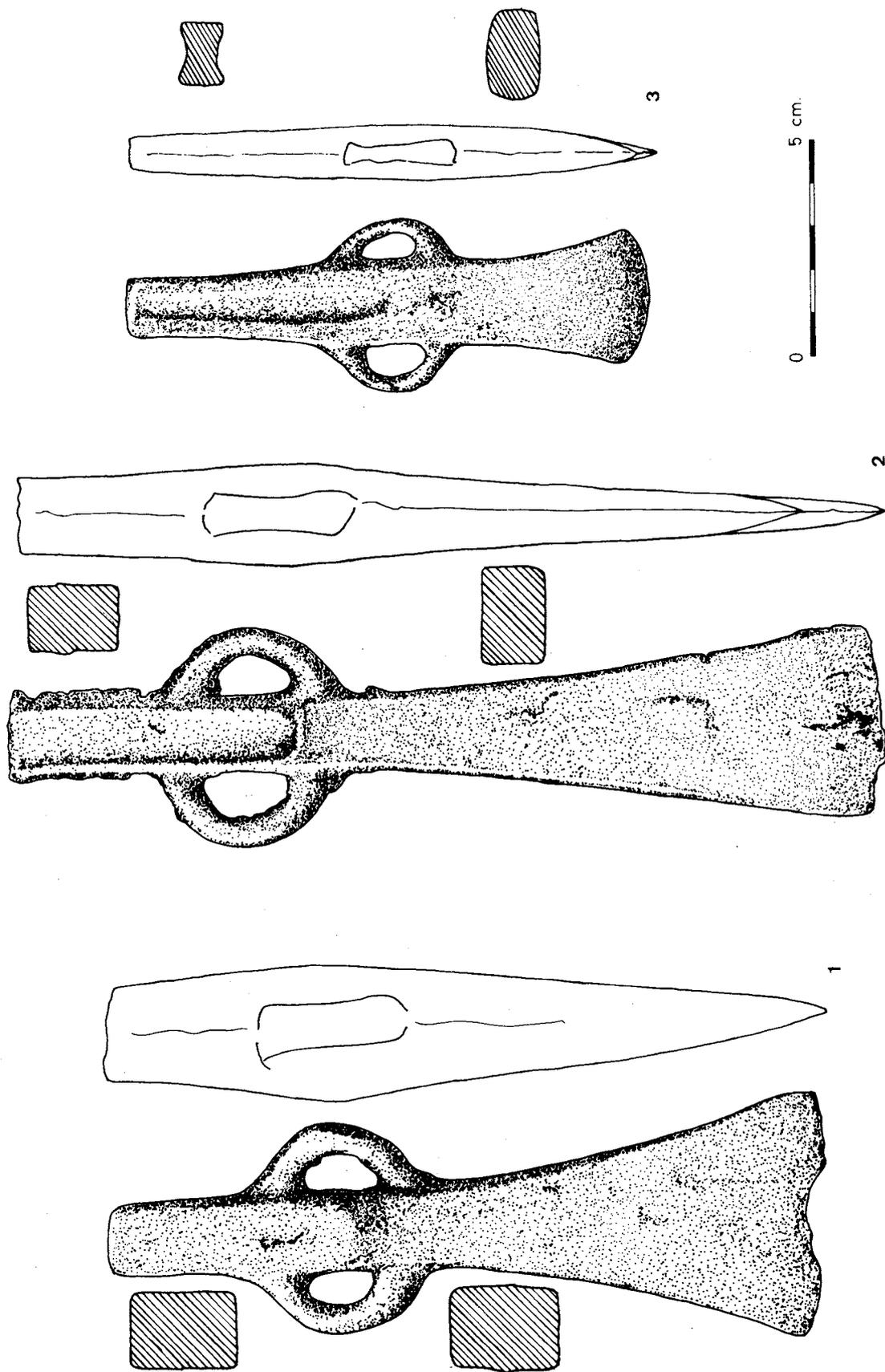


Fig. 16. 1, 2 y 3. Provincia de Burgos.

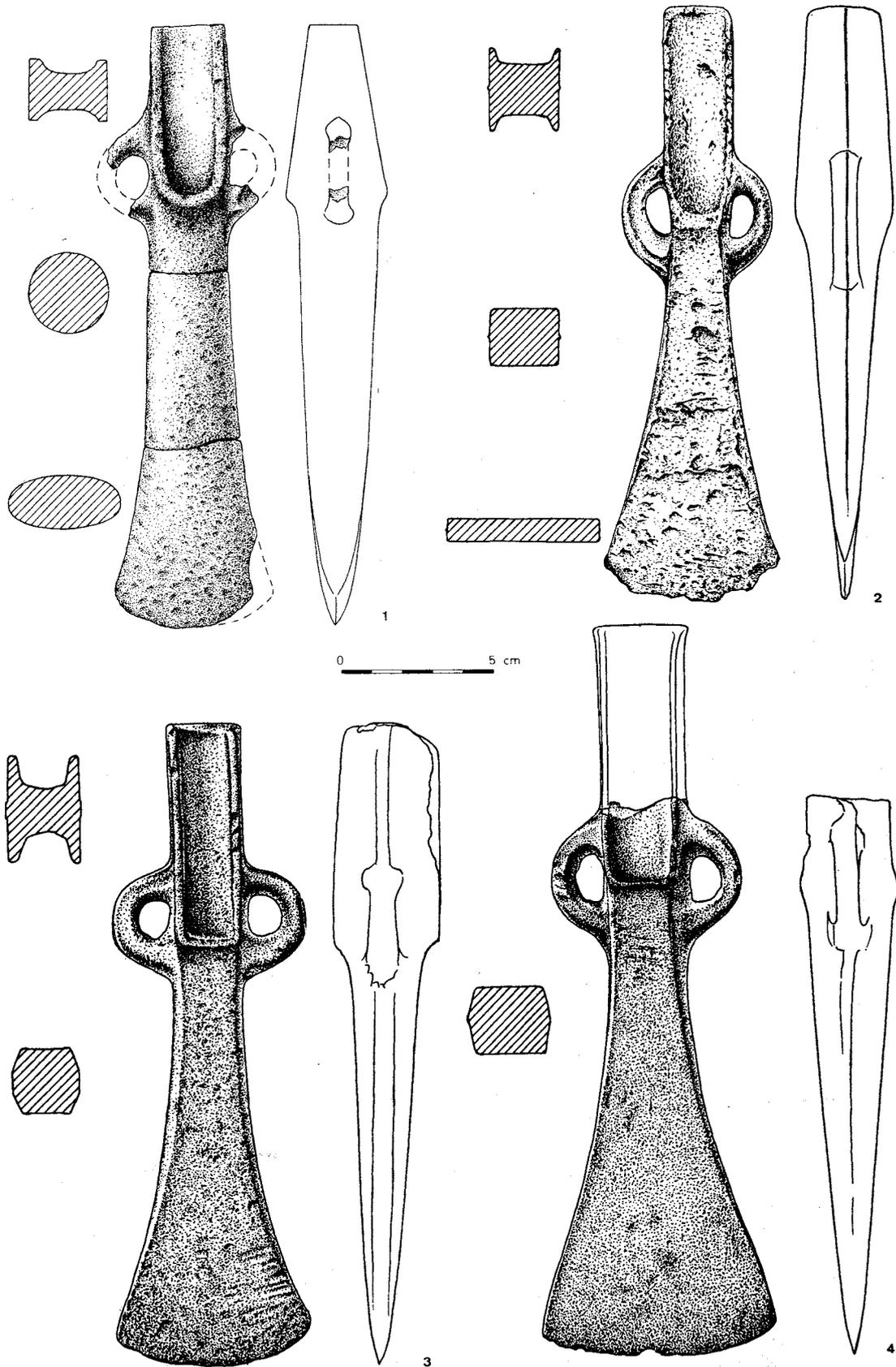


Fig. 17. 1 y 2. Provincia de León. 3 y 4. Villasabariego.

ser utilizadas como azuelas y sólo algunas como hacha o buril. Señalamos finalmente la dedicación votiva, e incluso monetaria que Siret propone<sup>168</sup> a la vista de ciertos ejemplares caracterizados por la suma endeblez de su hoja, además de la existencia de concavidades en la base —los alicantinos de Elche<sup>169</sup> y otro grupo de Formentera<sup>170</sup>—, aspectos determinantes de poca resistencia ante cualquier labor que entrañe un mínimo de violencia.

Nos encontramos, pues, ante un tipo de problemática funcional en cierto modo similar a la que acontece con las hachas de talón, y que en este caso, su dificultad de definición se ve acrecentada, tanto por la práctica ausencia de análisis metálicos que nos pudieran permitir, o al menos aproximarnos, establecer un posible paralelo entre el carácter de la composición y su utilidad; como por el hecho de la poca entidad que a veces tales objetos presentan, frecuentemente asimilados dentro de la misma categoría tan sólo por la presencia de dos salientes laterales, en tanto que la hoja apenas si resiste comparación con los genuinos ejemplares de lámina plana y compacta.

Pese a que en algunos casos parece indiscutible su fabricación en moldes monovalvos<sup>171</sup>, resulta manifiesto que la técnica más utilizada para su consecución es la de dos valvas, atestiguada por la presencia de rebabas de fundición en todas las hachas de la meseta. Se conocen incluso algunas piezas líticas de apéndices laterales —la armenia de Natichevan<sup>172</sup>, por ejemplo—, no obstante lo cual, el origen de los apéndices está ligado a las nuevas posibilidades que ofrecen la técnica del metal, constituyendo los modelos de piedra, en opinión de Deshayes<sup>173</sup>, una réplica de los metálicos, y consiguientemente, con una cronología en ningún caso más antigua que aquellos.

Originarios de Oriente Medio, hacia finales del tercer milenio, su presencia en el Próximo Oriente —Tell Judaidah y Tureng Tepe, entre otros<sup>174</sup>— se rastrea desde la fase Hisar III B (Bronce Antiguo III / Bronce Medio I), haciéndose frecuentes durante el Bronce Medio —nivel II de Alishar y Tarsos— y adquiriendo especial desarrollo en el Bronce Final —Bestasheni<sup>175</sup>, etc.—. Será a partir del 1200 a.C. cuando su presencia se constate en el Egeo —Troya, Cos, Araxos, etc.<sup>176</sup>—, con la posible excepción de la pieza de Dimanion, fechada en el Heládico Antiguo, aunque no deba descartarse que sea más moderna, dada su aparición con una estratigrafía revuelta con materiales del Bronce Final<sup>177</sup>. Desde aquí, y tomando el Mediterráneo como vía de difusión, el tipo alcanzará el Occidente europeo.

Los ejemplares italianos —Monte Rovello<sup>178</sup>, Sa Idda<sup>179</sup>, Niscemi<sup>180</sup>, etc., en ningún caso se darían antes del Protovilanoviano<sup>181</sup>; en tanto que, las láminas francesas, reducidas a unos pocos fragmentos hallados en Planguenoual<sup>182</sup> y Vènat<sup>183</sup>, junto con un solo modelo bien conservado del conjunto de Saint-Père-en Retz<sup>184</sup>, corresponderían al Bronce Final III. Por lo que se refiere a la Península Ibérica, son abundantes los hallazgos, con una dispersión que en lo fundamental atañe a las zonas costera o próximas a

<sup>168</sup> SIRET, 1913, p. 362-363.

<sup>169</sup> ALMAGRO, 1967, E. 13, 1-10.

<sup>170</sup> *Ibidem*, E. 12, 1(1) 1.

<sup>171</sup> DESHAYES, 1960, p. 114.

<sup>172</sup> *Ibidem*.

<sup>173</sup> *Ibidem*.

<sup>174</sup> SCHAEFFER, 1948, p. 324, fig. 195, 35 y 36.

<sup>175</sup> *Ibidem*, p. 506 y 513, fig. 283, 6.

<sup>176</sup> HARDING, 1975, p. 186.

<sup>177</sup> *Ibidem*, p. 184.

<sup>178</sup> MONTELIUS, 1895, pl. 121, 26.

<sup>179</sup> TARAMELLI, 1915, p. 89-97; *Idem*, 1916, p. 5-108.

<sup>180</sup> BERNABO BREA, 1957, p. 196, fig. 46, G.

<sup>181</sup> HARDING, 1976, p. 184.

<sup>182</sup> BRIARD et VERRON, 1976, p. 88, fig. 2, 1.

<sup>183</sup> COFFYN, GOMEZ et MOHEN, 1981, planche, 17.

<sup>184</sup> BRIARD et VERRON, 1976, p. 87, fig. 1.

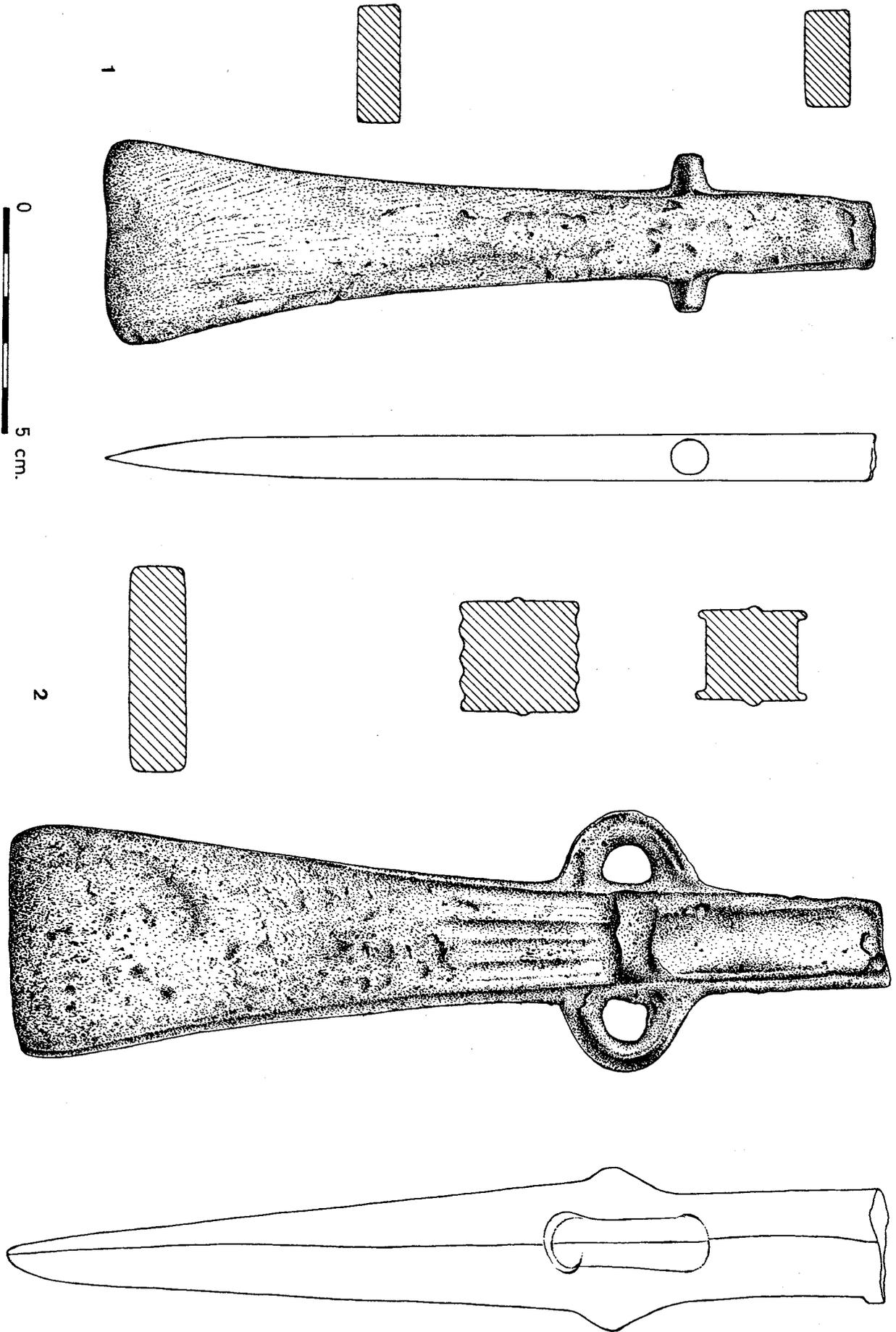


Fig. 18. Depósito de Gumiel de Mizán.

ellas<sup>185</sup>. A manera de ejemplo, recordemos las piezas granadinas de Campotéjar<sup>186</sup>, las portuguesas de Monforte de Beira<sup>187</sup> o Castelo Novo<sup>188</sup>, las del Norte de la Cuenca del Duero, o las levantinas de Elche, todas ellas con algunas diferencias morfológicas, pero con el rasgo común de pertenecer al Bronce Final.

En suma, y a tenor de estas evidencias, parece que fue la vía mediterránea la que posibilitó la arribada de estas hachas hasta la Península; posición que en buena medida descalificaría aquella según la cual, el origen de los tipos hispanos se habría relacionado con la llegada de los pueblos de Campos de Urnas durante los siglos VIII y VII<sup>189</sup>. Sin descartar que tales grupos hubiesen aportado sus tipos peculiares, lo que parece evidente es que estas hachas ya eran conocidas en la Península con bastante anterioridad.

Un último aspecto que centra nuestra atención sobre el origen de las hachas de apéndices laterales, nos lo proporciona la presencia de ejemplares británicos —ingleses de Shopshire, Talerding, etc., e irlandeses de Randalstown Lusmarsh, etc.<sup>190</sup>— y holandeses —Voorhout<sup>191</sup>—, cuya peculiaridad más relevante, aparte de algunas variaciones formales en relación con las ibéricas, radica en que casi todas han de datarse en el Bronce Medio o incluso más antiguas. Su presencia, por consiguiente, no puede ofrecer la misma justificación que los modelos peninsulares —datados con pocas dudas en el Bronce Final—, lo que nos lleva a plantear la posibilidad de que los mismos pudieran haber servido de modelo para la fabricación de los hispanos. Una explicación clara a tal fenómeno, por el momento no resulta sencilla, pudiendo, no obstante, en tal sentido, efectuar una serie de observaciones. Así, sería posible pensar en un camino continental, que atravesando toda Europa, hubiesen llegado a las Islas Británicas, antes de que arribasen a Occidente por el Mediterráneo. No habrá de descartarse tampoco, aunque no somos partidarios de tesis poligenistas, pensar en un doble origen para este modelo; pudiendo en última instancia proponer una solución intermedia, cual es considerar que los modelos británicos habrían surgido independientemente del gran conjunto Oriental; y efectivamente —muy estilizados, en su mayoría auténticos escoplos— en poco se parecen a los ejemplares de igual periodo en aquellas latitudes. Por el contrario, en el Bronce Final, los crecientes intercambios comerciales atlánticos podrían haber determinado la presencia en el Occidente europeo, de alguna pieza influida por los esquemas ya arraigados en la península Ibérica, como pudo haber sucedido con los modelos de Vènat<sup>192</sup>. Ello justificaría la existencia en tierras inglesas de un hacha, la de Hambleton<sup>193</sup>, de gran similitud con la palentina de Saldaña.

El estudio tipológico de estos objetos ha motivado la confección de numerosas clasificaciones estructuradas bajo diferentes criterios. Unas, en la forma de los muñones, otras, en la longitud de la «cola» (porción entre la zona próxima y los muñones), distribución geográfica, o valoración conjunta de los diversos elementos morfológicos; posición, esta última, que con criterios de flexibilidad, consideramos la más apropiada. Prescindiendo de los ejemplares extramesetños, así como de aquellos cuya procedencia no ofrece un mínimo de garantía, se pueden apreciar tres formas bien definidas. La primera de ellas, *A*, posee como peculiaridad más importante el desarrollo paralelo de los perfiles de la hoja, ancha, en tanto que los apéndices, situados en un lugar próximo al primer tercio desde el nacimiento de la hoja, confluyen sobre la misma verticalmente. En este primer grupo, el más escaso, se integrarían una pieza de *Covaleda* (fig. 24, 5) y otras dos del depósito burgalés de *Coruña del Conde* (fig. 23, 4). La soriana, como es sabido, forma parte de un depósito, cuyo elemento mejor referenciado es un regatón, muy similar a los que en la Europa atlántica se fabrican en el Bronce Final II.

En la segunda variante, *B*, reunimos aquellos modelos cuya lámina se estrecha progresivamente desde la cuerda del filo hasta la base, en una proporción que, por lo general, se sitúa en torno a  $2 \approx 1$  a favor de la primera; los apéndices siguen siendo perpendiculares a la hoja. En el mismo tendrían cabida las piezas burgalesas de *Gumiel de Hizán* (fig. 18, 2) y *Covarrubias* (fig. 22, 2), las leonesas de *Villasabariego* (fig. 22, 1), *Almanza* (fig. 19, 3) y *Cea* (fig. 19, 4), las palentinas de *Calzadilla de la Cueva* (fig. 20, 2) y otra

<sup>185</sup> MONTEAGUDO, 1977, taf. 136, B.

<sup>186</sup> BOSCH GIMPERA, 1932, p. 234, fig. 194.

<sup>187</sup> MONTEAGUDO, 1977, taf. 51, 840.

<sup>188</sup> *Ibidem*, taf. 51, 841.

<sup>189</sup> MALUQUER DE MOTES, MUÑOZ y BLASCO, 1959, p. 66.

<sup>190</sup> BRIARD et VERRON, 1976, p. 87.

<sup>191</sup> BUTLER, 1971, 14, 4.

<sup>192</sup> COFFYN, GOMEZ et MOHEN, 1981, planche 17, 3 y 4.

<sup>193</sup> ROWLANDS, 1976, plate 36, 1108.

procedente de esta provincia sin más precisiones (fig. 19, 1); la salmantina de *Fuenteliante* (fig. 19, 2), la soriana de *Langa de Duero* (fig. 19, 5) y otra de *Fradellos*, en Zamora (fig. 20, 1).

Todas ellas corresponden a hallazgos aislados, con excepción de la de Gumiel de Hizán, asociada con un hacha de talón y dos anillas de tope y bordes de la garganta apenas resaltados, acaso algo más tardíos que los palstaves más característicos, por lo que podrían datarse en las postrimerías del Bronce Final II o incluso ya en el siguiente periodo.

Por último, un tercer subtipo, el C, se caracterizaría por poseer los perfiles de la hoja fuertemente inflexionados, determinando que la anchura de la base en todos los casos sea cuando menos tres veces inferior a la que alcanza en la cuerda del filo, éste muy curvado. Los apéndices confluyen en oblicuo con la lámina. Las hachas de *Posada de Valduerna* (fig. 21, 3), *Oblanca* (fig. 20, 4), San Justo de la Vega (21, 4), *Mirantes de Luna* (fig. 21, 7), una segunda de *Cea* (fig. 21, 1) y otra de la *provincia de León* (Ponferrada ?) (fig. 20, 3), además de la palentina de *Saldaña* (fig. 32, 4), serían los componentes de este subtipo. Sin duda alguna constituyen el grupo mejor definido, tanto por su dispersión geográfica —en las márgenes montañosas del Norte de las provincias de León y Palencia—, como por el hecho de que todas ellas ofrecen grandes afinidades morfológicas. Fuera de este sector, junto con algunas asturianas<sup>194</sup>, sólo se conoce una de Campotéjar, en Granada<sup>195</sup>, que Monteagudo considera una importación. La cronología del grupo, ante la carencia de contextos significativos, tan sólo es posible efectuarla tomando como referencia los demás modelos de apéndices, esto es, a partir del Bronce Final II.

Ha de destacarse, pues, la poca transcendencia que nos ofrece la tipología, pues si teóricamente sería razonable considerar el subtipo A —el más representativo en todo el Mediterráneo— como el más arcaico, para derivar a las formas B y C —ambas más estilizadas y en términos generales de mejor consecución técnica—, tal hipótesis, por el momento, no posee respaldo suficiente para su aceptación, debiendo abordar el análisis cronológico del tipo de una forma global.

En tal sentido, contamos con el horizonte que nos proporciona el depósito de Covaleda, del Bronce Final II, mientras que los paralelos extranjeros, en casi todos los casos, se debieron fabricar con cierta posterioridad. Las piezas italianas de Nimesci y Modica se asocian con materiales que permiten su integración en la fase Pantalica II/III<sup>196</sup>, siendo aún más tardías las del conjunto de Sa Idda<sup>197</sup>. Por su parte, el ejemplar francés de Saint-Père-en-Retz<sup>198</sup>, en asociación con una espada de lengua de carpa, nos llevaría al Bronce Final III, posición igualmente válida para las hachas del depósito de Vènat, transicional al Hierro. La aceptación de tales objetos una vez transcurrida la Edad del Bronce, se reflejaría en el hecho de que los mismos se difundirán fabricados con el nuevo metal; constatados en un espacio geográfico dilatado, desde Centroeuropa<sup>199</sup>, hasta el Sur de la península Ibérica<sup>200</sup>.

La vigencia de las láminas bronceas de apéndices laterales, en consecuencia, abarcan tanto el Bronce Final II como el III; siendo por ahora poco menos que imposible determinar cuáles son los ejemplares que han de integrarse en cada uno de los mencionados periodos. Esta es la causa de que incluyamos en el presente capítulo todas las piezas, aún cuando seamos conscientes de que alguna de ellas, la de Gumiel, por ejemplo, pudiera corresponder al Bronce Final III, periodo al que, con seguridad pertenece el ejemplar de Saldaña, hallado en asociación con un puñal de lengua de carpa.

<sup>194</sup> MONTEAGUDO, 1977, taf. 136, B, tip. 21 B y 21 B 1.

<sup>195</sup> *Ibidem*, p. 137, taf. 50, 815.

<sup>196</sup> MULLER KARPE, 1959, abb. 64.

<sup>197</sup> La fecha que Muller Karpe (MULLER KARPE, 1959, p. 65) otorga a este célebre depósito, Horizonte Tarquinia II, ha sido con posterioridad rebajada por Bianco Peroni (BIANCO PERONI, 1970, p. 96-99), quien lo sitúa hacia el 700 a.C.

<sup>198</sup> BRIARD, 1965, p. 211, fig. 73, 1.

<sup>199</sup> GIMBUTAS, 1965, p. 228-232.

<sup>200</sup> BOSCH GIMPERA, 1932, p. 234, fig. 194.

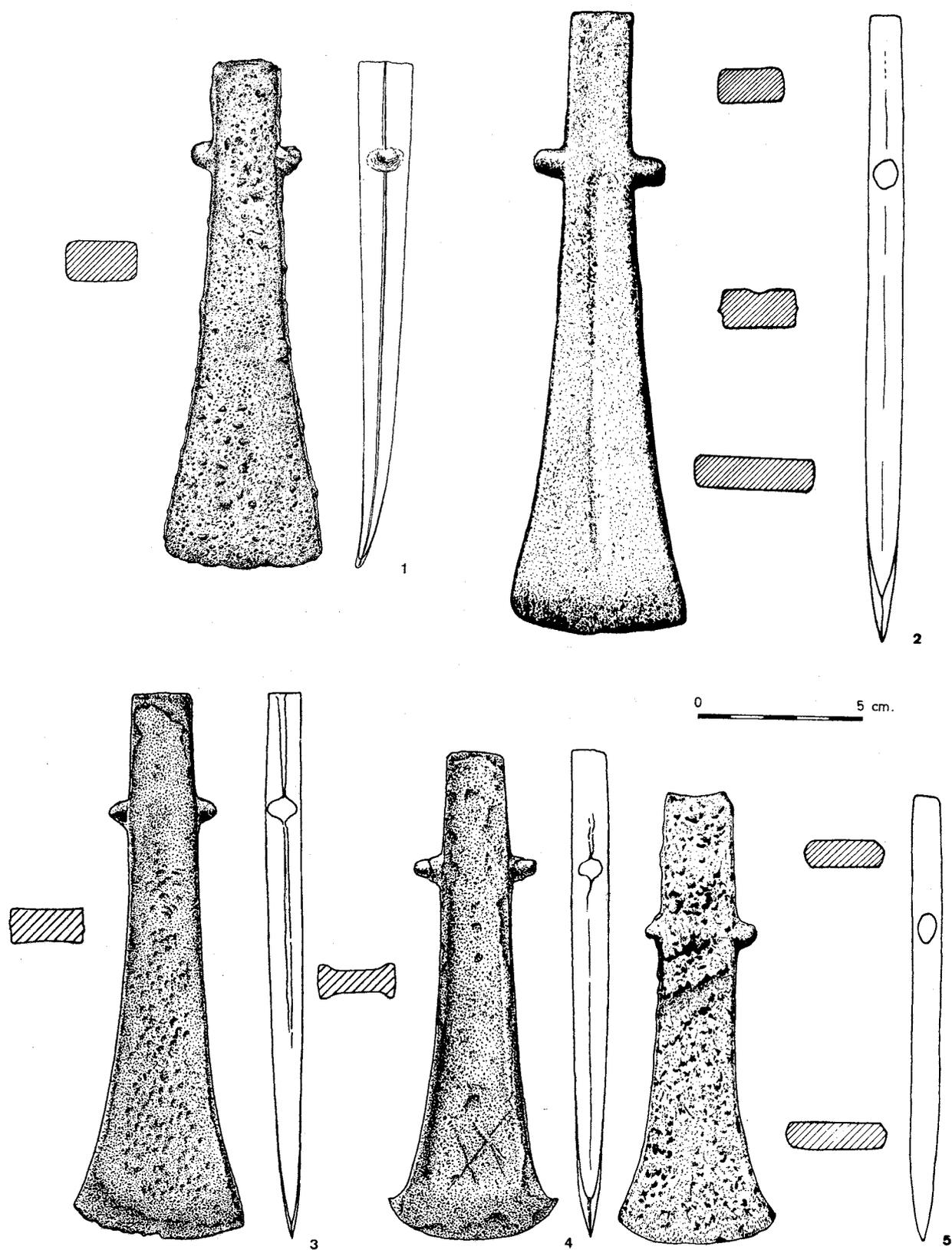
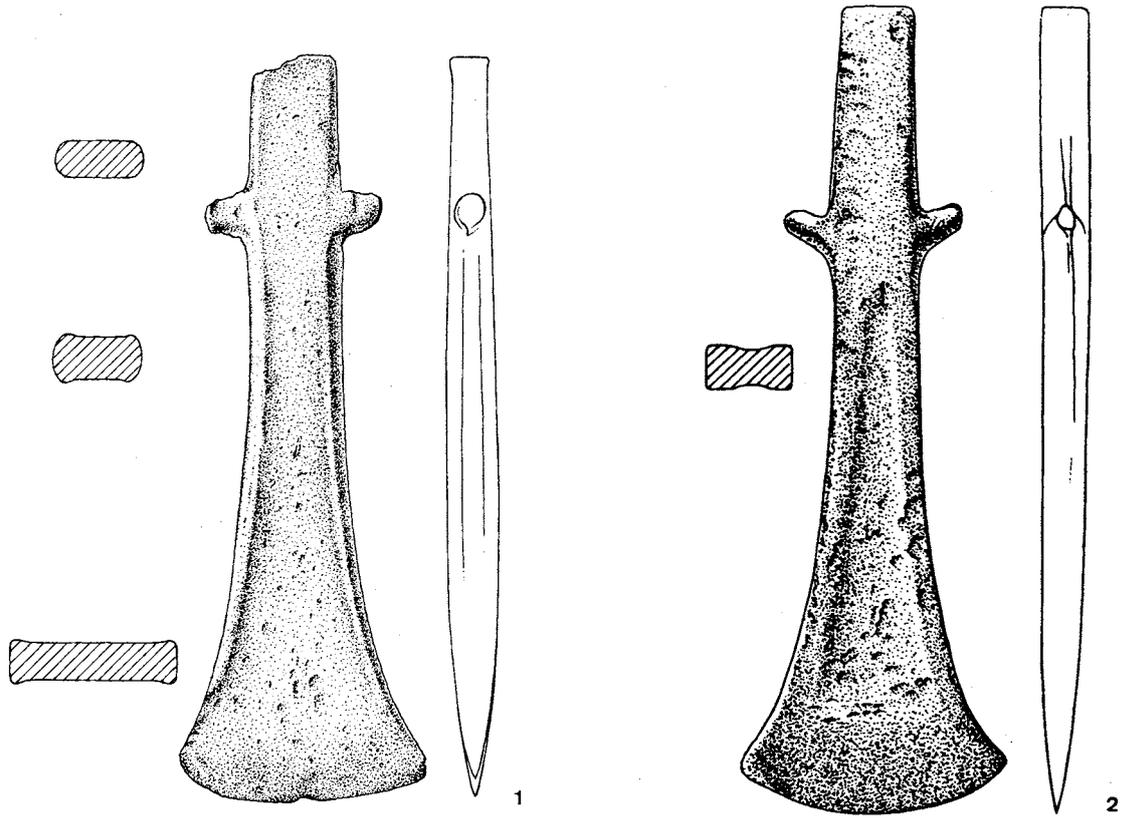


Fig. 19. 1. Provincia de Palencia. 2. Fuenteliante. 3. Almanza. 4. Cea. 5. Langa de Duero.



0 5 cm.

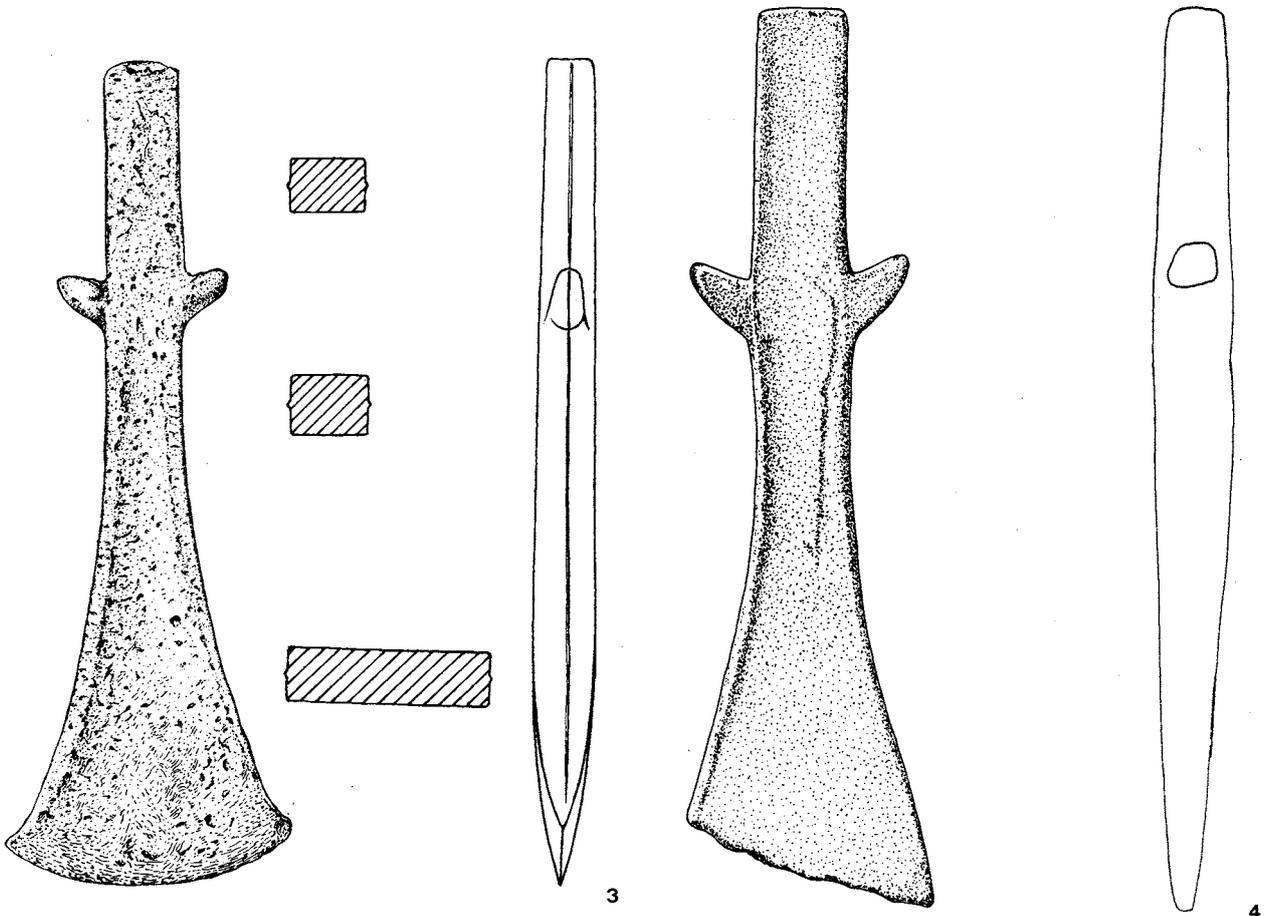


Fig. 20. 1. Fradellos. 2. Calzadilla de la Cueva. 3. Provincia de León. 4. Oblanca.

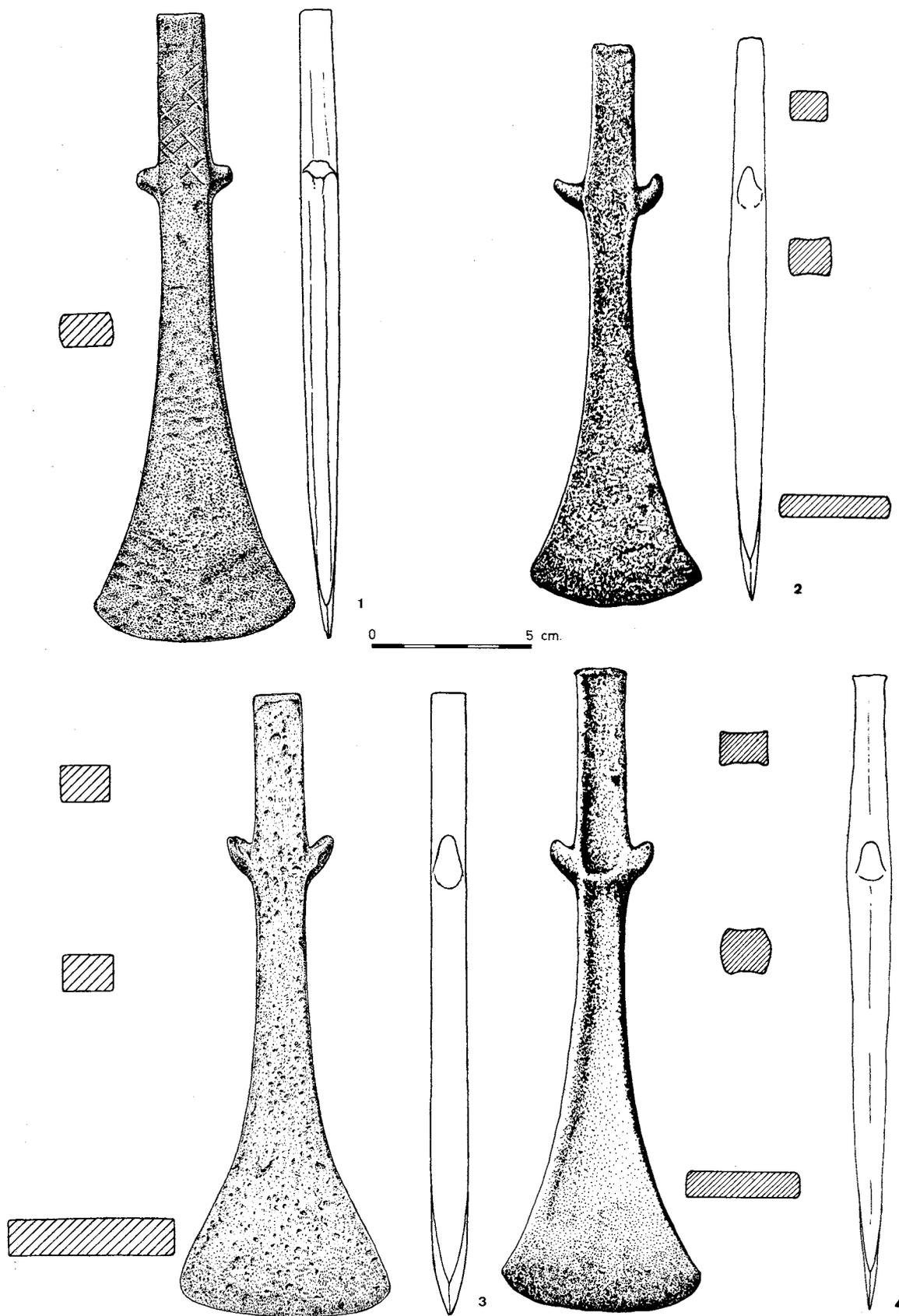


Fig. 21. 1. Cea. 2. Mirantes de Luna. 3. Posada de Valduerna. 4. San Justo de la Vega.

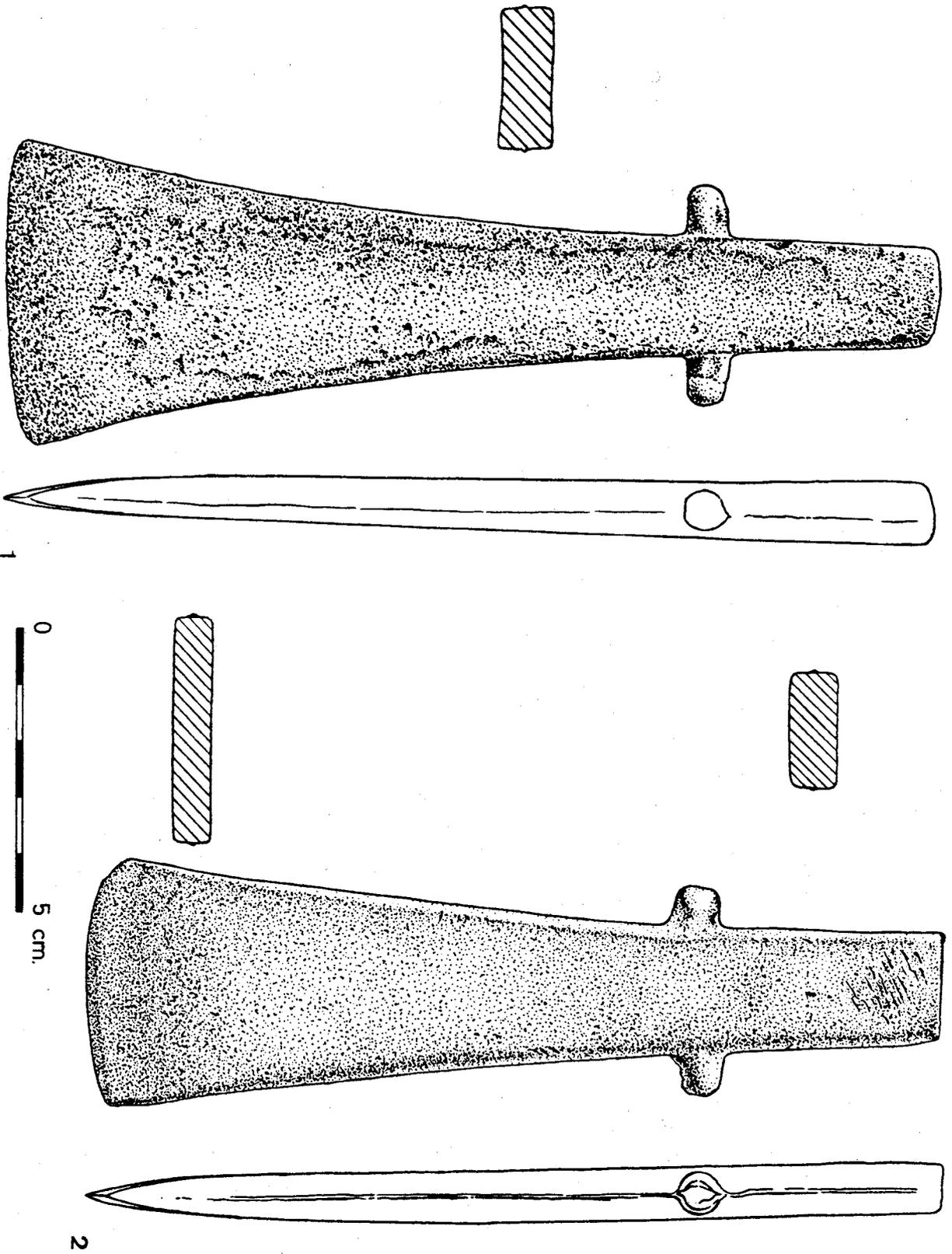


Fig. 22. 1. Villasbariego. 2. Covarrubias.

## 7. HACHAS PLANAS

A partir del depósito en que fueron halladas, con hachas de talón y de apéndices laterales, podemos integrar en el Bronce Final II, dos modelos de hacha plana, los burgaleses de *Coruña del Conde* (fig. 23, 7 y 8). Sin responder a idéntico esquema, ambas ofrecen determinados elementos comunes, concretados en el desarrollo paralelo de sus flancos durante, aproximadamente, la mitad de su longitud total, dilatándose desde allí hasta los extremos del filo, éste curvo. El perfil menos arqueado de aquel en la primera de las hachas, marcaría alguna de las diferencias de matiz entre ellas, aspecto que, sin embargo, no lleva implícito consideraciones de índole cronológica, pues ninguna de las dos responden a tipos netos, bien definidos temporalmente; en tanto que su hallazgo en un conjunto cerrado testimonia que, muy probablemente, se fabricaron en un momento próximo. Su análisis, por consiguiente, debe orientarse a dilucidar si tales piezas, de arcaica génesis, siguieron fabricándose en el Bronce Final, aspecto ya tratado a propósito de la valoración de los modelos de Valdevimbre, y cuya respuesta es claramente afirmativa<sup>201</sup>. Por su parte, el resultado de los análisis químicos que de las mismas se conocen<sup>202</sup>, apuntarían en favor de su relativa modernidad, sobre todo teniendo en cuenta la elevada proporción de estaño, cercano al 10%, que, cuando menos, indica que no se trata de ejemplares de los inicios de la Edad de los Metales; pudiendo justificarse la ausencia de plomo en virtud de la necesidad de otorgar a tales tipos una elevada resistencia, necesaria si, como se intuye, tuvieron una finalidad funcional.

La sociación de estas hachas con otras tantas de apéndices laterales, posibilita establecer un término de posterioridad al año 1000 a.C. para su datación, mientras que la posible colateralidad de este depósito con el también burgalés de Huerta de Arriba, aproxima el conjunto de Coruña a la segunda mitad del siglo X.

## 8. CINCELES

A partir del poco preciso dibujo que nos proporcionara el P. Morán, conocemos la existencia de un cincel procedente de *Camposalinas* (fig. 25, 2). Tal circunstancia, la inexactitud, imposibilita efectuar una descripción detallada de la morfología del ejemplar, no obstante, su clasificación en la categoría de «cincel de cubo» nos parece correcta. En todo caso, su equiparación con los más genuinos escoplos de cubo —tipo Saldaña, por ejemplo— parece descartarse, pues las paredes del tubo poseen un amplio grosor, sin parangón, que conozcamos, en ejemplar alguno. En cierto modo, podría interpretarse como una pieza «híbrida», a medio camino entre las macizas, tipo Chalon-sur-Saône<sup>203</sup>, entre otros, y las de cubo.

A la vista de las limitaciones descriptivas de la pieza, sería ocioso intentar otras consideraciones relacionadas con sus aspectos formales, y cuando más, la aparición del cincel con una serie de hachas de talón de dos anillas, sugeriría una cronología a partir del Bronce Final II, sin olvidar que este tipo de hacha todavía pervive hasta el término de la Edad del Bronce.

## 9. NAVAJAS DE AFEITAR

Como en su momento señalaba Childe, «es perfectamente posible afeitarse con hojas de sílex, y alguna de ellas ha sido utilizada indudablemente de este modo». No habría de descartarse, pues, que el rasurado constituyera una práctica más entre las actividades humanas desde la más remota antigüedad.

<sup>201</sup> Como señaláramos, la presencia de hachas planas se rastrea hasta bien entrada la Edad del Hierro (véase nota 70). A su vez, recordamos el parecido de la segunda de las piezas de este depósito con las asociadas a horizontes Protocogotas, dato que, en todo caso corrobora que se trata de piezas cuyo tipo inicia su fabricación cuando menos a partir de la segunda mitad del Bronce Medio.

<sup>202</sup> JUNGHANS, SANGMEISTER y SCHRÖDER, 1968, p. 48, n.º 2214.

<sup>203</sup> NICOLARDOT et MOHEN, 1972, p. 119, fig. 9.

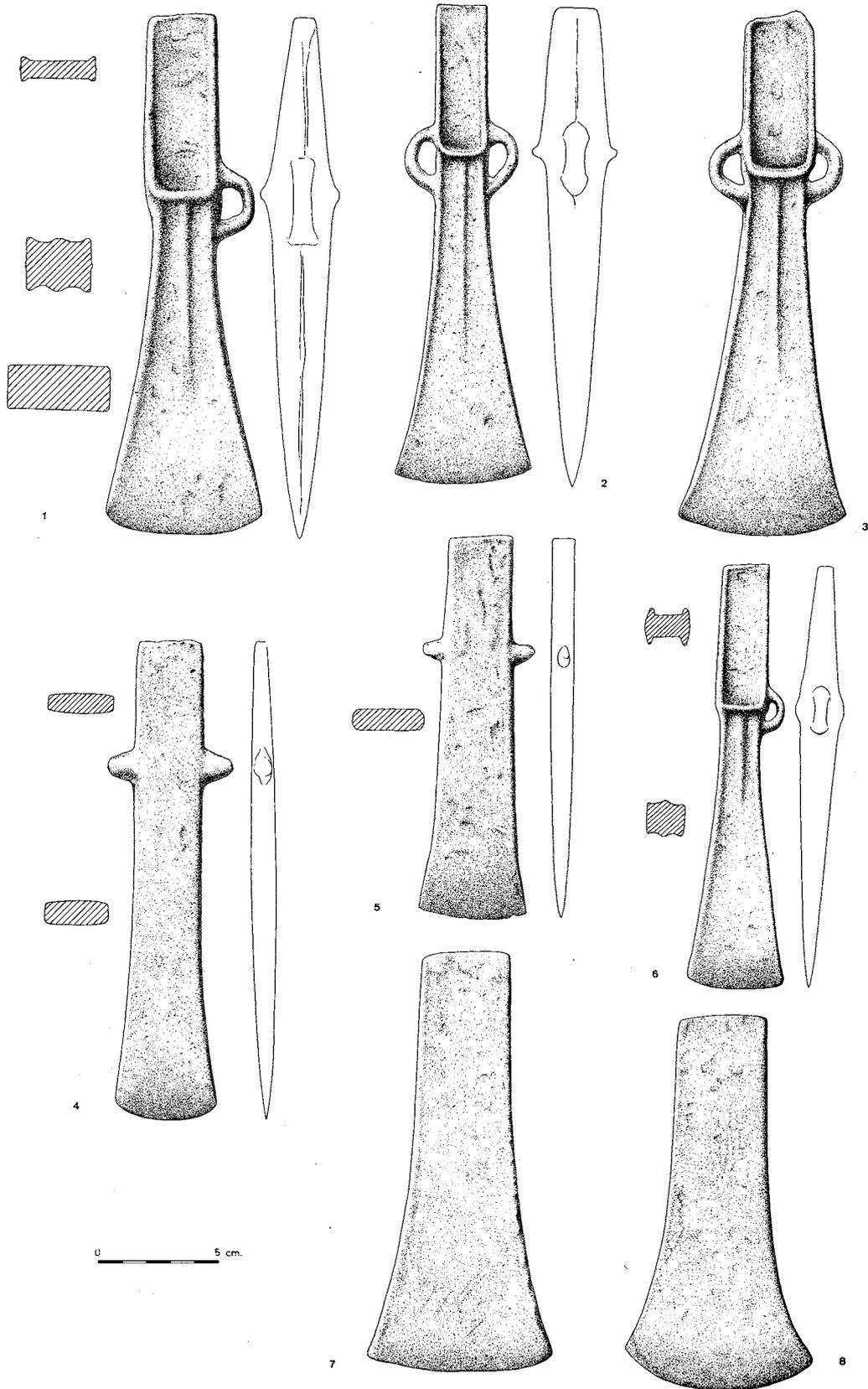
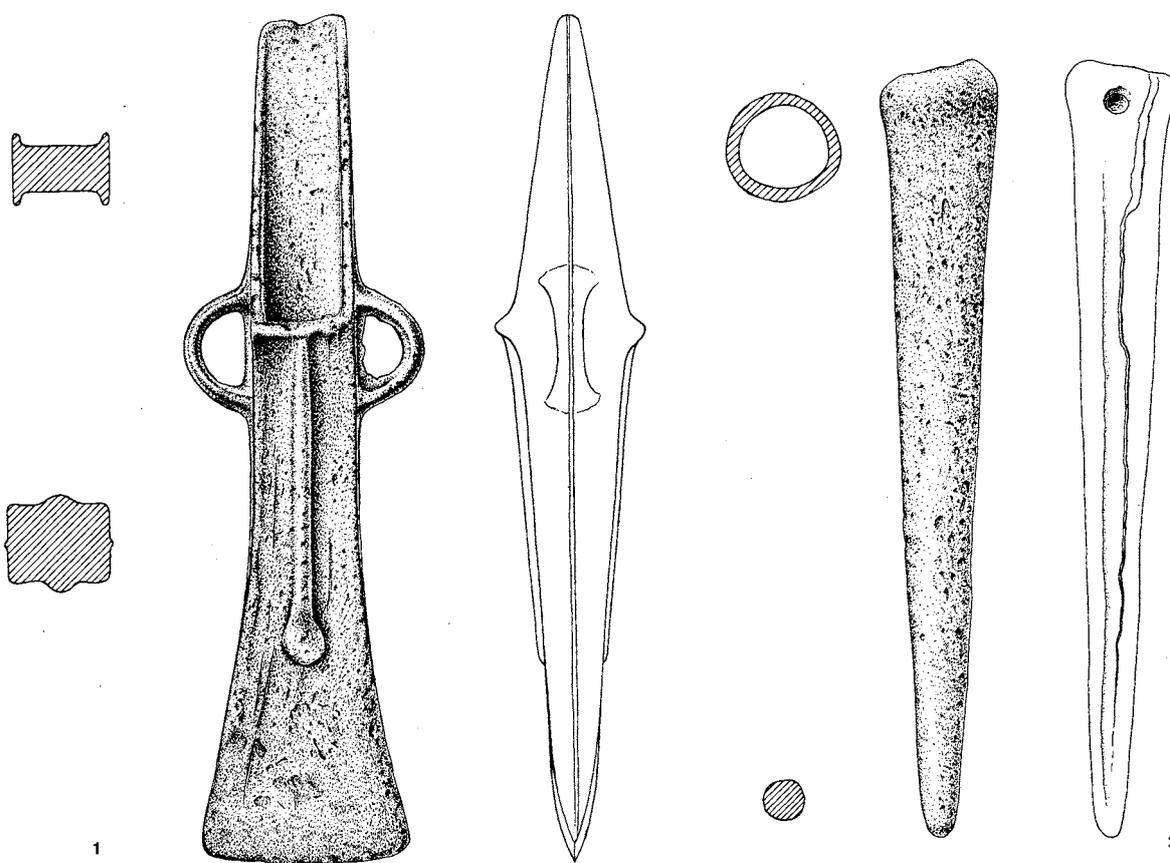


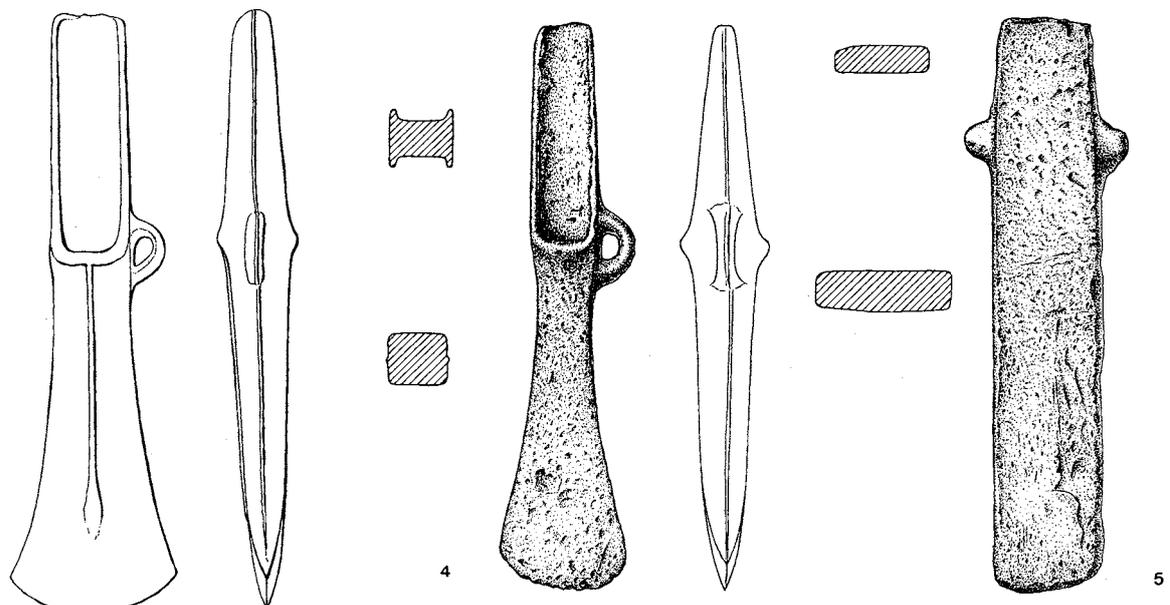
Fig. 23. Depósito de Coruña del Conde.



1

2

0 5 cm.



3

4

5

Fig. 24. Depósito de Covaleda.

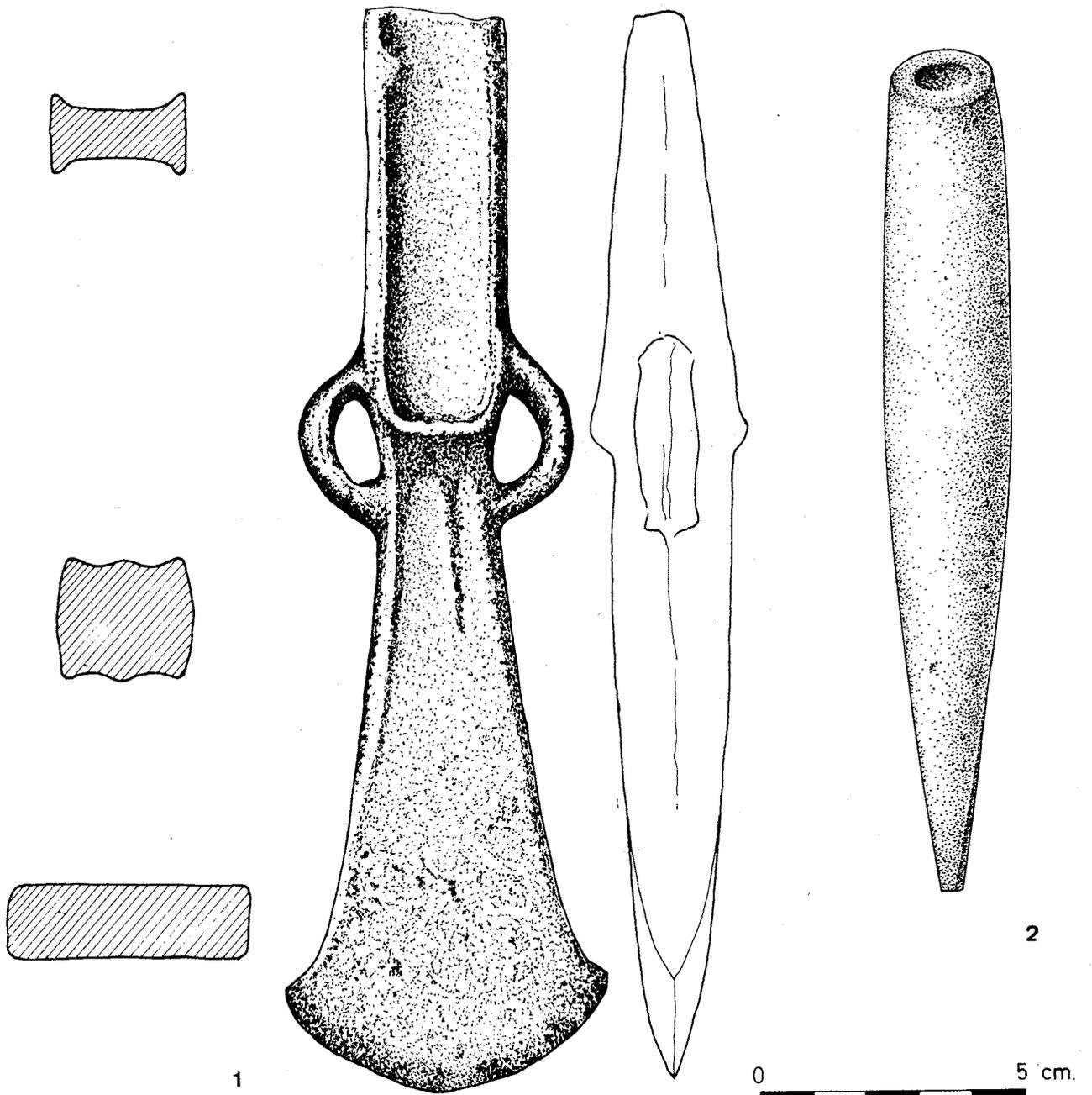


Fig. 25. Depósito de Camposalinas.

Bastante bien documentados en casi toda Europa, estos utensilios son sumamente raros en el Bronce Hispano<sup>204</sup>, donde sóloamente conocemos, además de las meseteñas de *Huerta de Arriba* (fig. 6, 11, 12, 13 y 14), ciertos ejemplares de la necrópolis de Can Beich de Baix, En Agullana<sup>205</sup>, una a la que hace referencia Maluquer<sup>206</sup>, procedente de los trabajos de Bonsor en Carmona; otra de Nules, en Castellón<sup>207</sup> y alguna más del Sur de Portugal<sup>208</sup>.

Son cuatro las navajas del depósito burgalés, y todas ellas corresponden a un tipo simple, de hoja rectangular u ovalada con bordes paralelos martillados irregularmente y pedúnculo o asa en espiga, ésta de bordes rectos y sección cuadrada. Tres piezas son absolutamente lisas, en tanto que la restante presenta en la parte central de la hoja una labor incisa formada por triángulos de muy escaso valor ornamental. Insistiendo una vez más en la manifiesta escasez de tales objetos en la península Ibérica, hemos de recurrir al análisis de las de otras tierras con objeto de rastrear paralelos para nuestros ejemplares.

Dos son las grandes familias conocidas en Europa, una centroeuropea y otra atlántica, cuya morfología, con notables diferencias entre ambas, parece, sin embargo, presentar una tradición común. La primera, que inicia su fabricación a partir de los Túmulos Antiguos, ofrece ocasionalmente una decoración incisa o puntillada —Weichering<sup>209</sup>, entre otras— en el centro de la hoja. Nuevas formas, evolucionadas de las precedentes, surgen en el Alto y Medio Rhin en el Bronce Final I, acompañadas con cierta asiduidad de cerámicas acanaladas y en enterramientos todavía indistintamente de inhumación e incineración —Franckental, Amiens, Evry, Porgues-les-Eaux, etc.<sup>210</sup>—; desarrollándose ejemplares similares, pero con el pedúnculo mucho más barroco e historiado —Urbille<sup>211</sup>, por ejemplo— en el Bronce Final II. Las mismas se perpetuarán en el siguiente horizonte, conviviendo ahora con modelos de grandes calados en la hoja, tipo Pechiene<sup>212</sup>.

En todas estas formas, sin embargo, y salvo algún aspecto de detalle —como pueda ser la presencia de líneas incisas en el centro de la hoja de una navaja de Porgues-les-Eaux, en cierto modo afín a la que posee una de las de Huerta—, no encontramos vestigios genealógicos precisos en relación con la tipología de las navajas burgalesas.

Por su parte, en Sicilia, piezas de esquema rectangular con bordes cóncavos y mínimo vástago perforado, se reconocen en el periodo Pantalica II, también denominada Cassibile<sup>213</sup>. En la misma, cabe situar un ejemplar aislado, excepcional, de gran similitud con uno de Huerta, y con buen número de navajas halladas en ámbito atlántico, a las que más adelante nos referiremos. Este dato sirvió a Childe<sup>214</sup> para considerar que el origen de las piezas burgalesas, y a la par las del Occidente europeo, se encontraba en el Mediterráneo, posición respaldada por la presencia en el mismo conjunto italiano de fíbulas de codo emparentadas con las que en la Península Ibérica integran el «tipo Huelva», de incuestionable origen mediterráneo. Pese a esta aparente evidencia, se debe a Hencken<sup>215</sup> la observación, muy importante, de que la navaja siciliana es una pieza única, aislada en el Mediterráneo Central, por lo que resulta más fácil pensar que se trata de un objeto llegado a este rincón desde el Atlántico, que imaginar sea un tipo local de nula aceptación en la península italiana. Por ello, y al igual que apuntábamos para los modelos centroeuropeos, tampoco en Italia —salvo la pieza citada— encontramos ejemplar alguno que pueda servirnos de referencia válida para los de Huerta, que por el contrario, sí aparecen con cierta nitidez en el Oeste europeo, reconocidos tanto en las costas occidentales francesas, como en las Islas Británicas o Dinamarca.

<sup>204</sup> El poco desarrollo de las navajas en la península Ibérica es la causa de que en ocasiones hayan sido confundidas con puntas palmela (CLAPES TUR, 1961-1962, p. 249-256).

<sup>205</sup> PALOL, 1959, p. 212-213.

<sup>206</sup> MALUQUER DE MOTES, 1944, p. 122.

<sup>207</sup> ALMAGRO GORBEA, 1977 a, p. 102, fig. 9.

<sup>208</sup> SCHUBART, 1975, taf. 10, 46.

<sup>209</sup> JOCKENHÖVEL, 1971, p. 33, taf. 1, 4.

<sup>210</sup> SANDARS, 1957, p. 116-154.

<sup>211</sup> *Ibidem*, p. 171-172.

<sup>212</sup> MERHART, 1947, p. 33.

<sup>213</sup> MULLER KARPE, 1959, abb. 64.

<sup>214</sup> CHILDE, 1930, p. 99.

<sup>215</sup> HENCKEN, 1955, p. 160-162.

Se debe a Piggot<sup>216</sup> el primer estudio de síntesis de tales modelos, distinguiendo dos formas bien diferenciadas, tanto en el aspecto morfológico como en su cronología. La primera, *Clase I*, se caracteriza por su perfil en forma de hoja, espiga algunas veces perforada, en ocasiones con decoración incisa a base de trazos rectos en combinaciones variables, pudiendo presentar también un ligero nervio central. Dentro del mismo, Butler y Smith<sup>217</sup> señalan sendos subtipos, *Ia* y *Ib*, matizados por su espiga ancha y corta y con orificios para remache en el primero de los casos, mientras que espiga larga y pocas veces perforada singularizaría a las últimas. Sobre la base de diversas asociaciones, Coles<sup>218</sup> fecha la Clase I entre el 1400 y el 1000 a.C, sin que existan evidencias de su perduración en el primer milenio.

Las piezas con una profunda muesca en lo alto de la hoja y frecuentemente con un orificio bajo la misma, la espiga en ningún caso taladrada, a menudo con un pronunciado nervio que puede estar decorado, y en líneas generales más anchas y redondeadas que las precedentes, se singularizan en la *Clase II*, en la que pueden integrarse también los ejemplares de Huerta de Arriba. Con muchas dificultades para aceptar su origen en las costas del Oeste de Francia, como pretendiera Coles<sup>219</sup>, parece mucho más plausible fijar su cuna en las Islas Británicas, donde determinadas piezas —Deverel-Rimbury, Taunton, Gentrool<sup>220</sup>, etc.— datadas en la transición del Bronce Medio al Bronce Final, y consideradas formas híbridas entre ambas clases, nos permiten suponer que las de la clase II han evolucionado a partir de las precedentes. La inexistencia de piezas de la clase I en las costas francesas, apostillaría la corrección del planteamiento.

Como en el caso anterior, también ahora pueden establecerse dos subtipos, *II a* y *II b*. El primero, surgido hacia el 1200 a.C., se desarrolla durante todo el Bronce Final I, y presentaría como rasgo más peculiar la conjunción de la hoja y espiga mediante un ángulo obtuso. El subtipo II b, algo más tardío en su aparición, se significa porque la unión de sendos elementos determina un ángulo agudo muy marcado, característica que atañe a tres de las cuatro navajas burgalesas<sup>221</sup>.

En Francia, la distribución de la clase II ha sido realizada en primera instancia por Savory<sup>222</sup>, quién recoge una docena de hallazgos, ampliados notablemente por Briard<sup>223</sup>, sobre todo con las trece piezas del depósito de Sauvageons, en Hénon. En opinión de este mismo autor, las mismas, aún cuando excepcionalmente acompañen a elementos del Bronce Medio, han de integrarse dentro del grupo de depósitos de Rosnoën, en el Bronce Final I. Alude igualmente Briard<sup>224</sup> a la gran similitud de estos modelos con los de Huerta, por más que resalta el carácter tardío del depósito burgalés, en razón de algunos elementos que lo componen.

Conforme discurre el Bronce Final, la fabricación de escalpelos del «tipo Rosnoën» parece remitir, ante la creciente pujanza de esquemas centroeuropeos, bien aceptados en las costas atlánticas. Pese a todo, la pervivencia de los mismos hasta el tránsito a la Edad del Hierro, se rastrea en el depósito de Vénat<sup>225</sup>, además de los británicos de Heartery Burn y Fetwell<sup>226</sup>, entre otros.

Fue Brea<sup>227</sup> otro de los investigadores que también comparó las navajas de Huerta con la siciliana de Cassibile, y sin duda alguna, en especial para dos de los cuatro ejemplares, esta es su mejor réplica. Tal coincidencia constituye un dato de inestimable valor para fechar los modelos meseteños, por cuanto la navaja italiana se asocia con fíbulas de codo del tipo que antecede a las de Huelva. Este dato, posibilitaría datar las navajas, y consiguientemente todo el depósito, en un momento inmediatamente anterior al inicio del Bronce Final III, no muy alejado del último tercio del siglo X a.C.

<sup>216</sup> PIGGOT, 1946, p. 212 y ss.

<sup>217</sup> BUTLER and SMIT, 1956, p. 24-26 y 47.

<sup>218</sup> COLES, 1963-1964, p. 120-121.

<sup>219</sup> *Idem*, 1962-1963, p. 25.

<sup>220</sup> *Idem*, 1963-1964, p. 121.

<sup>221</sup> *Idem*, 1962-1963, p. 25-26.

<sup>222</sup> SAVORY, 1948, p. 171, fig. 5.

<sup>223</sup> BRIARD, 1965, p. 160, fig. 53.

<sup>224</sup> *Ibidem*, p. 170.

<sup>225</sup> COFFYN, GOMEZ et MOHEN, 1981, p. 124, planche 25.

<sup>226</sup> COLES, 1962-1963, p. 26.

<sup>227</sup> BERNABO BREA, 1962, p. 161, fig. 35.

Aludimos finalmente a una pieza portuguesa, de Caldas de Munchique<sup>228</sup>, de gran similitud con la navaja burgalesa más pequeña. La misma, analizada por Schubart, no poseería, en principio, una equiparación temporal adecuada a la excelente referencia italiana citada, pues se le ha concedido una fecha demasiado moderna. A falta de nuevos datos para matizar su cronología, la transcendencia que pueda poseer se concreta en que resulta ser un exponente de la perduración de tales utensilios, en un momento en que los Campos de Urnas Tardíos comenzaban a hacer acto de presencia en la península Ibérica.

## 10. BRAZALETES

La tendencia general —aumento y diversificación del elenco metálico— que sin duda se produce a medida que transcurre el Bronce Final, atañe igualmente a los elementos ornamentales, entre ellos a los brazaletes. Sin embargo, y a diferencia de lo que acontece en otras zonas próximas —Francia, por ejemplo— los de la Meseta apenas adquirirán una mínima diversificación tipológica, pues en todos los casos se seguirán fundiendo los tradicionales modelos de sección circular próxima a ella. El hecho podría presuponer aparentemente, una ruptura en el flujo comercial hacia la Península, a todas luces impensable, puesto que resulta obvio, que es precisamente todo lo contrario una de las características que mejor definen el periodo. Dicho aspecto podría tener su justificación, en cuanto que los brazaletes constituyen elementos no utilitarios, y por lo tanto de más difícil «venta»; como sobre todo porque los mismos debieron ser expresión de unas formas sociales o rituales características de grupos humanos específicos, cuya fuerte implantación debió dificultar la llegada de nuevas modas.

Podemos afirmar, pues, que existe una perduración de los esquemas formales y decorativos atlánticos, arraigados al término del Bronce Medio; si bien, éstos no adquieren carácter de exclusividad, ya que junto a ellos se constatan otros rasgos nuevos —decoraciones curvas y circulares, por ejemplo— peculiares de territorios centroeuropeos, y que los artesanos fundidores meseteños asimilan una vez que se difunden, casi con seguridad por ruta atlántica.

La clasificación temporal de los ejemplares que suponemos han de integrarse en el Bronce Final II —de *Huerta de Arriba* (fig. 6, 7 y 8) y cinco de *Padilla de Abajo*, en Burgos; dos de *Astorga* y uno de *Amusquillo de Esgueva*, en Valladolid— resulta bastante clara (pertenecen a depósitos con piezas bien contrastados) en los dos primeros casos, no ocurriendo lo mismo con los de *Astorga* y *Amusquillo*, hallazgos aislados que no descartamos pueden ofrecer una mayor modernidad. Tanto las pulseras de *Huerta* como una de *Padilla* (fig. 27, 4), responde esencialmente a formas lisas y abiertas de sección maciza, aún cuando existan entre ellas ciertas variaciones morfo-estructurales que en poco merman su carácter homogéneo. Las secciones lenticulares o el reducido tamaño de alguno de los modelos de *Huerta* representarían dichas alteraciones.

La sencillez de factura que en términos generales ofrecen, determina que sean abundantes sus paralelos en cualquier ambiente cultural, especialmente a partir del Bronce Medio III / Bronce Final I, si atendemos a consideraciones de carácter cuantitativo. Entre otros muchos ejemplos, los galos de Malvoisine<sup>229</sup>, Ecorneboeuf<sup>230</sup>, Malassis<sup>231</sup>, Carlipa<sup>232</sup>, o algunos de la región de Indre-Loire<sup>233</sup>, del Bronce Medio avanzado, constituirían buena muestra de esquemas así caracterizados. La continuidad de tipos lisos en el transcurso de todo el Bronce Final se pondría de manifiesto con la presencia de los brazaletes de Vénat<sup>234</sup>, entre otros, próximos al Ha C. En todo caso, la mejor referencia para su datación se halla en el conjunto de *Huerta*, en torno al 900 a.C. válida también para el de *Padilla*, por cuanto en ambos comparecen una punta de lanza de idéntica morfología.

Los brazaletes con decoración, en número de siete, son los siguientes: cuatro de *Padilla de Abajo* (fig. 27, 5, 6, 7 y 8), dos de *Astorga* (fig. 26, 1 y 2) y el vallisoletano de *Amusquillo* (fig. 26, 3).

<sup>228</sup> SCHUBART, 1975, p. 191, taf. 10, 46.

<sup>229</sup> CORDIER et GRUET, 1975, p. 194, fig. 16, 6.

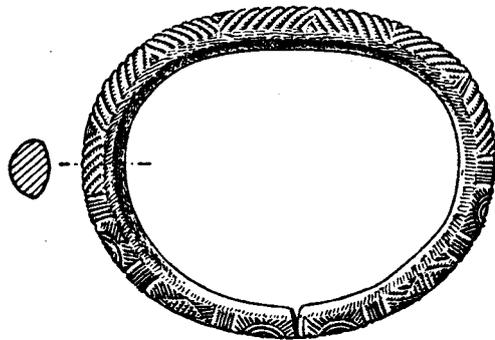
<sup>230</sup> COFFYN, 1969, p. 95, fig. 11, 3.

<sup>231</sup> BRIARD, CORDIER et GRUET, 1969, p. 37-73.

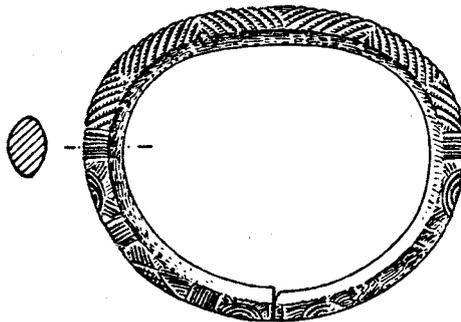
<sup>232</sup> RICALENS et SOUTOU, 1965, p. 13-20.

<sup>233</sup> CORDIER et MILLOTTE, 1961, p. 151, fig. 7, 32 y 33.

<sup>234</sup> COFFYN, GOMEZ et MOHEN, 1981, planche 30, 26.



1



2



3

0 5 cm.

Fig. 26. 1 y 2. Astorga. 3. Amusquillo de Esgueva.

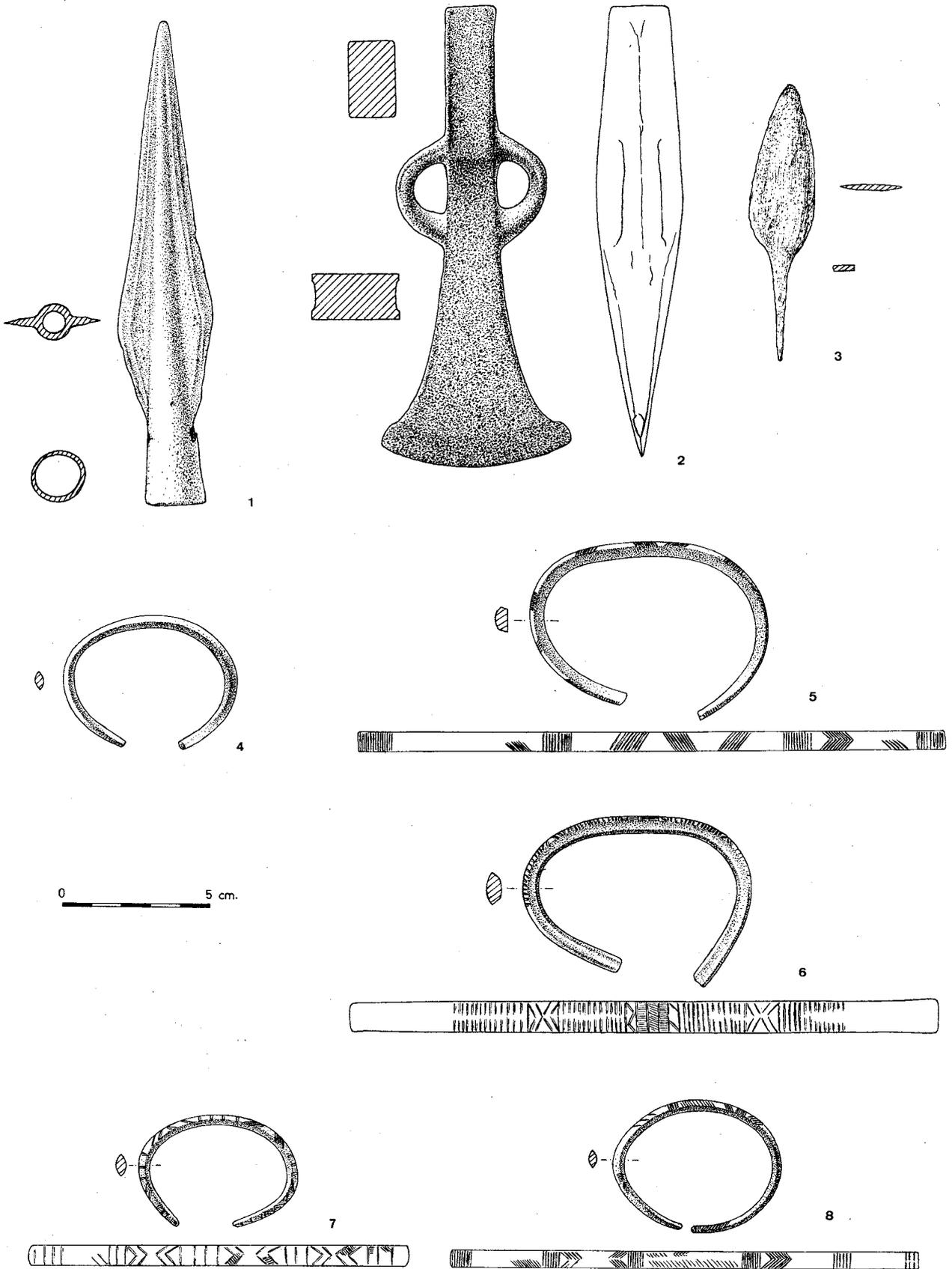


Fig. 27. Depósito de Padilla de Abajo.

Los leoneses, de igual disposición —cerrados sin soldar— y temática decorativa, han de entroncarse en principio, con los modelos de Bignam, ya mentados. Como en aquellos, la decoración se aloja en compartimentos individualizados por trazos verticales, predominan los esquemas rectos, coinciden en las secciones elípticas, etc. Sin embargo, y a diferencia de lo que aconteciese con la pieza de El Berrueco, en los astorganos aparecen motivos circulares, dato que haría difícil mantener esta adscripción. Los temas circulares, por el contrario, son frecuentes en los ejemplares de ambientes de Campos de Urnas, bien representados en la necrópolis catalana de Molá<sup>235</sup>, así como en depósitos —Manfeld<sup>236</sup> y Stockdorf<sup>237</sup>, entre otros— del Sur de Alemania. Por otro lado, tampoco son ajenas a estas latitudes algunas piezas con decoración albergada en compartimentos, caso de un brazaletes de Karlstein<sup>238</sup>, e incluso formas romboidales —tan típicas de ambientes atlánticos— patentes en los brazaletes castellanenses de La Montalbana<sup>239</sup>.

En definitiva, esta podría ser la justificación a la presencia de tales ejemplares en el extremo noroccidental de la Cuenca del Duero. Esto es, se trataría de modelos llegados hasta aquí con los movimientos de Campos de Urnas. Sin descartar que así hubiera sucedido, existen una serie de datos que, cuando menos, permiten poner en tela de juicio la validez de este esquema.

Efectivamente, resulta notoria la escasa entidad y el carácter tardío —siglo VIII en adelante— que la penetración de tales pueblos ofrece en esta zona —poblamiento tipo Sacaos en La Bañeza<sup>240</sup>, Castro-mocho (Palencia)<sup>241</sup>, etc.—. Por el contrario, en toda la franja septentrional de la Meseta Norte, existen abundantes restos metálicos de filiación atlántica, lo que nos hace pensar que pudiera ser a este mundo al que corresponden los brazaletes de Astorga, más aún si valoramos el hecho de que algunos de sus rasgos, como la decoración de losanges o la sección elíptica, son características de aquella área cultural. Todo ello, y en un intento de buscar paralelos válidos, motiva que centremos nuestra atención en piezas del Bronce Final II bretón, concretamente en los del grupo de Saint-Brieuc-des-Iffs. En el mismo, al lado de un gran conjunto que sigue los esquemas básicos del tipo Bignam, y que pueden ser considerados derivaciones tardías, existen modelos con decoración a base de círculos concéntricos —dos en Redéné<sup>242</sup>, por ejemplo— que Briard relaciona con las influencias que ejercen los Campos de Urnas II del Este francés. Un proceso similar a este pudiera acaso servir para justificar la conjunción en nuestras piezas de elementos decorativos de origen dispar, atlánticos y centroeuropeos, a la vez que posibilitaría establecer una cronología razonable para los mismos.

Por todo ello, los brazaletes del Museo de Astorga, pensamos que han de datarse como máximo en el Bronce Final II, coincidiendo con los galos de Redéné, o acaso un poco más tardíamente, entre los siglos IX y VIII, si atendemos al horizonte que nos proporcionan los dos depósitos germanos citados —Stockdorf y Karlstein—, del Ha B2 y Ha B3 respectivamente, y considerando que el flujo cultural desde Centroeuropa hacia el Oeste se continuó hasta el término del Bronce.

Los rasgos morfológicos más peculiares del ejemplar de Amusquillo de Esgueva se concretan en sus secciones elípticas, macizas y con los extremos visiblemente adelgazados. La decoración está conseguida exclusivamente mediante motivos incisos en «espinas de pez», estructurada por un cuerpo central flanqueado a ambos lados por otros dos, cada uno de los cuales alcanza una longitud próxima a la mitad de la que ofrece el situado en el medio.

Sin que su hallazgo aporte ningún dato para encuadrarlo en un mundo cultural determinado, tampoco la comparación con piezas análogas supone una gran ayuda para su análisis, pues formas y temas similares existen en muy diferentes latitudes, vigentes en un dilatado periodo. Remitiéndonos a tierras francesas,

<sup>235</sup> VILASECA, 1943, p. 16-22.

<sup>236</sup> MULLER KARPE, 1959, taf. 175, a.

<sup>237</sup> *Ibidem*, taf. 141, C.

<sup>238</sup> *Ibidem*, taf. 167, A.

<sup>239</sup> GONZALEZ PRATS, 1975, p. 113-122.

<sup>240</sup> LUENGO MARTINEZ, 1961, p. 103-108.

<sup>241</sup> BARRIENTOS, 1934-1935, p. 411-413.

<sup>242</sup> BRIARD, 1965, p. 183, fig. 61, 9 y 10.

y por lo que a la estructura se refiere, que no en cuanto a la temática, algunos de los ejemplares de Saint Paul de Varces<sup>243</sup>, Hohenbünstorf<sup>244</sup> o Cloropte<sup>245</sup>, sintetizarían los rasgos genéricos del vallisoletano, con una datación en ambos casos próxima al siglo XIV, y cuya presencia sería resultado, en opinión de Combiér<sup>246</sup>, de la penetración hacia Occidente de elementos metálicos originarios de los túmulos del horizonte Haguenau, cultura donde también los motivos en espiga resultan harto frecuentes<sup>247</sup>. Más importantes aún son las equivalencias que hallamos en los Campos de Urnas del entorno alpino —piezas del conjunto de Stockheim<sup>248</sup>, algunas de Feldkirchen<sup>249</sup> u otra de Marburg<sup>250</sup>—, en los dos primeros casos del Bronce D, y del Ha B2 la última. En el suroeste de la Península Ibérica, ornamentos similares hacen acto de presencia en los brazaletes de la necrópolis de Fonelas (Granada)<sup>251</sup>, y sobre todo en el modelo jienense de Arroyo Molinos<sup>252</sup>, auténtica réplica del de Amusquillo, y que, como los precedentes, ofrecen una cronología de transición entre el Argar B y Bronce Final.

De lo hasta aquí expuesto, podemos concretar que estas formas —aunque casi seguro ofrecen una mayor antigüedad— aparecen generalizadas en el Bronce Medio, perpetuándose su fabricación durante todo el Bronce Final (similares motivos se asocian a tipos muy evolucionados, como lo es una pieza de Cazouilles-Beziers<sup>253</sup>), y existiendo pocas dudas acerca de su continuidad en la Edad del Hierro, por más que esas decoraciones continuarán vigentes en diversas producciones, ya sean utilitarias o artísticas, del nuevo periodo.

Los cuatro brazaletes de Padilla son abiertos y, a excepción del más grande, con los extremos adelgazados. Como en el caso de Amusquillo, carecen de motivos curvos, existiendo en los cuatro una representación común, cual es un pequeño grupo de ángulos enfrentados por el vértice a otros de igual número. Los mismos constituyen esquemas ampliamente difundidos desde finales del Bronce Medio —un ejemplar del cementerio de Honstka que Gimbutas integra en la fase Koszider<sup>254</sup>— y continuados en el Bronce Final —cuatro del depósito húngaro de Aranyos II, datado entre el 1000/850 a.C.<sup>255</sup>, algunos alpinos de Gelbe Bürg, del Ha B<sup>256</sup>, u otros de Vénat, del Ha C<sup>257</sup>—, lo que imposibilitaría, si tan sólo contáramos con paralelos tipológicos, fecharlos con un mínimo de precisión. Es por ello el rasero cronológico que se deduce del propio depósito a que los mismos pertenecen, la mejor referencia para su clasificación temporal, que no ha de alejarse de las postrimerías del Bronce Final II.

## 11. PALMELAS

Con auténtico carácter de excepcionalidad, puesto que, como es sabido, se trata de un elemento vinculado al mundo campaniforme, en el depósito de *Padilla de Abajo* (fig. 27, 3) se constata la presencia de una punta palmela. Tales piezas peculiares de la metalurgia peninsular, comparecen tímidamente con los campaniformes puntillados de bandas, adquiriendo el óptimo de su desarrollo con ligera posterioridad,

<sup>243</sup> COMBIER, 1961, p. 327, fig. 26, 1, 2 y 4.

<sup>244</sup> LAUX, 1979, D-167, 5.

<sup>245</sup> ROUDIL et GUILAINE, 1976, p. 462, fig. 1, 16.

<sup>246</sup> COMBIER, 1961, p. 328.

<sup>247</sup> ZIEGERT, 1963, taf. 6, 3 y taf. 7, 3.

<sup>248</sup> MULLER KARPE, 1959, taf. 156, 11, 12 y 13.

<sup>249</sup> *Ibidem*, taf. 147, B.

<sup>250</sup> *Ibidem*, taf. 118, 43.

<sup>251</sup> FERRER PALMA, 1978, p. 181-193, fig. 2.

<sup>252</sup> *Ibidem*.

<sup>253</sup> ROUDIL et GUILAINE, 1976, p. 467, fig. 5, 7.

<sup>254</sup> GIMBUTAS, 1965, p. 86, fig. 45, 16.

<sup>255</sup> *Ibidem*, p. 344, fig. 243.

<sup>256</sup> MULLER KARPE, 1959, p. 127, taf. 139.

<sup>257</sup> COFFYN, GOMEZ, et MOHEN, 1981, planche 30, 26.

asociados ya a las vasijas de tipo palmela y ciempozuelos<sup>258</sup>. Las mismas, frecuentes en la Cuenca del Due-ro —Fuente Olmedo<sup>259</sup>, La Mudarra<sup>260</sup>, Grajal de Campos<sup>261</sup>...—, han sido recogidas en su mayoría por Delibes de Castro<sup>262</sup>, y a él se debe la clasificación de la que ahora analizamos, dentro del tipo A 1: «hoja de forma oval de bordes biselados, ligeramente apuntada en su extremo, y un pedúnculo, generalmente de sección cuadrada, tan largo como la misma hoja». Su presencia en un contexto tan tardío supondría una rara perduración, sin posible paralelo con la que presentan otros elementos, las hachas planas, por ejemplo, con plena vigencia en estos momentos.

---

<sup>258</sup> DELIBES DE CASTRO, 1977, p. 108-109.

<sup>259</sup> MARTIN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1974

<sup>260</sup> WATTENBERG, 1963, p. 235.

<sup>261</sup> LUENGO MARTINEZ, 1941, p. 128-129.

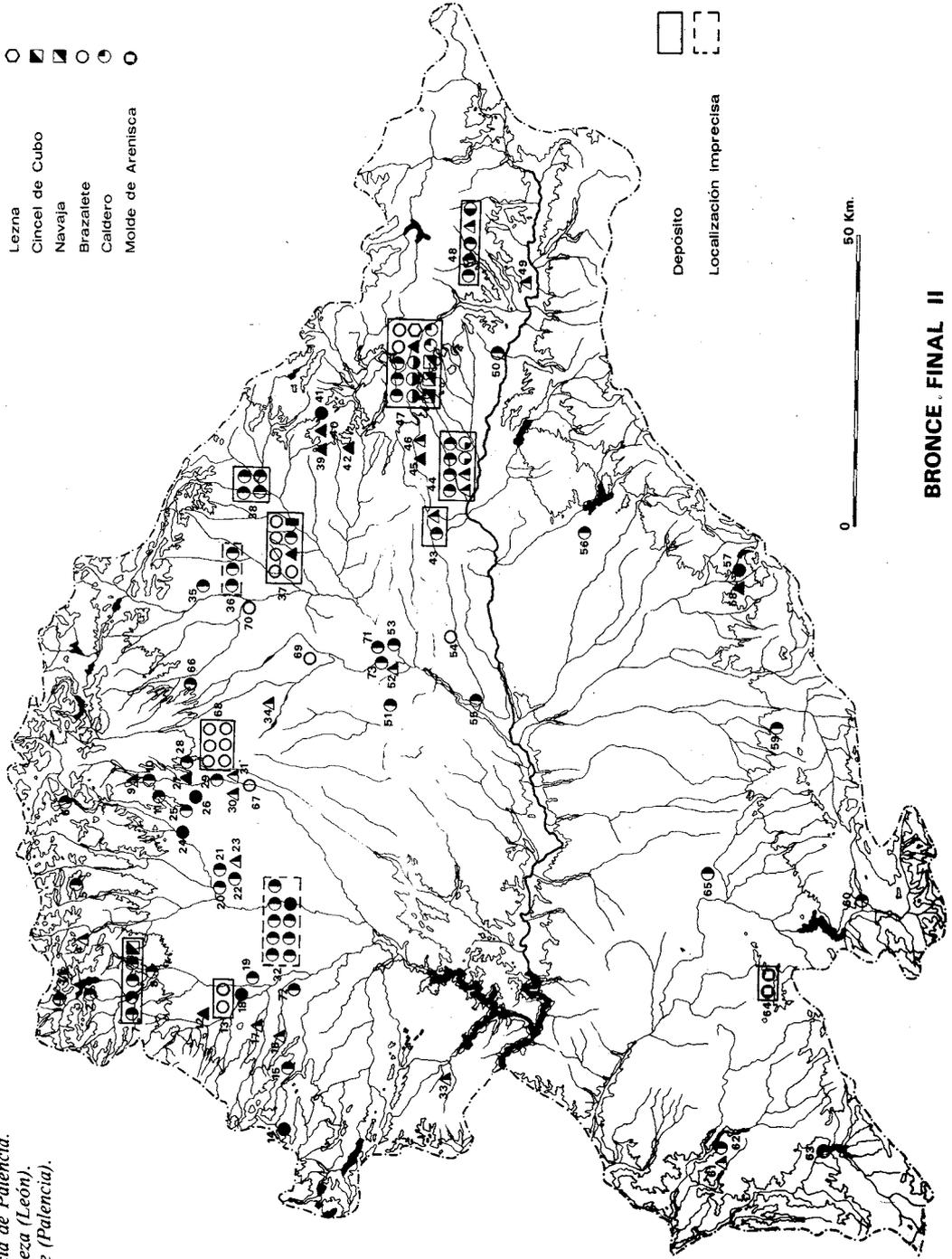
<sup>262</sup> Efectivamente, se debe a este autor el conocimiento de gran parte de las palmelas meseteñas hoy publicadas. Los catálogos de aquellas se han dado a conocer, fundamentalmente, mediante dos publicaciones: DELIBES DE CASTRO, 1977 y DELIBES DE CASTRO Y FERNANDEZ MIRANDA, 1981, fig. 6.

Fig. 28. Bronce Final II:

- 1. San Emiliano (León).
- 2. Cornombre (León).
- 3. Oblanca (León).
- 4. Mirantes de Luna (León).
- 5. Pontedo (León).
- 6. Coñiñal (León).
- 7. Camposalinas (León).
- 8. Manzaneda (León).
- 9. Almanza (León).
- 10. Cistierna (León).
- 11. Villaverde de Arcayos (León).
- 12. Revilla (León).
- 13. Astorga (León).
- 14. La Cabrera (León).
- 15. Torneros de Valdería (León).
- 16. Posada de Valduerna (León).
- 17. San Justo de la Vega (León).
- 18. Veguellina de Orbigo (León).
- 19. Astorga (León).
- 20. Villasabariego (León).
- 21. Villasabariego (León).
- 22. Villasabariego (León).
- 23. Villasabariego (León).
- 24. Río Esla.
- 25. Villamiraz (León).
- 26. Villaverde de la Chiquita (León).
- 27. Mondreganes (León).
- 28. Mondreganes (León).
- 29. Santa María del Río (León).
- 30. Cea (León).
- 31. Cea (León).
- 32. Provincia de León.
- 33. Fradellos (Zamora).
- 34. Calzadilla de la Cueva (Palencia).
- 35. Fuente Urbel (Burgos).
- 36. Provincia de Burgos.
- 37. Padilla de Abajo (Burgos).
- 38. Santibáñez de Zarzadura (Burgos).
- 39. Cabañas de Juarros (Burgos).
- 40. Cabañas de Juarros (Burgos).
- 41. Cabañas de Juarros (Burgos).
- 42. Lara de los Infantes (Burgos).
- 43. Gumiel de Hizán (Burgos).
- 44. Coruña del Conde (Burgos).
- 45. Castriello de la Reina (Burgos).
- 46. Covarrubias (Burgos).
- 47. Huerta de Arriba (Burgos).
- 48. Covaleda (Soria).
- 49. Langa de Duero (Soria).
- 50. San Esteban de Gormaz (Soria).
- 51. Becerril de Campos (Palencia).
- 52. Provincia de Palencia.
- 53. Palencia.
- 54. Amusquillo de Esgueva (Valladolid).
- 55. Provincia de Valladolid.
- 56. Sepúlveda.
- 57. Segovia.
- 58. Segovia.
- 59. Sanchorreja (Ávila).

- 60. Tejado (Salamanca).
- 61. Fuenteliente (Salamanca).
- 62. Fuenteliente (Salamanca).
- 63. Peñaparda (Salamanca).
- 64. Linares de Riofrío (Salamanca).
- 65. Peñaranda de Bracamonte (Salamanca).
- 66. Acera de la Vega (Palencia).
- 67. Cea (León).
- 68. Villaverde de la Chiquita (León).
- 69. Fuentes de Valdepero (Palencia).
- 70. Osornillo (Palencia).
- 71. Provincia de Palencia.
- 72. La Bañeza (León).
- 73. Villodre (Palencia).

- Arma Pistiliforme
- ▲ Lanza
- ◐ Regatón
- ◑ Puñal
- ◒ Palmela
- ◓ Hacha de Talón
- ◔ Hacha de Apendices
- ◕ Hacha Plana
- ◖ Lezna
- ◗ Cincel de Cubo
- ◘ Navaja
- ◙ Brazalete
- ◚ Caldero
- ◛ Molde de Arenisca



BRONCE FINAL II



## EL BRONCE FINAL III

La relativa homogeneidad que debió caracterizar al Bronce Final II, se verá alterada por la generalización de nuevos materiales bronceos, entre los que destacan las espadas de lengua de carpa, auténtico fósil director de los fabricados metálicos de este Bronce Final III. El mismo, habría comenzado a desarrollarse hacia el 900 a.C. y su amplitud cronológica, de dos centurias, tan sólo se verá interrumpida por la introducción de la metalurgia del hierro, en un proceso, por el momento, bastante mal definido. Fíbulas de codo, cinceles de cubo, hoces, láminas de lengua de carpa..., pasarán a constituir tipos habituales entre las fundiciones de los talleres meseteños, sumándose a buena parte de los arraigados en los periodos precedentes —hachas de talón y apéndices laterales, entre otros— que sin variación o con ligeros cambios morfológicos persisten con plena vigencia. Esta será la causa de que, con frecuencia y dado el carácter ocasional de gran parte de los hallazgos, las dificultades para clasificar algunas piezas en este Bronce Final III o en el horizonte precedente sean prácticamente insalvables, pudiendo todo lo más asimilarlas a un periodo amplio, en el transcurso de las tres primeras centurias del milenio.

El panorama esbozado, es susceptible aún de ciertas matizaciones, por cuanto se puede percibir la existencia de dos fases coincidentes con cada uno de los dos siglos de desarrollo de la fase. Hasta el 800 a.C. —Bronce Final III a— asistiríamos a la perpetuación de Cogotas I, en un momento que en su aspecto metalúrgico podría equipararse sin dificultades con el denominado Horizonte de la Ría de Huelva, pues como en aquel, los talleres meseteños funden fíbulas de codo o armas de lengua de carpa poco evolucionadas. Las fechas más modernas de Cogotas I se cifran en los inicios del siglo IX, momento en que nuevos influjos, acaso aportados por la presencia de gentes foráneas, provocarían el declive de aquella cultura.

Espadas de lengua de carpa más evolucionadas o ciertos tipos de venablos y puntas de lanza, entre otros, además de característicos materiales cerámicos que Palol identifica en el Soto de Medinilla, reflejarían la personalidad de la segunda fase —Bronce Final III b—, en la que ya no parecen sustraerse elementos metálicos directamente vinculados con los grupos de Campos de Urnas, caso de un cuchillo afalcatado proveniente de la provincia de León.



## TIPOLOGIA METALICA

### 1. ARMAS DE LENGUA DE CARPA

Define Briard los modelos de lengua de carpa como: «piezas de empuñadura plana terminadas en cola de pez, de bordes elevados. Puede presentar en la empuñadura calados únicos, orificios para remachar o combinaciones de ambos. Las muescas que configuran los ricassos son muy netas, a veces resaltados con una pequeña moldura, y raramente por un leve puntillado. El huso es recto o ligeramente abombado y la guardia rectilínea o cóncava. La hoja tiene una nervadura central muy acusada, delimitada por dos profundas incisiones que se continúan en la guardia».

En relación con las armas pistiliformes, de las que presumiblemente derivan, este conjunto ofrece una serie de innovaciones, determinadas en la hoja por sucesivos cambios de perfil, en una tendencia desplazar el lugar de mayor anchura hacia la zona distal del arma, mientras los bordes, progresivamente, pierden su doble inflexión y se vuelven rectos. En líneas generales, estas serían las características de las espadas de tipo Saint Nazaire que, según Cowen<sup>263</sup>, constituyen el tipo de transición entre pistiliformes y de lengua de carpa. Por su parte, muescas muy rectangulares, guardia más estrecha, hoja de mayor espesor y con fuerte nervio en forma de segmento de círculo, además de los bordes netamente paralelos, caracterizarían a las últimas.

Desechado el planteamiento de Evans<sup>264</sup>, que hacía provenir tales armas del Oeste de Suiza, la aceptación del esquema de Cowen, determinaría que el origen absoluto de los modelos de lengua de carpa estaría en la Bretaña francesa, difundiéndose desde allí al resto de los territorios atlánticos. Hoy, sin embargo, se hace necesario establecer nuevos matices en tal interpretación, a propósito de que, como relatáramos, existen ciertas espadas hispanas, todavía de guardia en «U», pero ya con la hoja de bordes paralelos —la leonesa del río Esla, por ejemplo—, que como los modelos de Saint Nazaire, responden a formas intermedias entre las pistiliformes y las del Bronce Final III. Todo ello permitiría establecer que, como aquellos tipos franceses, también en la península Ibérica se rastrea la génesis de los ejemplares de lengua de carpa, y prueba de ello la constituiría igualmente la presencia en las espadas de la Ría de Huelva<sup>265</sup> de ciertos rasgos pistiliformes residuales, que le confieren una cronología de inicios del Bronce Final III, acaso coincidente con el desarrollo de las últimas armas de empalme en «U» en el cuadrante Noroeste de la Península. En todo caso, la cuestión del origen no deja de ser problemática, pues si parece correcto que espadas de lugares geográficamente alejados fueran sin influencia mutua, perdiendo su carácter pistiliforme, es más difícil aceptar que un elemento tan concreto, como es la disposición en «lengua de carpa», resultase un invento surgido de forma inconexa en diversos ámbitos de la comunidad atlántica o centroeuropea<sup>266</sup>. La solución, en suma, estaría en establecer la prioridad cronológica entre los grupos que desarrollaron armas «intermedias», y que, a falta de otras evidencias ha de situarse en el Noroeste de Francia.

<sup>263</sup> COWEN, 1956, p. 640.

<sup>264</sup> EVANS, 1930, p. 157-172.

<sup>265</sup> DELIBES DE CASTRO y FERNANDEZ MANZANO, 1983, p. 47.

<sup>266</sup> Debemos recordar que además de las costas atlánticas francesas, donde se acepta que surgieron los primeros modelos de lengua de carpa, también —aunque con este elemento menos acentuado— se constatan en los Urnenfelder centroeuropeos, personalizados en los ejemplares de Auvornier o Mörigen.

El tipo se difundirá por gran parte del occidente continental, siendo conocido también en el Mediterráneo —Sa Idda, Populonia, etc.<sup>267</sup>— en este caso consecuencia de intercambios comerciales entre aquellas zonas italianas y la Península Ibérica. En otros territorios, como son Irlanda y buena parte de Gran Bretaña<sup>268</sup>, su ausencia será prácticamente total, proliferando, por el contrario, formas aún más directamente ligadas a las pistiliformes, y que se plasman en el denominado tipo Ewart<sup>269</sup>.

En la Cuenca del Duero desconocemos ejemplar alguno que se pueda asimilar a los que Briard<sup>270</sup> considera los primeros de la serie, de inicios del Bronce Final III —de ricassos poco profundos y hombros de la guardia escasamente ensanchados—, pudiendo incluir en las formas «clásicas» datadas con ligera posterioridad, las piezas de *Peña Amaya* (fig. 29, 1), burgalesa, y las palentinas de *Saldaña* (fig. 32, 6) y *Frechilla* (fig. 29, 2). La primera, carente de buena parte de la hoja, además de la zona proximal de la empuñadura, pudiera presentar en principio problemas de filiación, aunque su inclusión en esta categoría, de lengua de carpa, parece más que probable, si tenemos en cuenta el discurrir paralelo de los bordes de la hoja y los hombros en «V». Pese a todo, la posibilidad de que se trate de una pistiliforme tardía, similar a la del río Esla existe. Posee dos calados largos en la guardia, no pudiendo determinar cuántos habría en el Huso, pues sólo se conserva el arranque del inferior, acaso el único, pues así es la disposición que se repite con mayor frecuencia en los ejemplares de ámbito Peninsular. Por su parte, el arranque de la hoja se ve acompañado de dos muescas —todavía lejanas de los ricassos que caracterizarán a los modelos más evolucionados—, rasgo que reclama paralelos con un elevado número de espadas del depósito de la Ría de Huelva, pudiendo por ello utilizar este conocido hallazgo como referencia para datar la espada meseteña.

Las peculiaridades hasta aquí escritas, con ligeras matizaciones, podrían aplicarse igualmente a los ejemplares de *Saldaña* y *Frechilla*. De hojas muy afines, las diferencias estarían en el tipo de empuñadura, tripartita clásica con tres calados, guardia en «V» y pequeñas escotaduras laterales, la de *Frechilla*, y con un arcaico sistema de muescas para colocar la empuñadura, en el caso de *Saldaña*; sin que podamos precisar si se trata, como sugiere Delibes<sup>271</sup>, de una lengüeta fragmentada, o por el contrario, constituye un tipo así definido.

La cronología de estas piezas, no ha de alejarse demasiado del 850 a.C., fecha vigente para el depósito de la Ría de Huelva y lugar donde, como señaláramos, encuentran reflejos las dos armas palentinas, en el caso de *Frechilla* con equivalencias incluso en su reducido tamaño<sup>272</sup>. Por su parte, la pieza de *Saldaña*, acompañada en su hallazgo de un conjunto de objetos de cronología dispar<sup>273</sup>, podría, no obstante, datarse sin grandes dificultades entre el 900/850 a.C.

De gran personalidad, tanto por su escaso número, como por tratarse de piezas bien datadas, en las postrimerías del Bronce Final III, son aquellas armas cuya empuñadura aparece rematada por un pivote cilíndrico, y generalmente con fuertes ricassos; conjunto exhaustivamente analizado por Cowen<sup>274</sup>, quién las subdividió en: tipo Vénat, Sa Idda y puñales de tipo Boom. En la península Ibérica conocemos una decena de estas piezas, número menguado pero que, sin embargo, representan casi la mitad de todas las continentales<sup>275</sup>. El conjunto ofrece una dilatada dispersión, escalonándose los hallazgos desde los Países Bajos hasta el Noroeste Hispano, y desde Almería hasta Cerdeña e Italia continental, lo que sugiere una posible distribución del tipo mediante una ruta marítima de cabotaje que desde el Bajo Loira, donde se habrían originado, tocaría Gibraltar, arribando finalmente al Mediterráneo Central; restando así importancia a la vía nortepirenaica, tradicionalmente defendida por Hawkes y Smith<sup>276</sup>.

<sup>267</sup> HENCKEN, 1956, fig. 11.

<sup>268</sup> EOGAN, 1965, fig. 86.

<sup>269</sup> COOMBS, 1975, p. 66.

<sup>270</sup> BRIARD, 1965, fig. 69.

<sup>271</sup> DELIBES DE CASTRO, 1975, p. 152.

<sup>272</sup> ALMAGRO, 1958, E. 1, 39-(13), 60.

<sup>273</sup> DELIBES DE CASTRO, 1975. Evidentemente, la fecha en su momento propuesta para este depósito, con dificultad puede aceptarse hoy, teniendo en cuenta que el ejemplar de cronología más moderna, el puñal de lengua de carpa, responde a una tipología arcaica. Damos por supuesto que la fecha —Bronce Final I— a que podría inducir la valoración del sistema de empuñadura mediante muestras quedaría descalificada tras el análisis de la hoja —de lengua de carpa—, como señaláramos, el fósil guía más significativo del Bronce Final III.

<sup>274</sup> COWEN, 1971, p. 154-166.

<sup>275</sup> COFFYN, GOMEZ, et MOHEN, 1981, carte 1.

<sup>276</sup> HAWKES and SMITH, 1957, p. 131-198.

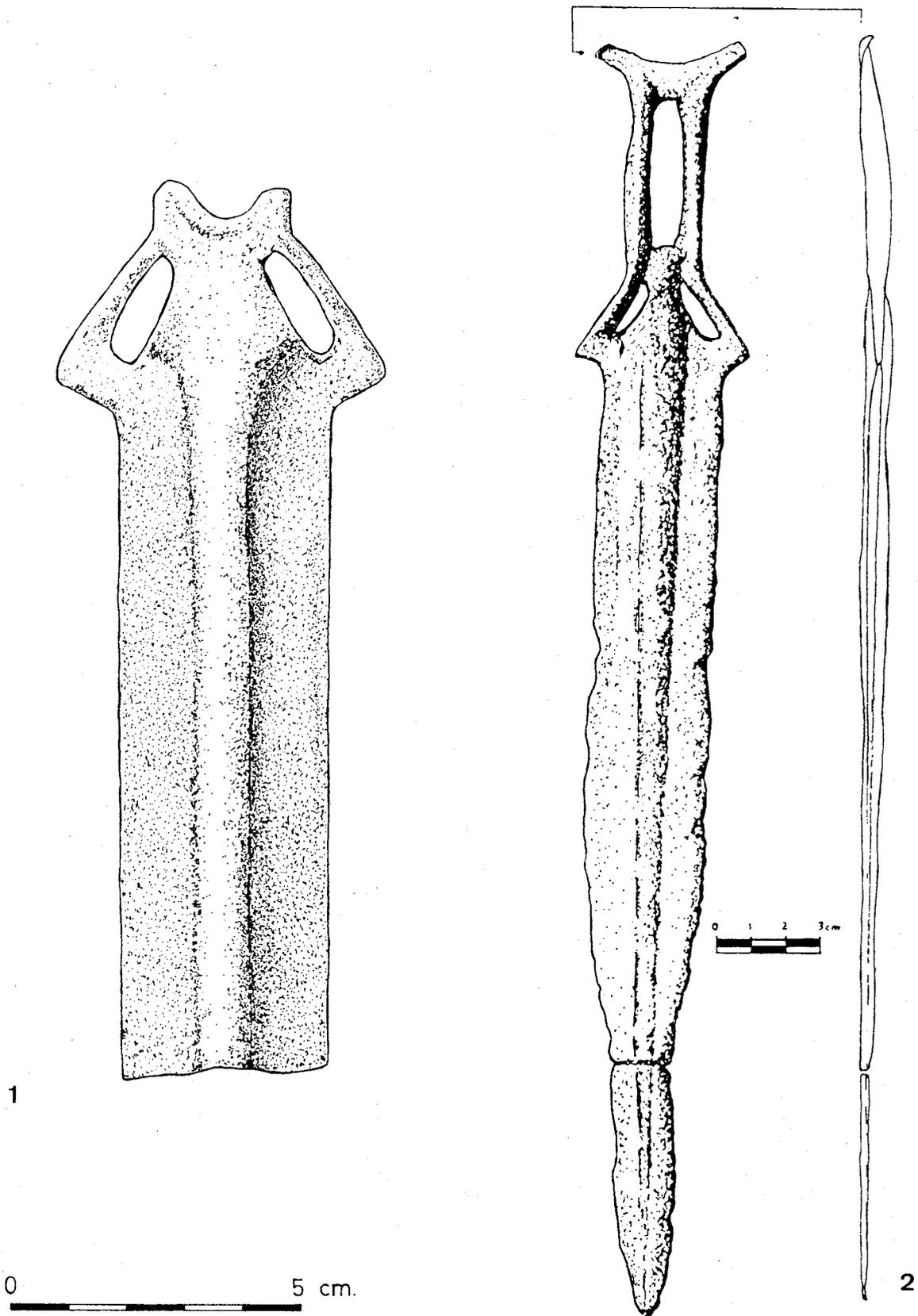


Fig. 29. 1. *Humada*. 2. *Frechilla*.

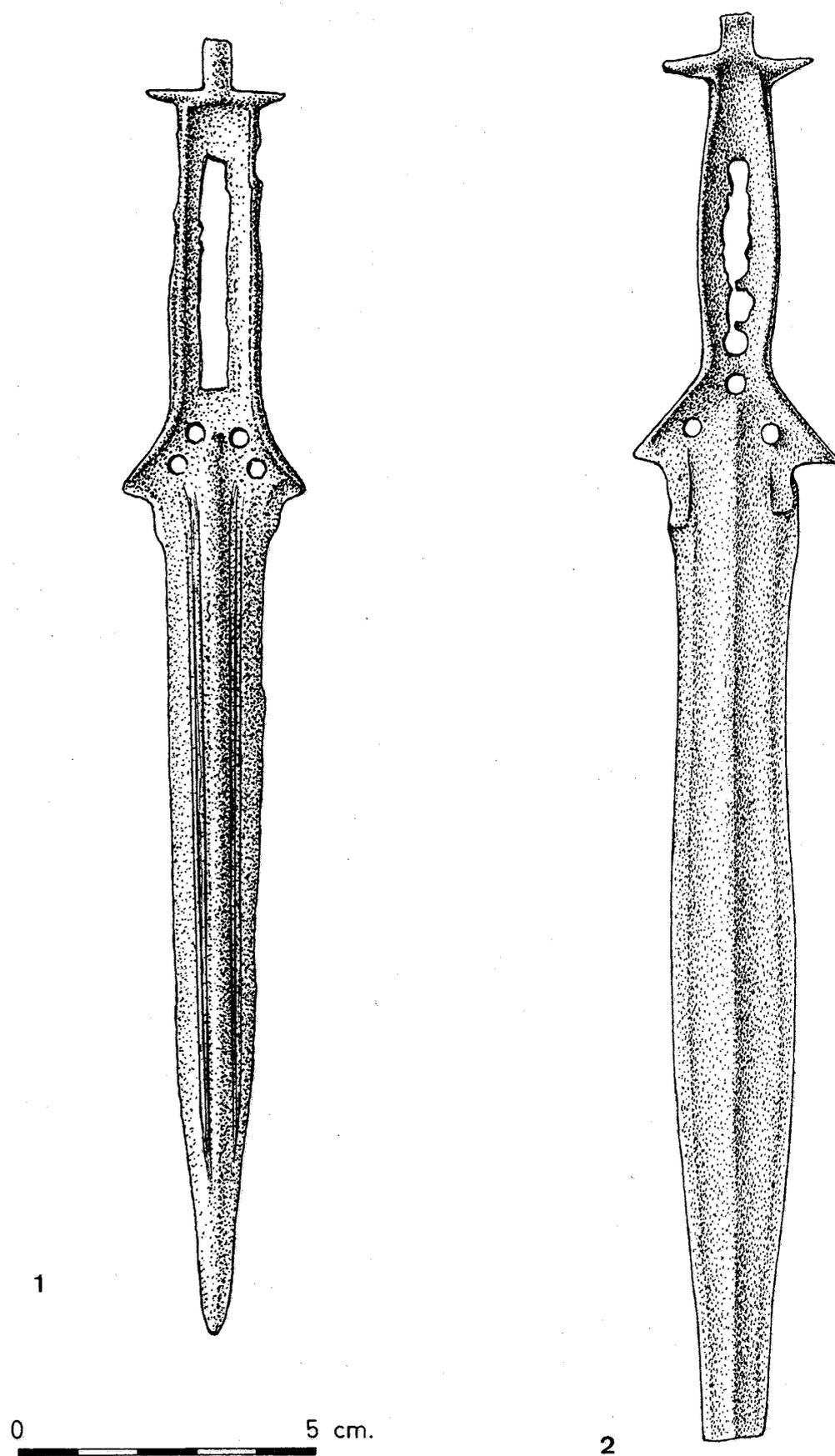


Fig. 30. 1. Paredes de Nava. 2. Meseta Norte.

En la Meseta Norte, dos son las armas así caracterizadas, una de *Paredes de Nava* (Palencia) (fig. 30, 1), y otra «*de la Región*» (fig. 30, 2), hoy en el Museo de Valencia de Don Juan, en Madrid. Por lo que a la palentina se refiere, su rasgo más importante reside en la disposición de la hoja, pistiliforme. Dicha peculiaridad podría, en principio, desvincular esta pieza de las de lengua de carpa, si bien su inclusión en el presente capítulo ofrecería pocas dudas, a la vista de la existencia de ciertos rasgos —huso de perfiles paralelos, punta en lengua de carpa, y sobre todo el pivote cilíndrico en el pomo— inexistentes en las piezas pistiliformes del Bronce Final II, y que confieren a este modelo una factura inequívoca a la hora de integrarlo entre los más tardíos, del Bronce Final III. En efecto, y como muestra de su modernidad, baste recordar que en los reiterados depósitos, el galo de Vénat y el italiano de Sa Idda, transicionales al Hierro, tales ejemplares constituyen uno de sus elementos más característicos. El puñal o espada corta palentina, supondría en definitiva, la perduración en la misma de algún rasgo arcaico —lámina pistiliforme o serie de orificios en la empuñadura en vez de calados únicos—, en un momento en que ciertas innovaciones morfológicas ya se habían difundido por la Península, caso de la guardia en «V», y sobre todo el pivote cilíndrico, referencia que mejor define el horizonte cronológico de esta pieza.

El otro ejemplar meseteño —también puñal o espada corta— carece de ricassos, sustituidos por dos ligeros resaltes que bien pudieran tener la finalidad de refuerzo. Además del eje axial con que se remata la empuñadura —que descansa sobre una mesa irregular tendente a la forma circular—, la acentuada nervadura media de la hoja, junto con las cuatro incisiones longitudinales que a cada lado la recorren, delatarían que nos hallamos ante una pieza fabricada al término de la Edad del Bronce. En concreto, tanto estos dos modelos como otra espada de Villafranca del Bierzo<sup>277</sup>, ofrecen especiales afinidades con los de Vénat y Sa Idda, ya citados, el primero de los cuales se dataría sin problemas en la segunda mitad del siglo VIII, coincidiendo con la fecha que Muller Karpe<sup>278</sup> nos proporciona para el conjunto italiano, algo anterior al momento propuesto para el mismo por Bianco Peroni<sup>279</sup>, que lo hace en torno al 700 a.C.

La última pieza de lengua de carpa inventariada es la soriana de *Ocenilla* (fig. 31, 1). No conserva la empuñadura a excepción de una pequeña parte de su arranque, insuficiente para reconstruir su forma original. No obstante, es evidente que no responde a la estructura clásica —tripartita—, pudiendo tratarse de una lengüeta simple de uno o varios orificios, ambos sistemas bien representados en ejemplares de la Ría de Huelva<sup>280</sup>. Al igual que aconteciese en el caso de Saldaña, podría plantearse la posibilidad de que se tratase de una pieza cuya lámina, rota, habría sido reutilizada con posterioridad. Pocas dudas, sin embargo, existe en tal sentido, puesto que las incisiones de la hoja en su inicio se curvan hacia adentro contraponiéndose, disposición que, en suma, afirma el carácter original de la misma. La hoja posee un marcado nervio en forma de segmento de círculo, flanqueado por series de líneas incisas —cinco a cada lado—, ofreciendo un porte esbelto que se acentúa por lo prolongado del elemento lengua de carpa. Dicho esquema coincidiría con formas evolucionadas, no muy alejadas de las reiteradas de pivote cilíndrico, o las que Hencken<sup>281</sup> denomina «de lengua de carpa desarrollada», fabricadas tanto en bronce como en hierro, y que data entre la segunda mitad del siglo VIII y la séptima centuria. Contamos además como indicador cronológico para la misma, con el dato que nos proporciona el hecho de que fue hallada con una punta de lanza de hoja maciza, muy bien contrastada en el conjunto galés de Llyn Fawr<sup>282</sup>, lo que confiere una datación del Ha C, similar a la de los paralelos francés e italiano que antes referimos.

<sup>277</sup> DELIBES DE CASTRO y FERNANDEZ MANZANO, 1979, p. 439-444.

<sup>278</sup> MULLER KARPE, 1959, p. 65.

<sup>279</sup> BIANCO PERONI, 1970, p. 96-99.

<sup>280</sup> ALMAGRO, 1958, E. 1, 39-(13), 63 y 64.

<sup>281</sup> HENCKEN, 1956, p. 161-169.

<sup>282</sup> SAVORY, 1975, fig. 5.

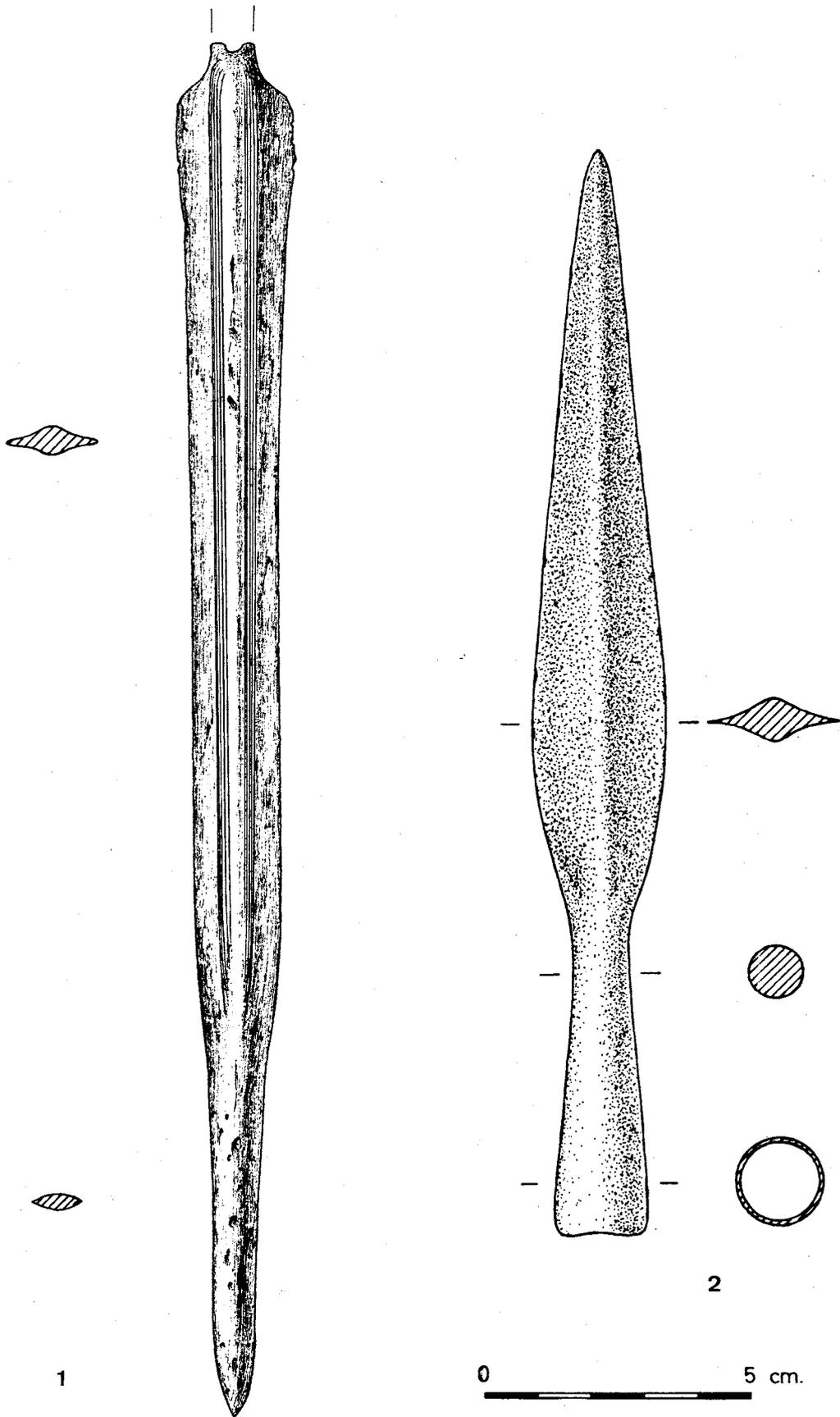


Fig. 31. Depósito de Ocenilla.

## 2. PUÑALES

Entre las piezas pertenecientes al conjunto de *Saldaña* (fig. 32, 5) se encuentra un puñal de hoja triangular y bordes rectos, toda ella recorrida por un nervio semicircular muy pronunciado. Ofrece asimismo dos marcadas escotaduras entre la hoja y la placa de empuñadura, en cuya base aparece otra muesca, sin duda alguna y como las dos anteriores para facilitar la tarea del empuñadura.

En un primer análisis, y aún con ciertas reservas, sus rasgos morfológicos nos llevan a relacionarlos con los rapiers atlánticos, surgidos en las Islas Británicas durante el Bronce Medio. En efecto, no resulta difícil encontrar coincidencias con aquellos modelos, especialmente con los que Trump<sup>283</sup> integra en su grupo III, caracterizados por «placa de empuñadura tosca y escotaduras laterales en vez de los tradicionales orificios que acompañan a los estoques más antiguos. Su hoja, ancha en la base, ofrece robustas secciones romboidales que en algún caso, al igual que sucede en el nuestro, se tornan lenticulares a medida que se aproximan a la punta». La cronología que el investigador inglés propone para este grupo, 1100 a.C.<sup>284</sup>, modernizada con posterioridad<sup>285</sup>, significaría que la producción de estoques no se agota durante el Bronce Medio, prolongándose en el Bronce Final, aspecto ya señalado por Coles<sup>286</sup> para los ejemplares escoceses e igualmente por Burgess<sup>287</sup> para los ingleses e irlandeses. Pese a todo, su difusión apenas sobrepasará el Bronce Final I, sufriendo un rápido declinar ante la pujanza que supone la aparición de modelos de empuñadura calada, técnica y funcionalmente mejor conseguidos.

En el occidente francés, si de auténtica excepción pueden considerarse otras tipologías, caso de los de espiga plana y roblones<sup>288</sup>, no ocurre otro tanto con los de muescas laterales, profusamente representados durante el Bronce Final I<sup>289</sup>, sin que, como en las Islas Británicas, rebasen el mencionado periodo. En la península Ibérica, por su parte, las rapiers nervadas, como hemos visto tan extendidas en otros ambientes atlánticos, son casi desconocidos tanto en el Bronce Medio como en el Final, perviviendo en su lugar formas relacionadas con el mundo argárico, y aún, como sucede con algún puñal de Valdevimbre, esquemas propios del Bronce Antiguo. Lo cierto es que, salvo la presencia esporádica de algún arma atlántica del tránsito entre el Bronce Medio / Final, la de Herrerías<sup>290</sup>, por ejemplo, los modelos de tradición indígena tan sólo desaparecerán cuando hagan acto de presencia los elementos pistiliformes, a partir del 1100 a.C.

En definitiva, en caso de aceptar la vinculación del puñal palentino con los estoques del occidente europeo y dado el contexto arqueológico en que fue hallado, habríamos de considerarlo como una prolongación tipológica de aquellos, dado su evidente desfase cronológico. En idéntica situación se encontraría la excelente réplica, única que conocemos en la península, correspondiente al hallazgo de la Ría de Huelva<sup>291</sup>, cuya presencia, junto con el ejemplar de Saldaña, nos permiten suponer que las rapiers atlánticas, o cuando menos modelos con ellas relacionados, también aquí comparecieron. La referencia del depósito onubense nos proporciona la consabida fecha del 850 a.C., cuya corrección pocas dudas ofrecería a la vista de que el puñal palentino forma parte de un depósito cuya datación, a partir de un modelo de lengua de carpa coincide plenamente con la anterior.

Entre el lote de objetos procedentes de *Sansueña* (fig. 43, 4, 5 y 6), en el Valle zamorano de Vidriales, se encuentran tres puñales de hoja triangular y lengüeta, dos de los cuales, los más grandes poseen gran número de rasgos afines. Los mismos se concretan en un nervio de robustecimiento a lo largo de toda la hoja, hombros redondeados y lengüeta estrecha y alargada; en uno de ellos provista de un orificio para mejorar la sujeción de la empuñadura.

<sup>283</sup> TRUMP, 1959-1960, p. 1-15; *Idem*, 1962, p. 80-102.

<sup>284</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>285</sup> BURGESS, 1976, p. 203-207.

<sup>286</sup> COLES, 1959-1960, p. 20.

<sup>287</sup> BURGESS, 1976, p. 205.

<sup>288</sup> BRIARD, 1965, p. 155.

<sup>289</sup> *Ibidem*, p. 154.

<sup>290</sup> ALMAGRO GORBEA, 1972, fig. 50, 5.

<sup>291</sup> ALMAGRO, 1958, E. 1, 39 (13).

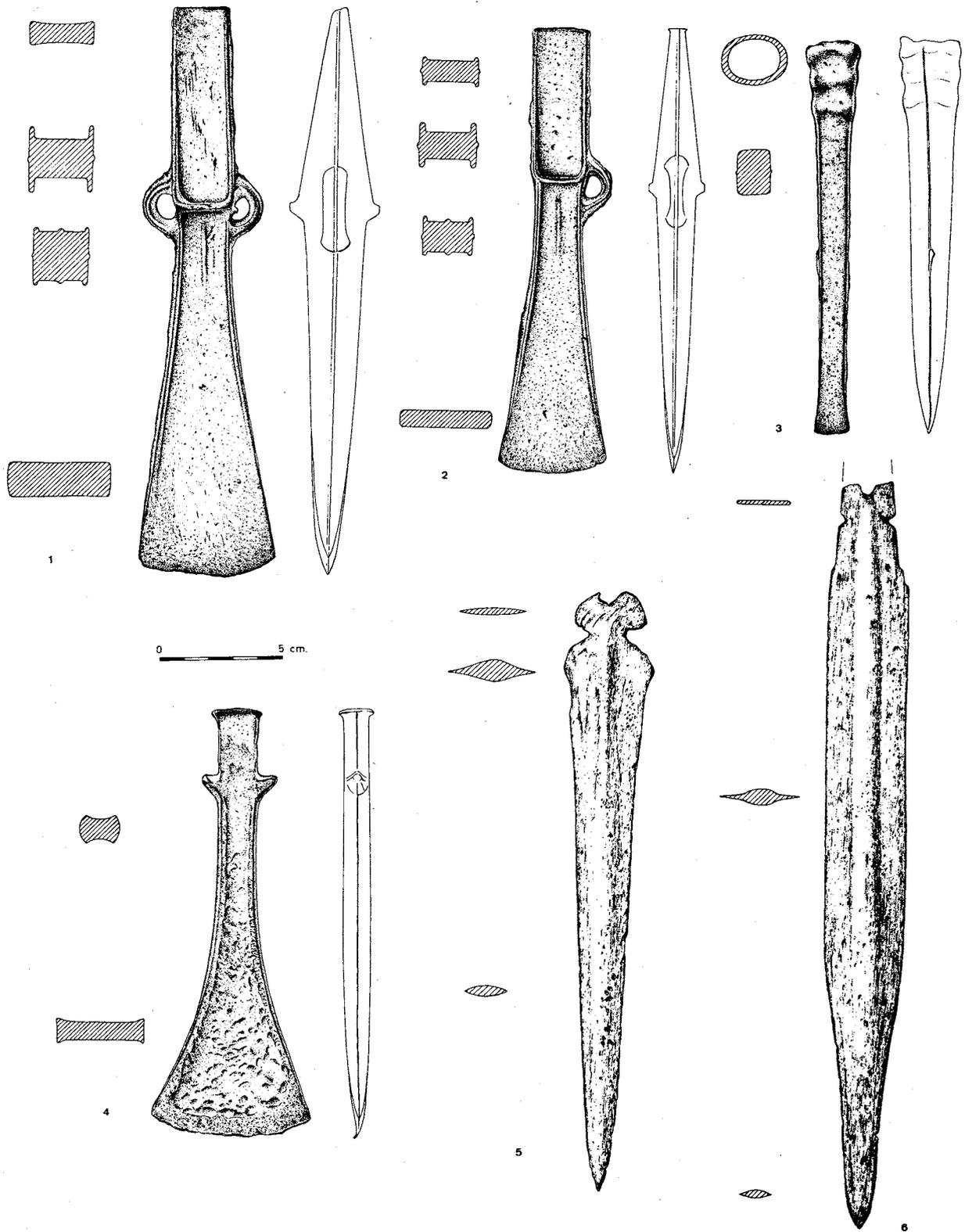


Fig. 32. Conjunto de Saldaña (Palencia).

Son frecuentes en la península los puñales de perfil triangular afines a estos de Zamora, si bien, en casi todos los casos poseen la hoja mucho más robusta y la lengüeta más ancha, peculiaridades que nos obliga a escudriñar otras referencias más ajustadas, concretamente en el Oriente Próximo. En efecto, en aquel ámbito geográfico proliferan ya desde el tercer milenio modelos así caracterizados —Jerez, Jericó, Biblos, etc.—, si bien, como nos recuerda Delibes<sup>292</sup>, no resultan allí ser exclusivos, ya que, pese a su aislamiento, comparcen también en territorios más occidentales, caso de los ocho de Ottana, en Cerdeña<sup>293</sup>, u otro de Plevenon<sup>294</sup>, en el noroeste francés; en ambos casos clasificados en el Bronce Medio.

De marcadas diferencias morfológicas, y sin conexión cultural aparente con los dos anteriores, el tercer ejemplar de este conjunto, al igual que los dos más pequeños del depósito burgalés de Huerta de Arriba, ofrece como solución para reforzar la hoja, una mesa central formada a partir de la convergencia de los biseles de los bordes; sistema de notable aceptación durante todo el Bronce Final<sup>295</sup>, especialmente difundido en ambientes atlánticos. Además de su reducido tamaño, coincide también con el puñalito más pequeño de los de Huerta en la dilatada anchura de la hoja en su zona proximal, desde donde bruscamente se estrechará determinando un extremo muy aguzado. Los alejaría, sin embargo, la perforación que presenta el modelo de Burgos, inexistente en el de Sansueña.

Se trata, en definitiva, una pieza de gran originalidad para la que no resulta fácil hallar paralelos con un mínimo de significación; mientras que tampoco su presunta pertenencia a un depósito ofrece trascendencia alguna, pues, como es sabido, el mismo englobaría objetos de filiación cultural dispar —atlánticos y mediterráneos—, cuya cronología difícilmente puede mantener uniformidad. En todo caso, en el supuesto de que efectivamente fuera un depósito, las armas que ahora referimos habrían de considerarse como perduraciones de tipos implantados originalmente siglos atrás.

### 3. PUNTAS DE LANZA

Siguiendo la tendencia que aconteciese a los ejemplares del Bronce Final II, será la diversidad tipológica la norma que mejor defina las lanzas que incluimos en este horizonte. Para su clasificación, hemos de recurrir necesariamente a determinados rasgos morfológicos aislados, discutibles en muchos casos, pero que en definitiva constituyen los únicos indicativos para identificar las puntas de lanza que creemos han de vincularse al Bronce Final III.

Dentro del grupo, las piezas que ofrecen menor problemática interpretativa, son una de *Medina de Rioseco* (fig. 37, 7) y las del depósito de *Cisneros* (Palencia) (fig. 35). Con excepción de una de las cinco que integran el mencionado depósito, alargada, las restantes se significan por poseer la hoja maciza, secciones de tubo gruesas, y sobre todo por su reducido tamaño —entre 64 y 86 mm.—, motivo por el que no sería aventurado integrarlas en la categoría de venablos, relativamente bien diferenciadas de las más genuinas puntas de lanza, de mayor longitud. La referencia más interesante para su análisis, la hallaríamos en principio en el escondrijo de *Bembibre*<sup>296</sup>, con piezas muy similares, pero desafortunadamente integrado tan sólo por puntas de lanza y jabalinas, sin contexto cultural al que adscribir las. La validez del mismo como paralelo resultaría así muy restringida, y sólo el análisis químico de 15 de las mismas —de un total de 29—, con unos contenidos de plomo próximos al 5%, será el dato que nos permita, aún con ciertas reservas, relacionarlas con las aleaciones características del Bronce Final III.

Especial atención merece una de las puntas de *Cisneros*, la inventariada con el número 4, pues su tubo, facetado, podría suponer una guía cronológica precisa, dada la gran originalidad de dicho motivo. El dato, tenido en cuenta por Delibes<sup>297</sup> reclamaría paralelos italianos inmediatamente anteriores al siglo VIII, mo-

<sup>292</sup> DELIBES DE CASTRO, 1980, p. 236.

<sup>293</sup> *Ibidem*.

<sup>294</sup> *Ibidem*.

<sup>295</sup> *Ibidem*.

<sup>296</sup> FERNANDEZ MANZANO, MAÑANES PEREZ y RAMOS, 1982, p. 349-368.

<sup>297</sup> DELIBES DE CASTRO, 1983, p. 69-79.

mento que se ajusta también a un ejemplar leridano, de la Pedrera de Vallfogona<sup>298</sup>, fechado por los materiales con él asociados en el inicio de la Edad del Hierro. En esta misma Edad, ya fabricados con el nuevo metal, formas muy similares parecen cobrar especial importancia —La Osera<sup>299</sup>, etc.— fundidas conjuntamente con modelos de mayores dimensiones, auténticas lanzas. Junto a todas estas citas indirectas, que de forma unánime nos llevan a un horizonte límite entre el Bronce / Hierro, contamos además para afianzar esta fecha con la circunstancia de que la punta del Cerro de San Andrés, en Medina, se acompañó en su localización con cerámicas a mano, retocadas a espátula y en muchos casos decoradas con motivos geométricos; vestigios que permiten encuadrarlas sin demasiados problemas hacia el 700 a.C.<sup>300</sup>

El quinto ejemplar palentino, difiere sensiblemente de las restantes del mismo depósito, en su caso estructurado a base de una punta ojival maciza, careciendo de tubo exento, fragmentado. Con idénticos rasgos podríamos definir a otras piezas procedentes de *Astorga* (fig. 33, 1), otra de la *Provincia de Palencia* (fig. 33, 3), (hoy en el Museo de aquella capital) y una tercera de *Segovia* (en el M.A.N., n.º 28188) (fig. 35, 2), ésta, a diferencia de las precedentes, conservando todavía el tubo.

Como posibles paralelos para las mismas, en cuanto que también participan de la peculiaridad de la hoja maciza, podríamos aludir a las puntas de lanza de Hio<sup>301</sup>, Ocenilla o alguna del Norte de Portugal<sup>302</sup>. Las diferencias formales, sin embargo —aunque curiosamente la cronología parece coincidir— son tan notorias que resulta muy difícil mantener tal ecuación. No habría de descartarse tampoco la identificación de las mismas con la Sansueña (a ella nos referiremos más adelante), de tubo rasgado. Como en el caso anterior, el supuesto no traspasaría los límites de la mera probabilidad, desvirtuado por el tipo de tubo, circular clásico, que acompaña a la pieza de Segovia, y que presuntamente también debió caracterizar al resto de los ejemplares.

La última pieza de hoja maciza inventariada, corresponde al depósito soriano de *Ocenilla* (fig. 31, 2). Supera los 200 mm. de longitud, contando con un marcado estrechamiento para delimitar la hoja del tubo, elemento que en su tramo final se torna compacto. Desechadas como referencia las jabalinas, y aceptando con ciertas reservas las que nos proporcionan los ejemplares de Hio o uno lusitano de Braga, ya citados —en ellos el tubo penetra ligeramente en la hoja—, se conocen algunas piezas en ambientes extranjeros que poseen un gran parecido con la soriana. La primera a que aludimos, centroeuropea, correspondería a la fase Sarata-Monteoru II<sup>303</sup>, otra galesa de Llyn Fawr<sup>304</sup>, de hierro, datada en el Ha C, o una tercera de La Quenique<sup>305</sup>, igualmente de hierro, ya del Ha D, supondrían algunas de las réplicas más ajustadas para la misma. En principio, la proyección de tales modelos nos llevaría a un periodo amplio, que, no obstante, quedaría muy recortado tras la precisión que aporta el puñal de lengua de carpa —de los más evolucionados de este tipo— que junto con la lanza forma el depósito. En suma, se trataría de una manufactura elaborada en la última mitad del Bronce Final III, en un momento no muy alejado del 750 a.C.

Tubo corto y hoja con los perfiles inflexionados, que se acompañan de biseles muy nítidos, definen la morfología del ejemplar de *Soria* (fig. 36, 2). Coincidente en determinados aspectos con los modelos denominados «en forma de llama»<sup>306</sup> de los inicios del Bronce Final, existen otras referencias para el mismo que nos permiten una aproximación cronológica más precisa. En Italia continental, una pieza, auténtica reproducción, se localiza en Terni, asociada con puñales de empuñadura de frontón, de los que Hencken<sup>307</sup> denomina «de lengua de carpa rudimentaria», datados en el siglo IX. Tampoco son ajenas a los territorios atlánticos, como así lo manifiesta su presencia en el depósito galo de Amboise<sup>308</sup>, con un

<sup>298</sup> MALUQUER DE MOTES, MUÑOZ y BLASCO, 1959, p. 47, fig. 17.

<sup>299</sup> SCHÜLE, 1969, taf. 125, 8; CABRE, CABRE MORAN y MOLINERO, 1950, p. 136, fig. 12.

<sup>300</sup> PALOL, 1967, p. 223-224.

<sup>301</sup> ALMAGRO, 1962.

<sup>302</sup> HÖCK y COELHO, 1972, p. 241-242.

<sup>303</sup> GIMBUTAS, 1965, p. 277, fig. 156, 3.

<sup>304</sup> SAVORY, 1975, p. 121-123.

<sup>305</sup> MARIEN, 1956, B. 7, 2 (2), K.

<sup>306</sup> GIMBUTAS, 1965, p. 119, fig. 75, 7.

<sup>307</sup> HENCKEN, 1956, p. 126, fig. 15, 8.

<sup>308</sup> CORDIER, 1976, p. 549, fig. 3, 4.

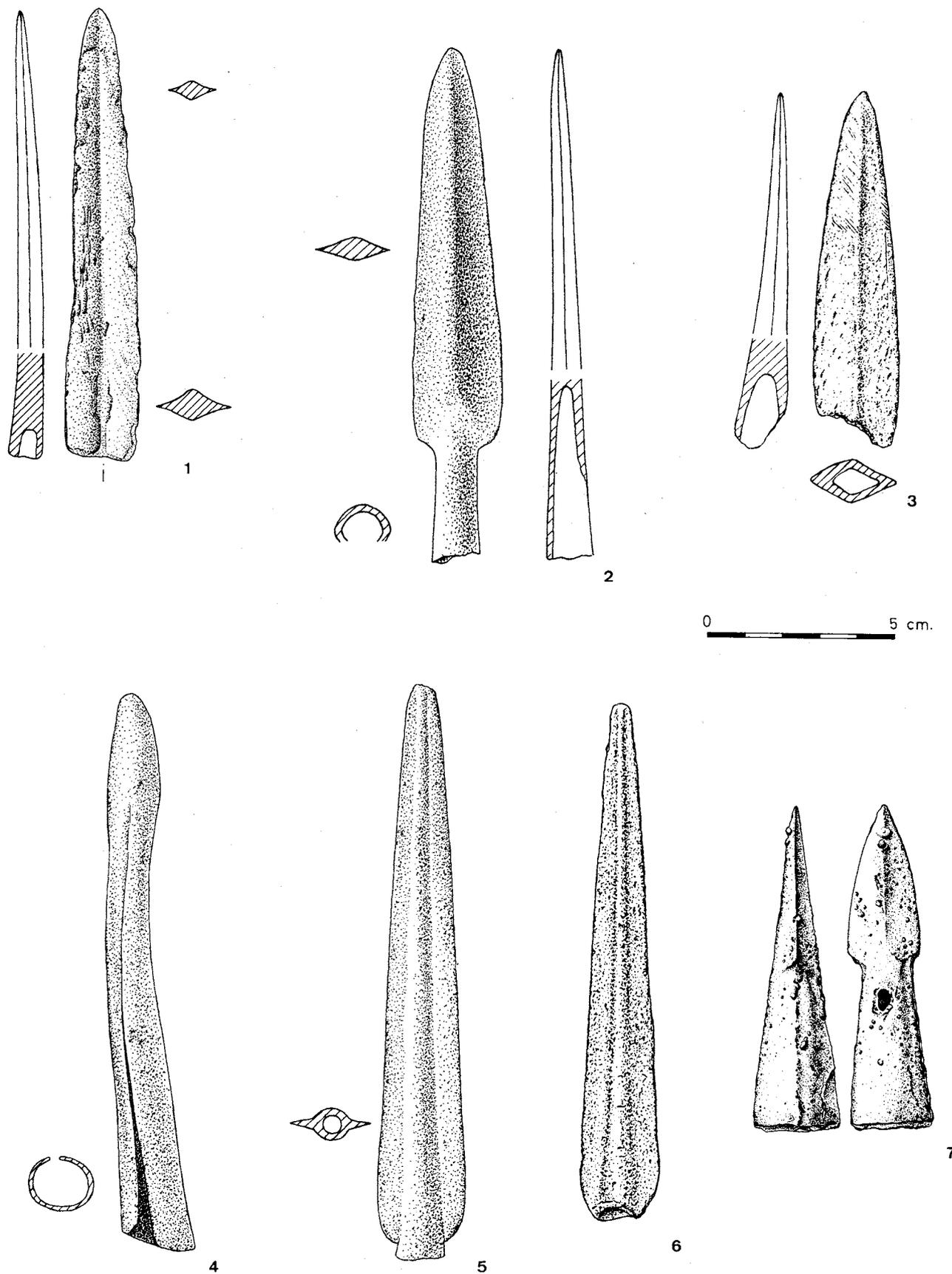


Fig. 33. 1. Astorga. 2. Segovia. 3. Provincia de Palencia. 4 y 5. Provincia de León. 6. Mecerreyes. 7. Medina de Rioseco.

fragmento de espada de lengua de carpa, y sobre todo en el conocido pecio de la Ría de Huelva, hallazgo donde esta tipología adquiere especial preeminencia. Una pieza gallega de Alcayán<sup>345</sup>, constituiría igualmente buena muestra de esquemas así caracterizados.

Parece razonable, a la vista de los paralelos propuestos, conceder al ejemplar de Soria una datación próxima al 850, coincidiendo con la primera mitad del Bronce Final III.

Si las puntas de lanza hasta ahora analizadas ofrecen tan sólo un mínimo de garantías en cuanto a la cronología que les hemos otorgado, menores aún son las que podemos conceder a un buen número de piezas que, unas veces por localizarse aisladas o no conservarse íntegras, otras por no estar claro su nivel estratigráfico —resultado de excavaciones sin metodología adecuada—, y, en definitiva, por ofrecer formas de extrema singularidad, sólo podemos abordar su valoración con criterios aproximativos.

Implicado en esta situación estaría el depósito de *Castromocho* (Palencia) (fig. 34), compuesto por tres puntas de lanza. De ellas, dos ofrecen una estructura afín, que se concreta en la distribución equitativa del tubo y la hoja, esta de marcados perfiles convexos. Relativamente frecuentes las láminas con esta disposición —Ripoll<sup>346</sup>, Brèhand<sup>347</sup>, Logny<sup>348</sup>, etc.— no lo son tanto acompañadas de tubos largos, como en este caso. En general, tales esquemas tuvieron una mayor aceptación en momentos tempranos del Bronce Final y aún del Bronce Medio. En este sentido apuntan los ejemplares de Lozna Mare, en Transilvania<sup>313</sup>, de la primera mitad de la XII centuria, o algunos frisonos y holandeses que Jacob-Friesen<sup>314</sup> engloba entre las «sonderformen Jüngere Bronzezeit», que, como algunas fracesas del grupo de Rosnoen<sup>315</sup> se ajustan a los inicios del Bronce Final. Parecería por ello correcto clasificar este conjunto en el Bronce Final I, sobre todo cuando las dos lanzas se ajustan a la norma evolutiva general, que establece mayor antigüedad para los tubos exentos largos.

Este planteamiento, sin embargo, prácticamente perderá toda consistencia tras la definición del tercer ejemplar, muy distante de las otras dos, pues la hoja, en consonancia con las formas tardías, alcanza las cuatro quintas partes de la longitud total. Formalmente, la valoración del depósito resultaría contradictoria, pues si como ya propugnaba Almagro<sup>316</sup> «son tipos antiguos con largos tubos para el empuje que no aparecen en el depósito de Huelva», tal descripción no puede aplicarse a la inventariada en tercer lugar. La única solución coherente para justificar la convivencia de tipologías tan dispares, estaría en retrasar la aparición de los tubos cortos, y en efecto, se conocen algunos casos —el girondino de Saint-Sulpice-de-Faleyrens<sup>317</sup>, por ejemplo—, o por el contrario, defender la perduración de modelos de tubo largo hasta el término del Bronce Final. Sin que por el momento podamos formular una opinión taxativa en uno u otro sentido, tan sólo la presencia de la pieza, a priori moderna, nos lleva a integrar el conjunto en este horizonte, Bronce Final III, si bien no descartamos que nuevos datos posibiliten en un futuro su equiparación con modelos arcaicos, con los que mantienen no pocos vínculos.

Correspondiente a una problemática asociación, presuntamente con materiales de la Edad del Hierro, la pieza de *Sanchorreja* (fig. 36, 3), ofrecería una clasificación, como en el caso anterior, caracterizada por su precariedad. Su teórica adscripción al Hierro, como así lo sugería el hallazgo con utensilios de aquel metal, ya fue puesta en tela de juicio por Maluquer<sup>318</sup>, quién por el contrario, era partidario de adscribirse a un nivel más antiguo, con cerámicas excisas y del boquique. En todo caso, sin posibilidad de aclarar esta cuestión, el mejor dato para datarla nos lo proporciona una fibula de codo y pie largo localizada con la punta de lanza. La misma, casi con seguridad, responde a una derivación de la de tipo Huelva, lo que le conferiría una relación de ligera posterioridad sobre las onubenses, datadas en la primera mitad del siglo IX, coincidiendo con el ocaso del mundo de Cogotas I.

<sup>309</sup> ALMAGRO, 1962, 1-(1), 2.

<sup>310</sup> *Idem*, 1961, 2-(2), 8.

<sup>311</sup> GIOT, 1971, p. 342, fig. 3.

<sup>312</sup> ALMAGRO, 1940, p. 94, fig. 11.

<sup>313</sup> GIMBUTAS, 1965, p. 125-126, fig. 90, 13.

<sup>314</sup> JACOB-FRIESEN, 1967, p. 274-279.

<sup>315</sup> BRIARD, 1965, p. 157, fig. 51.

<sup>316</sup> ALMAGRO, 1967, E. 16, 1-(1).

<sup>317</sup> COFFYN, 1976, p. 537, fig. 3.

<sup>318</sup> MALUQUER DE MOTES, 1958, p. 92.

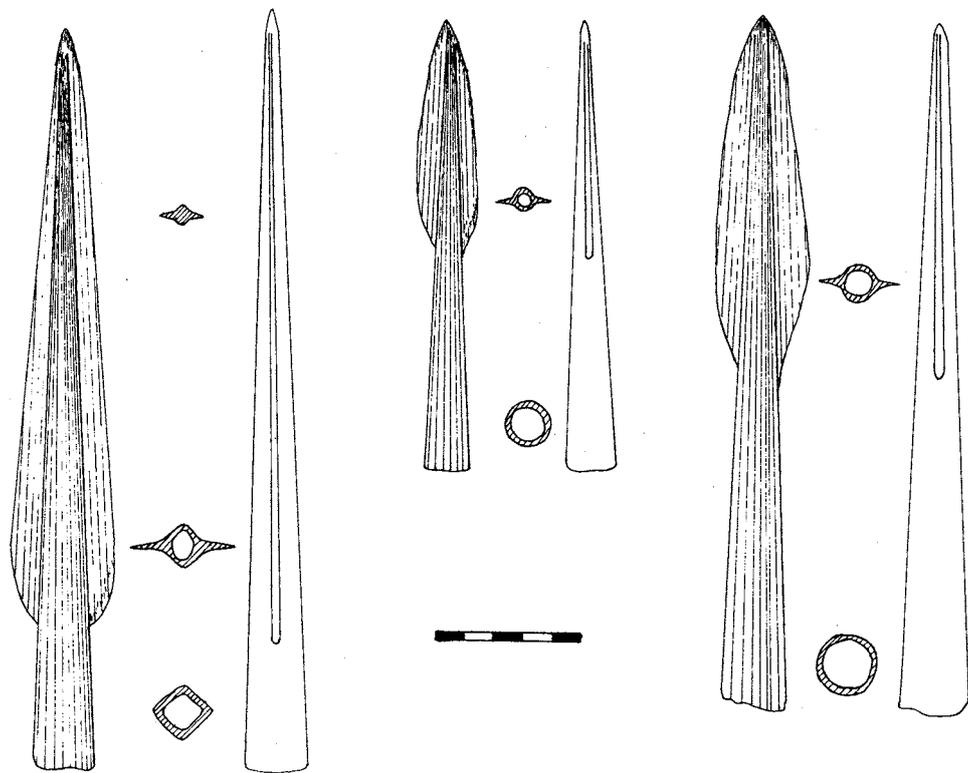


Fig. 34. Depósito de Castromocho (según Almagro).

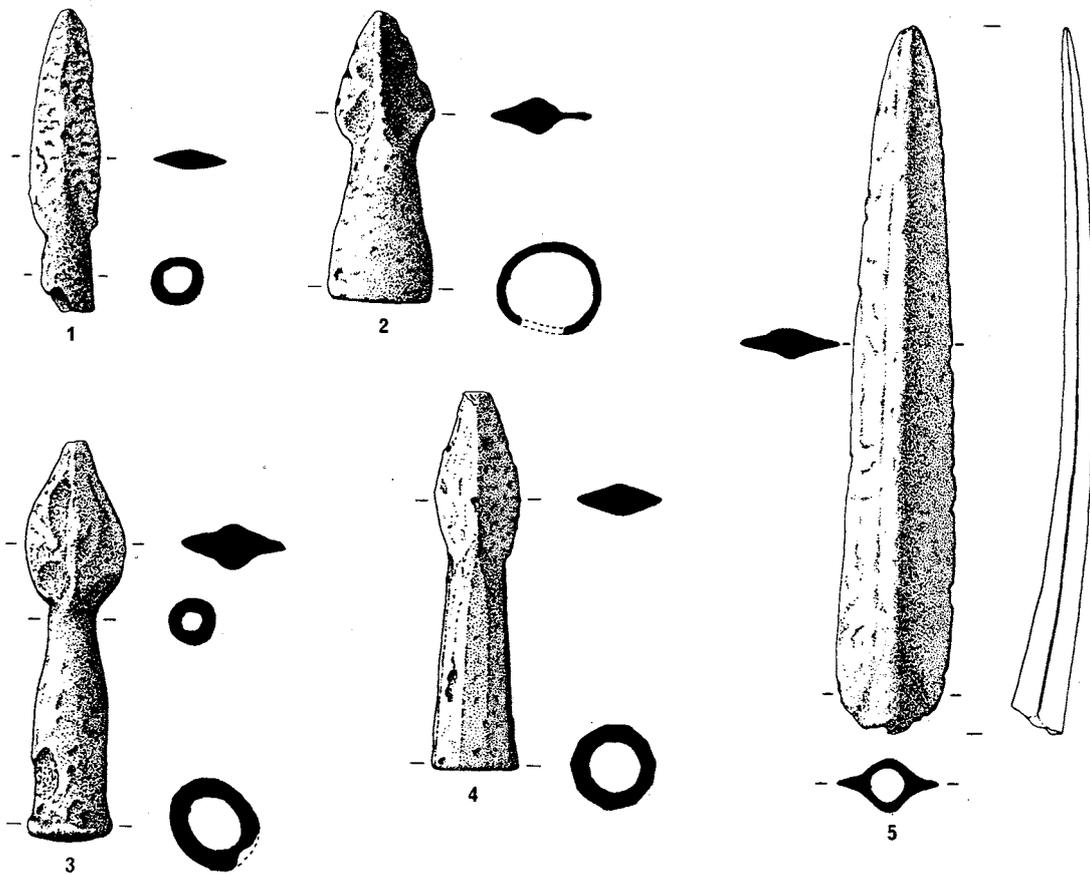


Fig. 35. Depósito de Cisneros (según Delibes).

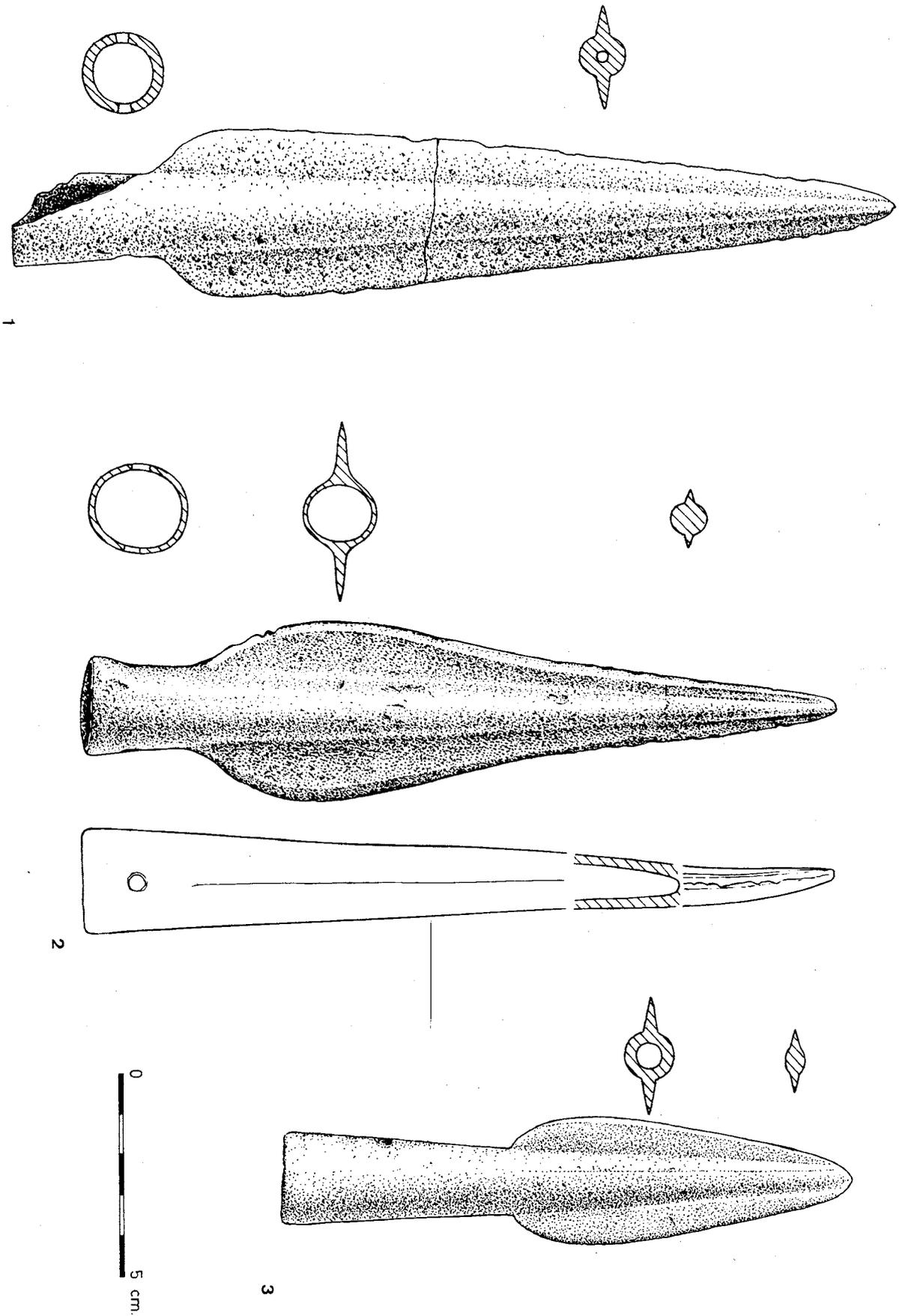


Fig. 36. 1. Aguilar de Campoo. 2. Soria. 3. Sanchorreja.

Tanto una de las lanzas custodiadas en el *Museo Arqueológico de León* (fig. 33, 5), como la de *Mecerreyes* (Burgos) (fig. 33, 6), participan en común de un porte estrecho, reducidos alerones y ausencia de tubo. Ambas poseen una longitud similar, próxima a los 150 mm.

Para su análisis, sería interesante saber si la ausencia del tubo se debe a una fractura del mismo — imposible de determinar en el caso de Mecerreyes, perdida tras el incendio del Monasterio de Silos, donde se hallaba—, o por el contrario, las formas que conocemos corresponden a su aspecto original. En el caso de que se cumpliese el último supuesto, no habría demasiados problemas para encuadrarlas en el final de la Edad del Bronce o incluso en el inicio del Hierro; cronología que no sería tan nítida si, como es posible, se hubieran acompañado de un tubo con mayores proporciones. Pese a todo, abogamos por un momento de difusión para las mismas, en todo caso dentro del Bronce Final, pero alejado de sus inicios, por cuanto los alerones aparecen muy disminuidos, en asimilación las tendencias generales que a priori suponen mayor modernidad. Bajo idéntico supuesto de provisionalidad, la lanza palentina de *Aguilar de Campoo* (fig. 36, 1), podría ser comparada con la de Valdevimbre, pues como aquella, posee los alerones anchos en la base y rectos hacia la zona distal. No obstante, el tubo más corto, y sobre todo algunas referencias precisas en la Ría de Huelva<sup>319</sup>, permitirían su vinculación a la primera parte del Bronce Final III.

Las dos únicas lanzas con el tubo rasgado que conocemos en la Meseta, son las de *Sansueña* (Zamora) (fig. 43, 3) y otra depositada en el *Museo Arqueológico de León* (fig. 33, 4), posiblemente hallada en Cármenes (León). La coincidencia de dicho elemento no implica, sin embargo, una equiparación en el resto de su morfología, de hoja estrecha, sección romboidal y maciza en el caso de la zamorana; mientras que la segunda se remata con una especie de pequeño capuchón de contorno circular, que haría función de hoja.

Absolutamente desconocidas, ya no en la Península, sino en toda Europa Occidental, los paralelos más próximos, no menos excepcionales que los de la Meseta, han de buscarse en el Mediterráneo Oriental y sobre todo en las estepas iraníes y vertiente meridional del Cáucaso, allí datadas entre 1500 y 1000 a.C.<sup>320</sup>. Esta fecha, no obstante, habría de retrasarse una o dos centurias, de acuerdo con el bocado de caballo existente en el mismo depósito de Sansueña, de problemática aceptación como tal. En todo caso, consideraciones tipológicas permiten establecer para las mismas un carácter de inmediatez en relación con las que más tarde se prodigarán en hierro, y por ende con una cronología del Bronce Final III.

#### 4. REGATONES

Junto con los ejemplares de Valdevimbre y Covaleda, del Bronce Final I y II, respectivamente, el tercero de los regatones meseteños inventariados es el salmantino de *El Berrueco* (fig. 37, 2). Su principal rasgo morfológico estriba en las reducidas dimensiones del mismo —cinco centímetros el fragmento conservado, y con pocas posibilidades de que superase los siete en una hipotética reconstrucción—, inusuales en los regatones bronceos peninsulares cuya longitud media oscila entre los 15-20 cm. La boca del tubo posee un marcado reborde, muy regular en todo su perímetro, disposición que acrecentaría la originalidad de la pieza, puesto que la misma resultaría desconocida en el resto de las ibéricas, cuyo elemento se consigue por un mero abombamiento en la parte proximal. Dicha estructura, por el contrario, resulta frecuente en ciertos útiles, caso de los cinceles de cubo —los franceses de Larnaud<sup>321</sup> o algunos de Saint-Brieuc-des-Iffs<sup>322</sup>, entre otros, lo confirmarían—, casi siempre acompañados de una o varias molduras.

A la vista de tal coincidencia, pudiera parecer correcto identificarla con uno de estos utensilios, cincel o gubia de cubo, no obstante lo cual, existen determinados argumentos tipológicos que hacen difícil aceptar dicha vinculación. Estos se pueden concretar en el hecho de que el perfil del tubo ofrece una forma convexa —acusada en el último tercio—, que nos permite intuir que la pieza no debió tener mucha más

<sup>319</sup> ALMAGRO, 1958, 39-(25), 124, 39-(27), 136.

<sup>320</sup> La punta de lanza de Sansueña, al igual que el resto del presunto depósito ha sido minuciosamente analizados por Delibes (DELIBES DE CASTRO, 1980, p. 235).

<sup>321</sup> NICOLARDOT et GAUCHER, 1975, p. 123, fig. 19.

<sup>322</sup> BRIARD, 1965, p. 180-181.

longitud de la que presenta en la actualidad, y, en consecuencia, es poco probable que pudiera estructurarse en tan reducido espacio una sección maciza —para ser utilizada como cincel— o en semicircunferencia —si hubiera correspondido a una gubia—. Por otra parte, en sendos modelos, la sección del tubo se ensancha de forma progresiva hasta cerrarse, formando así el cubo; esquema que no encuentra equivalencia en el ejemplar de El Berrueco, de idéntico grosor en todo su desarrollo.

Acerca de su cronología, debemos recordar que, como la pieza que analizamos, han sido muchos y notables<sup>323</sup> los materiales hallados fortuitamente en los diversos yacimientos del cerro de El Berrueco, correspondientes en su mayor parte al Bronce Final y al primer Hierro, momento en que pudiera fecharse el regatón. Se trataría en todo caso de un periodo amplio, que acaso pudiera quedar limitado al Bronce Final III, si aceptamos que el escaso tamaño del casquillo representa un antecedente de los que, con similares dimensiones, proliferarán forjados en hierro.

## 5. CUCHILLOS

Sin que sea posible abordar en profundidad la cuestión del lugar de su hallazgo, *Regellina* (León) (fig. 37, 3) según Almagro; y con toda seguridad procedente del Norte de la Meseta, este ejemplar se caracteriza por su perfil, marcadamente afalcado, además de la existencia de decoración —dispuesta longitudinalmente en la hoja— estructurada por una banda paralela incisa, en cuyo interior se inscribe una fila de puntitos incisos.

La presencia de cuchillos curvos, quizá los primeros de toda la Península, se documentan en la cultura de los Millares —sepultura 40 de Santa Fe de Mondújar<sup>324</sup>—, aunque a diferencia del leonés, son tipos de cobre, con la hoja curva, cuyo extremo se acompaña de una pequeña muesca. Constituyen, en suma, modelos demasiado arcaicos, bien paralelizados en el Próximo Oriente en el 2000 a.C.<sup>325</sup>, y sin comparación posible con nuestro ejemplar.

A partir de la primera clasificación propuesta por Chantre<sup>326</sup>, cuatro son las familias en que se clasifican los cuchillos de bronce, esencialmente basadas en el modo de empuñadura: de lengüeta, de espiga, de cubo y de mango metálico. De todas ellas, el modelo de *Regellina* ofrece mayores afinidades como los de mango metálico, y dentro del tipo, con los que carecen de materia orgánica, dispersados prioritariamente en territorio centroeuropeo e italiano. Tal relación, sin embargo, no está exenta de problemas de matiz, pues aquellos modelos poseen hoja y empuñadura fundidos en una sola pieza; a diferencia del leonés que, como sabemos, el mango metálico es independiente de la hoja, a la que se une por medio de una pequeña lengüeta. Por su parte, la forma del remate del mango tampoco coincide con las más frecuentes del grupo, en las que existe un claro predominio de formas circulares, y no semicirculares, como acontece a esta. Tales datos, en principio, alejarían el cuchillo de la familia que hemos propuesto, más aún si tenemos en cuenta que aquellos rara vez alcanzan los veinticinco centímetros de longitud, lejanos del de *Regellina*, que casi los duplica.

Cabría pensar, pues, que se trata de un modelo de los denominados «de lengüeta simple», y, en efecto, por el modo en que la hoja se acopla al mango, pocas dudas existirían al respecto. A pesar de todo, el paralelo apenas si reviste transcendencia, puesto que la hoja de los ejemplares de aquella familia casi siempre es de perfil poco curvado, bastante diferente del cuchillo meseteño. En un intento de identificar otras posibles zonas donde existan réplicas más ajustadas, conocemos la presencia de cuchillos en ámbito atlántico —en Vénat<sup>327</sup>, por ejemplo— fabricados en el Bronce Final III. Todos ellos, sin embargo, poseen un sistema de empuñadura tubular, tipo neto que en nada se identifica con los de empuñadura maciza.

<sup>323</sup> A manera de simple enumeración, recordemos el «guerrero del Berrueco» (MALUQUER, 1958 b, p. 233 y ss.), una fibula de arco de violín (DELIBES DE CASTRO, 1981, p. 172-185), o el propio regatón que ahora incluimos.

<sup>324</sup> ALMAGRO y ARRIBAS, 1953, fig. 21, 4.

<sup>325</sup> *Ibidem*, p. 238.

<sup>326</sup> NICOLARDOT y GAUCHER, 1975, p. 49.

<sup>327</sup> COFFYN, GOMEZ y MOHEN, 1981, planche 22, 11-13.

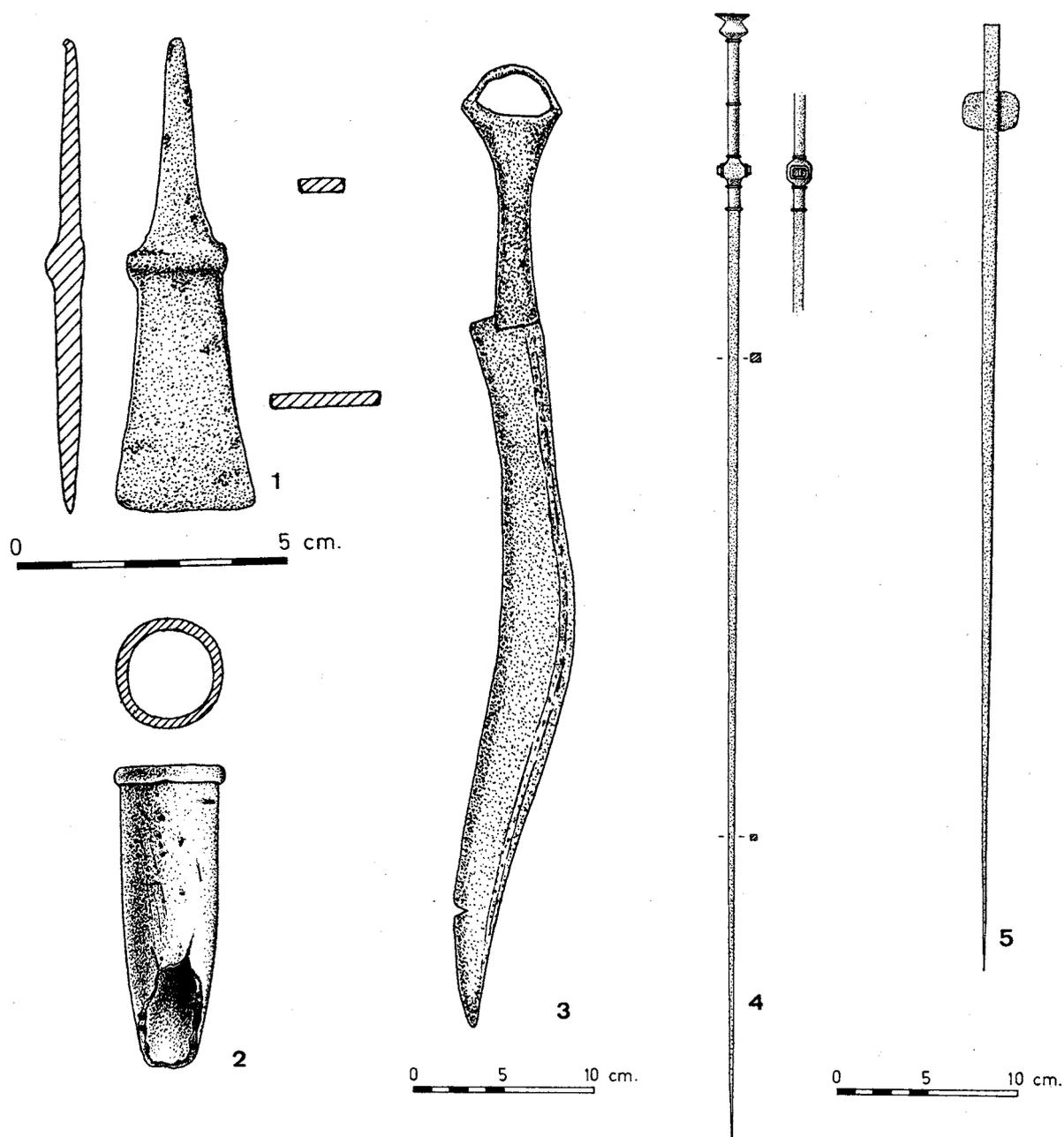


Fig. 37. 1. Paredes de Nava. 2, 4 y 5. El Berrueco. 3. Regellina (León).

Por todo ello, y en cuanto que suponen una mayor afinidad tipológica, de nuevo hemos de volver nuestra atención a los ejemplares centroeuropeos. Tal relación ya fue en su día señalada por Almagro<sup>328</sup>, quién lo paralelizó con modelos suizos e italianos del término del Bronce Final, caso de una pieza del Norte del Po, fechada por Montelius en el Benacci II<sup>329</sup>. Junto a estas referencias, posiblemente válidas, no deja de ser cierto que durante todo el Bronce Final, e incluso en la última parte del Bronce Medio, se conocen cuchillos que en alguno de sus elementos se aproximan al de León. Tal es el caso del que Ziegert<sup>330</sup> asimila en el grupo Neckar-Fränkischen, del horizonte de los Túmulos Tardíos, con el extremo de la empuñadura perforada; disposición semejante a los del Ha B 1 de la fase Ostalpengebiet<sup>331</sup>, del Sur de Alemania, y no muy alejados de los más tardíos —el de Niederrussbach<sup>332</sup>, entre otros— del Bronce Final III. En definitiva, esta peculiaridad —el mango perforado en su extremo— resulta ser una característica ampliamente difundida desde los inicios del Bronce Final.

Poco clarificador resulta asimismo el análisis del tema representado en la hoja, hasta el punto que desconocemos pieza alguna que reproduzca con precisión los motivos en ella representados. Pese a todo, muerden los cuchillos con decoración, e incluso alguno presenta ciertas reminiscencias con el nuestro, como son los que Rihovsky<sup>333</sup> inventaría con los números 141 y 170, correspondientes al tipo Drazuvky y Klentnice, respectivamente, datados en el Ha A y Ha B. Otra cuestión sería la importancia que estos paralelismos comporta para fechar el de Regellina, y que en este caso resulta ser nula; puesto que la primera de las piezas citada, responde a un tipo de espiga de sección cilíndrica y perforación, en tanto que la otra ha de integrarse en el grupo «de mango metálico y materia orgánica», con un porte global bastante distanciado de la nuestra.

En conclusión, diversos son los obstáculos que impiden precisar con un mínimo de exactitud el horizonte cronológico de la pieza. Tal es así, que ésta es la única conocida en todo el territorio meseteño, no puede ser relacionada con otros materiales —ni siquiera sabemos con exactitud su procedencia—, y además, las posibles vinculaciones tipológicas con las de otras regiones, tampoco nos desvelan su problemática, pues, salvo en algún detalle aislado, nuestro cuchillo, tanto por su estructura como por su tamaño, se aleja de los esquemas más frecuentes difundidos por las diversas áreas culturales europeas. La única cuestión que pensamos es correcta, sería su identificación con modelos del Bronce Final de Campos de Urnas. Dentro de este momento, dilatado, es factible efectuar algún tipo de precisión, en parte por las tendencias evolutivas que estos útiles ofrecen —concretadas en el progresivo incurvamiento de la hoja y una barroquización cada vez mayor—, que en este caso se traduce en su acusado afalcatamiento.

Además de esta consideración de tipo formal, podemos aludir al hecho de que se trate de una manufactura entroncada con los Campos de Urnas, cuyo impacto en tierras de la Meseta, en este caso, no parece se pueda relacionar con intercambios comerciales entre el Norte de la península Ibérica y las tierras atlánticas francesas o británicas, sino más bien, a partir de la propia expansión de aquellos pueblos. El problema radicaría en determinar cuando hacen acto de presencia dichos grupos, u otros por ellos influenciados, en el Occidente de la Cuenca del Duero, cifrado, en base a los conocimientos actuales, en torno al 725/700 a.C.; momento que consideramos no ha de alejarse demasiado del que hay que conceder a este cuchillo.

## 6. HACHAS DE TALON Y PLANAS CON ANILLAS

Como lo manifiesta la presencia de los palstaves de Saldaña —de una y dos anillas—, los modelos de talón meseteños que hemos incluido en el Bronce Final II, siguieron fabricándose hasta el término de la Edad. No obstante, ahora, en el Bronce Final III, surgirán paralelamente determinadas novedades, entre las que sobresalen por su gran originalidad las hachas planas con anillas. Entendemos que las mismas —

<sup>328</sup> ALMAGRO, 1943, p. 279.

<sup>329</sup> *Ibidem*.

<sup>330</sup> ZIEGERT, 1963, taf. 18.

<sup>331</sup> MULLER KARPE, 1959, p. 205, Abb. 40, 10.

<sup>332</sup> RIHOVSKY, 1972, taf. 13, 136.

<sup>333</sup> *Ibidem*, taf. 13, 141 y taf. 16, 242.

esta sería la causa de que las incluyamos en el apartado de hachas de talón—, debieron culminar un proceso que a partir de las formas clásicas, y con determinados hitos intermedios, se habría caracterizado por una tendencia a simplificar el relieve de las caras.

Según el esquema que proponemos, sus antecedentes más inmediatos pudieran estar representados por las piezas del Subtipo B 2, u alguna otra, la de Gumiel de Hizán, que como las precedentes reducen el tope y rebordes de la garganta a mínimos resaltes. La hipótesis contaría a su favor con otros apoyos, cuales son el hecho de que todas las hachas planas presenten dos anillas —como las del grupo B 2—, como sobre todo que la distribución geográfica de sendos tipos, básicamente coincide.

Los hallazgos —*Quintana de Bureba* (fig. 38, 3), *Renedo de Amaya* (fig. 38, 2) y la palentina de *Dehesa de Romanos* (fig. 38, 1)— se distribuyen en un área precisa, en la mitad norte de la provincia de Burgos y centro-Este de Palencia —coincidente en buena medida con la que poseen las puntas de lanza «embudadas»—, delatando la presencia de un centro fundidor, cuyas manufacturas ofrecen una manifiesta originalidad en relación con los territorios aledaños. La personalidad del mismo se verá afianzada con la localización de otras dos piezas, las de Valdelateja<sup>334</sup> y otra del citado depósito de Sotoscueva<sup>335</sup>, ambas al norte de Burgos, fuera de las fronteras geográficas de la Cuenca, motivo por el que no han sido inventariadas.

Sin que tengamos noticias de otros ejemplares afines en la península Ibérica, tan sólo conocemos piezas así caracterizadas en Italia —las de Sa Idda<sup>336</sup> y Flumenelongu<sup>337</sup>—, con una cronología inequívoca del Bronce Final III en el primero de los casos, ligeramente posterior a la de Flumenelongu. La conjunción de argumentos comparativos, junto con los que parecen desprenderse de carácter evolutivo, serían una clara expresión de la modernidad de este tipo de hacha; sin que descartemos que el inicio de su producción pudiera haber acaecido en la última parte del Bronce Final II, coincidiendo con el subtipo B 2, con cuyas piezas pudieron coexistir las planas.

Consciente de que algunas de las hachas de talón que incluyéramos en el Bronce Final II pudieron haberse fabricado en el horizonte que ahora describimos, nos referiremos por último a un ejemplar depositado en el Museo Arqueológico de León, número de inventario 343 (fig. 19, 1), cuya morfología resulta en extremo peculiar. Carente de nervios en la hoja, las secciones de dicho elemento poseen una forma circular en el arranque, tornándose elípticas a medida que discurren hacia la zona del corte. Fragmentada en tres partes, carece de anillas y parte del inicio de la garganta, mutiladas; presentando toda su superficie una acusada alteración, debida con pocas dudas al ataque de elementos químicos.

Un esquema, en fin, que tan solo halla equivalencias, que conozcamos, en la ya mentada pieza alavesa de Henayo, que, como esta de León, aparece profundamente deteriorada, en su caso quizá por causa de su composición química, casi exclusiva de plomo. Desafortunadamente, el hacha que nos ocupa no ha sido objeto de análisis químico o espectrográfico que permita afianzar la corrección del paralelo vasco, de gran interés por cuanto se ha datado con cierta precisión entre los siglos VII/VI a.C. En todo caso, a partir de la similitud de sus portes, no creemos demasiado aventurado suponer que nos hallamos ante un ejemplar tardío, de los manufacturados en las postrimerías de la Edad, o incluso ya traspasados los límites cronológicos de la misma.

## 7. HACHAS DE APENDICES LATERALES

(Véase el mismo epígrafe en el capítulo del Bronce Final II).

<sup>334</sup> OSABA Y RUIZ DE ERENCHUM, 1964, p. 242.

<sup>335</sup> LOPEZ MATA, 1950, p. 218.

<sup>336</sup> TARAMELLI, 1915, p. 89-97.

<sup>337</sup> LO SCHIAVO, 1976, p. 5-45.

## 8. CINCELES DE CUBO

La morfología de los cinceles de cubo, se concreta en su lámina, gruesa, cubo poco profundo y filo estrecho; peculiaridades que las alejan de otros elementos de cubo con los que en principio podrían confundirse. Sería el caso de las hachas, siempre con el filo más pronunciado, o los martillos, carentes del extremo dista afilado. Los ejemplares europeos más antiguos se localizan en Inglaterra —Soham, Torquay, etc.<sup>338</sup>—, datados en el Bronce Medio, si bien, su presencia, todavía esporádica, no supondría más que el inicio de un proceso de fabricación que culminará durante el Bronce Final, momento en el que, sin duda, se fundieron los modelos ibéricos.

Como sucede con las piezas de cubo de cualquier tipo, su importancia en la Península —pese a que las hachas alcanzan cierta importancia en el Noroeste— será de escaso relieve; y buena muestra de ello lo reflejaría el hecho de que apenas llegan a la docena los cinceles de cubo que en todo el territorio peninsular se conocen. Todos ellos —con excepción del trolense de Camarillas<sup>339</sup>— se distribuyen en el Occidente Peninsular, coincidencia que permite sin grandes vacilaciones su alineamiento con los ejemplares de las riberas atlánticas, diferenciados en ciertos detalles de aquellos que se desarrollan al amparo de los grupos incineradores centroeuropeos.

Además del cincel de Camposalinas, que incluimos en el Bronce Final II, son tres el resto de los ejemplares hallados en la Meseta; dos palentinos, de *Saldaña* y un tercero de *Otero de Sariegos* (fig. 39, 1) en Zamora. Uno de Saldaña (el depositado en el Museo Arqueológico de Palencia) (fig. 32, 3) y el de Otero, de porte muy similar, se asimilan al tipo que más menudea, de secciones circulares; ofreciendo como elemento diferenciador la existencia, en el caso de Saldaña, de tres molduras poco marcadas en el arranque del tubo, distinta del zamorano, que se acompaña de una sola, por el contrario, mucho más visible. De las dos disposiciones, es sin duda la segunda la que posee una mayor difusión, siendo múltiples las piezas así caracterizadas. La danesa de Lerskov<sup>340</sup> del Bronce Final III o las francesas de Saint-Brieuc-des-Iffs<sup>341</sup> y Larnaud<sup>342</sup>, del Bronce Final II y III, respectivamente, constituirían algunos ejemplos de cinceles similares; sistema predilecto para la mayoría de los fabricados de cubo de cualquier tipo. Pese a todo, no son excepcionales los modelos con molduras múltiples, caso de algunos de Vénat<sup>343</sup>, interesando dicha estructura también a otros utensilios, las gubias —Maçon<sup>344</sup>, Frouard<sup>345</sup>, etc.—, y de forma esporádica a ciertas hachas<sup>346</sup>.

De los cinceles peninsulares, el de Hio, hallado en un depósito, habría de datarse, no sin ciertos problemas<sup>347</sup>, en el Bronce Final III, coincidente con la pieza portuguesa de Vila Cova de Perrinho<sup>348</sup>, en su caso acompañada de dos puñalitos que recuerdan en su estructura a los de Maçon<sup>349</sup>, escondrijo fechado, igualmente, en el Bronce Final III.

El contraste de todos los hallados referidos no serviría, en suma, más que para afianzar la premisa que con anterioridad enunciamos; esto es, que los cinceles de cubo constituyen utensilios relativamente frecuentes en el Bronce Final, aumentando su cuantificación a medida que transcurre el mencionado periodo.

<sup>338</sup> ROWLANDS, 1976, plate 34, 1101 y 1126.

<sup>339</sup> HARRISON, MARTI JUSMET and GIRO, 1974, p. 104.

<sup>340</sup> THRANE, 1971, 35, 3 (1), 5.

<sup>341</sup> BRIARD, 1965, p. 183, fig. 59, 11.

<sup>342</sup> NICOLARDOT et GAUCHER, 1975, p. 123, fig. 19.

<sup>343</sup> COFFYN, GOMEZ et MOHEN, planche 24, 46 y 47.

<sup>344</sup> NICOLARDOT et GAUCHER, 1975, p. 123, fig. 21.

<sup>345</sup> REBOUL et MILLOTTE, 1975, fig. 32, 17.

<sup>346</sup> *Ibidem*, fig. 31, 7.

<sup>347</sup> Sobre la fragmentada espada de Hio, Monteagudo (MONTEAGUDO, 1977, p. 186) y Savory (SAVORY, 1979, p. 584) consideran que se trata de un modelo pistiliforme. Por su parte, Almagro Gorbea (ALMAGRO GORBEA, 1976, p. 465 y 474) y Ruiz Gálvez (RUIZ GALVEZ, 1979, p. 3 y ss.) se inclinan a considerarla como de lengua de carpa.

<sup>348</sup> PINHO BRANDAO, 1963, p. 114-118.

<sup>349</sup> JALHAY, 1944, fig. 9.

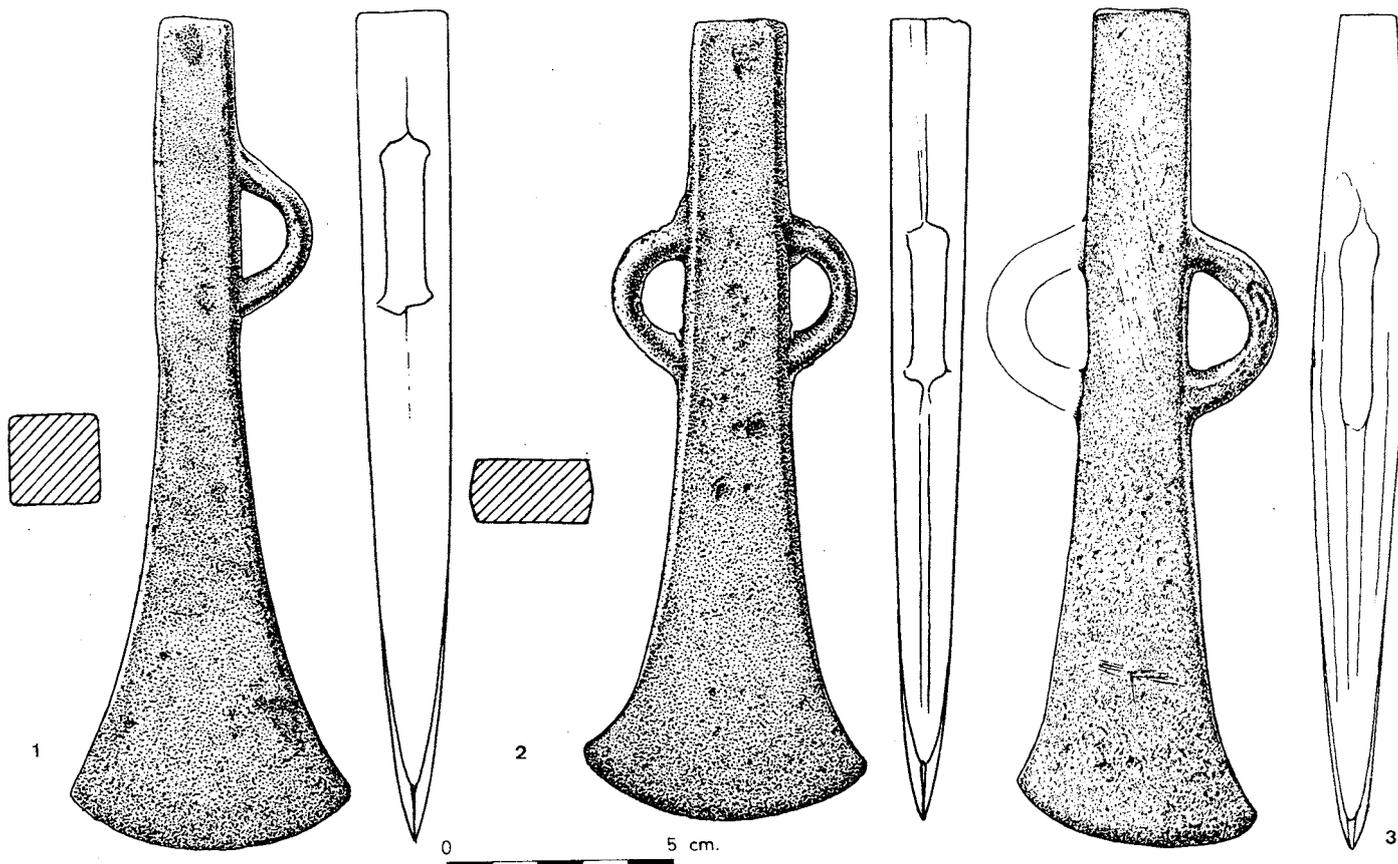


Fig. 38. 1. *Dehesa de Romanos*. 2. *Renedo de Amaya*. 3. *Quintanabueba*.

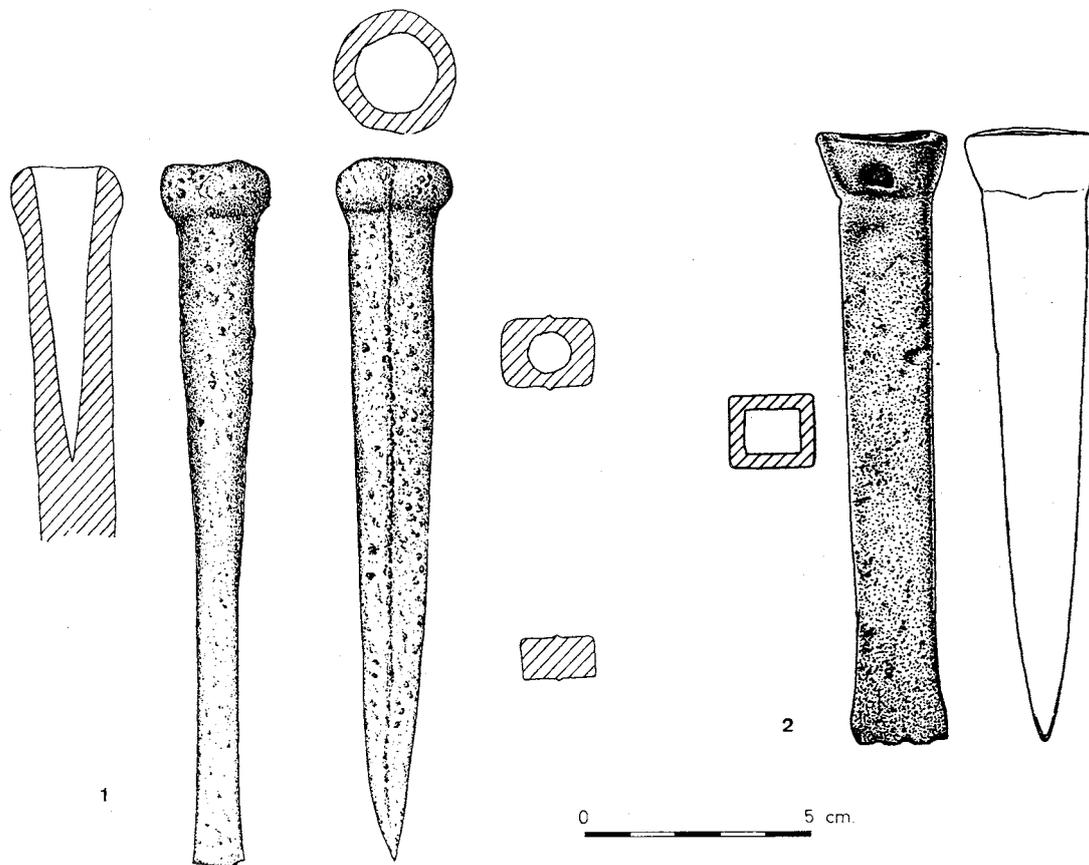


Fig. 39. 1. *Otero de Sariegos*. 2. *Saldaña*.

Bajo idénticos supuestos hemos de valorar el segundo ejemplar de *Saldaña* (fig. 39, 2), de sección cuadrada, en tanto que tal variación morfológica no debió suponer una diferente cronología en relación con los precedentes. En todos los casos que conocemos —Kergoff-en-Noyal<sup>350</sup>, etc.— tanto su disposición como su cronología —del Bronce Final II y III— coincide plenamente con los modelos de tubo circular.

Cabría, pues, plantearse en qué momento del Bronce Final se fabricaron los cinceles meseteños, y en tal sentido contamos con la referencias que nos proporciona el hallazgo de *Saldaña*, posiblemente un depósito, de la primera mitad del Bronce Final III. Por su parte, consideraciones estadísticas nos llevarían a un momento similar, que, en definitiva, podría ser el apropiado para las tres piezas.

## 9. TRANCHET

Se designa «tranchet» o cuchilla, a aquel instrumento estructurado por una parte proximal, para posibilitar el empuje y una lámina ancha, frecuentemente con los flancos convexos. Será este último elemento el que en cierto modo permita diferenciarlos de los cinceles, utensilios que en todos los casos, con independencia del tipo de empuje de que se acompañen, poseen un filo corto y recto de gran robustez. Estarían destinados al corte de determinados objetos, tales como el cuero, tela, etc., finalidad que no debió ser exclusiva de tales tipos, puesto que no muy alejada de ella resultaría ser la que desempeñaron las cuchillas de empuñadura calada —tipo *Senhora da Guia*<sup>351</sup>— cuya tipología, acaso por la rareza de hallazgos, resulta poco conocida.

En relación con su presunta utilidad, dichos elementos debieron poseer una gran aceptación, hasta el punto que hacen acto de presencia en la casi totalidad del territorio europeo. Baste recordar su presencia en Italia continental, por ejemplo, donde se desarrollan formas de vástago simple, muy reducido, y hoja amplia de filo dilatado, que Montelius<sup>352</sup> data en el Benacci II. El último dato —filo muy distendido— encontraría igualmente equivalencias en ambientes atlánticos, en la pieza gala de Campcueil<sup>353</sup>, por ejemplo; si bien el resto de las peculiaridades presentan la suficiente entidad como para contrastar los modelos de Campos de Urnas con los Occidentales. En los últimos, existe un mayor equilibrio entre la longitud de la espiga y la hoja, poseyendo a su vez, como elemento diferenciador nítido, una moldura más o menos acusada, que delimita los dos constituyentes básicos de tales utensilios. Por su parte, los modelos centroeuropeos más difundidos, individualizan espiga y hoja mediante unos marcados «hombros», a veces perfilados con un ligero resalte semicircular.

El ejemplar de *Paredes de Nava* (fig. 37, 1) —único conocido en toda la península— con pocas dudas ha de vincularse a los atlánticos; y efectivamente, se conocen abundantes piezas que pueden servir para referenciar la palentina. El tipo, parece iniciar su producción a partir del Bronce Final II —cuchillas de Saint-Brieuc-des-Iffs<sup>354</sup>—, continuándose en el tercio final de esta Edad —Reach Fen<sup>355</sup>, Vénat<sup>356</sup>, etc.—, periodo en que su fabricación adquiere mayor notoriedad. Pese a la similitud del tranchet palentino con los paralelos mencionados, existen ciertas diferencias de detalle, puesto que tanto el modelo de Saint-Brieuc como los de Reach Ren y Vénat, poseen la abrazadera, a modo de tope para el mango, con esquema circular próximo a dicha forma. Por el contrario, en la cuchilla de *Paredes*, dicho elemento resulta ser más amplio y de sección rectangular, motivando que la hoja, desde su inicio, adquiera una considerable anchura, suficiente para que sin necesidad de dilatarse —sus perfiles son casi paralelos— enmarquen un filo relativamente ancho. Aún así, el porte global de esta pieza delata un inequívoco parentesco con las atlánticas, en especial a partir de la coincidencia que supone la abrazadera mediana, aunque en este caso sea de diferente estructura.

<sup>350</sup> BRIARD, 1965, p. 147.

<sup>351</sup> KALB, 1978, abb. 1, n.º 5 y 6.

<sup>352</sup> MONTELIUS, 1895, pl. 73, 11.

<sup>353</sup> NICOLARDO et GAUCHER, 1975, p. 111, fig. 3.

<sup>354</sup> BRIARD, 1965, p. 270, fig. 59, 9.

<sup>355</sup> SMITH, 1956, 17, 3 (3), 35.

<sup>356</sup> JOFFROY, AUDIN et RIQUET, 1956, F. 6 (2), 24 y 25.

Más problemático sería concederle una cronología apropiada, puesto que los escasos datos que disponemos tan sólo nos permiten incluirla en un periodo amplio, entre el 1100 y 700 a.C. Cuando más, consideraciones de tipo estadístico —mayo difusión en el Bronce Final III— nos inclinarían a datarla en este último periodo, supuesto que no rebasa los límites de lo probable.

## 10. HOCES

Constituyen útiles que, al margen de las diversas variedades existentes y sean de la época que sean, ofrecen como rasgos comunes: una lámina curva con el corte longitudinal cóncavo y mango concebido para asirse con una sola mano. Conocidas ya desde el Mesolítico<sup>357</sup> —hojitas líticas engastadas en un soporte óseo o de madera—, se han esbozado diversas secuencias tipológicas para los modelos metálicos —de botón, lengüeta, cubo y gancho<sup>358</sup>—, integrándose gran parte de las que en la Península se conocen en la variedad de botón, en su variante de botón extendido.

Poca ha sido hasta ahora, acaso por su restringida difusión, la atención que los investigadores hispanos han dedicado al análisis de estas herramientas, hasta el punto que sigue siendo la síntesis, ya longeva, de Mac White<sup>359</sup>, la única que hasta el momento recoge aspectos relacionados con el tema. Este autor establece dos tipos, coincidentes con otras tantas áreas geográficas, cuales son Asturias y el Centro-Sur de Portugal. Asimilados a idéntica familia, de botón, tal coincidencia no presupone homogeneidad entre ambos grupos, existiendo una serie de rasgos originales que permiten una perfecta definición por separado. Las primeras, asturianas, se caracterizan por la espiga saliente a ambos lados de la hoja y abundante decoración, tanto en el talón como en la lámina; mientras que talón en todos los casos sin nervadura, sería el rasgo que mejor define a las portuguesas.

Si, efectivamente, son estos los modelos que de forma predominante —se conocen también algunos ejemplares de cubo<sup>360</sup>— se desarrollan en territorio Peninsular, con ninguno de ello, en una primera impresión, parecen coincidir las dos hoces que en toda la Meseta Norte se documentan, las leonesas de *Torre de Babia* (fig. 40). Ambas, de idéntica estructura y tamaño, carecen de nervaduras o cualquier tema decorativo; peculiaridad valorada por Horta Pereira<sup>361</sup> para enunciar otra clasificación de las hoces ibéricas, incluyendo, junto a las asturianas y portuguesas, las planas.

En la península, los hallazgos así caracterizados no se reducen a los leoneses, constatándose otro en el castro pontevedrés de Santa Tecla, que Mergelina<sup>362</sup> en su día confundió con una hoja de puñal. Pese a esta coincidencia —sin decoración—, resulta manifiesto que no deben integrarse en la misma categoría, pues tanto las meseteñas como la gallega ofrecen suficiente entidad para identificarlas por separado con los dos grupos que estableciese Mac White. En efecto, al igual que las piezas de Castropol o Miranda<sup>363</sup>, las de Torre de Babia poseen la espiga basal muy pronunciada, sobresaliendo netamente de la anchura de la lámina, en tanto que su carácter plano, lo es, pero relativamente, puesto que en los rebordes de una de las caras se perciben ligeros resaltes longitudinales que bien pudieran constituir semiatrofiadas nervaduras. En fin, tales afinidades, evidenciarían la relación de las hoces leonesas con las de Asturias, constituyendo meras variantes de índole local, repetidas veces constatadas con otros elementos del Bronce Final. Otro tanto sucedería con el ejemplar de Santa Tecla, menos estilizado que los de León, y con idéntico perfil que los modelos de Pragança<sup>364</sup> o cualquiera de los lusitanos.

<sup>357</sup> LEROI-GOURHAN, 1960, p. 155.

<sup>358</sup> Las sistematizaciones más relevantes hasta 1975 se recogen en: NICOLARDOT et GAUCHER, 1975, p. 89-101.

<sup>359</sup> MAC WHITE, 1951, p. 76-80.

<sup>360</sup> Coincidiendo con otros modelos de cubo, caso de las hachas, las hoces con este elemento ofrecen una dispersión que interesa, casi exclusivamente, al noroeste de la península (CASTRO NUNES, 1957, p. 138-142, fig. 1 y 6; COFFYN, GOMEZ y MOHEN, 1981, carte. 25, 34).

<sup>361</sup> HORTA PEREIRA, 1971, p. 172.

<sup>362</sup> MERGELINA, 1944-1945, lám. XLV.

<sup>363</sup> SAVORY, 1951, p. 369-370.

<sup>364</sup> MAC WHITE, 1951, p. 78, fig. 22, 6 y 7.

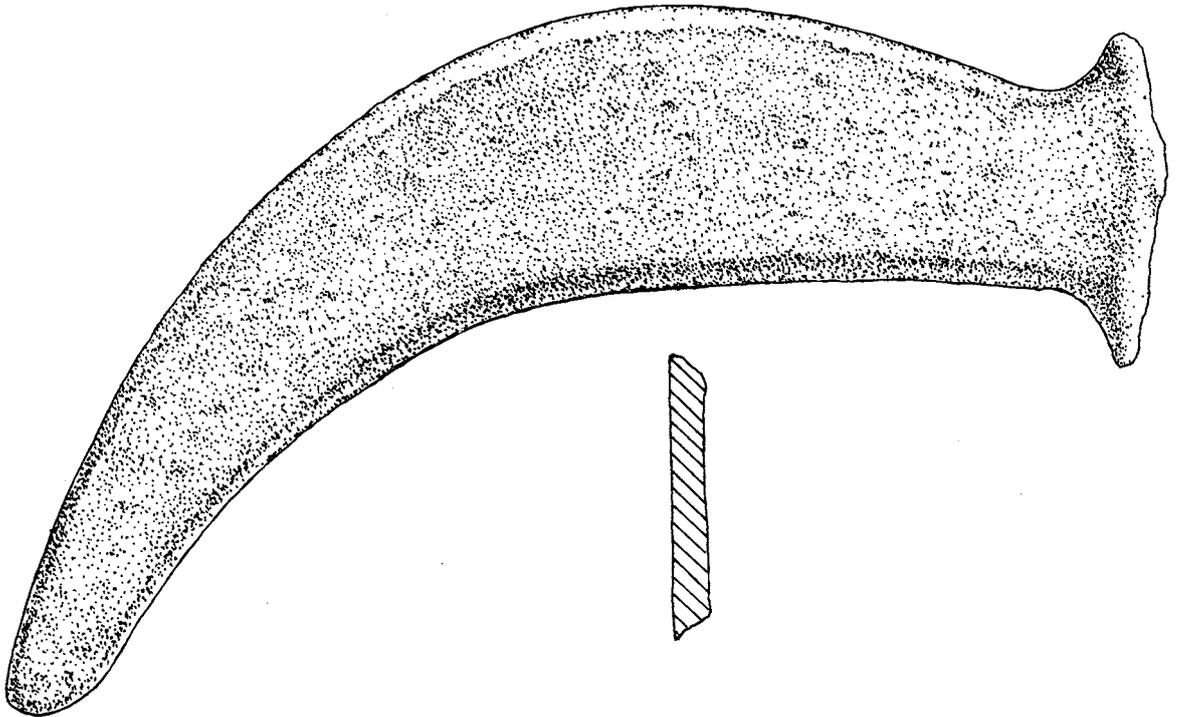
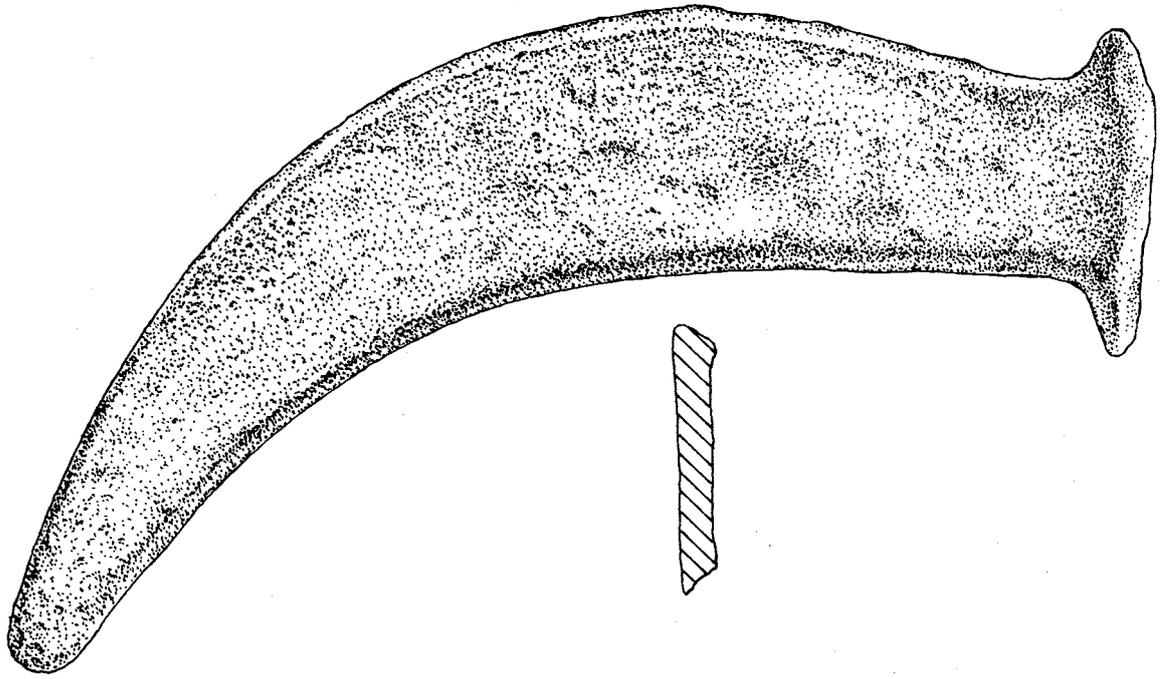


Fig. 40. Depósito de Torre de Babia.

0  
5 cm.

El origen de los modelos de botón, según Mac White<sup>365</sup>, estaría en la región alpina del Ródano, considerando Savory<sup>366</sup> que su difusión hasta la península Ibérica se debió producir desde el estuario del Loira, una vez que el modelo, la última mitad del Bronce Medio, se expansionó hacia el oeste<sup>367</sup>. En idéntico sentido, Coffyn<sup>368</sup> señala que ya desde los inicios del Bronce Final las hoces podrían haber hecho acto de presencia en Galicia, dato proporcionado por la aparición en el depósito coruñés de Campos<sup>369</sup> de un hacha de rebordes similar a las del conjunto de Porcieu-Amblagnieu<sup>370</sup>, de transición entre el Bronce Medio y el Bronce Final. La cronología de los hispanos, dentro del Bronce Final, no debió corresponder a sus momentos más tempranos, según manifiestan las asociaciones de algunos hallazgos portugueses. Es el caso de dos hoces de Porto de Concelho, Maçao<sup>371</sup>, encontradas en un depósito con seguridad del Bronce Final III, o los de San Martinho<sup>372</sup>, Coles Samuel<sup>373</sup> y Pragança<sup>374</sup>, posiblemente de idéntico periodo y en todo caso sin posibilidad de remontar el Bronce Final II. Desafortunadamente, ninguna de las piezas asturiano-leonesas, al menos no tenemos noticias, se halló con otros materiales, indicadores cronológicos, por lo que, no sin cierto riesgo, parecería razonable fecharlas en un momento similar al de las lusitanas —en el Bronce Final III—, pues al fin y al cabo, todas se integran en la misma familia y son las que geográficamente se hallan más próximas.

Una última referencia para estas piezas nos la proporciona el molde arenoso de Sacaajos, a partir del cual se habrían conseguido modelos muy similares a los de Torre de Babia. El mismo, acompañado en su hallazgo de materiales cerámicos afines a los vallisoletanos del Cerro de San Andrés<sup>375</sup> o palentinos de Castromocho<sup>376</sup>, habría de datarse en los inicios del Ha C, coincidiendo con fechas modernas, no muy alejadas de las que proporcionarían las asociaciones de las hoces portuguesas antes enumeradas.

## 11. CALDEROS

Constituyen objetos aparentemente relacionados con actividades culinarias, si bien algunos aspectos, como pueda ser su frecuente aparición formando parte de ajuares en tumbas masculinas, posibilita efectuar ciertas matizaciones en el significado de los mismos. En este sentido debemos señalar el reciente trabajo de Coombs<sup>377</sup> quien resalta el carácter de objeto de prestigio social para su poseedor, papel que cumplirían otros bronceos, caso de piezas de arreo de caballo o espadas. Su hallazgo en determinados casos, en el lecho de ríos y ciénagas, apuntan igualmente una posible conexión con actividades religiosas relacionadas con el culto a las aguas. Abundando en este mismo aspecto, Schubart<sup>378</sup> señala la dificultad de establecer su fin, recordándonos su frecuente aparición en ambientes mineros del Norte de España, Sur de Inglaterra e Irlanda, lo que permite intuir una relación directa entre tales recipientes y la extracción de minerales.

Desde el punto de vista técnico, en opinión de Hawkes y Smith<sup>379</sup>, supondría el cénit de la tecnología de la metalurgia del bronce, pues su confección llevaría consigo un perfecto conocimiento, tanto de los

<sup>365</sup> *Ibidem*, p. 79.

<sup>366</sup> SAVORY, 1951, p. 370.

<sup>367</sup> De este periodo, Bronce Medio, serían las piezas del grupo germano de Osthessiche (ZIEGERT, 1963, p. 12), las del grupo de Hagenau (DAUGAS, 1976, planche 2, 2) o algunas alpinas (BOCQUET, 1976, p. 486, fig. 2, 7 y 8).

<sup>368</sup> COFFYN, 1978, p. 366.

<sup>369</sup> LOPEZ CUEVILLAS, 1933, lám. IV.

<sup>370</sup> BOCQUET, 1969, p. 157-161, lám. IV.

<sup>371</sup> JALHAY, 1944, p. 266-268, fig. 6.

<sup>372</sup> KALB, 1980, p. 32, Abb. 15.

<sup>373</sup> HORTA PEREIRA, 1971, p. 169-172, est. V.

<sup>374</sup> MAC WHITE, 1951, p. 78.

<sup>375</sup> PALOL, 1967, p. 223-224.

<sup>376</sup> BARRIENTOS, 1934-1935, p. 411-413.

<sup>377</sup> COOMBS, 1975, p. 72.

<sup>378</sup> SCHUBART, 1961, p. 50.

<sup>379</sup> HAWKES and SMITH, 1957, p. 98-131.

métodos de colada, como de los de golpeado y remache. En relación con estos aspectos, y acaso por el elevado costo que los mismos debieron alcanzar, los hallazgos meseteños son escasos, reduciéndose a los de *Lois* (fig. 41, 4) y *Huerta de Arriba*, además de otros fragmentos hallados en *Monte Bernorio* (fig. 41, 2), *Sanchorreja* (fig. 41, 1) y *Villaceid* (fig. 41, 3), intrascendentes para la reconstrucción de su forma original.

Tradicionalmente, y a partir del estudio realizado por Leeds<sup>380</sup>, se aceptó que su génesis se hallaba en el Próximo Oriente. En concreto Hawkes<sup>381</sup> se refirió a las piezas de Nimrud (Asiria), Gordion (Frigia), etc., algo más antiguas —del siglo X— que el siglo VIII propuesto por este autor, como unas de las primeras conocidas. Dichos tipos habrían tenido una inmediata difusión por el Mediterráneo Oriental, plasmadas en un primer momento en la representación de estas formas en modelos cerámicos, los «dinos», que originarán el tipo clásico de caldero, el dinos metálico. Su expansión hacia la península Ibérica se habría producido entre los siglos VIII y VII, en tanto que, fundamentalmente por la ruta del mediodía francés habrían recalado en la Islas Británicas, con especial intensidad en Irlanda, país que, como es sabido, se convertirá en importante foco de producciones bronceas.

Tal esquema, en líneas generales aceptado por todos los investigadores, ha sufrido modernamente importantes revisiones, motivadas por el hecho de que estos objetos resultan extraordinariamente difundidos en las islas Británicas, mientras que otros lugares, caso de Francia y la península Ibérica —donde bien por ruta terrestre o por vía marítima, tendrían que haber atravesado para llegar a Irlanda y Gran Bretaña— paradójicamente, apenas si adquieren importancia; dándose el caso de que en nuestra Península la dispersión de calderos, sean del tipo que sean, se ciñen con exclusividad al Norte y Noroeste, sin rebasar en ningún caso la línea del Tajo<sup>382</sup>. Por su parte, existen suficientes diferencias morfológicas entre los modelos atlánticos y mediterráneos, como para pensar en la desvinculación de los calderos que en una y otra zona se fabrican. Estas observaciones llevan a Ruiz Gálvez<sup>383</sup> a poner en tela de juicio su origen mediterráneo, sugiriendo la Europa Nortealpina, entre el Norte de Alemania y Sur de Escandinavia, como el lugar en que en primera instancia se debieron desarrollar los calderos, punto a su vez originario de los remaches de recipientes de tipo B —de cabeza cónica— como los que acompañan a todos los recipientes ibéricos.

Sin duda alguna, resulta excepcional el estado de conservación del caldero leonés de Lois, junto con el santanderino de Cabarceno, los que en mejores condiciones se encuentran de todos cuantos se conocen en la Península. Tipológicamente corresponde a las clase B de Hawkes, bien representada en toda Europa Occidental, por lo que no es difícil encontrar abundantes paralelos para el mismo. Ejemplares irlandeses, el W 13<sup>384</sup> del Museo de Dublín, el inglés de Isleham<sup>385</sup>, el galés de Llyn Fawr<sup>386</sup> y alguno escocés<sup>387</sup>, constituirían excelentes réplicas para el modelo de Lois. Como aquellos, los franceses de Crozon<sup>388</sup> y Prairie de Mauves<sup>389</sup>, debieron ofrecer grandes afinidades, según manifiestan sus aspectos de carácter técnico, que no su forma, puesto que tan sólo se conservan algunos fragmentos.

Todas las referencias citadas, con excepción del recipiente inglés, se datan en un momento transicional Bronce/Hierro; los ejemplares galos asociados al horizonte de las espadas de lengua de carpa; los escoceses, en opinión de Coles<sup>390</sup>, integrados en la fase Duddington, en tanto que Coombs<sup>391</sup> señala el desarrollo preferente de los calderos británicos en la fase Ewart Park, como en los casos anteriores datados a partir del 750 a.C. La fecha encontraría igualmente respaldo, ante el hecho de que formas cerámicas que imitan a los calderos, surjan en las comunidades asentadas en torno al Támesis durante el mencionado perio-

<sup>380</sup> LEEDS, 1930, p. 1-36.

<sup>381</sup> HAWKES, 1952, p. 107-108.

<sup>382</sup> RUIZ GALVEZ, 1979, p. 143.

<sup>383</sup> *Ibidem*.

<sup>384</sup> HAWKES and SMITH, 1957, p. 183-184.

<sup>385</sup> BRITTON, 1960, p. 279-282.

<sup>386</sup> SAVORY, 1975, p. 112-125.

<sup>387</sup> COLES, 1959-1960, p. 88.

<sup>388</sup> BRIARD, 1965, p. 219.

<sup>389</sup> *Ibidem*, p. 234-236.

<sup>390</sup> COLES, 1959-1960, p. 31.

<sup>391</sup> COOMBS, 1975, p. 65.

do; aspecto que recoge Savory<sup>392</sup> siguiendo a Harding. Por su parte, el ejemplar británico de Drumlane<sup>393</sup>, de bronce con remaches de Hierro, apostillaría la corrección del esquema.

En territorio hispano, fuera del ámbito meseteño, existen algunos hallazgos inequívocamente relacionados con el tipo B, como son el santanderino de Cabarceno<sup>394</sup> y el pontevedrés de Peneda de Arcade<sup>395</sup>. Junto a ellos, nos encontramos con una serie de fragmentos, insuficientes para reconstruir sus formas originales, caso de los de Torrecilla de Cameros<sup>396</sup>, Pico Castiello<sup>397</sup>, Hio<sup>398</sup>, etc. De todos, especial atención nos merece el citado en último lugar —formado por un heterogéneo conjunto de bronce: tres puntas de lanza, dos brazaletes, ganchos de carne, escoplos, hachas tubulares y una espada, además de los calderos—, por cuanto representa una de las últimas producciones de la Edad del Bronce en el Noroeste, un poco anterior al hallazgo riojano de Torrecilla, asociado con cerámicas hallstáticas; manifestando, en definitiva, lo que ya enunciáramos, esto es, la preferente proliferación de estos recipientes entre el 750 a.C. y durante la Primera Edad del Hierro.

El resto de los calderos meseteños —Villaceid, Monte Bernorio y Sanchorreja—, tan sólo pueden ser asimilados al tipo B por la clase de remache. El fragmento de Villaceid, hallado en un castro del mismo nombre, al Norte de León, apareció, entre otros materiales, con una fíbula que Cabré<sup>399</sup> considera se trata de un derivación regional del tipo de La Tène I, mientras que el ejemplar de Monte Bernorio se acompaña, como materiales más antiguos, con fíbulas zoomorfas. Ninguna precisión existe sobre el nivel arqueológico en que la porción del caldero de Sanchorreja fue hallado, no descartando, aunque a priori parezca más correcta su vinculación al horizonte más moderno, proceda del castro, asociado con cerámicas excisas y del boquique.

Los datos manejados apuntan, en principio, a una difusión de tales objetos a partir de los inicios del Bronce Final, hecho que, aparentemente, plantearía ciertos problemas para datar las piezas de Huerta de Arriba, conocidas, como es sabido, mediante una hipotética reconstrucción de Santa Olalla<sup>400</sup> de dudosa fiabilidad. El depósito no podría fecharse más allá del 900 a.C., con inmediatez al Bronce Final III, con lo que el desfase cronológico entre los recipientes y el resto de las piezas parece evidente. Esta situación, sin embargo, es susceptible de ciertos matices a partir de la observación de Jockenhövel<sup>401</sup>, quién retrotrae la aparición de los calderos al Bronce Final II, con lo que el conjunto burgalés gozaría así de una incuestionable uniformidad temporal. El referido ejemplar de Islehan de las postrimerías de la fase Wilburton, apoyaría la corrección del planteamiento.

Hallazgos de algunos calderos, como el lusitano de Aznalcollar<sup>402</sup>, en un nivel de ocupación romano, servirían para corroborar la observación de Almagro<sup>403</sup> y Schubart<sup>404</sup>, en el sentido de que aquellos perduran hasta época histórica, en su caso a base de derivaciones tardías de los recipientes de tipo B.

<sup>392</sup> SAVORY, 1975, p. 124.

<sup>393</sup> SCOTT, 1978, p. 192.

<sup>394</sup> GARCIA Y BELLIDO, 1941, p. 556-563.

<sup>395</sup> BLANCO FREIJEIRO, 1957, p. 144, fig. 9.

<sup>396</sup> BOSCH GIMPERA, 1915, fig. I, 1-2.

<sup>397</sup> ESCORTELL y MAYA, 1972, p. 40, fig. 5.

<sup>398</sup> RUIZ GALVEZ, 1979, p. 146-147.

<sup>399</sup> CABRE y MORAN, 1979, p. 17-18.

<sup>400</sup> SANTA OLALLA, 1951, p. 117.

<sup>401</sup> JOCKENHÖVEL, 1974, p. 329-338.

<sup>402</sup> SCHUBART, 1961, p. 54.

<sup>403</sup> ALMAGRO, 1966, p. 167-169.

<sup>404</sup> SCHUBART, 1961, p. 40.

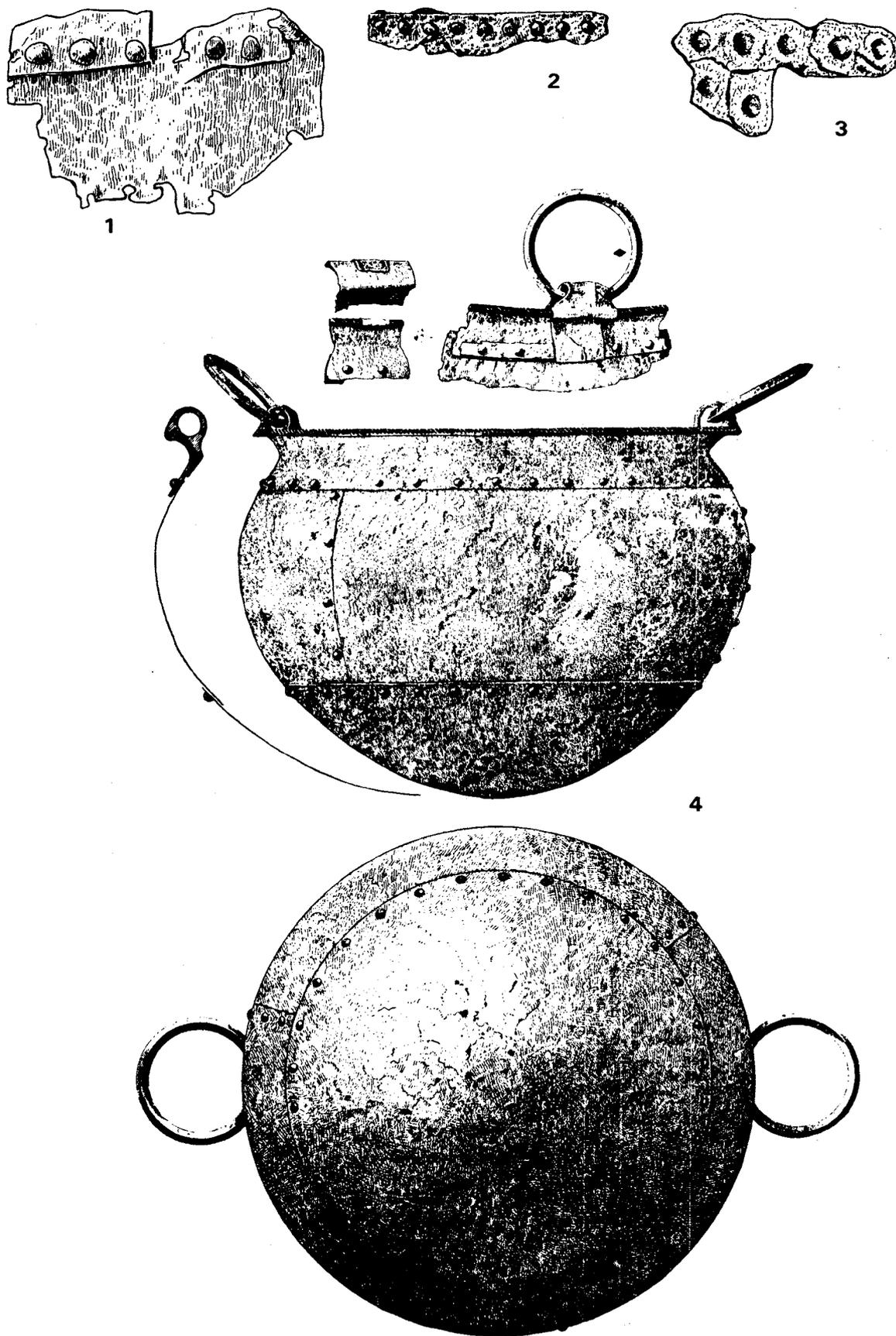


Fig. 41. *Sanchorreja*. 2. *Monte Bernorio*. 3. *Villacedid*. 4. *Lois*.

## 12. ASADORES

De problemática interpretación en su momento<sup>405</sup>, se acepta hoy que un determinado tipo de piezas bronceas alargadas, con uno de sus extremos en forma de asa y el otro aguzado, fueron utilizadas como asadores. Estudiados durante mucho tiempo de forma parcial, su análisis tan sólo alcanzará la importancia debida con la aparición de un trabajo de síntesis del Prof. Almagro Gorbea<sup>406</sup> que ha sido, y aún hoy continúa siendo referencia obligada para la clasificación de tales utensilios. Así lo certifica una reciente publicación de Fernández Gómez<sup>407</sup>, quién a la vez que da a conocer un lote de nuevos asadores de tipo «andaluz», incide de nuevo en los tipos que enunciara Almagro Gorbea, incorporando las más recientes citas bibliográficas sobre el tema.

Defendida en tiempos una génesis centroeuropea<sup>408</sup>, parece más plausible, como así lo aceptan gran parte de los investigadores hispanos<sup>409</sup>, justificar la presencia de los asadores peninsulares a partir de una relación por vía mediterránea. El hecho de que aparezcan difundidos casi exclusivamente en el suroeste, como sobre todo la dificultad de rastrear allí elementos de filiación centroeuropea neta, sin el tamiz que le imponen otros grupos ribereños atlánticos, donde habrían recalado antes de su arribada al occidente Peninsular, respaldarían el segundo de los supuestos. Contando con la referencia de alguna tumba vilanoviana donde estos instrumentos forman parte del ajuar<sup>410</sup>, se puede establecer que el tipo comienza a difundirse a partir del Bronce Final III, frisando ya con el inicio de la siguiente Edad. Esta sería la fecha de las piezas de tipo Alvaia cere, consideradas las primeras producciones de la península Ibérica, a las que seguirán, en una pauta tendente a la simplificación, el grupo «alemtejano» y el «andaluz», por último. Con ninguna de estas series se identifican los dos ejemplares, únicos que se conocen en toda la Meseta, de *El Berrueco*, que, a su vez ofrecen entre ellos una concepción formal notablemente distante.

El inventariado en primer lugar (fig. 37, 4), correspondiente a un hallazgo fortuito, ocuparía una posición de inmediata posterioridad, entre el Ha B avanzado y el Ha C, al tipo Alvaia cere, datación conseguida a partir del esquema de la cabeza del asidero, vasiforme, y su comparación con cierto tipo de agujas de similar estructura. Esta sería una de las pocas referencias a tener en cuenta para su análisis, puesto que su singularidad, todo lo más, permite establecer un lejano parentesco, contando con su concepción de bulto redondo, con los modelos alemtejanos, a los que habría precedido.

De no menor originalidad sería el segundo (fig. 37, 5) de los asadores, en su caso de factura mucho más elemental y sin paralelos claros con los que tipológicamente referenciar. A diferencia del precedente, sin embargo, proviene de un contexto arqueológico, con lo que, en principio, cabría pensar que su posición temporal se establecería sin demasiadas dificultades. En efecto, la misma fue hallada entre los recintos Be 1 y Be 6 que estudiara Maluquer en *El Berrueco*, asociada con cerámicas excisas, boquique y una aguja de cabeza enrollada de hierro, ésta con unos paralelos que sugieren una fecha de transición a la Edad del Hierro<sup>411</sup>, coincidiendo así con el periodo en que estos instrumentos parece adquirieron mayor difusión, entre el Bronce Final III y Primer Hierro. El planteamiento, no obstante, es susceptible de ciertas observaciones, por cuanto el mismo implicaría que la excisión y boquique prolongó su existencia con plena intensidad hasta el 700 a.C.; cuestión que, por el momento, resulta difícil de aceptar ya que, pese a conocerse perduraciones de genuino boquique cogotiano en contextos del Hierro<sup>412</sup>, aquellas resultan ser excepcionales. Por el contrario, razones asociativas y sobre todo dataciones absolutas, como veremos, determinan un límite inferior de Cogotas I que, con pocas posibilidades sobrepasa el 800 a.C. Así las cosas, el desfase

<sup>405</sup> La bibliografía referida a la funcionalidad de tales objetos se recoge en: ALMAGRO GORBEA, 1974, p. 351-395.

<sup>406</sup> ALMAGRO GORBEA, 1974, p. 386.

<sup>407</sup> FERNANDEZ GOMEZ, 1982, p. 389-410.

<sup>408</sup> ALMAGRO GORBEA, 1974, p. 386.

<sup>409</sup> En efecto, es unánime la aceptación de un origen mediterráneo para los asadores (FERNANDEZ GOMEZ, 1982, p. 391), reconocida también por Almagro Gorbea, que otrora defendiera su génesis centroeuropea.

<sup>410</sup> ALMAGRO GORBEA, 1974, p. 384.

<sup>411</sup> *Ibidem*, p. 382.

<sup>412</sup> MADERUELO ORTEGA y PASTOR CERREZO, 1981, p. 177.

cronológico asador/cerámica parece evidente, en un planteamiento generalizado para gran parte de los hallazgos de aquel yacimiento<sup>413</sup> y cuya explicación, como relatáramos a propósito del estudio de los brazaletes de esta misma estación, podría encontrar respuesta en el hecho de que, realmente, fueran dos y no uno los horizontes culturales allí representados, debiendo identificarse el asador con el más moderno, en los inicios del Ha C.

A falta de otros argumentos, ha de aceptarse que los asadores de El Berrueco se fabricaron entre el 800-700 a.C., si bien no hemos de obviar que este tipo de piezas continuaron vigentes algunas centurias<sup>414</sup>, por lo que, en todo caso, y especialmente el primero de los inventariados, sin contexto, podrían ofrecer mayor modernidad.

### 13. BOCADO DE CABALLO

Entre los bronce inventariados procedentes del conjunto zamorano de *Sansueña* se halla, formando parte del lote de piezas que puede considerarse «orientales» un bocado de caballo (fig. 43, 1) de sencilla factura, única conocida en todo el occidente de Europa.

La pieza, dos juncos bronceos doblados y trenzados formando anillas terminales, ha sido objeto de un pormenorizado análisis a cargo de Delibes<sup>415</sup>, quien, a manera de conclusión, resalta el carácter próximo-oriental del mismo, iraní, similar a los que allí se fabrican entre los siglos IX-VIII, con una difusión que se restringe exclusivamente al sur del Cáucaso y el Azerbaidjan. Resulta por todo ello más que problemática su presunta arribada a la península Ibérica a través del Mediterráneo, lo que unido a la carencia de tradición de estos elementos en el noroeste peninsular, hace difícil aceptar que el mismo fuera hallado conjuntamente con las otras piezas que conforman el pretendido depósito.

### 14. FIBULAS DE CODO

Durante la Edad del Bronce, el tipo de fibula más peculiar del Suroeste de Europa y, en cierto modo, del Mediterráneo Central, es el denominado «de codo», que en la península Ibérica, con pocas excepciones —determinados ejemplares desviados o aberrantes— se identifican genéricamente con el calificativo «tipo Huelva». El mismo ha sido profusamente analizado por el Prof. Almagro<sup>416</sup>, quien defiende para los modelos más antiguos su origen en el Mediterráneo Oriental —piezas chipriotas de Kourion, o la palestina de Meggido, por ejemplo, datadas entre los siglos XI y IX<sup>417</sup>—, donde habrían surgido a partir de las fibulas de arco de violín acodado. Desde aquel sector, y sobre todo desde Chipre el modelo se habría difundido por vía mediterránea hasta alcanzar las tierras hispanas. Menciona también Almagro otros tipos acodados sicilianos y de Italia Meridional que, como los chipriotas, ofrecen notables coincidencias formales con los ejemplares ibéricos. Nos referimos en concreto al denominado «tipo Cassibile»<sup>418</sup>, cuya cronología más antigua, paralelamente a las orientales, se sitúa en torno al 1100 a.C.<sup>419</sup>.

<sup>413</sup> Es frecuente que en El Berrueco, en el poblado de Cancho Enamorado, que excavara Maluquer, aparezcan materiales teóricamente de la Edad del Bronce con otros del Hierro en un mismo nivel estratigráfico. Dada esta situación, creemos que sería de gran interés efectuar una nueva excavación en esta estación arqueológica, a fin de aclarar si realmente nos hallamos ante un único mundo, o, por el contrario, son dos horizontes culturales los allí representados.

<sup>414</sup> ALMAGRO GORBEA, 1974, p. 377-385.

<sup>415</sup> DELIBES DE CASTRO, 1980, p. 223-232.

<sup>416</sup> ALMAGRO, 1940, p. 138-141; *Idem*, 1957, p. 7-46; *Idem*, 1966, p. 181-188.

<sup>417</sup> *Idem*, 1957, p. 14-27; HENCKEN, 1956 a, p. 213-215.

<sup>418</sup> BERNABO BREA, 1957, p. 154-156.

<sup>419</sup> MULLER KARPE, 1959, p. 23-25.

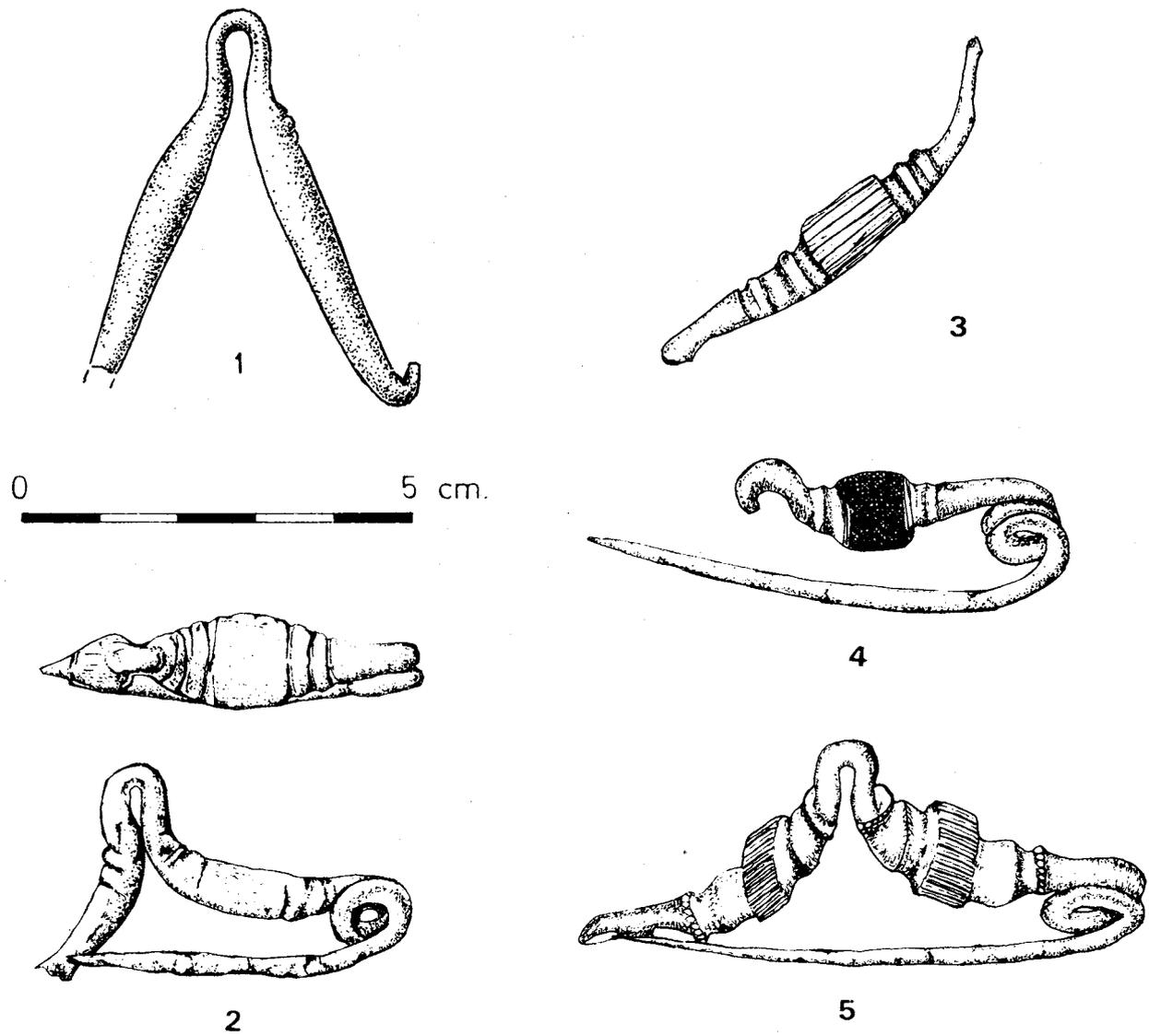


Fig. 42. 1. *Mansilla de las Mulas*. 2. *San Román de la Hornija*. 3. *El Berrueco*. 4. *Silos*. 5. *Provincia de Burgos*.

Tomando como base tal observación, tanto Guzzo<sup>420</sup>, como después Delibes<sup>421</sup> han señalado el origen de las fíbulas de codo peninsulares como el resultado de una síntesis de influencias chipriotas, resumidas en el marcado gallonamiento de los brazos, de similar longitud, y sículas, en virtud de la desigual distancia de cada tramo del arco, que, a diferencia de las anteriores, aparece poco decorado.

En la Meseta Norte, cinco son las fíbulas conocidas: una de *San Román de la Hornija* (Valladolid) (fig. 42, 2), otra de *Silos* (fig. 42, 4), otra de la *provincia de Burgos* (fig. 42, 5), sin más detalles que localización, la cuarta de *Mansilla de las Mulas* (León) (fig. 42, 1) y finalmente otra, salmantina, del cerro de *El Berrueco* (fig. 42, 3). Son pocos, pues, los ejemplares inventariados, aunque no es menos cierto que tan cifra resulta incluso alta a la vista de que en toda la península Ibérica apenas se conocen una docena más<sup>422</sup>; mientras que en Francia, por ejemplo, el total ronda en torno a las cinco piezas<sup>423</sup>.

Con excepción de los modelos de San Román de la Hornija y Mansilla de las Mulas, los tres restantes participan del elemento más típico de las fíbulas chipriotas, como es su marcado gallonamiento en el arco. Asimismo, el gallón más grande aparece decorado con características incisiones paralelas, salvo en la fíbula de Silos, en que tal motivo se sustituye por un entramado reticular, también inciso, que resulta desconocido en el resto de los imperdibles, tanto peninsulares como extranjeros, por lo que casi con seguridad se trata de una manufactura local. Su resorte con doble vuelta, en vez de una, como es habitual, apostilla la certeza del anterior supuesto. El ejemplar de San Román de la Hornija, a diferencia de los anteriores, presenta los brazos del arco con poco relieve, en cierto modo más próximos a los que poseen las fíbulas de la Ría de Huelva; con ellas se corresponde también a la asimetría del arco, posibilitando así una excelente referencia temporal para la pieza vallisoletana, a partir del más célebre de los depósitos hispanos. La fíbula de Mansilla de las Mulas, por su parte, conocida a través de un dibujo muy esquemático que nos proporciona Schüle, conserva tan sólo íntegro uno de los brazos del arco —hasta el inicio del resorte—, no pudiendo precisar si el otro, fragmentado, habría alcanzado similar desarrollo, aunque sea esa la impresión que ofrece. La sencillez de su diseño, con sendos tramos de sección circular ligeramente amortiguados y carentes de decoración, la acercan a ejemplares de génesis siciliana en los que, como en este leonés u otro de Monachil<sup>424</sup>, el relieve como recurso decorativo brilla por su ausencia. Tal circunstancia podría acercar la pieza de Mansilla a las primeras que se conocen en la península, no muy lejos del 900 a.C.; si bien no hemos de olvidar que imperdibles lisos se conocen en algún depósito de inicios del Ha C, el tantas veces citado de Vénat<sup>425</sup>, por lo que, igualmente, podría considerarse una derivación tardía de los ejemplares más característicos, con gallones, en un proceso, como acontece a otros objetos metálicos, tendente a la simplificación.

Además del modelo de San Román, tan sólo se conserva íntegro el depositado en el Museo de Barcelona, existiendo la posibilidad de que como él, los de El Berrueco y Silos hubieran poseído los brazos simétricos. De ser así, se podría establecer una correlación más directa con piezas orientales, e incluso con aquellos que ven coronado su codo con un botón —los galos de Baune y Baume-les-Creancey<sup>426</sup>— rasgo que sugiere modernidad y que permitiría datar tales fíbulas entre el 850-800 a.C.<sup>427</sup>.

En contra de lo que es habitual para la casi totalidad de los bronce meseteños, tres de las fíbulas inventariadas, las de Silos, El Berrueco y San Román de la Hornija, fueron halladas en contextos culturales con excisión y boquique, dato que ha posibilitado su clasificación temporal de forma bastante ajustada. Así lo entiende Delibes<sup>428</sup>, quién sitúa el ejemplar de San Román, coincidiendo con la Ría de Huelva, en el 850 a.C.<sup>429</sup>, admitiendo, sin embargo, la posible mayor antigüedad de las mismas, cuando menos de 50

<sup>420</sup> GUZZO, 1968, p. 299 y ss.

<sup>421</sup> DELIBES DE CASTRO, 1978, p. 245.

<sup>422</sup> Además de los ejemplares citados, meseteños, el resto de los hallazgos de la península Ibérica se concretan en otros nueve de la ría de Huelva y otro localizado casualmente en Monachil (MOLINA GONZALEZ, 1978, p. 166). Junto con estos modelos, de codo, se conoce otra pieza del tipo «arco de violín» (DELIBES DE CASTRO, 1981, p. 182-184) que acaso pudiera proceder de El Berrueco, aunque la falta de seguridad en este sentido es notoria. Por ello, hemos preferido prescindir de su inventario.

<sup>423</sup> DUVAL, ELUERE et MOHEN, 1974, p. 35, fig. 21.

<sup>424</sup> MOLINA GONZALEZ, 1978, p. 126.

<sup>425</sup> COFFYN, GOMEZ et MOHEN, 1981, planche 27, 34 y 35.

<sup>426</sup> CUNISSET-CARNOT, MOHEN et NICOLARDOT, 1971, p. 602 y ss.

<sup>427</sup> DELIBES DE CASTRO, en prensa. Agradecemos al Prof. Delibes su amabilidad al proporcionarnos el dato.

<sup>428</sup> *Ibidem*.

<sup>429</sup> ALMAGRO GORBEA, 1978, p. 102.

años. Ello podría, en apariencia, contradecir las dataciones radiométricas obtenidas para el depósito de la Ría —la ya mentada del 850 a.C.—, si bien, según recientes planteamientos, en el conjunto onubense podrían existir algunos elementos anteriores a aquella fecha, y entre ellos acaso cabría situar las controvertidas fíbulas, con lo que ambas dataciones resultarían compatibles<sup>430</sup>. Ninguna duda existe sobre la vigencia de tales objetos hasta el término de la Edad, como viéramos, ejemplarizado en el conjunto de Vénat, sin excluir que el de Mansilla de las Mulas ofreciera idéntica cronología.

En fin, el panorama del elemento «fíbula» que se fabrican durante el Bronce Final en la península Ibérica, se completaría con ciertos hallazgos y representaciones líticas, útiles para apoyar su cronología dentro del periodo. Entre las primeras, hemos de señalar la portuguesa de Roça de Casal do Meio<sup>431</sup>, correspondiente a dos enterramientos contemporáneos en un monumento de cúpula. De todos los materiales que componen los ajuares funerarios, sin duda, los dos que proporcionan unas fechas más precisas son la propia fíbula y ciertos materiales cerámicos. El imperdible, se vincula con tipos sicilianos fundidos preferentemente, al igual que los de codo, durante la fase Pantalica II, permitiéndonos por ello fecharla dentro del siglo X, o, en todo caso en la primera mitad del IX<sup>432</sup>. Por su parte las cerámicas, de superficie bruñida —un cuenco y otro vaso de perfil bicónico y fondo plano— podrían encuadrarse entre el inicio del primer milenio y el siglo IX<sup>433</sup>.

Intimamente ligadas a este enterramiento resulta estar el gran conjunto de las estelas del Suroeste, y más en concreto con las del tipo II de los que Almagro enunciara<sup>434</sup>. Dentro del mismo, especial atención nos merece la estela lusitana de Ervidel II<sup>435</sup>, por cuanto en ella se representan la casi totalidad —fíbula de codo con bucle, peine de marfil y pinzas, además de una espada de lengua de carpa y tres representaciones antropomorfas— de los elementos de ajuar del enterramiento de Casal do Meio. La misma losa ha sido clasificada por Varela Gomes y Pinho Monteiro<sup>436</sup> en su subtipo II d, hacia el 800 a.C., aludiendo igualmente a ella Almagro Gorbea<sup>437</sup>, quién la incluye en el grupo II C, equiparado al horizonte de la Ría de Huelva. Esta sería, de igual modo, la referencia cronológica válida para la mayoría de las fíbulas grabadas en otras lajas, casi todas de codo —Torrejón Rubio I, San Martinho, etc.— del más genuino «tipo Huelva», mientras que la desigual longitud de los brazos del arco, como los modelos acodados sicilianos, posibilitaría su datación en un momento equiparable, acaso ligeramente posterior, a la fase Pantalica II.

A manera de esquema, pues, habremos de convenir que la mayor concentración de fíbulas de codo coincide con el horizonte de la Ría de Huelva, entre el 900-850, casi seguro válida para la pieza de San Román de la Hornija. Acaso de la segunda mitad del siglo IX serían las de Silos, El Berrueco y la de «la Meseta», en tanto que el modelo de Mansilla, por las razones apuntadas, ofrecería una mayor ambigüedad cronológica, en todo caso dentro del Bronce Final III.

## 15. BRAZALETES

Las pulseras que pueden ser integradas en este último Bronce Final, se reducen a las tres piezas procedentes del cuestionado depósito de *Sansueña*, en el valle zamorano de Vidriales. Se trata de tres piezas lisas cuyo análisis formal apenas si revela dato alguno que permita datarlas con un mínimo de precisión. De rasgos afines —lisas, abiertas, con la sección circular y extremos adelgazados—, tan sólo la inventariada en primer lugar se aleja ligeramente de este esquema, con los extremos menos aguzados y un pequeño tramo del lado izquierdo con la sección cuadrada, posiblemente consecuencia de un defecto en el proceso y fundición, y, por ello, sin aparente transcendencia cronológica.

<sup>430</sup> FERNANDEZ MIRANDA Y RUIZ GALVEZ, 1980, p. 67.

<sup>431</sup> SPINDLER und VEIGA FERREIRA, 1973, p. 60-108; SPINDLER, CASTELO BRANCO y VEIGA FERREIRA, 1973, p. 91-154.

<sup>432</sup> ALMAGRO GORBEA, 1977, p. 182.

<sup>433</sup> SPINDLER, CASTELO BRANCO Y VEIGA FERREIRA, 1973, p. 147 y ss.

<sup>434</sup> ALMAGRO, 1966, p. 197.

<sup>435</sup> VARELA GOMES e PINHO MONTEIRO, 1977, p. 147-178.

<sup>436</sup> *Ibidem*, p. 174, fig. IV.

<sup>437</sup> ALMAGRO GORBEA, 1977, p. 187.

Al igual que las piezas lisas que analizáramos en el Bronce Final I y II, no resulta difícil, dada su sencillez, hallar abundantes paralelos para las zamoranas tanto en áreas atlánticas como centroeuropeas, en un periodo que interesa esencialmente al Bronce Medio III y los inicios del Bronce Final, y que se prolongará en número más limitado hasta el Primer Hierro. La posible génesis oriental de parte de los objetos del depósito al que los brazaletes pertenecen, ha llevado a Delibes<sup>438</sup> a escudriñar posibles conexiones en territorios del Mediterráneo Oriental y Próximo Oriente, con el resultado de que también allí son frecuentes ejemplares así caracterizados, con una cronología afín a la de los brazaletes antes reseñados<sup>439</sup>.

El análisis de estos brazaletes no desvela, por consiguiente, ningún dato que de luz a la cuestión de si las piezas de Sansueña constituyeron un hallazgo unitario o, por el contrario, responden a una reunión moderna, como parece lo más probable. En todo caso, dada la amplitud temporal en que se fabrican ejemplares lisos, no habría problema alguno para adecuar los brazaletes al resto de los objetos del conjunto, cuya datación, Bronce Final III, ofrecería pocas dudas a partir de sus elementos más modernos, la lanza y el bocado de caballo.

---

<sup>438</sup> DELIBES DE CASTRO, 1980, p. 237-238.

<sup>439</sup> Entre otros muchos ejemplos, citemos los de Enkomi (CATLING, 1964, p. 231, fig. 416) o algunos proximoorientales (SCHAEFFER, 1948, fig. 238, 11-12).

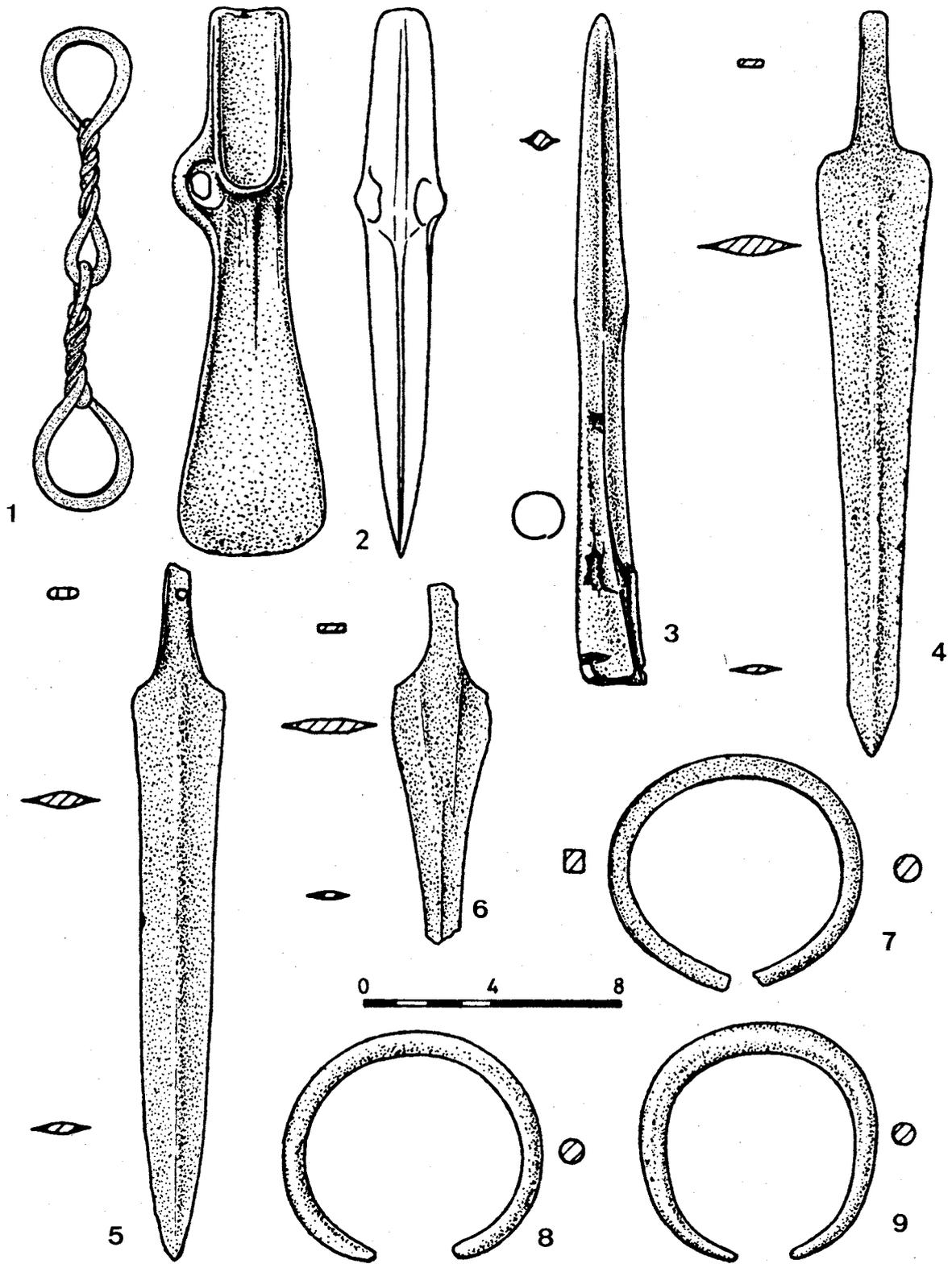
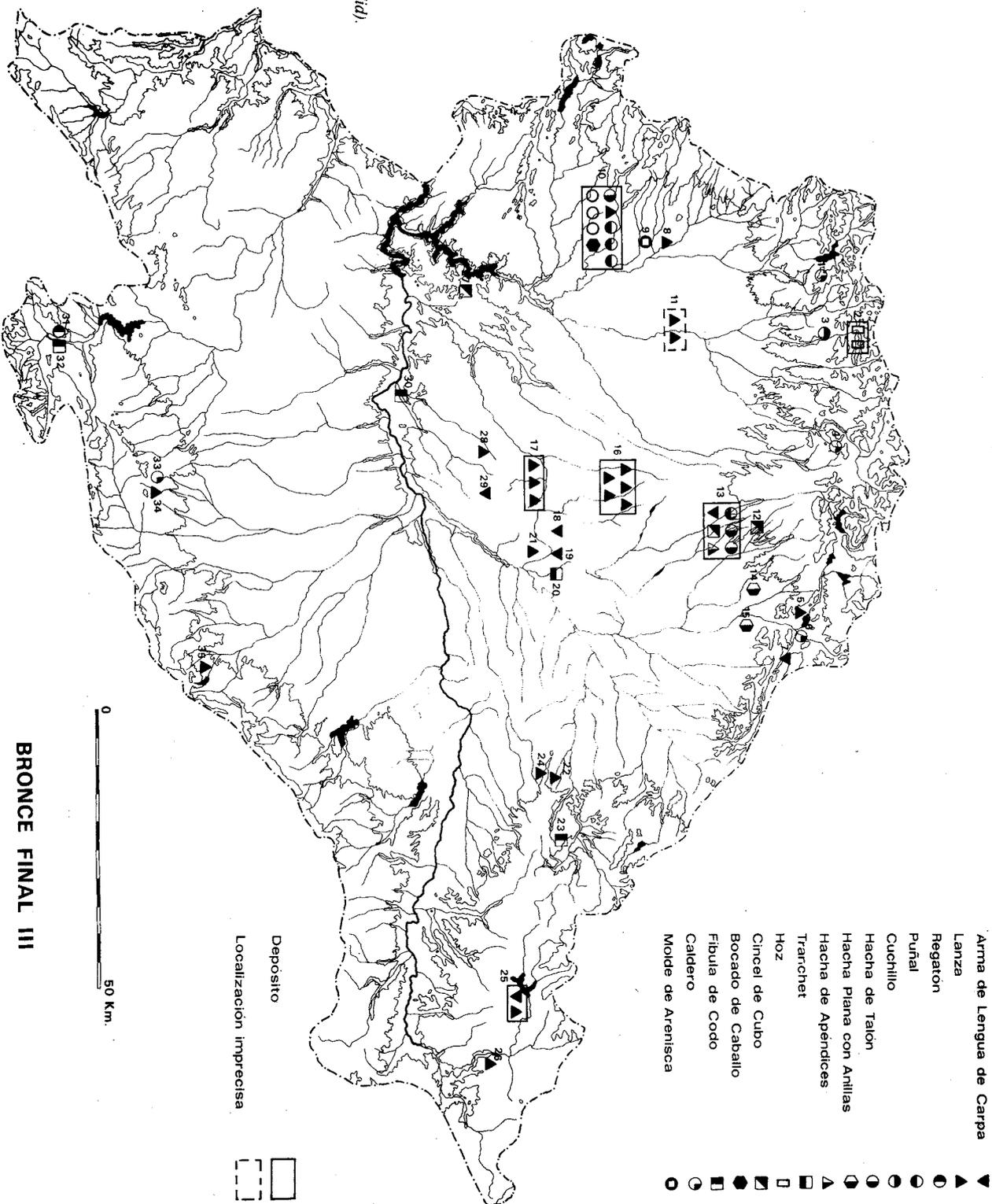


Fig. 43. Conjunto de Sansueña.

Fig. 44. Bronce Final III:

1. Villaceda (León).
2. Torre de Babia (León).
3. Regellina (León).
4. Lois (León).
5. Aguilar de Campoo (Palencia).
6. Monte Bernorio (Palencia).
7. Humada (Burgos).
8. Astorga (León).
9. Sacaujos (León).
10. Sansuena (Zamora).
11. Provincia de León.
12. Saldaña (Palencia).
13. Saldaña (Palencia).
14. Dehesa de Romanos (Palencia).
15. Remedo de Amaya (Burgos).
16. Cisneros (Palencia).
17. Castromocho (Palencia).
18. Frechilla (Palencia).
19. Paredes de Nava (Palencia).
20. Paredes de Nava (Palencia).
21. Provincia de Palencia.
22. Mecerreyes (Burgos).
23. Provincia de Burgos.
24. Silos (Burgos).
25. Ocenilla (Soria).
26. Soria.
27. Otero de Sotriegos (Zamora).
28. Medina de Rioseco (Valladolid).
29. Meseta Norte.
30. San Román de la Hornija (Valladolid).
31. Tejado (Salamanca).
32. El Berrueco (Salamanca).
33. Sanchorreja (Ávila).
34. Sanchorreja (Ávila).
35. Segovia.



BRONCE FINAL III

## **CONSIDERACIONES FINALES**



Obviamente, carecería de todo sentido la mera presentación de las diferentes tipologías bronceas, si a partir de la misma no intentáramos efectuar una reconstrucción histórica del periodo en que aquellas fueron fabricadas. Más aún, los marcados tintes indígenas que caracterizan a la gran cultura del Bronce Final, Cogotas I, justifica que, siquiera de forma muy esquemática, remontemos nuestra descripción a los tiempos Calcolíticos.

Obsoleta ya la meritoria síntesis que estableciese Maluquer<sup>440</sup>, los trabajos del Prof. Delibes<sup>441</sup>, fundamentalmente, han venido a actualizar el panorama de los tiempos protohistóricos en la Cuenca, pudiendo distinguirse en sus inicios dos momentos nítidos, un Eneolítico/Calcolítico y un Bronce Antiguo, que fueran unificados en uno sólo —Bronce I Hispánico— tras el congreso de Almería. Al primero correspondería en mundo megalítico tardío, cada vez mejor definido zonalmente, con excepción del noroeste de la Meseta —básicamente la provincia de León— donde, por el momento, a la vista de la escasez de hallazgos, difícilmente se puede establecer una separación entre ambos. Verdaderamente excepcionales los campaniformes antiguos<sup>442</sup> ciertas evidencias estratigráficas y asociativas<sup>443</sup>, atestiguan que fue el campaniforme Ciempozuelos, surgido a fines del Calcolítico Temprano y con pocas posibilidades de ser datado antes del 2000, el horizonte que sucedió al megalitismo. Introducción de fórmulas individuales en convivencia con el panteón colectivo, de tan lejana implantación; generalización del uso de instrumentos de cobre o aparición de la orfebrería, constituirían alguno de los rasgos que definen este mundo campaniforme cuyo declive, que no brusca desaparición, debió comenzar hacia los inicios del siglo XVIII a.C.

Son cada vez más numerosos los trabajos en los que se cuestiona la convencional división tripartita, que a remedo de las norpirenáticas, aún hoy se acepta para la Edad el Bronce de la península Ibérica<sup>444</sup>; y, ciertamente, a no ser desde posiciones meramente metodológicas, no son muchas las razones objetivas para mantener una separación entre el Bronce Antiguo y Medio. Se habla así de un periodo, «Etapa Antigua», o «Etapa Anterior» de la Edad el Bronce, cuya amplitud iría desde el término de Ciempozuelos hasta el Bronce Final, este último personalizado en la Cuenca del Duero por la cultura de Cogotas I. Como es sabido, se aceptaba, y aún hoy es un planteamiento generalizado, que los grupos de las cerámicas acampañadas habrían perdurado hasta la mitad del segundo milenio; caracterizándose las tres centurias siguientes —el convencional Bronce Medio— por la presencia de especies epicampaniformes que habrían servido de inspiración a las excisas y boquiques del Bronce Final. Pese a que, ciertamente, existen argumentos para creer que así sucediesen las cosas<sup>445</sup>, parece improbable, sin embargo, una perduración indiscriminada del resto de los elementos que conforman la cultura material de las gentes campaniformes, incluso de los esquemas cerámicos, que también debieron evolucionar, como sucedió con algunos objetos metálicos, por ejemplo. El fenómeno epiciempozuelos, representado en el valle medio del Duero por yacimientos tipo Las Pinzas<sup>446</sup>, habría comportado exclusivamente una pervivencia de los gustos decorativos de la cerámica, sin que implicara un estancamiento en la civilización anterior. Su presencia por ello, no resulta suficiente para llenar el periodo entre el Bronce Antiguo y el Bronce Final, pudiendo introducir en este sentido

<sup>440</sup> MALUQUER, 1960, p. 125-150.

<sup>441</sup> DELIBES DE CASTRO, 1976-1977, p. 141-148.

<sup>442</sup> *Idem*, 1977, p. 99.

<sup>443</sup> Algunos de los escasos yacimientos que proporcionan datos de interés estratigráfico son los granadinos de Castillejos de Montefrío (ARRIBAS y MOLINA, 1978, p. 28 y ss.) y la Virgen de Orce (SCHÜLE y PELLICER, 1968). Por su parte, ciertos materiales habituales en los ajuares Ciempozuelos —puñales de lengüeta, puntas palma y arandelas troncocónicas de hueso— nos llevan a un horizonte cronológico en todos los casos posterior al 2000 a.C.

<sup>444</sup> No es, ciertamente, nueva la posición que cuestiona la estructura tripartita, hoy vigente, para clasificar la Edad del Bronce europea. A este respecto, recordemos, entre otros, el planteamiento que Coles y Harding presentan para la Edad del Bronce de Europa (COLES and HARDING, 1979) o el que nosotros mismos hemos planteado para la Cuenca del Duero (FERNANDEZ MANZANO, 1985). La cuestión, referida a la península Ibérica, ha sido abordada recientemente por Ruiz Gálvez (RUIZ GALVEZ, 1984, p. 323-342) quién coincide plenamente con los esquemas citados.

<sup>445</sup> MARTIN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1976, p. 10-12.

<sup>446</sup> PALOL y WATTENBERG, 1974, p. 85-88.

un nuevo elemento de valor que permita dar nuevas luces a tan problemática cuestión. Nos referimos en concreto, a la posibilidad de que buena parte del mundo postcampaniforme, cuando menos desde el 1700, hubiese sido ocupado por el horizonte cultural que denominaremos proto-Cogotas, contrastado en asentamientos como Cogeces del Monte, Valladolid<sup>447</sup>, Arevalillo de Cega (Segovia)<sup>448</sup>, y cuyos materiales arqueológicos más significativos se centran en un elenco cerámico de notable perfección, a mano, con pastas de buena calidad, espatuladas y mayoritariamente con decoración, aplicada a cuenquitos semiesféricos y a tazas de carena media/alta. Los motivos ornamentales se consiguen casi siempre mediante técnica incisa, presentando como tema favorito la espina de pez en diversas combinaciones. Es de lamentar que el único elemento metálico asociado a dichas cerámicas sea tan sólo un modelo de hacha plana de gran tamaño y de filo amplio, contrastada en Los Tolmos de Caracena (Soria)<sup>449</sup> y Las Cogotas<sup>450</sup>; yacimientos atribuidos a Cogotas I, pero en los que, sin embargo, el predominio de vajilla decoradas con espigas incisas es abrumador, apareciendo excisión y boquique con auténtico carácter de excepcionalidad.

La posición cronológica de dicho grupo encontraría sólido respaldo en consideraciones de tipo estratigráfico<sup>451</sup>, pudiendo añadir a las mismas otros argumentos indirectos que apostillarían su realidad. Recordemos entre ellos la asociación de elementos metálicos arcaicos —puñal del Mirón, Avila<sup>452</sup>, por ejemplo— con cerámicas excisas y del boquique; la cada vez mayor antigüedad de Cogotas I según las dataciones radiométricas<sup>453</sup>, o el largo proceso de génesis de los grupos europeos de las cerámicas excisas<sup>454</sup>; cúmulo de evidencias que nos llevan a pensar que en el devenir de Cogotas I pueden distinguirse diferentes fases, siendo la representada en Cogeces la que ha de situarse en los inicios del proceso.

Salvo el tipo de hacha plana que señaláramos, desconocemos otras evidencias estratigráficas que permitan relacionar modelo metálico alguno con los preámbulos de la cultura de Cogotas I. La necrópolis burgalesa de Villalmanzo<sup>455</sup>, con cistas y pithoi, las espadas de Santa Olalla de Bureba<sup>456</sup>, Villaviudas<sup>457</sup> y Cea<sup>458</sup> supondrían reflejos argáricos en nuestras latitudes, por más que Almagro Gorbea<sup>459</sup> haya valorado matices atlánticos en alguna de ellas, lo que, en todo caso, les conferiría un papel intermedio entre las áreas atlántica y mediterránea. Tan sólo un molde de arenisca para obtener hachas planas de bordes en creciente y filo dilatado, procedente de Quintanilla de Onsoña, Palencia<sup>460</sup>, avalaría la actividad fundidora coincidiendo con el Bronce Medio en la Cuenca. Su adscripción temporal, en principio, podría ponerse en entredicho puesto que resume el arcaico sistema monovalvo, técnicamente superado ya desde la última parte del Bronce Antiguo por el sistema de las dos valvas. Pese a todo, los tipos resultantes distarían bastante de las formas de bordes rectos que caracterizaran a las piezas calcolíticas y del Primer Bronce.

Son pocos, pues, los elementos metálicos que en la Meseta se reconocen durante el clásico Bronce Pleno, y su morfología nos lleva ineludiblemente a vincularlos con esquemas de lejana implantación en el tiempo —hachas planas, puñales triangulares— o en todo caso con piezas —láminas de factura argárica— del sureste Peninsular. Esta circunstancia, junto con la perduración de peculiaridades del mundo de Ciempozuelos, ha motivado que la bibliografía tradicional considere este periodo, el Bronce Medio, como «de aislamiento» respecto a otros centros culturales europeos, más aún cuando en éstos últimos las innovaciones en los fabricados metálicos —hachas de talón y reborde, puntas de lanza de empuñadura tubular, etc.— se hicieron ostensibles<sup>461</sup>. Se habría roto, en definitiva, la corriente de intercambios que, fundamentalmente

<sup>447</sup> DELIBES DE CASTRO y FERNANDEZ MANZANO, 1981, p. 65-66.

<sup>448</sup> FERNANDEZ POSSE, 1981, p. 45-84.

<sup>449</sup> JIMENO MARTINEZ, 1978, p. 51-66.

<sup>450</sup> CABRE, 1930, Lám. XI, 3.

<sup>451</sup> Sobre este aspecto, véase: DELIBES DE CASTRO y FERNANDEZ MANZANO, 1981, *passim*.

<sup>452</sup> MARTIN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1979, p. 327-332.

<sup>453</sup> ALMAGRO GORBEA, 1978, p. 101-109.

<sup>454</sup> Caso del Proto-Saint Veredeme, en Languedoc, (ROUDIL, 1972, p. 99 y ss.).

<sup>455</sup> DELIBES DE CASTRO, 1972, p. 407-418.

<sup>456</sup> GOMEZ MORENO, 1949, p. 338.

<sup>457</sup> PALOL, 1969, p. 296 y ss.

<sup>458</sup> DELIBES, AVELLO y ROJO, 1982, p. 160-163.

<sup>459</sup> ALMAGRO GORBEA, 1976, p. 475-476.

<sup>460</sup> De esta población procede un molde arenoso para fundir hachas planas. En la actualidad procedemos a su estudio.

<sup>461</sup> MILLOTTE, 1970, p. 95-109, fig. 25-29.

con el occidente europeo, aparecieran nítidas durante el Bronce Antiguo, ejemplificados en el occidente de la península Ibérica por el puñalito de Alcobaca<sup>462</sup> o las alabardas de tipo carrapatas<sup>463</sup>, entre otros.

No conocemos, pese a todo, razones objetivas que justifiquen esta alteración en la dinámica comercial, y en tan sentido, la marginación que se acepta sufrió nuestro territorio, puede matizarse a la vista de un palstave sin asas hallado en la provincia de León<sup>464</sup>, o los propios tintes atlánticos que se atisban en las espadas de Villaviudas y Santa Olalla de Bureba, a que antes aludieramos. La distribución de una decena de hachas de talón sin asas a lo largo de toda la cornisa cantábrica<sup>465</sup>, el depósito coruñés de Campos<sup>466</sup> o el propio conjunto de Valdevimbre, transicional Bronce Medio/Final, evidenciarían cuando menos la no interrupción de los contactos con otras áreas nordpirenaicas; manifestando que, además de la franja costera septentrional, también la Meseta Norte aparece relacionada con la órbita cultural de las comunidades ribereñas del mundo atlántico, en un proceso que adquirirá su máximo esplendor durante el Bronce Final.

Como una continuación del mundo de Proto-Cogotas, existe toda una serie de contundentes evidencias que permiten asimilar la cultura de Cogotas I, al menos en su periodo de mayor auge, al Bronce Final. Tanto razones estratigráficas —en Monachil<sup>467</sup> y Purullena<sup>468</sup> por ejemplo— como dataciones radiométricas<sup>469</sup> y consideraciones de tipo asociativo<sup>470</sup> permiten establecer que, en efecto, entre el 1200 y 800 a.C. se produjo el gran desarrollo de esta cultura. Emplazamientos diversos —en castros de altura, llano o cueva—, economía mixta —agrícola y pastoril—, ritual funerario de inhumación, etc.<sup>471</sup>, serían algunos de los rasgos de mayor significación que caracterizan esta fase. Por encima de todos ellos, sin embargo, el signo de identidad más preciso lo constituye la utilización de vajillas decoradas con técnica de excisión y boquique aplicadas a recipientes troncocónicos y soportes hiperboloides, como formas más difundidas.

Desafortunadamente, son muy pocos los elementos metálicos hallados en contextos de Cogotas I, hasta el punto que del amplio elenco de objetos de bronce asimilados al Bronce Final, tan sólo las fíbulas de codo de tipo «Huelva» ofrecen una vinculación fiable. El tipo, de claro ascendiente mediterráneo, aparece representado en la Cuenca del Duero por cinco ejemplares, y su presencia, dadas sus peculiaridades morfológicas, habría de valorarse como fabricados locales, que no importaciones desde el área tartésica, donde presumiblemente arribaron en primer lugar. Repetidas veces se ha barajado la posibilidad de que, con las fíbulas de codo, las espadas pistiliformes aparecieran asociadas a Cogotas I. Esto es lo que parece indicar un fragmento de empuñadura —casi con seguridad de un arma de estas características— hallado con cerámicas excisas en el yacimiento alavés de Solacueva de Lacoymonte<sup>472</sup>. A diferencia del caso de las fíbulas, esta sería la única muestra conocida donde tales materiales se conjugan, resultando, en consecuencia, no poco aventurado considerarla absolutamente válida para todas estas armas, más aún cuando ni siquiera existe certeza sobre la realidad de tal convivencia.

Igualmente emparentados con excisión y boquique estarían un puñal y dos brazaletes hallados en el cerro del Berrueco. El primero representaría la penetración en la Cuenca de modelos de empuñadura bipartita, generalizados en Europa a partir del 1200; mientras que la decoración de uno de los brazaletes, asimi-

<sup>462</sup> VIEIRA NATIVIDADE, 1899, p. 433 y ss.

<sup>463</sup> SCHUBART, 1973, fig. 7.

<sup>464</sup> DELIBES DE CASTRO y FERNANDEZ MANZANO, 1977, p. 177-179, lám. I.

<sup>465</sup> *Ibidem*.

<sup>466</sup> LOPEZ CUEVILLA, 1933, lám. IV.

<sup>467</sup> ARRIBAS, PAREJA, MOLINA, ARTEAGA y MOLINA FAJARDO, 1974, *passim*.

<sup>468</sup> MOLINA y PAREJA, 1975, *passim*.

<sup>469</sup> Algunas de las fechas radiocarbónicas son las de Ecce Homo (ALMAGRO GORBEA y FERNANDEZ GALIANO, 1980, p. 125) y San Román de Hornija (DELIBES DE CASTRO, 1978, p. 238).

<sup>470</sup> Tan sólo las fíbulas de codo constituyen asociación fiable con excisión y boquique. Su inequívoca vinculación al «tipo Huelva» les confiere un inestimable valor para datar los tipos cerámicos.

<sup>471</sup> Superados ya los antiguos planteamientos que conferían al grupo Cogotas I un carácter económico exclusivamente pastoril y, consiguientemente, unos tipos de asentamiento en zonas montañosas (BOSCH GIMPERA, 1932; ALMAGRO, 1939, p. 138-158; MALUQUER DE MOTES, 1954), esta cultura ha cobrado su actual definición fundamentalmente a partir de la continuada labor de los profesores Martín Valls y Delibes de Castro, quienes de forma sistemática, desde hace una docena de años, vienen publicando una serie de trabajos al respecto en el Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid. Junto a ellos, determinados aportes parciales (URIBARRI ANGULO, 1977, p. 466-470; MAÑANES PEREZ, 1977, p. 326-330; ESPARZA ARROYO, 1978 b; ALMAGRO GORBEA, 1975, p. 169-174; *Idem*, 1976, p. 293-300; WATTENBERG, 1957, p. 169-174; *Idem*, 1976, p. 293, 300; WATTENBERG, 1957, p. 189-192; RUBIO DE MIGUEL, 1983, p. 151-190, etc.) han posibilitado definir a Cogotas I como la gran cultura del Bronce Final de la península Ibérica.

<sup>472</sup> LLANOS, 1972, p. 81-98.

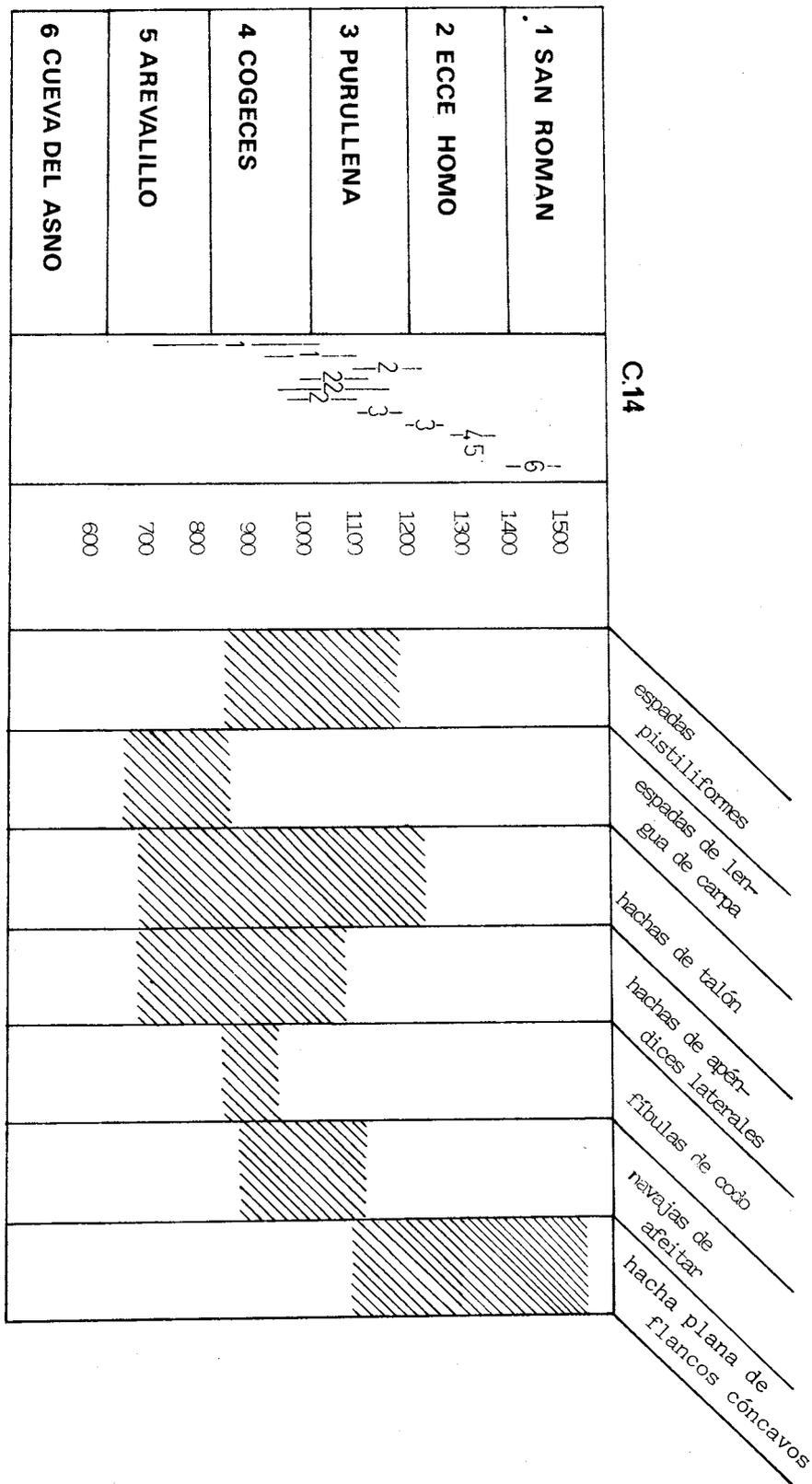


Fig. 45. Correlación entre fechas radiocarbónicas, obtenidas en yacimientos Proto-Cogotas y Cogotas I, y cronologías relativas de diversos objetos metálicos del Bronce Medio y Final.

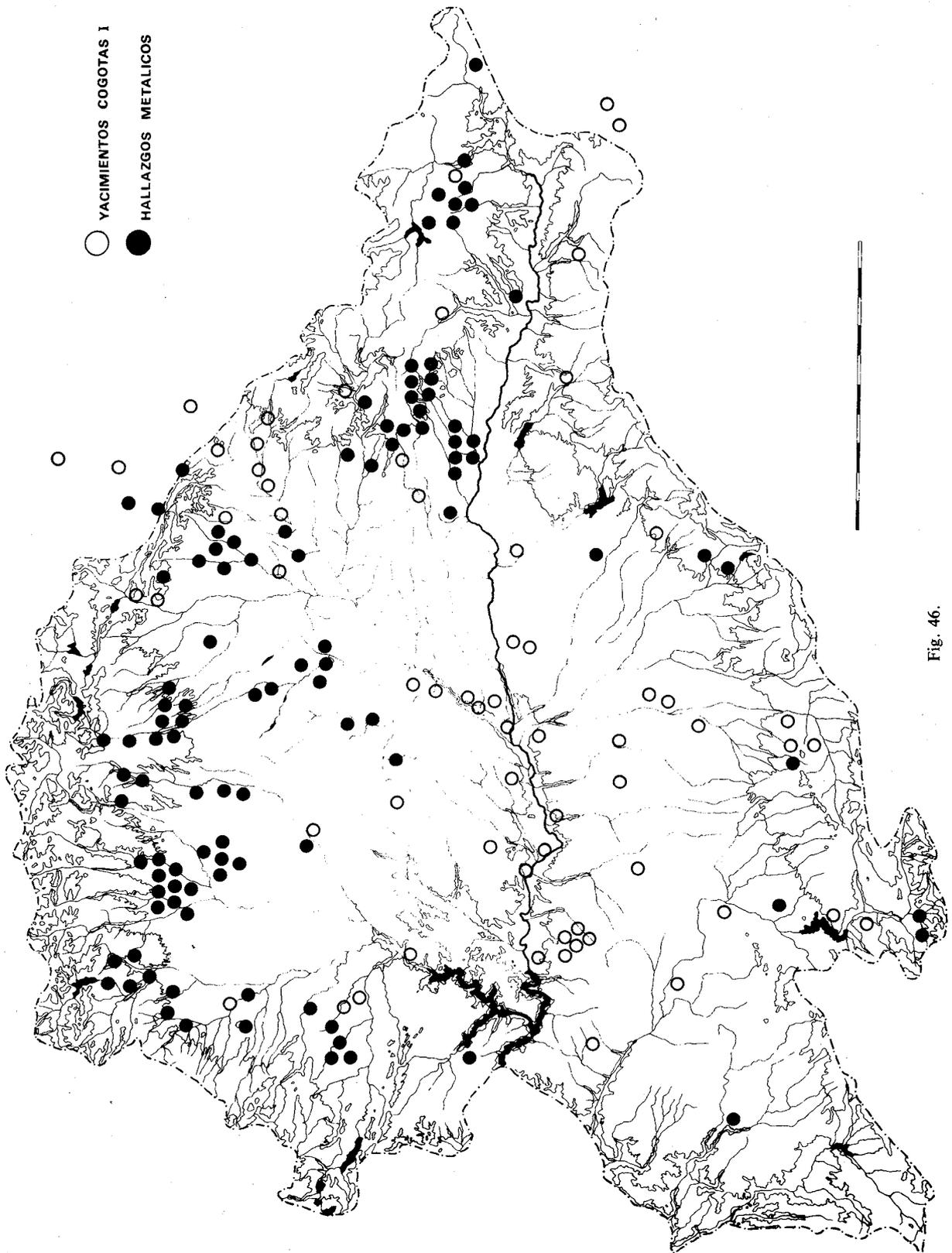


Fig. 46.

lable a la que ofrecen los galos de tipo Bignam, nos llevaría a considerar tales objetos como manufacturas peculiares de los primeros momentos del Bronce Final.

El esquema de Cogotas I hasta aquí señalado, ofrecería no pocas limitaciones si tan sólo contásemos con el mismo para efectuar una reconstrucción de lo acaecido en la Cuencia del Duero durante los siglos XIII y IX. Así, existen determinadas áreas, sobre todo el noroeste, donde excisión y boquique prácticamente brillan por su ausencia; un elevadísimo porcentaje de los bronce inventariados aparecen desvinculados de cualquier contexto cultural; y, por su parte, resulta harto difícil aceptar que los cuatro siglos de plenitud de Cogotas I, hayan de entenderse como un todo unitario en sus manifestaciones culturales, pese a que así podría inducir a pensar la escasa variabilidad de sus materiales cerámicos. Como en otras provincias europeas, dentro del Bronce Final, es posible distinguir una serie de fasés, que en la Meseta Norte, dada su inequívoca vinculación con el mundo atlántico, se ajustan básicamente a las sistematizaciones establecidas para aquellos territorios, y que, por el momento, tan sólo pueden ser abordadas a partir de la evolución de los elementos metálicos.

Convencionalmente, el inicio del Bronce Final en buena parte de Europa, se habría producido hacia el 1200, determinado por dos hechos de capital importancia, cuales son la expansión desde centroeuropa de los Campos de Urnas, e íntimamente relacionado con tal fenómeno, un notable aumento y diversificación de los fabricados metálicos. Estas innovaciones, que provocarán cambios tan espectaculares como el arrasamiento de culturas de fuerte arraigo, caso los túmulos centroeuropeos o el propio mundo micénico, no impactarán directamente en los grupos costeros atlánticos, ni por supuesto en la Meseta Norte, la cual, en buena medida anclada en tradiciones derivadas del mundo campaniforme, cristalizarán en la reiterada Cogotas I. Nuestro territorio, en suma, a diferencia de otras regiones occidentales más receptivas a los importantes cambios que aportan los Urnenfelder, momentáneamente apenas conocerá innovación alguna hasta que las comunidades ribereñas más próximas al área de implantación original de los grupos incineradores; esto es Bretaña, Normandía, Inglaterra, etc., las asimilen, actuando a su vez como auténticos focos reexportadores. Así pues, el panorama meseteño al inicio del Último Bronce, no debió variar sustancialmente de lo que sucediese durante el Bronce Medio. La lejanía geográfica, junto con la carencia de una estructura técnico-metalúrgica importante, que hubiese posibilitado la rápida aceptación de nuevas tipologías, serán las causas fundamentales de que, momentáneamente, los primeros influjos renovadores apenas dejen sentirse en la península Ibérica, aunque el Oeste de la misma, y con él la Meseta, no permanecerá al margen de este proceso.

Exponente de tales vínculos se perciben a través de la dispersión de algún hacha de talón, la de Beratón con bastante seguridad, y con ciertas dudas la abulense de Diego Alvaro; la primera de las cuales con abundantísimos paralelos entre los más peculiares palstaves bretones de un asa elaborados en el siglo XII. Las puntas de lanza de Repesa, con los alerones muy pronunciados, el puñal y los brazaletes de El Berrueco; además de algunas armas de tipo Rosnoën y Ballintober, distribuidas por la costa Peninsular<sup>473</sup>; representarían una ligera potenciación de los intercambios comerciales con el Occidente de Europa, como señalaríamos presumiblemente apagados durante el Bronce Medio.

Junto a estos, todavía tenues, influjos exóticos, el predominio de objetos metálicos de factura indígena debió ser abrumador, y, en efecto, aunque por el momento sin cuantificaciones expresivas, hachas planas, puñales de hoja triangular, etc., continuarán en uso durante el Bronce Final, cuando menos en sus inicios. La síntesis de ambas corrientes —autóctona y extranjera— tendría su mejor reflejo en el depósito leonés de Valdevimbre, que reúne dos hachas planas y dos puñales triangulares, de raigambre indígena, y una punta de lanza de empuñadura tubular, un regatón cónico, una sierra y un yunque fácilmente relacionables con fabricados extrapeninsulares.

Las novedades metálicas que impone el progresivo desarrollo de los Campos de Urnas, se plasmarán en la consecución de un tipo de espadas de empuñadura tripartita —las pistiliformes— que rápidamente serán aceptadas en las provincias atlánticas, llegando a convertirse en el elemento más preciso para delimitar el segundo de los Horizontes del Bronce Final, entre el 1100 y 900 a.C. Así, desde las postrimerías del siglo XII, tales armas, que sustituirán a estoques y espadas de muescas o lengüeta simple, de funcionalidad más limitada, pasarán a engrosar el elenco de los talleres metalúrgicos occidentales —Bretaña, Inglaterra, etc.—, desde donde se difundirán a otras regiones, entre ellas la Península Ibérica. Buena muestra de ello

<sup>473</sup> La distribución peninsular de tales modelos se recoge en: HARRISON, 1974-1975, fig. 4.

la constituiría, tanto la significativa proliferación de estos modelos en el Oeste Peninsular —León, río Es-la, río Sil, Venguellina, etc.—, como sobre todo la existencia de algunas piezas —La Cabrera o la zaragozana de Alhama de Aragón<sup>474</sup>— cuya morfología, auténticas réplicas de pistiliformes arcaicas francesas, permiten su identificación como manufacturas importadas.

De alguna manera, la arribada de este tipo de lámina marcaría el momento en que la fachada occidental ibérica se incorpora decididamente a la órbita económica de los espacios geográficos teñidos por el denominador común de «atlantismo». El despegue de esta fase, en relación con el Bronce Final I, se manifestaría igualmente por un visible aumento, en determinados casos a partir de modelos conocidos con anterioridad —las hachas de talón, por ejemplo—, de los fabricados metálicos; a la vez que su número se amplía con la incorporación de otros nuevos, como puedan ser las navajas de afeitar —las de Huerta de Arriba—, cierto tipo de puntas de lanza con el tubo «en embudo» —Padilla de Abajo, Castrillo de la Reina, Huerta de Arriba, etc.— o algunos brazaletes macizos con peculiar decoración incisa —Astorga o Padilla de Abajo—. Tales manifestaciones, en definitiva, no serían más que el exponente del gran dinamismo que, a partir de este periodo, adquieren los intercambios comerciales a través de todo el territorio europeo; ahora también incrementados por nuevos aportes meridionales, entre los que sobresalen las hachas de apéndices laterales, representadas profusamente por las piezas de Oblanca, Gumiel de Hizán, Mirantes de Luna, Fradellos, Villasabariego, Saldaña, etc. Las mismas, originarias del Próximo Oriente, se habrían difundido por vía mediterránea hasta el Sur de la Península a partir del año 1000, alcanzando la Cuenca del Duero con ligera posterioridad.

Podemos por ello afirmar que será ahora cuando las gentes de Cogotas I, presuntos responsables de la fabricación de tales objetos, incorporarán a su bagaje material todas estas novedades, desdeñando buena parte de sus tipos propios —salvo alguno muy aislado, caso de las hachas planas—, que superados técnica y funcionalmente pierden toda su razón de ser. Como la fuera Valdevimbre para el Bronce Final I, será el depósito burgalés de Huerta de Arriba, datado hacia el 900 a.C., el hallazgo que mejor refleja lo acontecido en esta segunda fase del Bronce Final. Integrado por una amplia categoría de objetos —tres hachas de talón, tres puñales, cuatro navajas de afeitar, dos brazaletes, una punta de lanza y una lezna—, posibilita aglutinar en su órbita un buen número de descubrimientos —Padilla de Abajo, Coruña del Conde, Castrillo de la Reina, etc.—, evidenciando con ello que será tan sólo al término del Bronce Final II cuando se inicia el cénit de las producciones bronceas, que alcanzarán su momento álgido en el Bronce Final III. En efecto, por más que las armas pistiliformes confieran al Bronce Final II un carácter de homogeneidad, resulta evidente que de los bronce que consideramos se fundieron en este horizonte, un elevado porcentaje han de fecharse coincidiendo con el bien datado —sobre todo a partir de las navajas de afeitar— conjunto de Huerta de Arriba; esto es, en la segunda mitad del Bronce Final II. Da la sensación, pues, que todavía en la primera centena del periodo, hasta el año 1000, no se abandona la pauta de aislamiento «sui generis» que padeciese la cuenca durante el Bronce Final I; pudiendo acaso atisbarse dos momentos dentro de la fase —Bronce Final IIa y Bronce Final IIb—, proceso paralelo a las sistematizaciones de otros puntos de la Europa norpirenaica, allí así estructurados en base a criterios bien diferentes. Desde los inicios del milenio, el ritmo de fabricación de los talleres meseteños alcanzaría una importancia, posiblemente, comparable a la que poseyeran otros centros, tanto peninsulares como extranjeros, incluso de mayor tradición en el tratamiento de los metales.

El panorama que hasta aquí hemos descrito podría inducir a creer que la Meseta, y por la misma razón el Oeste de la Península, se convirtió en una región receptora, subsidiaria en definitiva, de aquellos núcleos septentrionales de donde irradian muchas de las innovaciones que aquí y ahora comienzan a desarrollarse. La realidad, sin embargo, debió ser bien diferente; la gran proliferación de hachas de talón y dos anillas —Villasabariego, Gumiel de Hizán, Huerta de Arriba...— y determinados tipos de una —Villaverde de Arcayos, Manzaneda, Astorga, etc.—, de inequívoca factura meseteña y exportadas a otras latitudes europeas<sup>475</sup>; la fabricación de pistiliformes de gran originalidad respecto a las más genuinas formas atlánticas —Veguellina de Orbigio, por ejemplo—, o algunas puntas de lanza muy localizadas espacialmente —las de la Provincia de Burgos—, traslucirían la gran originalidad de los focos metalúrgicos locales que, favorecidos por la relativa riqueza minera de la región adquieren una gran importancia en estos momentos, contando para ello con el aprendizaje de ciertos principios técnicos —introducción de moldes metálicos a generalización de aleaciones ternarias—, que posibilitan una producción de carácter «casi industrial».

<sup>474</sup> *Ibidem.*

<sup>475</sup> COFFYN, 1977, p. 487-502.

Huerta de Arriba	★	Hachas de talón
Padilla de Abajo	★	Hachas de talón atrofiado
Gumiel de Hizán	★	Hachas apéndices laterales
Cabañas de Juarros	★	Puntas de lanza
Covaleda	★	Regatones
Coruña del Conde	★	Armas pistiliformes
Ocenilla	★	Brazaletes
Saldaña	★	Calderos de remaches
Camposalinas	★	Navajas de afeitar
Valdevimbre	★	Armas de lengua de carpa
Sansueña	★	Cinceles
	★	Hachas planas
	★	Puñales atípicos
	★	Palmelas
	★	Yunques
	★	Frenos de caballo
	★	Sierras

Fig. 47. Interrelación de tipos en los principales depósitos metálicos del Bronce Final.

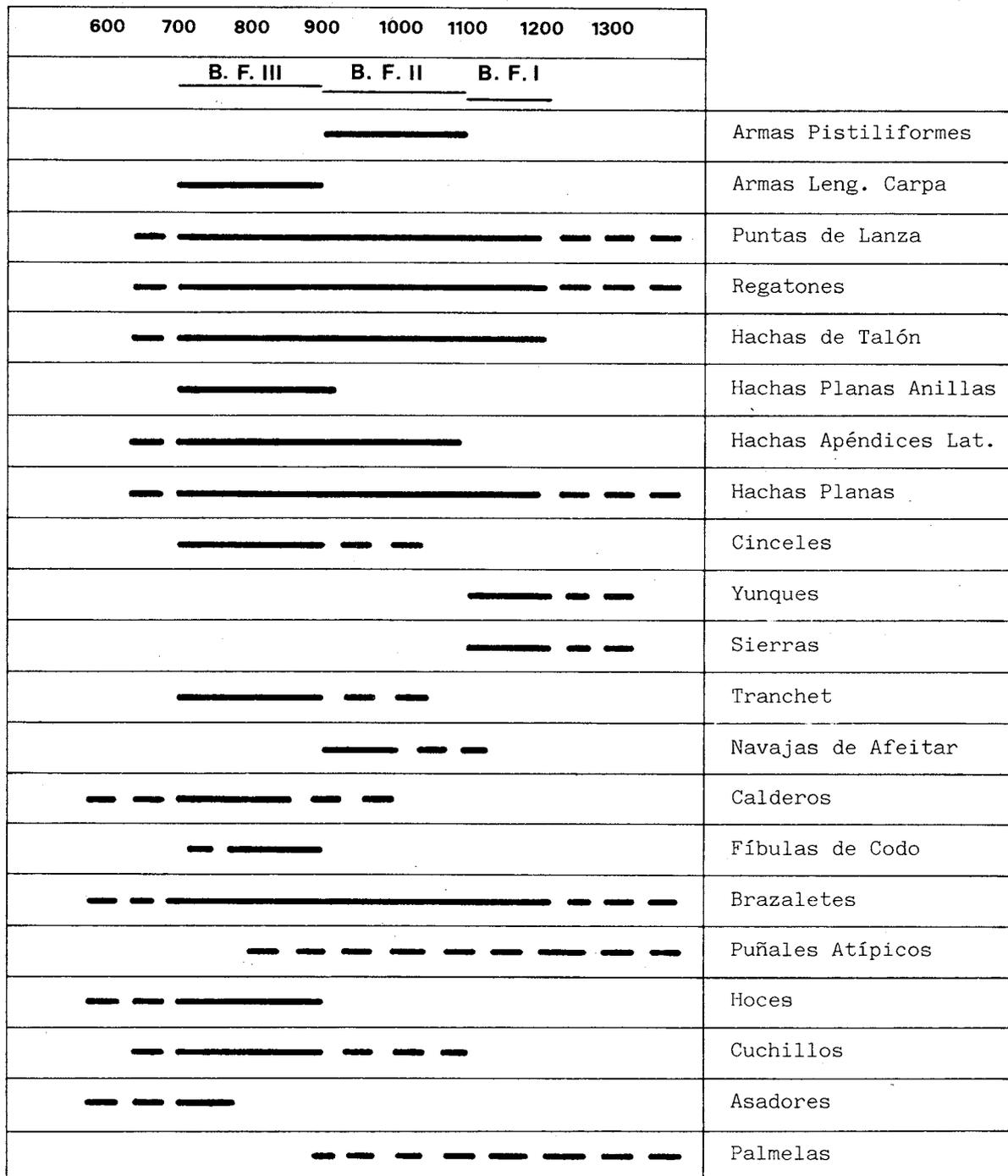


Fig. 48. Amplitud cronológica de los objetos metálicos del Bronce Final.

Por su parte, la presencia de Cogotas I, como una cultura bien contrastada, sería otro argumento relevante para desterrar la idea de que nuestro territorio fue un mero «fondo de saco», reconvertor de influencias exóticas y carente de luz propia.

Si durante el Bronce Final II las espadas pistiliformes constituyen la manifestación metálica más significativa, en el Bronce Final III —900-700 a.C.— un nuevo tipo de láminas, evolucionadas a partir de aquellas, las de lengua de carpa, se erigen en el fósil directo de la fase. Junto con la irrupción de estas armas, las producciones metalúrgica de modelos establecidos con anterioridad aumentarán considerablemente, a la vez que nuevos tipos —elementos de arnés y carro, calderos, etc.—, en su mayoría una vez más gestados al amparo de la pujanza cultural de los Campos de Urnas, harán acto de presencia en la Cuenca del Duero, donde arraigarán con desigual suerte. Asistimos, en definitiva, a la culminación del desarrollo metalúrgico, que se traducirá en que hacia el 800 a.C., los núcleos bronceístas meseteños alcancen su máximo esplendor. Puñales y espadas de lengua de carpa, hachas planas con anillas, fíbulas de codo, cinceles de cubo y una amplia categoría de instrumentos y piezas ornamentales representarían la pujanza productiva del momento.

El sustrato de población de este periodo, a diferencia de lo que aconteciese durante el Bronce Final I y II, en gran medida uniformes a partir de Cogotas I, aparece por el momento poco nítido, siendo sin duda el peor conocido de todo el Bronce Final.

Si a la vista de los argumentos expuestos nos es lícito matizar con cierto detalle el periodo de formación y despegue de Cogotas I, no es demasiado lo que sabemos sobre las circunstancias que motivaron su desaparición, instante cuyo análisis hemos de abordar con no pocas precauciones. Para nuestro propósito, contamos con un creciente número de fechas de C. 14<sup>476</sup>, las cuales nos permiten rastrear la vigencia de dicha cultura cuando menos hasta finales del siglo IX. Del mismo modo, referencias asociativas, en especial de un puñal de lengua de carpa —el palentino de Las Frailas— con excisión y boquique, llevaría a imbricar el término de Cogotas I en el Bronce Final III, hasta el 800, coincidiendo con las dataciones radiocarbónicas. En fin, la peculiar morfología del material cerámico —también excisión y boquique— de Carpio Bernardo, ha sugerido su clasificación en un momento avanzado dentro del Bronce Final III; modernidad corroborada por un fragmento de cerámica proveniente de El Rehillo<sup>477</sup>, —pese a que se trata de una pieza excepcional— en el que confluyen perfiles propios de vajillas del primer Hierro, junto con el más típico boquique de Cogotas I.

A grandes rasgos, pues, el devenir de este horizonte, el Bronce Final III debió estar marcado por la presencia de dos comunidades culturales, cuya actuación se reparte proporcionalmente entre los doscientos años que abarca su desarrollo. El primero, como relatáramos, que no sería otro que Cogotas I, representaría la continuidad de la fase anterior, y sus gentes habrían sido los responsables de la consecución de los modelos de lengua de carpa más antiguos —Frechilla, por ejemplo—, las fíbulas de codo —San Román de la Hornija, Silos, El Berrueco, etc.—; erigiéndose en el más genuino representante de la fase el depósito palentino de Saldaña. En el mismo se aglutinan dos hachas de talón, una de apéndices laterales, un cincel de cubo, dos hachas planas, un estoque y una lámina de lengua de carpa, que a la postre, y a partir de su arcaica tipología, constituye el elemento más nítido para datar el conjunto. La correspondencia con el horizonte de la ría de Huelva es incuestionable.

A partir del siglo noveno, la recesión de Cogotas I parece una realidad, y entre sus causas habrá de tenerse en cuenta, no tanto el que hubiera agotado sus propias posibilidades de evolución —la introducción de formas novedosas testificarían en favor de un avance cultural interno— cuanto por la incidencia de nuevos influjos, difíciles de percibir<sup>478</sup>, en un determinado momento matizados por los Campos de Urnas de inicios de la Edad del Hierro, que abocará en el centro de la Cuenca a la aparición del mundo del Soto de Medinilla. Se deberá a estas gentes, de origen dudoso, la autoría de fundiciones bronceíneas de gran importancia, y ellos habrían sido los presuntos responsables del moldeado de ciertas piezas que en estos

<sup>476</sup> En efecto, las apenas media docena de fechas con que hasta hace muy pocos años contábamos, se han visto en la actualidad incrementadas considerablemente, y las mismas fueron presentadas por Delibes en el último Congreso Arqueológico celebrado en Salamanca. En síntesis, y remitiéndonos a la exposición del mencionado autor, el límite inferior de Cogotas I, ha de situarse en torno al 800 a.C.; aunque bien es verdad que alguna datación sobrepasa este momento.

<sup>477</sup> MADERUELO ORTEGA y PASTOR CERREZO, 191, p. 159-196.

<sup>478</sup> El planteamiento más reciente acerca del inicio de la Edad del Hierro en la Cuenca del Duero, véase en ROMERO CARNICERO, 1980, p. 137-153.

momentos comienzan a adquirir especial difusión, cuales son las puntas de lanza o jabalinas, cortas y de hoja maciza —Cisneros o Medina de Rioseco—, algunas armas de lengua de carpa evolucionadas —Ocenilla y Paredes de Nava—, acaso el tranchet de Paredes, y un problemático cuchillo afalcado, de Regellina, que incluimos en este horizonte en base a criterios meramente estadísticos. Con no pocas reticencias, pues cada vez tenemos más dudas de que se trate de un auténtico depósito, el conjunto zamorano de Sansueña es posible se haya de integrar en el presente periodo, como así lo indica la punta de lanza con el tubo rasgado, antecedente inmediato de las que con igual disposición se fabricarán en hierro.

Con estos pueblos, de rápida implantación en la Meseta Norte —imprecisamente llamados hallstáticos—, surgirán nuevas formas de vida, aunque, sin embargo, no dejarán por ello de inhibirse de las corrientes culturales atlánticas, según manifiesta tanto la pervivencia de objetos metálicos arraigados con anterioridad, como la llegada de piezas originarias, o en todo caso derivadas de originales atlánticos, como puedan ser los calderos de remaches —Lois—, que perdurarán incluso hasta época romana. La aparición de algunos forjados de hierro, aunque no impliquen, ni mucho menos, una sustitución del elenco bronceo, mayoritario hasta la inauguración de la segunda Edad del Hierro, marcará el inicio de una nueva Edad.

Al igual que el análisis de ciertos aspectos —tipos cerámicos, rituales funerarios, emplazamientos, etc.— permiten determinar unas características «históricas» para un cierto grupo social, en este mismo sentido, resulta de gran interés hacer una valoración de la forma en que muchas de las piezas de bronce fueron halladas, en depósitos, puesto que su estudio —pese a las dificultades que el mismo entraña— sugiere algunos detalles relacionados con la estructura social, política y económica del conjunto humano que posibilitó su existencia, en lo esencial Cogotas I.

Sin duda, una primera cuestión, sobre la que se han vertido no pocas opiniones, se relaciona con el significado de tales depósitos. Sobre este extremo, nos recuerda Coombs<sup>479</sup> la opinión de Evans, quien a finales del siglo pasado, sostenía para los conjuntos ingleses la idea de que se trataba de los objetos personales de un particular o comerciante; pudiendo constituir, igualmente, piezas de desecho listas para su reaprovechamiento por un fundidor. Nuevas sugerencias fueron formuladas por Hodges<sup>480</sup>, quien resalta su significado de «utensilios especializados», que Eogan<sup>481</sup> denomina «depósitos de artesano». Bajo similar óptica se mueven las opiniones de otros autores, Mac White<sup>482</sup>, Almagro<sup>483</sup>, Ortego<sup>484</sup>, etc., que en su momento se refirieron a los escondrijos hispanos. Ciertamente, para obtener una respuesta lógica, sería interesante analizar el estado de conservación en que se encuentran los objetos de cada depósito, bastante deteriorados en el caso de la ría de Huelva, por ejemplo, lo que le lleva a una consideración de mero «stock de chatarra»; o los de Huerta de Arriba, Padilla de Abajo, Saldaña, etc., con todas las piezas en perfecto estado para su uso, acercándolos a otras posibilidades, como puedan ser algunas de las propuestas con anterioridad. De todos modos, como acertadamente resalta Coombs, «la respuesta a cuestiones de como los depósitos llegaron a ser reunidos, cuales fueron las razones para su atesoramiento y no recuperación, resultan difíciles, sino imposibles de determinar, quizá porque en cada caso hubiese una motivación diferente». Poco neta, pues, resulta la posibilidad de vislumbrar la auténtica significación de los escondrijos meseteños; si bien, no ha de desdeñarse para alguno de ellos, al igual que para ciertos hallazgos aislados, su alineamiento con una antigua interpretación<sup>485</sup>, hoy de nuevo en boga, que los identifica con «ofrendas de carácter guerrero dedicadas a las divinidades de las aguas»; recordando sobre este respecto que determinados hallazgos —las espadas de Veguellina de Orbigo y río Esla, por ejemplo— efectivamente fueron encontradas en lechos fluviales. La inadecuación de ciertos objetos para llevar a cabo su presunta finalidad —los escudos, por ejemplo, demasiado frágiles para resistir golpes—, así como la imposibilidad de uso de algunas armas —espadas de gran tamaño— aumentaría la fiabilidad del carácter sacro que a buena parte de los mismos se les otorga.

<sup>479</sup> COOMBS, 1975, p. 66.

<sup>480</sup> HODGES, 1957, p. 51-63.

<sup>481</sup> EOGAN, 1964, p. 268-351.

<sup>482</sup> MAC WHITE, 1951, p. 62.

<sup>483</sup> ALMAGRO, 1940, p. 85.

<sup>484</sup> ORTEGO, 1957, p. 119-120.

<sup>485</sup> Buena parte de la bibliografía extranjera donde se recogen aspectos vinculados con esta interpretación pueden verse en: COOMBS, 1975, p. 69-70; quien resalta las opiniones de Hundt (HUNDT, 1955, p. 95-140) y Torbrügge (TORBRÜGGE, 1970-1971, p. 1-146). Del mismo modo Almagro (ALMAGRO, 1939-1940, p. 48) y Cuevillas (LOPEZ CUEVILLAS, 1955, p. 234-236) se han referido en similares términos a los depósitos de la península Ibérica.

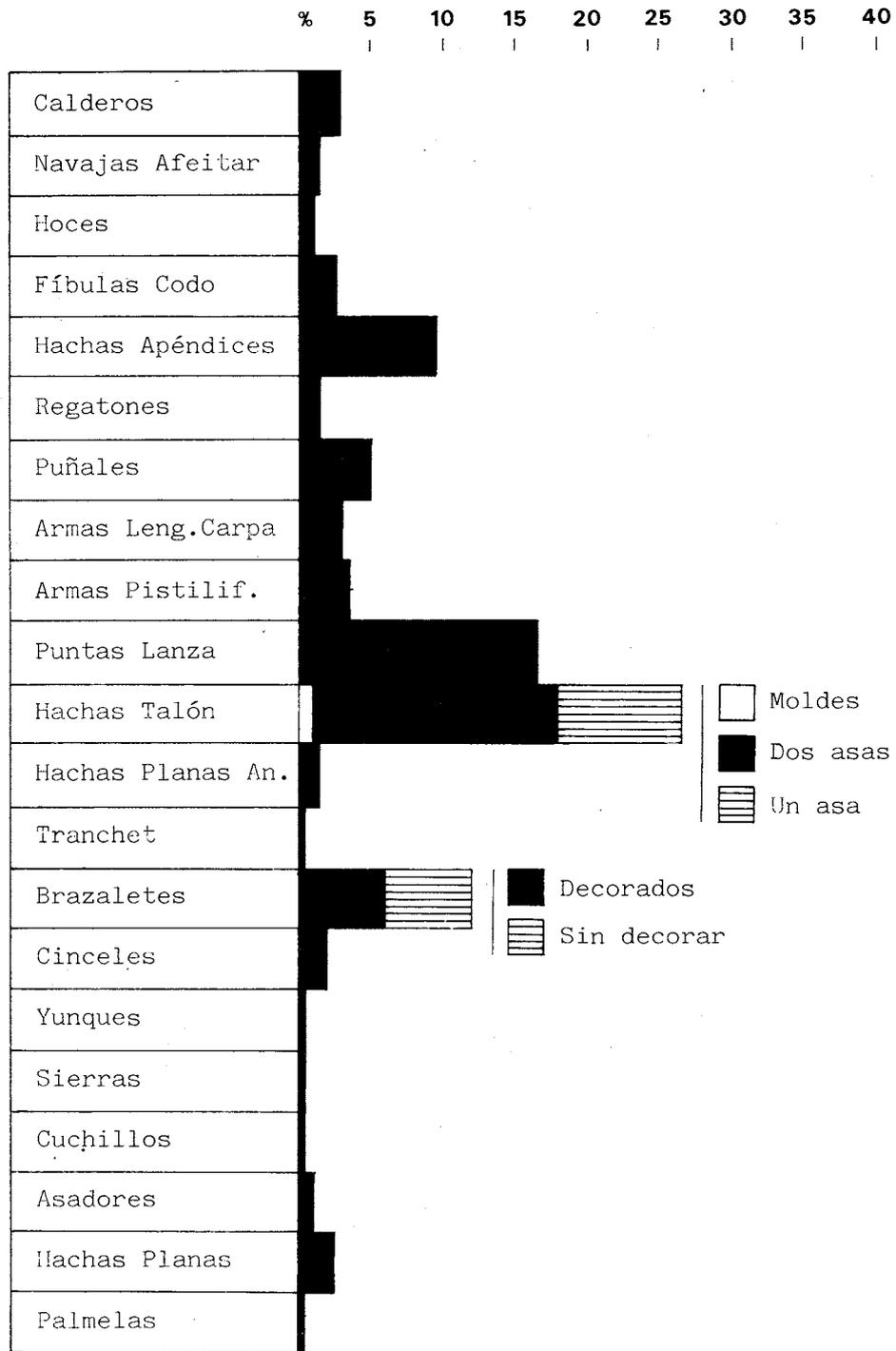


Fig. 49. Histograma de porcentajes de objetos metálicos del Bronce Final.

Por su parte, un análisis cualitativo de los objetos metálicos meseteños, revela el predominio de algunas piezas —hachas de talón y apéndices laterales, puntas de lanza, etc.— frente a otras —espadas, por ejemplo—, cuyo porcentaje en relación con las precedentes resulta ser mucho más bajo. Esta realidad, contrastada igualmente en otros depósitos extranjeros<sup>486</sup>, podría ser el exponente de que cierto tipo de piezas estaban reservadas a una minoría; esto es, que el contenido de los depósitos sugiere un tipo de organización social fuertemente jerarquizada, en cuya cúspide un reducido grupo demonante sería el poseedor de algunos objetos, símbolo de su rango y estatus, y entre ellos, las espadas, calderos o elementos de arnés y carro, estos últimos tan infrecuentes en la península Ibérica. Otros útiles —hoces, cinceles, etc.—, con pocas dudas habrían de relacionarse con actividades artesanales cotidianas —agricultura o carpintería, en estos casos—, efectuadas por las clases sociales de menor predicamento. Entre las tareas de carácter económico, especial interés nos merecen ahora aquellas relacionadas con el proceso de consecución de piezas metálicas, en primer lugar las referentes a la extracción de mineral.

A manera de breve resumen, pues no es nuestra intención escudriñar todas las fuentes bibliográficas, desde las más antiguas, referidas a la existencia de las mineralizaciones que nos interesan —cobre, estaño y plomo—, se conocen determinadas citas de escaso valor científico, interesantes a veces para saber de la existencia de pequeños veneros que se escapan al objetivo de los modernos mapas metalogenéticos. Prescindiendo de las referencias medievales, y como ejemplo de aquellas, sirva el trabajo del Conde de Toreno<sup>487</sup> que recoge, entre otras muchas evidencias, la existencia de algunas vetas de plomo en el norte de la provincia de León. Durante el siglo XIX y primer tercio del XX, surgirán una serie de trabajos parciales, en ningún caso síntesis definitivas, que constituyen los primeros intentos modernos de estructurar la carta mineralógica de la Cuenca del Duero. Tratados como los de Naranjo y Garza<sup>488</sup>, Román Oriol<sup>489</sup> o Sampayo<sup>490</sup>, constituirían una buena muestra de los mismos; continuados en momentos relativamente recientes por algún otro, el de Reoyo Díez<sup>491</sup>, por ejemplo, que, ciñéndose a la provincia de Burgos, sintetiza las referencias a explotaciones mineras en la centuria 1850-1950. La actualidad de tales trabajos se concreta en la publicación, por parte del Instituto Geológico y Minero de mapas previsores de mineralizaciones, uno de carácter muy genérico —escala 1: 1.500.000—, y los más detallados —1: 200.000—, imprescindibles para abordar un estudio de índole paleominero.

Gracias a ellos, sabemos de la existencia de un minerío cuprífero ubicado esencialmente en los rebordes septentrionales de la región —La Montaña Leonesa, Cervera de Pisuerga y Ruesgas, Villaespasa, Huidobro y La Demanda—; de plomo en Zamora y Salamanca —Muga de Alba o Aldeavieja de Tormes—, y también en el occidente de estas mismas provincias —Fregeneda, Lumbrales, Barquilla...— las más importantes mineralizaciones de estaño; amén de otros veneros de menor entidad que, bien en las mismas cordilleras que circundan la Cuenca del Duero o en las zonas de menor altura, en el de contacto con las planicies del interior, permiten suponer que dichos minerales, pese a su limitada importancia en el conjunto nacional, debieron poseer la suficiente entidad como para respaldar toda la producción de cobres y bronce protohistóricos sin necesidad de recurrir a importaciones, por más que, como viéramos, la presencia de alguna pieza metálica, muy pocas, pudo responder a este mecanismo. De forma consciente, la valoración de los recursos mineros efectuada resulta muy elemental, pues nuestro interés se centra no tanto en una descripción pormenorizada —morfología, litología, etc.— de los mismos, cuanto de aquellos, muy puntuales, en los que existen indicios de haber sido explotados en tiempos pretéritos.

Ciertamente, no ha sido notable ni lo es en la actualidad la dedicación que los investigadores han prestado a esta actividad, no más que unas pocas citas referidas a la comarca leonesa de La Montaña. Merced a las mismas<sup>492</sup>, se intuye que determinados centros cupríferos —La Valcueva, Colón en Villamanín, Corniero y La Profunda en Cármenes— pudieron beneficiarse en la antigüedad, si bien los argumentos para confirmar tales trabajos son tan limitados que sólo ciertos hallazgos producidos en el interior de alguna

<sup>486</sup> COOMBS, 1975, p. 76.

<sup>487</sup> Discursos pronunciados en la Real Sociedad de Oviedo en los años 1781 y 1783 por su promotor y socio de mérito el Conde de Toreno, Madrid, MDCCCLXXXV.

<sup>488</sup> NARANJO Y GARZA, 1841, p. 93-115.

<sup>489</sup> ORIOL, 1888.

<sup>490</sup> SAMPAYO, 1876, p. 125-132.

<sup>491</sup> REOYO DIEZ, 1964, p. 63-79.

<sup>492</sup> LUENGO, 1941, p. 125; MONTEAGUDO, 1954, p. 71.

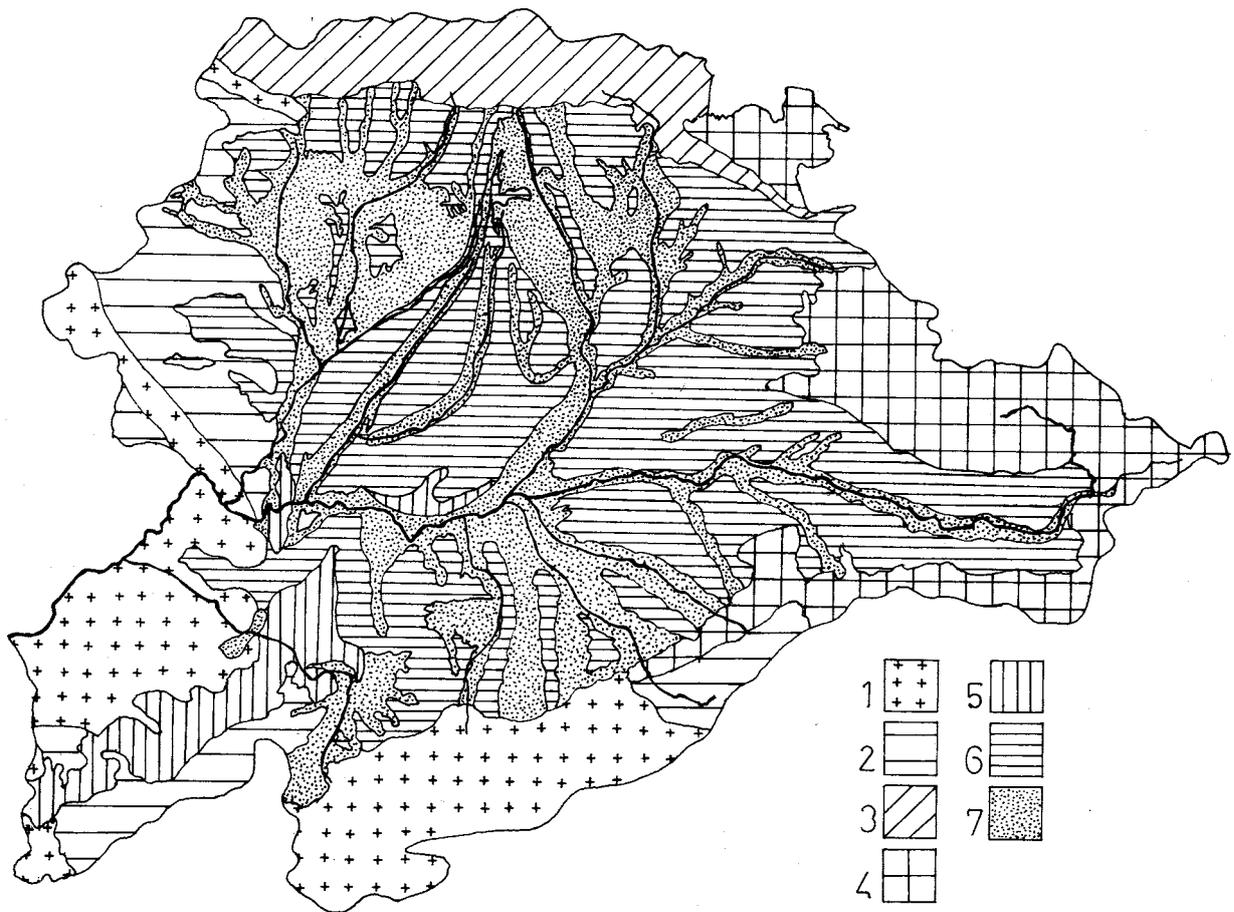


Fig. 50. Mapa geológico de la Cuenca del Duero: 1. Granito. 2. Rocas metamórficas de la Era Primaria. 3. Paleógeno y Secundario. 4. Triásico y Cretácico. 5. Eoceno. 6. Mioceno. 7. Campiñas y terrazas del Plioceno y Cuaternario.

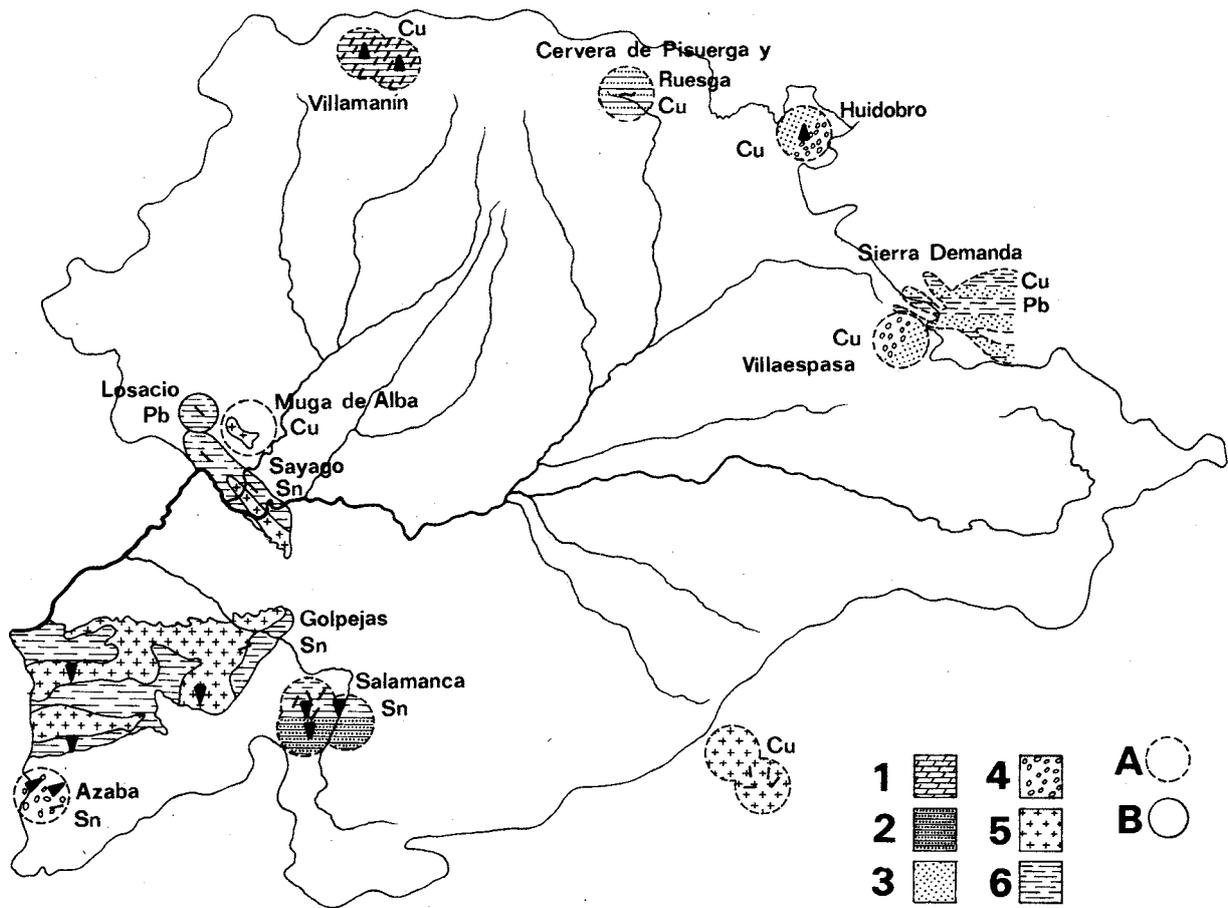


Fig. 51. Metalotectos litológicos: 1. Dolomías. 2. Cuarцитas. 3. Areniscas. 4. Conglomerados. 5. Granitos. 6. Pizarras. Límites de las áreas metalíferas: A. Límites imprecisos. B. Dimensiones no cartografiadas.

de ellas sirven de respaldo para confirmar aquella dedicación, presuntamente desfigurada por laboreos modernos. Sería el caso de La Profunda, donde al reiniciarse trabajos de extracción en el siglo XIX, se recuperaron algunos martillos líticos de surco —hoy se conocen tres— y determinadas piezas de cobre o bronce, hachas planas según su hallador, de las que sabemos una se conserva en el Museo Arqueológico Provincial de León.

En relación con los primeros, los martillos, ninguna duda existe acerca de que el devastado de filones fue su finalidad; siendo frecuente su localización en ambientes calcolíticos, y vigentes cuando menos hasta la Edad del Hierro<sup>493</sup>. El modelo de metal por su parte —plano por una de sus caras y en la contraria con ligeros rebordes—, una especie de cazoleta, no encuentra parangón, que conozcamos, entre los corpus tipológicos europeos, descartándose pueda constituir la valva de un molde, a partir de la indefinición formal del objeto resultante. En definitiva, pese a ser estas las citas más reveladoras de la extracción de minerales durante la Protohistoria, lo cierto es que no nos permiten una aproximación precisa al periodo en que estuvieran en funcionamiento, acaso a partir del Bronce Final si atendemos a su presunta complejidad, ya con galerías<sup>494</sup>, o en un momento mucho más antiguo teniendo en cuenta que un reciente análisis espectrográfico del artefacto metálico ha puesto de relieve se trata de un cobre arsenical<sup>495</sup>.

La descripción de un losa de arenisca localizada en el interior de la mina San Juan, en Corniero, cuya finalidad, ciertamente nos resulta extraña, y la presencia de un fragmento de hacha pulimentada en el interior de la mina Colón, completaría la información, muy elemental, referida a esta actividad.

No son mucho más expresivos los datos que se refieren a los procesos metalúrgicos propiamente dichos, reducidos a unos pocos análisis espectrográficos, dos moldes de arenisca y vestigios muy poco netos de un horno; además de algunas piezas —cincales de cubo— que presumiblemente pudieron estar dedicadas al retocado final de otros objetos de bronce. Un elenco, pues, bastante limitado, pero interesante en todo caso, tanto para complementar la secuencia que contando con la tipología propusiéramos líneas atrás, como para poder afirmar que los centros bronceístas meseteños participaron de similares acontecimientos técnico-evolutivos que los desarrollados en otras áreas de la ribera atlántica<sup>496</sup>. En efecto, si no deja de ser cierto que de alguna manera nuestro territorio, junto con todo el norte y oeste de la península Ibérica, desde que remite el campaniforme hasta el Bronce Final, aparece «descolgado» de los avances metalúrgicos acaecidos en el resto de la Europa Occidental, a partir del inicio del primer milenio la homologación con aquellos centros debió ser una realidad. Lo atestiguaría, junto con la coincidencia formal de la casi totalidad de las piezas inventariadas —argumento de mayor enjundia—, el análisis químico y espectrográfico efectuado en una veintena de objetos.

Insistiendo en la observación efectuada por Ruiz Gálvez<sup>497</sup>, hemos de recordar que los inicios del Bronce final no supondrán un desarraigo inmediato de las fórmulas compositivas predominantes en siglos anteriores —bronces binarios con porcentajes estanníferos relativamente bajos y perduración de bastantes piezas con presencia intencionada de arsénico—, advirtiéndose en tal sentido algunos objetos, especialmente en una lezna de San Román de Hornija, que el cociente de estaño es aún bajo —6,16%—, mientras que el arsénico comparece en un significativo 0,61%. Parecidos resultados —en este caso sin apenas adición de arsénico— depararían los análisis de un aro y una fíbula de codo procedentes de esta misma estación vallisoletana de tipo Cogotas I; pero no así un pequeño lingote, equiparable a las coladas propias del Bronce Final III más evolucionado a partir de la presencia en el mismo de un 9,10% de plomo. Las piezas de este yacimiento resumiría, por consiguiente, usos de marcada raigambre indígena —visibles en la lezna,

<sup>493</sup> GOSSE, 1942, p. 47.

<sup>494</sup> BLANCO FREIJEIRO y ROTHENBERG, 1981, p. 117.

<sup>495</sup> Dato ofrecido por el Prof. de Blas Cortina en el Coloquio Internacional sobre Minería y Metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas. Madrid, 24-28 de octubre de 1985.

<sup>496</sup> Aspectos técnico metalúrgicos en general pueden seguirse, entre otras obras, en: FORBES, 1972; MARECHAL, 1962; MILLOTTE, 1970, p. 171; RAURET, 1976; COGLAN, 1975; SMITH and BLIN-STOYLE, 1959, p. 188-206; GIOT, BOURHIS et BRIARD, 1970; SANGMEISTER, 1960, p. 131-139; BLANCHET, DECORMEILLE et MOHEN, 1984; TYLECOTE, 1976; *Idem*, 1982, p. 459-466; SIERRA RODRIGUEZ, 1978, etc.

<sup>497</sup> RUIZ GALVEZ, 1984, p. 362.

el aro y la fíbula— con otros —el lingote—, exponente de la tendencia progresiva, por razones no suficientemente aclaradas, a introducir plomo en las aleaciones —bronces ternarios—, que incluso en algunas piezas muy tardías dentro de la etapa, pueden llegar a adquirir carácter de exclusividad<sup>498</sup>.

A su vez, será precisamente el elevado porcentaje de plomo de este lingote —que lo llevaría con bastantes posibilidades al Bronce Final III b— el dato que plantee ciertos inconvenientes; a partir de las fechas, tanto relativas como absolutas —1010 y 880 a.C.— de este yacimiento<sup>499</sup>, sin que interesen, pues, al siglo VIII, al igual que tampoco lo hacen el conjunto de dataciones radiocarbónicas correspondientes a Cogotas I. Lo cierto es que no encontramos razones para justificar tal circunstancia, debiendo acudir al fácil recurso de que la composición de este lingotillo no hará sino preluir la que en el último siglo del periodo constituirá práctica bastante habitual.

Como el pequeño prisma de San Román, también un brazaete y un puñal de hoja triangular del presunto depósito de Sansueña, con cocientes plúmbeos algo superiores al 8%, podrían poseer aquella consideración de bronce ternarios. En su caso, sin embargo, la mínima presencia de estaño impediría su equiparación con los objetos más ricos en plomo del occidente de Europa; sirviendo en todo caso como un argumento más para desechar la posibilidad de que las piezas de Sansueña hubieran constituido un hallazgo unitario, aspecto que ya barajase Delibes<sup>500</sup> y sobre el que hoy no poseemos duda alguna se trata de una falsa reunión<sup>501</sup>. De la progresiva presencia del plomo, se haría eco asimismo los 0,88% y 0,45% de dicho metal, presentes en las espadas pistiliformes de Veguellina de Orbigio y Río Esla, respectivamente; algo más bajos que los porcentajes que caracterizarán a determinadas piezas de la misma época —en el grupo Saint-Brieuc-des-Iffs el plomo aparece estabilizado en torno al 2%<sup>502</sup>—, pero justificable si tenemos en cuenta que la masificación de este metal no supone su generalización en los demás fabricados contemporáneos, las propias espadas, por ejemplo, que acaso por tratarse de piezas de prestigio seguirán manufacturándose con bronce de buena calidad.

De los tres palstaves meseteños que se custodian en el British Museum, el de procedencia «provincia de León», con un 2% de plomo, ofrecería, en principio una mayor modernidad que los restantes, de La Bañeza y «provincia de Palencia»; aunque, como es sabido, las hachas de talón constituyen uno de los elementos metálicos peor datados, imprecisamente entre el Bronce Final II/III; sin que en estos casos lo común del tipo permitan efectuar mayores precisiones.

Ligeramente desplazado de los límites meseteños, el conjunto de puntas bronceas de Bembibre (León)<sup>503</sup>, cuyos análisis químicos se presentaran globalmente, sin especificar las piezas en que se efectuaran, ofrecería un claro exponente de bronce terciario —hasta un 6% de plomo—, de fecha próxima al Ha C, apoyada ahora por consideraciones de orden tipológico, puesto que la mayoría de estos venablos no hacen sino reproducir el esquema de los modelos de Cisneros y Medina de Rioseco, ya vistos.

Parcialmente comprobada la evolución de las coladas metálicas, nos referiremos a continuación al resto de los procesos técnicos ligados a la obtención de armas y utensilios de bronce, en primer lugar a los hornos. De los mismos poseemos tan sólo vagas noticias referidas a dos modelos leoneses, junto a la mina de La Valcueva, dados a conocer por Sánchez Cañón y publicados con posterioridad por Luengo<sup>504</sup>, quién siguiendo a su descubridor realiza una descripción bastante pormenorizada. Pese a todo —se trata de dos concavidades practicadas en la roca en cuyas proximidades existen restos de bronce fundido—, no tenemos seguridad alguna de que estuvieran en funcionamiento durante la Edad del Bronce; hecho, sin embargo,

<sup>498</sup> Resulta un hecho contrastado en la práctica totalidad del territorio europeo, que a partir del Bronce Final II se asiste a una progresiva introducción de plomo en las aleaciones bronceas, que en determinadas piezas llegarán a alcanzar carácter de exclusividad. Su presencia ofrece el inconveniente de disminuir la dureza y resistencia de los bronceos; debiendo responder tal hecho a factores económicos —el plomo sustituiría al cobre o estaño, cada vez más apreciados—, funcionales —los aleados plúmbeos se trabajan más fácilmente en frío— o tecnológicos —la adición de plomo rebaja el punto de fusión en la mezcla y permite economizar combustible—, sin que se pueda precisar cual de ellos justifica su adopción. El tema es tratado parcialmente en: BRIARD, 1978, p. 81-82.

<sup>499</sup> DELIBES DE CASTRO, 1978, p. 237.

<sup>500</sup> DELIBES DE CASTRO, 1980, p. 240.

<sup>501</sup> Las piezas fueron adquiridas al anticuario de Sahagún por el Museo Diocesano de León. El mencionado comerciante, sabedor sin duda de que los objetos arqueológicos poseen un valor más elevado cuando se conoce su procedencia, de forma indiscriminada les otorga un lugar de hallazgo. Muestra de lo que afirmamos la constituye una nueva adquisición de este mismo Museo, un puñal, auténtica reproducción de modelos iraníes, y que, curiosamente, lo hace proceder de «Mozos» (León).

<sup>502</sup> BRIARD, 1965, p. 185.

<sup>503</sup> FERNANDEZ MANZANO, MAÑANES PEREZ y RAMOS, 1982, p. 349-368.

<sup>504</sup> LUENGO, 1941, p. 126-127.

no descartable, pues si en principio su descripción no se ajusta a la forma de horno más conocida para la fundición de mineral de cobre durante la Edad<sup>505</sup> —estructura circular de piedras con tobera—, sin duda debieron utilizarse otros sistemas para fundir, uno de los cuales bien pudo ser el descrito por Luengo. En toda la Cuenca del Duero no se conocen otras evidencias de tales estructuras, a no ser las que presumiblemente parecen identificarse en el Soto de Medinilla<sup>506</sup> y El Royo<sup>507</sup>, en ambos casos en funcionamiento ya, casi con seguridad, durante la primera Edad del Hierro.

El resultado inicial de esta actividad fundidora se concretaría en la obtención de los correspondientes *lingotes* —sólo conocemos el bronceo de San Román, en nada parecido a los plano-convexos, de cobre casi puro, que proliferan en el Bronce Final—; si bien la función de los hornos no terminaría con esta operación, puesto que además de la posibilidad de efectuar sucesivas fundiciones para conseguir su refinado, se utilizaron también para mezclar trozos de lingote en los crisoles, consiguiendo con ello un metal aleado en las proporciones deseadas.

Independientemente de su forma —circulares, ovalados, con o sin piqueta...— o capacidad —entre 20 y 100 centímetros cúbicos, por lo general—, ha de resaltarse, como ya recuerda Coghlan<sup>508</sup>, la poca frecuencia de hallazgos de *crisoles* hasta la Edad del Hierro. Pese a todo, se conocen en la Meseta Norte algunos modelos calcolíticos —Las Pozas y La Alameda—, todos zamoranos<sup>509</sup>, que bien pudieran constituir las manifestaciones metalúrgicas más antiguas de nuestro territorio, correspondientes a un ambiente cultural precampaniforme, paralelo al mundo de Vila Nova de Sao Pedro I. Desconocemos pieza alguna que, con seguridad, pueda atribuirse al Bronce Final y, como sucediese con ciertos hornos, tan sólo muy al final de este periodo, o más probablemente de los inicios del Hierro, existen ciertos testimonios de tales utensilios —Soto de Medinilla<sup>510</sup>, Valoria la Buena<sup>511</sup>, Sacaosjos<sup>512</sup>, Lancia<sup>513</sup>, etc.—.

Un nuevo proceso, previo a la consecución final del objeto, consistiría en el vertido, desde los crisoles, del metal licuado en los *moldes*. Se ha esbozado con cierta nitidez la evolución de tales instrumentos, pudiendo establecer que tres son los materiales en que se fabrican —arcilla, piedra y metal (cobre o bronce)—, en cada caso con unas implicaciones cronológicas determinadas. Hasta el término del Bronce Antiguo se habrían utilizado matrices monovalvas, surgiendo en este momento el molde bivalvo cerrado, más idóneo para producir en serie, a la vez que, técnicamente, supondría que la colada se enfría con lentitud, proporcionando a la pieza mayor homogeneidad. Tras calentarlas previamente, evitando así el shock térmico que originaría su rápida fragmentación, y una vez encajadas, se procedería a su llenado —en posición vertical cuando se trataba de conseguir piezas de cubo—, frecuentemente inclinado, a fin de eludir la formación de burbujas de aire en el interior de la colada, evacuación que también debió producirse por la línea de unión de las dos valvas. Los hallazgos peninsulares más numerosos corresponden a moldes de piedra<sup>514</sup>, conocidos en la Meseta a través del ejemplar monovalvo de Quintanilla de Onsoña, que citáramos con anterioridad; de dos ejemplares de arenisca —de distinto molde— para hachas de talón y dos anillas, de Linares de Riofrío y otro, igualmente de arenisca, preparado para la obtención de hoces planas, localizado en Sacaosjos.

El molde referido en último lugar, no está exento de ciertos matices interpretativos, por cuanto no tenemos seguridad se trata de una matriz monovalva —lo cierto es que no ofrece pivote u oquedad para encajarla con la segunda— o, por el contrario, pudo corresponder a un molde complejo, bivalvo, en cuyo caso constituiría un auténtico anacronismo, en un momento Bronce Final III / Hierro, al que con bastante seguridad corresponde la pieza, hallada con fragmentos cerámicos de tipo Soto. Dos hoces similares a las

<sup>505</sup> TYLECOTE, 1976, p. 29.

<sup>506</sup> PALOL, 1966, p. 26.

<sup>507</sup> EIROA, 1981, p. 190.

<sup>508</sup> COGLAN, 1975, p. 71.

<sup>509</sup> MARTIN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1981, p. 180-184, fig. 5.

<sup>510</sup> RAURET, 1976, p. 66.

<sup>511</sup> MARTIN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1978, p. 219-230.

<sup>512</sup> LUENGO, 1961, p. 105.

<sup>513</sup> DELIBES DE CASTRO, 1980, p. 395-397.

<sup>514</sup> RAURET, 1976, p. 78-135.

que se obtendrían con la matriz de Sacaosjos, aparecieron en la localidad también leonesa de Torre de Babilonia; bien paralelizadas en otros ejemplares del Bronce Final III coincidiendo así, cuando menos en parte, con la del molde. Casi con seguridad desde la segunda mitad del Bronce Medio, se comenzarían a utilizar moldes metálicos<sup>515</sup>, sin referencia de hallazgo alguno en la Meseta Norte, aunque constatados en la vecina Asturias<sup>516</sup>, por lo que no es aventurado suponer que también aquí debieron utilizarse.

En fin, una amplia categoría de instrumentos —martillos, buriles, cinceles, etc.— permitirían el finalizado de la pieza tras una serie de operaciones como puedan ser el afilado, pulido, decorado, etc.; aspecto sobre el que convendría insistir, a propósito de la necesidad de aumentar el número de análisis espectrográficos, radiografías, etc., que constituyen algunos de los mejores medios para desvelar el grado de conocimientos metalúrgicos de los fundidores de bronce, en este caso. Recordemos que, con frecuencia, se ha magnificado la capacidad técnica de los artesanos del metal de la época y, ciertamente, no faltan razones objetivas para creerlo así. La complejidad constructiva de determinados objetos, los calderos por ejemplo, así como la excepcional calidad de no pocas piezas de orfebrería, constituirían argumentos más que suficientes para certificar lo correcto de la observación. Bajo similares supuestos, la variación intencionada de los componentes metálicos que intervienen en la aleación, no sería más que el exponente del exhaustivo dominio que adquieren los metalurgistas del bronce al término de la Edad. En este último, caso sin embargo, convendría realizar algún tipo de consideración, pues cabría cuestionar hasta qué punto el fundidor era consciente de la existencia de pequeñas variaciones porcentuales en los componentes de la colada, muchas veces consecuencia de las propias impurezas que lleva aparejada la mineralización; lo que provocaría la consiguiente dificultad para reproducir una mezcla con idénticos porcentajes.

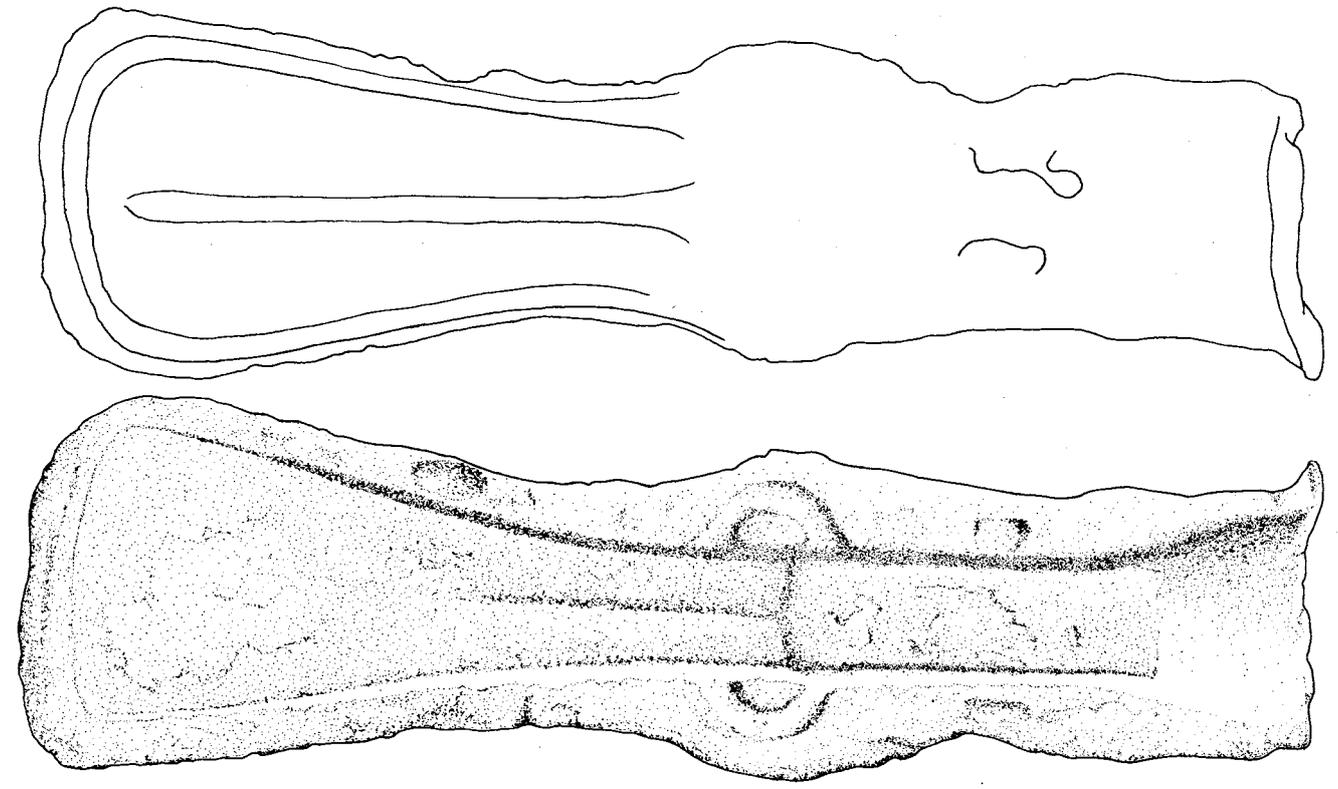
Será este aspecto, las impurezas, uno de los datos que rara vez se omite en los trabajos dedicados a la investigación paleometalúrgica, concretado en la posibilidad de establecer una correlación entre los componentes metálicos de las diversas piezas y el lugar donde se extrajera el mineral para su consecución. Casi siempre, tan sugestiva cuestión se solventa señalando las grandes dificultades para ofrecer una respuesta significativa, arguyendo para ello razones de tanta enjundia como el hecho de que los fundidores de cobre y bronce reaprovecharon objetos deteriorados u obsoletos mediante la práctica de refundido; la variación de las impurezas dentro de una misma veta<sup>517</sup> o la propia carencia de un número importante de análisis que permitiera establecer consideraciones estadísticas expresivas. Con estas premisas, poco sería lo que en tal sentido podríamos señalar de los fundidos meseteños; no más que valorar la presencia de hierro en la práctica totalidad de las piezas analizadas; muestra de que el mineral cuprífero que se utiliza para su fabricación se extrajo de criaderos ferrocobrizos, Cervera de Pisuerga o Buitrago, por citar los más cercanos; conscientes, sin embargo, de que la falta de un estudio paleominero intensivo no confiere a este planteamiento más que un valor meramente especulativo.

En fin, el conjunto de los datos manejados permite, siquiera de forma muy elemental, saber de la existencia de actividades mineras en tiempos protohistóricos, y afirmar con muy pocas dudas que la metalurgia fue una dedicación conocida entre las gentes del Bronce Final; barruntada tanto por argumentos tangibles —los moldes, por ejemplo—, cuanto por una serie de indicios como puedan ser la presencia de algunos tipos genuinamente meseteños, o el significativo dato de que en un número cada vez mayor de yacimientos de la región correspondientes al calcolítico precampaniforme, como viéramos, se documenten ya crisoles, signo de la larga tradición, ya entonces generalizada, en el tratamiento de los metales por parte de las gentes meseteñas. Esta misma circunstancia será la que permita, sino negar, al menos desterrar la idea de que fueron tan sólo algunos grandes talleres de manufacturado los encargados de abastecer de piezas de metal a sus contemporáneos, pues, insistimos, la capacidad de fundir desde muy pronto fue asequible a los grupos de la Cuenca del Duero, incluso a los asentados en las tierras sedimentarias desprovistas de mineral de cobre. No deja de ser cierto, sin embargo, que la distribución de los dos centenares de objetos inventariados interesa esencialmente a la orla septentrional —en menor grado a los rebordes del sur— y territorios aledaños, en lo que puede interpretarse como una clara relación de los mismos con los núcleos de mineralización cuprífera, donde, ciertamente, también pudo existir algún centro de fabricación importante, especializado en la elaboración y comercialización de ciertos tipos —las hachas de apéndices con el filo muy dilatado, en La Montaña leonesa, por ejemplo—, sin documentar arqueológicamente por el momento.

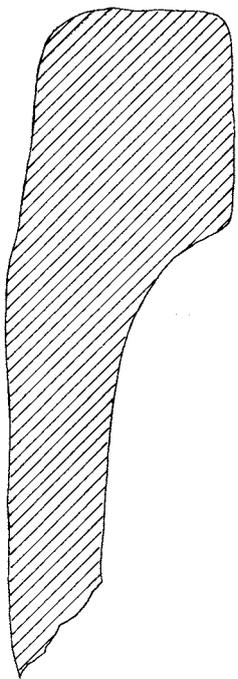
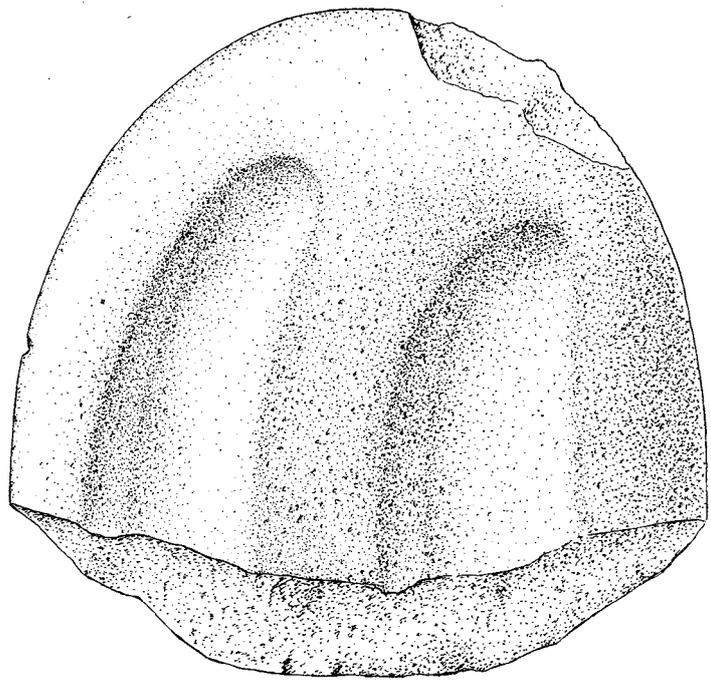
<sup>515</sup> De problemática aceptación como tales (TYLECOTE, 1962, p. 123-128), hoy ninguna duda ofrece su funcionalidad, como así lo demostrara Coffyn (COFFYN, 1978, p. 23-32).

<sup>516</sup> BLAS CORTINA, 1975, p. 500-512.

<sup>517</sup> Aspecto tratado recientemente, aludiendo a otros trabajos, en: ROVIRA LLORENS y SANZ NAJERA, 1983, p. 196.



1



2



Fig. 52. 1. *Limares de Riofrío*. 2. *Sacaosjos*.

Repetidas veces a lo largo de los renglones precedentes se ha señalado la incidencia de modelos metálicos extranjeros en la consecución de gran parte de los tipos meseteños, inequívoca a partir de las coincidencias formales. La cuestión que, sin embargo, cabría plantearse, radicaría en saber cual fue el mecanismo de distribución de tales ejemplares desde los hogares que vieran su nacimiento hasta el territorio de la península Ibérica en general y de la Meseta Norte en concreto. En este sentido, resulta evidente que existe una tradición de intercambios con grupos foráneos, bastante clara desde inicios de los Metales, y de los que el puñalito luso de Alcobaça, réplica de piezas del Bronce Antiguo inglés, constituiría un buen ejemplo. Del mismo modo, determinadas coincidencias entre el equipo material de las comunidades que se asientan en torno al Mediterráneo, justifica que con toda propiedad algún autor utilizara el término de «panmediterranismo» para referirse a aquella realidad<sup>518</sup>. Progresivamente, se habría asistido a una mayor densidad en el volumen de intercambios, sumándose ahora a los mismos, a partir del Bronce Final, los procedentes del mundo centroeuropeo, una vez que eclosionan los Campos de Urnas.

Durante mucho tiempo se aceptó, y aún hoy es una cuestión no resuelta satisfactoriamente, que habrían sido los grupos incineradores en sus fulgurantes desplazamientos, los responsables de la difusión de gran parte de las piezas que a partir del Bronce Final comienzan a fabricarse en la península Ibérica; a través de un proceso, las controvertidas «invasiones», que habría posibilitado, entre otros, la introducción de espadas pistiliformes y de lengua de carpa. Así lo propugnaba Evans<sup>519</sup>, contando para su argumentación tanto con referencias de orden formal, cuanto por el desconocimiento de molde alguno que apostillarse una fabricación autóctona. Tal posición, rápidamente aceptada por los investigadores hispanos<sup>520</sup>, fue con posterioridad cuestionada por Savory<sup>521</sup>, quién refiriéndose a los «portadores de espadas», que así denominara Evans, señala la imposibilidad de que la difusión de tales armas hubiera estado condicionada por la presencia de aquellos pueblos. La existencia de formas originales hispanas, como sobre todo la precedencia cronológica de las mismas respecto a la presunta llegada de grupos extranjeros, respaldarían la tesis del investigador británico, afianzada aún más por el hallazgo de algunos moldes, los de Regal de Pidola<sup>522</sup>, Ronda<sup>523</sup> o Roquizal del Rullo<sup>524</sup>.

El rechazo del modelo de invasión, acaso válido para los grupos del Bronce Final del noreste de la península<sup>525</sup>, como el sistema que posibilitó el conocimiento de ciertos tipos de metal en la Cuenca del Duero, nos lleva a considerar otras alternativas, de hecho ya esbozadas en el desarrollo del presente trabajo. Así, hemos de valorar especialmente aquella según la cual, partiendo de la invención de un determinado modelo —en no pocos casos ligados inicialmente al esplendor de los grupos de Campos de Urnas—, este se habría dado a conocer en otras comunidades donde, una vez aceptado, comenzaría a manufacturarse en sus propios talleres. Se trataría, en definitiva, de un proceso de «difusión de ideas», que en el caso de la franja septentrional hispana, desde otros hogares atlánticos —Islas Británicas y costas galas, sobre todo— habrían seguido un camino fundamentalmente marítimo, que no las rutas continentales defendidas Hawkes y Smith<sup>526</sup>. De igual manera, los vínculos económicos con el mundo meridional aparecen nítidos desde el último Bronce —difusión del fenómeno orientalizante—, contrastados a lo largo de la «vía de la plata» y complementados con bastante seguridad por una no menos importante vía marítima hasta el noroeste, y desde allí a la Meseta Norte.

El planteamiento hasta aquí esbozado, pese a que no dudamos refleja la realidad de la época: «una región ecléctica en la que Cogotas I aparecería afectada sobre todo por influjos de carácter atlántico, lo que permite su clasificación como provincia cultural del occidente europeo», no resuelve algunas incógnitas, como lo es determinar la verdadera importancia cuantitativa de las piezas objeto de comercio, a la

<sup>518</sup> Una última valoración del tema, muy acertada a nuestro entender, se recoge en: FERNADEZ MIRANDA, 1985.

<sup>519</sup> EVANS, 1930, *passim*.

<sup>520</sup> BOSCH GIMPERA, 1942, p. 1-126; ALMAGRO, 1951, p. 1-128; MARTINEZ SANTA-OLALLA, 1946; MALUQUER DE MOTES, 1972.

<sup>521</sup> SAVORY, 1948, p. 155-176.

<sup>522</sup> BARRIL, DELIBES DE CASTRO y RUIZ ZAPATERO, 1982, p. 369-385.

<sup>523</sup> AMO, 1983, p. 81-94.

<sup>524</sup> CABRE, 1928, lám. XXIII.

<sup>525</sup> ALMAGRO GORBEA, 1977 a, p. 89-145. Sobre aspectos teóricos de mecanismos de la invasión, véase: RUIZ ZAPATERO, 1983, p. 147-158.

<sup>526</sup> HAWKES and SMITH, 1957, *passim*.

postre reflejo del grado de relación entre las comunidades implicadas en el mismo. De las dos centenas de piezas que conforman el inventario, apenas si alcanzan la docena —espada de La Cabrera, hacha de Beratón, etc.— las que se pueden calificar de importadas, número no muy inferior a las que, en sentido contrario —hachas de talón esencialmente— se consideran exportadas desde nuestro territorio; irrelevantes en todo caso, para obtener unas conclusiones mínimamente aceptables. De forma tan sólo referencial, una aproximación a este aspecto nos la brinda el importante pecio de Longdon Bay<sup>527</sup>, sito en las costas británicas, cuyo mayor interés reside, tanto en el hecho de contener su cargamento original, como sobre todo la gran concentración de un tipo de hacha allí localizado, de alerones medianos, cuyo origen, curiosamente, se acepta acaeció en territorio centroeuropeo. En suma, lo que este depósito evidencia, es que el volumen de piezas que hemos manejado, pese a ser suficientemente amplio para efectuar el estudio que nos propusiéramos, acaso no lo sea tanto para desvelar la verdadera importancia de las relaciones con otros núcleos culturales, posiblemente mucho más densas de lo que pudiera parecer.

Como ya propugnáramos en alguna parte de nuestra exposición, los datos que de nuestro estudio pueden obtenerse, apenas si superan el carácter de aproximación al periodo, siendo conscientes de que aún cuando fuera posible recuperar otras tantas piezas como las conocidas en la actualidad, las conclusiones, en sus aspectos esenciales, no variarían sustancialmente de las que hoy presentamos. La necesidad de potenciar el número de excavaciones en yacimientos de la época, constituiría el único medio para paliar el desconocimiento que de no pocos aspectos del Bronce Final en la Meseta Norte poseemos, y para los que al análisis de los elementos metálicos sólo permiten soluciones parciales.

---

<sup>527</sup> MUCKELROY, 1980, p. 100-109.

## BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA, p. (1969): *La pintura rupestre esquemática en España*, Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, Salamanca.
- ALCALDE CRESPO, G. (1980): *Otras aportaciones a la Edad del Bronce en la Provincia de Palencia. El puñal de Frechilla*, T.T.M., 46, p. 81-90.
- ALMAGRO, M. (1939): *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en la península Ibérica*, Ampurias, I, p. 139-150.
- , (1939-1940): *Bronces de la Meseta en el Museo Arqueológico de Barcelona. Una espada del río Esla*, BSAA., XXII-XXIV, p. 47-56.
- , (1940): *El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el occidente de Europa*, Ampurias, II, p. 85-143.
- , (1943): *Tres nuevos hallazgos del Bronce Final en España*, Ampurias, V, p. 270-279.
- , (1951): *La invasión céltica en España*, en Historia de España de Menéndez Pidal, t. I, 2 p.
- , (1955): *Guía de los Museos de España. II. Museo Arqueológico de Barcelona*, Madrid.
- , (1957): *Las fibulas de codo de la Ría de Huelva. Su origen y cronología*, Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, IX, p. 7-46.
- , (1958): *Inventaria Archaeologica. El depósito de la Ría de Huelva*, Madrid.
- , (1960): *Inventaria Archaeologica*, Madrid.
- , (1961): *Inventaria Archaeologica*, Madrid.
- , (1962): *Inventaria Archaeologica*, Madrid.
- , (1966): *Las estelas decoradas del Suroeste Peninsular*, B.P.H., VIII, Madrid.
- , (1967): *Inventaria Archaeologica*, Madrid.
- , (1969): *De orfebrería céltica: El depósito de Bercozana y una brazaleta del Museo Arqueológico Nacional*, T. de P., 26, p. 275-294.
- ALMAGRO, M. y ARRIBAS, A. (1953): *El poblado y la necrópolis megalíticos de los Millares (Santa Fe de Mondújar)*, B.P.H., III, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1972): *La espada de Guadalajara y sus paralelos Peninsulares*, T. de P., 29, p. 55-82.
- , (1974): *Los asadores de bronce del suroeste Peninsular*, R.A.B.M., LXXVII, I, p. 351-395.
- , (1975): *Nuevas fechas para la Prehistoria y la Arqueología Peninsular*, T. de P., 32, p. 167-175.
- , (1976): *La espada de Entrambasaguas. Aportación a la secuencia de espadas del Bronce en el Norte de la península Ibérica*, XL Aniversario del Centro de Estudios Montañeses, III, Santander, p. 455-477.
- , (1976 a): *Informe sobre las excavaciones en «Ecce Homo» (Alcalá de Henares, Madrid)*, Madrid.
- , (1977): *El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura*, B.P.H., XIV, Madrid.
- , (1977 a): *El Pic dels Corbs de Sahagunto y los Campos de Urnas del N.E. de la península Ibérica*, Saguntum, 12, p. 99-141.
- , (1978): *Las dataciones para el Bronce Final y la Edad del Hierro y su problemática*, en Reunión sobre C. 14 y Prehistoria de la península Ibérica, Madrid, 101-109.
- ALMAGRO GORBEA, M. y FERNANDEZ GALIANO, D. (1980): *Excavaciones en el Cerro de «Ecce Homo» (Alcalá de Henares, Madrid)*, Madrid.
- AMO, M. del (1983): *Un molde para la fabricación de espadas del Bronce Final hallado en Ronda*, Homenaje al Prof. Almagro Basch, II, Madrid, p. 81-94.
- ALVES PEREIRA, F. (1903): *Machados de duplo anel*, O Arqueologo Portugues, n.º 5 y 6, p. 312-136.
- APRAIZ BUESA, R. de (1958): *Museo Celtibérico de Soria. Adquisiciones*, M.M.A., Madrid, p. 198-200.
- ARRIBAS, A., PAREJA, E., MOLINA, F., ARTEAGA, O. y MOLINA FAJARDO, F. (1974): *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina», Monachil (Granada). El corte estratigráfico n.º 3*, E.A.E., 81, Madrid.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F. (1978): *Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia en la península Ibérica. El poblado de los Castillejos de Montefrío (Granada)*, Proceedings of the Fifth Atlantic Colloquium, The originis of the metallurgy in Atlantic Europe, Dublin, p. 7-34.
- BARRIENTOS, J. (1934-1935): *La estación arqueológica del Cerro de San Pelayo, En Castromochó*, BSAA., III, p. 411-414.
- BARRIL, M., DELIBES DE CASTRO, G. y RUIZ ZAPATERO, G. (1982): *Moldes de fundición del Bronce Final procedentes del Regal de Pidola, Huesca*, T. de P., 39, p. 369-383.

- BELTRAN, A. (1961): *Nota sobre los moldes para fundir bronce de Cabezo de Monleón*, VI, CNArq., Oviedo, 1959, Zaragoza, 1961, p. 149-153.
- BERNABO BREA, L. (1957): *Sicily before the Greeks*, London.
- , (1962): *Sicilia*, Barcelona.
- BIANCO PERONI, V. (1970): *Die schwerter in Italien*, P.B.F., IV, 1, Münche, 1970.
- BILL, J. (1973): *Die Glockenbecherkultur und die frühe Bronzezeit im französischen Rhonebecken und ihre Beziehungen zur Südwestschweiz*, Basel.
- BLANCE, B. (1959): *Estudio espectrográfico de algunos objetos metálicos del Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia*, A.P.L., VIII, p. 163-175.
- , (1971): *Die anfangen der metallurgie auf der Iberischen Halbinsel*, S.A.M., 4 Berlin.
- BLANCO FREIJEIRO, M. (1957): *Origen y relaciones de la orfebrería castreña*, C.E.G., XII, 37, p. 137-157.
- BLANCO FREIJEIRO, M. y ROTHENBERG, B. (1981): *Exploración arqueometalúrgica de Huelva (EAH.)*, Río Tinto Minera, Barcelona.
- BLANCHET, J.P. et MOHEN, J.P. (1977): *Le depot du Bronze Final I de Saint-Just-en Chaussée (Oise)*, B.S.P.F., 74, p. 472-481.
- BLANCHET, J.P., DECORMEILLE, A., MOHEN, J.P. et alii (1984): *Palleometallurgie de la France Atlantique. Age du Bronze*, Travaux du Laboratoire «Anthropologie-Préhistoire. Protohistoire Quaternaire Armoricains», Rennes, p. 7-22.
- BLAS CORTINA, M.A. de (1975): *Un probable depósito del Bronce Final en Pruneda (Asturias)*, Sautuola, I, p. 135-147.
- , (1975 a): *Un interesante molde para fundir hachas de cubo y anillas*, XIII, CNArq., Huelva, 1973, Zaragoza, p. 501-512.
- BLIN-STOYLE, A.E. (1959): *A sample analysis of British Middle and Later Bronze Age materials using optical spectrometry*, P.P.S., p. 188-208.
- BOCQUET, A.M. (1968): *L'Isere Préhistorique*, G.P., XI, 1, p. 121-258.
- , (1969): *L'Isere Préhistorique et Protohistorique*, G.P., XII, 2, p. 273-400.
- , (1976): *Les civilisations de l'Age du Bronze dans les Alpes*, en la Préhistoire Française, II, París, p. 483-505.
- Boletín de la Comisión de Monumentos de Burgos, II, 1927, p. 215.
- BONAMOUR, L., MORDANT, C. et NICOLARDOT, J.P. (1976): *Les civilisations de l'Age du Bronze en Bourgogne*, en la Préhistoire Française, II, París, p. 601-617.
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- , (1942): *Two Celtic waves in Spain*, P.B.A., XXVI, p. 1-126.
- , (1954): *La Edad del Bronce en la península Ibérica*, A.E.A., 89-90, p. 45-92.
- BRANIGAN, K. (1974): *Aegean metalwork of the Early and Middle Age*, Oxford.
- BREWIS, W.P. (1923): *The bronze sword in Great Britain*, Arqueología, LXXIII, p. 253-265.
- BRIARD, J. (1965): *Les depots bretons et l'Age du Bronze Atlantique*, Rennes.
- , (1978): *Problemes metallurgiques du Bronze Armoricaín: Etain, Plomb et Argent*, en The origins of metallurgy in Atlantic Europe, Proceedings of the Fifth Atlantic Colloquio, Dublin, p. 81-96.
- BRIARD, J., CORDIER, G. et GAUCHER, G. (1969): *Un depot de la fin du Bronze Moyen a Malassis, Commune de Chery (Cher)*, G.P., XII, 1, p. 37-74.
- BRIARD, J. et VERRON, G. (1976): *Typologie des objets de l'Age du Bronze en France. IV: Haches (2). Herminettes*, París.
- , (1976 a): *Typologie des objets de l'Age du bronze en France III. Haches*, París.
- BRITTON, D. (1960): *The Isleham Hoard, Cambridgeshire*, Antiquity, 34, p. 279-282.
- BURGESS, C. (1968): *The Later Bronze Age in the British Isles and North Western France*, A.J., CXXV, p. 1-45.
- , (1968): *The Bronze Age*, en British Prehistory, editada por Renfrew, London, p. 165-232.
- BUTLER, J.J. (1963): *Bronze Age conexions across the North Sea*, Paleohistoria, IX.
- , (1971): *Inventaria Archaeologica. Bronze Age Graves Groups and Hoards of the Netherlands (1)*, Groningen.
- BUTLER, J.J. and SMITH, M. (1956): *Razors, Urns and the British Middle Bronze Age*, 12 th., Ann., Rept., Instit., Arch. Univers., p. 20-52.
- CABO, A. (1973): *Condicionamientos geográficos*, en H.<sup>a</sup> de Alfaguara, I, Madrid.
- CABRE, E. y MORAN, J.A. (1979): *Ensayo tipológico de las fibulas de La Tène en la Meseta Hispánica*, B.A.E.A.A., 11 y 12, p. 10-26.
- CABRE, J. (1928): *Excavaciones en el Roquizal del Rullo*, M.J.S.E.A., 101, p. 1-24.
- , (1930): *Excavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa (Avila), I. El Castro*, M.J.S.E.A., 110.
- CABRE, J., CABRE MORAN, E. y MOLINERO, A. (1950): *El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*, A.A.H., V, Madrid.
- CARTAILHAC, E. (1896): *Les Ages Préhistoriques d'Espagne et du Portugal*, París.
- CASTILLO LOPEZ, A. (1927): *Hachas de bronce de talón*, B.R.A.G., La Coruña, p. 5-50.

- CASTRO NUNES, J. de (1957): *Un importante hallazgo del Bronce en Portugal*, Zephyrus, VIII, p. 135-145.
- CASTRO NUNES, J. de y VASCO RODRIGUES, A. (1957): *Dos nuevas espadas del Bronce Final en Portugal*, Zephyrus, VIII, p. 279-285.
- CATLING, H.W. (1964): *Cypriot Bronzework in the Mycenaean World*, Oxford.
- CLAPES TUR, C. (1961-1962): *Dos navajas de afeitar españolas del Bronce Final*, Homenaje al Prof. Cayetano de Mergelina, Murcia, p. 249-256.
- CLOTTE, J. et CONSTANTINI, G. (1976): *Les civilisations de l'Age du Bronze dans les Causses*, en La Préhistoire Française, II, Paris, p. 470-482.
- COFFYN, A. (1967): *Quelques épées du Bronze Final du Sud-Ouest de la France*, B.S.P.F., LXIV, 3, p. 785-798.
- , (1969): *L'Age du Bronze au Musée du Périgord*, G.P., XII, 1, p. 83-120.
- , (1976): *Les civilisations de l'Age du Bronze en Aquitaine*, en la Préhistoire Française, II, Paris, p. 522-531.
- , (1977): *Les haches à talon de type hispanique en France*, XIV, CNArq., Vitoria, 1975, Zaragoza, p. 487-502.
- , (1978): *Une faucille de l'Age du Bronze à Conimbriga*, R.G., LXXXVIII, p. 265-268.
- , (1978 a): *Moules en bronze de l'Age du Bronze*, Antiquités Nationales, 10, P. 23-32.
- COFFYN, A., GOMEZ, J. et MOHEN, J.P. (1981): *L'apogée du Bronze Atlantique. Le dépôt de Vénat*, l'Age du Bronze en France, I, Paris.
- COGHLAN H.H. (1975): *Notes on the Prehistoric Metallurgy of Copper and Bronze in the old world*, Oxford.
- COLES, J.M. (1959-1960): *Scottish Late Bronze Age Metalwork: Typology, distributions and Cronology*, P.S.A.S., XCIII, p. 16-134.
- , (1962-1963): *The Razor*, en HENSHALL, A.S. and WALLACE, J.C., The excavations of a Chambered..., P.S.A.S., XCVI, p. 25-29.
- , (1963-1964): *Scottish Middle Bronze Age Metalwork*, P.S.A.S., XCVII, p. 82-156.
- COLES, J.M. and HARDING, A. (1979): *The Bronze Age in Europa*, London.
- COMBIER, J. (1961): *Informations Archéologiques de la circonscription de Grenoble*, G.P., IV, p. 301-336.
- COOMBS, D. (1975): *Bronze Age Weapons Hoards in Britain*, A.A., 1. 1, p. 49-82.
- CORDIER, G. (1976): *Les civilisations de l'Age du Bronze dans Centre Ouest et les pays de la Loire Moyenne*, en La Préhistoire Française, II, Paris, p. 543-560.
- CORDIER, G. et GRUET, J.P. (1975): *Age du Bronze et 1<sup>er</sup> Age du Fer en Anjou*, G.P., XVIII, 1, p. 157-288.
- CORDIER, G. et MILLOTTE, J.P. (1961): *Inventaire de travaux de l'Age du Bronze en Indre Loire*, G.P., IV, p. 143-164.
- COUTIL, L. (1912): *Enclumes de l'Age du Bronze*, Le Mans.
- COWEN, J.D. (1955): *Eine Einführung in die Geschichte der bronzenen Griffzungenschwerter in Süddeutschland und den angrenzenden Gebieten*, B.R.G.K., 36, p. 52-155.
- , (1956): *Les origins des épées de bronze du type à langue de carpe*, C.I.S.P.P., Madrid, 1954, p. 639-642.
- , (1971): *A striking maritime distribution pattern*, P.P.S., XXXVII, p. 154-166.
- CUNISSET-CARNOT, P., MOHEN, J.P. et NICOLARDOT, J.P. (1971): *Une fibule «chypriote» trouvée en Cote d'Ord*, B.S.P.F., 68, 2, p. 602-609.
- CHALINE, J. (1982): *El Cuaternario*, Madrid.
- CHEVILLOT, CH. (1981): *La civilisation de la fin de l'Age du Bronze en Perigord*, Perigueux.
- CHILDE, V.G. (1930): *The Bronze Age*, Cambridge.
- , (1939): *The distribution of double-looped palstaves*, A.J., XIX, p. 320-323.
- CHRISTOPHE, J. et DESHAYES, J. (1964): *Index de l'outillage. Outils en métal de l'Age du Bronze des Balkans a l'Indus*, Paris.
- DAUGAS, J.P. (1976): *Les civilisations de l'Age du Bronze dan le Massif Central*, en la Préhistoire Française, II, Paris, p. 506-521.
- DAVEY, P.J. and FOSTER, E. (1975): *Bronze Age Metalwork from Lancashire and Cheshire*, Work Notes, I, Liverpool.
- DECHELETTE, J. (1910): *Manuel d'Archéologie Préhistorique, Celtique et Gallo-Romaine, Age du Bronze*, Paris.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1971): *Una necrópolis de inhumación individual de la Edad del Bronce de Villalmanzo (Burgos)*, BSAA., XXXVII, p. 407-416.
- , (1975): *Piezas del Bronce Final procedentes de Saldaña en el Museo Arqueológico Provincial de Palencia*, Sautuola, I, Santander, p. 149-159.
- , (1976-1977): *Poblamiento Eneolítico en la Meseta Norte Española*, Sautuola, II, Santander, p. 141-151.
- , (1977): *El vaso campaniforme en la Meseta Norte Española*, S.A., 46.
- , (1977 a): *Un lote de objetos metálicos del Bronce Final en el Museo Diocesano de León*, A.L., 62, p. 239-256.
- , (1978): *Una inhumación triple de fase Cogotas I en San Román de Hornija (Valladolid)*, T. de P., 35, p. 225-250.
- , (1980): *Un presunto depósito del Bronce Final del valle de Vidriales (Zamora)*, T. de P., 37, p. 221-246.
- , (1981): *Una interesante fibula del Bronce Final del Cerro del Berruoco (Salamanca)*, R.G., XCI, p. 172-184.

- , (1983): *Un conjunto de lanzas de bronce de Cisneros, Palencia*, Homenaje al Prof. Almagro Basch, II, Madrid, p. 69-80.
- DELIBES, G., AVELLO, J.L. y ROJO, M. (1982): *Espadas del Bronce Antiguo y Medio en la provincia de León*, Zephyrus, XXXIV-XXXV, p. 150-162.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNANDEZ MANZANO, J. (1977): *Los pastaves sin asas de la península Ibérica. Justificación a su presencia y aproximación a su cronología*, R.G., LXXXVII, p. 175-188.
- , (1979): *Una espada de lengua de carpa excepcional procedente del Bierzo*, T. de P., 36, p. 439-444.
- , (1981): *El castro Protohistórico de La Plaza, en Cogeces del Monte, Valladolid. Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I*, BSAA., XLVII, p. 51-70.
- , (1982): *En torno al depósito de la Edad del Bronce de Valdevimbre, León*, Sautuola, III, p. 101-119.
- , (1983): *Calcolítico y Bronce en Tierras de León*, Lancia, I, p. 11-82.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNANDEZ-MIRANDA, M. (1981): *La tumba de Celada de Robledo (Palencia) y los inicios del Bronce Antiguo en el Valle Medio y Alto del Pisuerga*, T. de P., 38, p. 153-192.
- DELIBES DE CASTRO, G. y MAÑANES PEREZ, T. (1979): *La espada pistiliforme del Bronce Final de Veguellina de Orbigo (León)*, BSAA., XLV, p. 158-167.
- DESHAYES, J. (1960): *Les outils de bronze de l'Indus au Danube*, París.
- , Cursos pronunciados en la Real Sociedad de Oviedo en los años 1781 y 1783 por su promotor y socio de mérito el Conde de Torano, Madrid, MDCCLXXXV.
- DUVAL, A., ELUERE, CH. et MOHEN, J.P. (1974): *Les fibules antérieures au VI siècle avant notre ère trouvées en France*, Gallia, XXXII, 1, p. 1-62.
- EIROA, J.J. (1979): *La cueva del Asno. Los Rábanos (Soria). Campañas 1976-1977*, E.A.E., 107.
- , (1981): *Moldes de arcilla para fundir metales procedentes del castro Hallstattico de El Royo*, Zephyrus, XXXII-XXXIII, p. 181-193.
- ELUERE, CH. (1982): *Les ors Préhistoriques*, L'Age du Bronze en France 2, París.
- EOGAN, G. (1964): *The Late Bronze Age in Ireland in the light of recent research*, P.P.S., XXX, p. 268-351.
- , (1965): *Catalogue of Irish Bronze Swords*, Dublin.
- , (1967): *Associated find of gold bar torcs*, S.A.I., 97, p. 129-175.
- ESCALERA URUEÑA, A. (1978): *Examen de laboratorio de los materiales de la Joya (Huelva)*, en GARRIDO ROIZ, J.P. y ORTA GARCIA, M.G. Excavaciones en la necrópolis de la Joya (Huelva). II, E.A.E., 98, p. 213-238.
- ESCORTELL, M. y MAYA, J.L. (1972): *Materiales de «El Pico Castiello» Siero, en el Museo Arqueológico Provincial*, Archivum, XXII, p. 37-48.
- ESPARZA ARROYO, A. (1978): *Hacha de apéndices laterales del castro de Fradellos (Rabanales, Zamora)*, BSAA., XLIV, p. 346-348.
- , (1978 a): *Nota sobre la facies Cogotas I en la provincia de Burgos*, Masburgo, I, Burgos, p. 71-92.
- ESTACIO DA VEIGA, S.P.M. (1889): *Antigüedades Monumentales de Algarve, III*, Lisboa.
- EVANS, J. (1881): *Ancient Bronze implements of Great Britain and Ireland*, London.
- , (1930): *The swords-bearers*, Antiquity, p. 157-172.
- FERNANDEZ GOMEZ, F. (1982): *Nuevos asadores de bronce en el Museo Arqueológico de Sevilla*, T. de P., 39, p. 389-410.
- FERNANDEZ MANZANO, J. (1981): *Nuevas hachas de bronce de la Provincia de León*, A.L., 69, p. 177-184.
- , (1981 a): *Dos brazaletes de la Edad del Bronce procedentes de los alrededores de Astorga*, Numantia, I, p. 181-184.
- FERNANDEZ MANZANO, J., MAÑANES PEREZ, T. y RAMOS, F. (1982): *Depósito de puntas de bronce hallado en Bembibre (León)*, T. de P., 39, p. 349-368.
- FERNANDEZ MIRANDA, M. (1985): *Relaciones mediterráneas entre el cuarto y el segundo milenio*, Ponencia del XVIII CNArq., Las Palmas.
- FERNANDEZ MIRANDA, M. y BALBIN BERHMANN, R. (1971): *Piezas de la Edad del Bronce en el Museo Arqueológico Provincial de Soria*, T. de P., 28, p. 289-304.
- FERNANDEZ MIRANDA, M. y RUIZ GALVEZ, M. (1980): *El depósito de la Ría de Huelva y su contexto cultural*, Oskitania, I, Burdeos, p. 65-80.
- FERNANDEZ POSSE Y DE ARNAIZ, M.D. (1981): *La cueva de Arealillo de Cega (Segovia)*, NAHis., 12, p. 43-84.
- FERRER PALMA, J.E. (1978): *Serie de pulseras decoradas pertenecientes al Bronce Final, halladas en un enterramiento secundario de la necrópolis megalítica de Fonelas, Baetica*, p. 181-184.
- FONTANEDA, E. (1962): *Noticario*, NAHis., V, 1956-1961, Madrid, p. 262.
- FONTANEDA, E. y PALOL, P. de (1967): *Eneolítico y Bronce del pantano de Aguilar de Campoo (Palencia)*, BSAA., XXXIII., p. 221-240.
- FORBES, R.J. (1972): *Studies in Ancient Technology*, IX, Leiden.
- GALACHE, A. (1953): *Dos hachas de bronce halladas en Fuenteliante*, Zephyrus, IV, p. 517-518.

- GARCIA BELLIDO, M. (1941): *El caldero de Cabarceno y la diadema de Ribadeo. Relaciones con las Islas Británicas*, A.E.A., XIV, p. 560-563.
- , (1942): *El castro de Pendaria*, A.E.A., XV, 1942, p. 288-307.
- , (1946): *Un depósito excepcional de hachas de bronce hallado en Pontevedra*, A.E.A., XIX, p. 263-265.
- GAUCHER, G. et MOHEN, J.P. (1972): *Typologie des objets de l'Age du Bronze en France. Fasc. I. Epées*, París.
- GERLOFF, S. (1975): *The Early Bronze Age daggers in Great Britain and a reconsideration of the Wessex Culture*, P.B.F., A, VI, 2, München.
- GIL FARRÉS, O. (1947): *Nuevas adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional (1940-1945)*, Madrid.
- , (1948): *Un nuevo tipo de hacha en España*, A.E.A., XXI, p. 173-180, fig. 3.
- GIMBUTAS, M. (1965): *Bronze Age Cultures of Central and Eastern-Europe*, The Hague.
- GIOT, P.R. (1971): *Circonscription de Bretagne*, G.P., XIV, 2, p. 339-362.
- GIOT, P.R., BOURHIS, J. et BRIARD, J. (1970): *Analyses spectrographiques d'objets Préhistoriques et antiques*, Travaux du Laboratoire d'Anthropologie Préhistorique, Rennes.
- GOMEZ, J. (1980): *Les cultures de l'Age du Bronze dans le Bassin de Charente*, Périgueux.
- GOMEZ MORENO, M. (1925): *Catálogo Monumental de España. Provincia de León*, Madrid.
- , (1949): *Sobre lo argárico granadino*, en *Miscelánea*, Madrid, p. 337-342.
- GONZALEZ PRATS, A. (1975): *El campo de urnas de «La Montalbana» (Ares de Maestre, Castellon de la Plana)*, A.P.L., XIV, p. 113-122.
- GONZALEZ SALAS, S. (1945): *El castro de Yecla, en Santo Domingo de Silos (Burgos)*, Informes y Memorias, 7, Madrid.
- , (1947): *Inventario arqueológico de la provincia de Burgos*, Album, I.
- GOSSE, G. (1942): *Las minas y el arte minero de España en la antigüedad*, Ampurias, IV, p. 43-88.
- GUILAINE, J. (1972): *L'Age du Bronze en Languedoc Occidental, Rousillon, Ariège*, B.S.P.F., IX.
- GUTIERREZ PALACIOS, A. (1962): *El poblado Eneolítico de la Peña del Bardal. Diego Alvaro (Avila). Campaña de 1958*, VII, CNArq., Barcelona, 1960, Zaragoza, p. 162-167.
- , (1966): *Miscelánea arqueológica de Diego-Alvaro*, Avila.
- GUZZO, P.G. (1969): *Considerazioni sulle fibule di ripostiglio dal Ria de Huelva*, R.S.P., 24, p. 299 y ss.
- HARBISON, P. (1967): *Mediterranean and atlantic elements in the Early Bronze Age of Northern Portugal and Galicia*, M.M., 8, p. 110-122.
- , (1969): *The daggers and the halberds of the Early Bronze Age in Ireland*, P.B.F., A., VI, I, Munich.
- , (1969 a): *The axes of the Early Bronze Age in Ireland*, P.B.F., A., IX, 1, Munich.
- HARDING, A. (1974): *The Iron Age in Lowland Britain*, London.
- , (1975): *Mycenean Greece and Europe: the evidence of bronze tools and implements*, P.P.S., 41, p. 183-202.
- , (1982): *Climatic change in Later Prehistory*, Edinburgh.
- HARRISON, R.J. (1974): *Ireland and Spain in the Early Bronze Age*, J.R.S.A.I., 104, p.
- , (1974-1975): *Nota acerca de algunas espadas del Bronce Final en la Península Ibérica*, Ampurias, 36-37, p. 225-234.
- HARRISON, R.J., CRADDOCK, P.T. and HUGHES, M.J. (1981): *A study of the Bronze Age Metalwork from the Iberia Peninsula*, Ampurias, 43, p. 113-179.
- HARRISON, R.J., MARTI JUSMET, F. y GIRO, P. (1974): *Faïence Beads and Atlantic Bronzes in Catalonia*, M.M., 15, p. 95-107.
- HATT, J.J. (1954): *Pour une nouvelle chronologie de la Protohistoire Française*, B.S.P.F., 51, 1954, 379-384.
- HAWKES, C.F.C. (1952): *Las relaciones atlánticas en el Bronce Final entre la península Ibérica y las Islas Británicas con respecto a Francia, Europa Central y el Mediterráneo*, Ampurias, XIV, p. 81-119.
- HAWKES, C.F.C. and SMITH, M.A. (1957): *On Some Buckets and Cauldrons of the British Isles*, A.J., 37, p. 131-198.
- HENCKEN, H. (1955): *A western razor in Sicily*, P.P.S., XXI, p. 160-162.
- , (1956): *Carp's tongue swords in Spain, France and Italy*, Zephyrus, VII, p. 125-178.
- , (1956 a): *The fibulae of Huelva*, P.P.S., XXII, p. 213-215.
- HÖCK, M. y COELHO, L. (1972): *Materiais metalicos de colecao arqueologica do Museu do Abade de Baçal em Portugal*, O Arqueologo Portugues, VI, p. 219-250.
- HODGES, H. (1957): *Studies in the Late Bronze Age in Ireland. 3. The hoards of Bronze Implements*, U.J.A., 20, p. 62-80.
- HÖPFNER, H. (1954): *La evolución de los bosques de Castilla la Vieja en tiempos históricos*, Estudios Geográficos, 56, Agosto.
- HORTA PEREIRA, M.A. (1971): *O esconderijo do Bronce Final de Coles Samuel (Soure)*, Arqueologia e Historia III, Lisboa, MCMLXXI, p. 165-181.
- HUNDT, H.J. (1955): *Versuch zur Dentung der Depotfunde der nordischen jüngeren Bronzezeit unter besonderer Berücksichtigung Mecklenburgs*, J.R.G.Z.M., 2, p. 95-140.

- , (1970): *Verzierte dolche der Otomani Kultur*, J.R.G.Z.M., 17, p. 35-54.
- , (1971): *Der Dolchhort von Gau-Bickelheim in Rheinhessen*, J.R.G.Z.M., 18, p. 1-43.
- IBERO, J.M. (1955): *Remembranzas geológicas y protohistóricas de Burgos y Oña*, Discurso de ingreso en la Institución Fernán González, Burgos.
- IGME. Cu. Sn y Pb. *Mapas Metalogenéticos de España*. E. 1: 1.500.000 y 1: 200.000.
- JACOB-FRIESEN, G. (1967): *Bronzezeitliche Lanzenspitzen Norddeutschlands und Skandnaviens*, Hildesheim.
- JALHAY, E. (1944): *O «esconderijo» Pre-historico de Pôrto do Concelho (Maçao, Beira Baixa)*, Brotéria, XXXIV, 3, Lisboa, MCMXLIV, p. 263-277.
- JALHAY, E. y PACO, A. (1945): *El castro de Vila Nova de Sao Pedro*, Madrid.
- JALHAY, E. (1964): *El castro de Vila Nova de Sao Pedro*, tirada aparte de Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, XX, Madrid.
- JOVANOVIC, B. (1980): *Los orígenes de la minería del cobre en Europa*, Investigación y Ciencia, 46, julio, p. 94-101.
- JIMENO MARTINEZ, A. (1978): *Aportación al Bronce Final y Primer Hierro: Los Tolmos de Caracena (Soria)*, Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria, 1, p. 51-66.
- JOCKENHÖVEL, A. (1971): *Die Rasiermesser in Mitteleuropa*, P.B.F., A, VIII, 1, Munich.
- , (1974): *Fleischhaken von den Britischen Inseln*, Archäologisches Korrespondenzblatt, 4, p. 329-338.
- JOFFROY, R., AUDIN, R. et RIQUET, R. (1956): *Inventaria Archaeologica. France I*.
- JUNGHANS, S., SANGMEISTER, E. y SCHRÖDER, M. (1968): *Kupfer und Bronze in der Frühen Metallzeit Europas*, S.A.M., 2, 3, Berlín.
- , (1969): *Kupfer und Bronze in der Frühen Metalzeit Europas*, S.A.M., 2, 2, Berlín.
- KALB, Ph. (1978): *Senhora da Guia, Baiões. Die Ausgrabung 1977 auf Einer Höhensiedlung der Atlantischer Bronzezeit in Portugal*, M.M., 19, p. 112-138.
- , (1980): *Zur Atlantischen Bronzezeit in Portugal*, Germania, 58, p. 25-60.
- LAUTENSACH, H. (1967): *Geografía de España y Portugal*, Barcelona.
- LAUX, F. (1979): *Inventaria Archaeologica. Deutschland. Bronzezeitliche Franengräber*, Bonn.
- LEEDS, E. (1930): *A Bronze Cauldron from the River Chewels, with notes on Cauldrons and others Bronze Vessels of allied types*, Archaeologia, 80, p. 1-36.
- LEROI-GOURHAN, A. (1960): *La Préhistoire*, Paris.
- LOPEZ, P. (1978): *Resultados polínicos del Holoceno en la Península Ibérica*, T. de P., 35, p. 9-44.
- LOPEZ CUEVILLAS, F. (1933): *Prehistoria de Melide*, separata de Terra de Melide, Santiago de Compostela.
- , (1955): *Armas de bronce ofrendadas al río Sil*, Zephyrus, VI, p. 233-255.
- , (1955 a): *El comienzo de la Edad de los Metales en el Noroeste Peninsular*, C.E.G., X, 30, p. 5-40.
- LOPEZ MATA, T. (1950): *Hachas de bronce de Sotoscueva*, Comisión Provincial de Monumentos y de la Institución Fernán González de la ciudad de Burgos, año XXVIII, 112, Burgos, p. 218-219.
- LOPEZ PLAZAS, S. y JIMENEZ FUENTES, E. (1978): *Análisis faunístico del poblado Eneolítico del Teso del Moral, Cuelgamures (Zamora)*, Zephyrus, XXVIII-XXIX, p. 207-214.
- LO SCHIAVO, F. (1976): *Il ripostiglio del Nuraghe Flumenelongu (Alghero, Sassari), Considerazioni preliminari sul commercio marittimo nel Mediterraneo Occidentale in età Protostorica*, Quaderni della soprintendenza alle Antichità per le province de Sassari e Nuoro, 2, p. 5-55.
- LUENGO, J.M. (1941): *El periodo Eneolítico y la Edad del Bronce en la Provincia de León*, Corona de estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Folklore dedica a sus mártires, Madrid.
- , (1961): *Castros Leoneses*, VI, CNArq., Oviedo, 1959, Madrid, p. 102-121.
- LUMLEY, H. de, RENAULT-MISKOVSKI, J., MISKOVSKI, J.C. et GUILAINE, J. (1979): *Cadre chronologique et paleoclimatique du Postglaciaire*, en la Préhistorie Française, II, Paris, p. 3-16.
- LLANOS, A. (1970): *Sobre algunas hachas de metal localizadas en Alava*, E.A.A., IV, p. 43-51.
- , (1972): *Cerámica excisa en Alava y Provincias limítrofes*, E.A.A., V, p. 81-98.
- LLANOS, A., APELLANIZ, J.M., AGORRETA, J.A. y FARIÑA, J. (1975): *El castro del Castillo de Henayo (Alegria-Alava). Memorias de excavaciones. Campañas de 1969-1970*, E.A.A., VIII, p. 87-212.
- MAC WHITE, E. (1951): *Estudios sobre las relaciones atlánticas en la península Hispánica en la Edad del Bronce*, Disertaciones Matritenses, II, Madrid.
- MÁDERUELO ORTEGA, M. y PASTOR CEREZO, M.J. (1981): *Excavaciones en Rehillo, Cuenca*, NAHis., 12, p. 159-186.
- MÁLUQUER DE MOTES, J. (1944): *Avance de los hallazgos de la necrópolis de Agullana (Gerona)*, Ampurias, VI, p. 112-126.
- , (1954): *La Edad del Hierro en la Cuenca del Ebro y la Meseta Central Española*, IV, C.I.S.P.P. (Madrid), Zaragoza.
- , (1956): *Carta Arqueológica de España. Salamanca*, Salamanca.

- , (1958): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*, Acta Salmanticensia, XIV, 1, Salamanca.
- , (1958 a): *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja*, Salamanca.
- , (1958 b): *Una figurita de guerrero de bronce, con espada al hombro, del Cerro del Berrueco*, R.G., LXII, p. 233-243.
- , (1960): *Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta*, Primer Simposium de Prehistoria de la península Ibérica, septiembre, 1959, Pamplona, p. 125-149.
- , (1960 a): *Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la Meseta*, Zephyrus, XI, p. 119-130.
- MALUQUER DE MOTES, J., MUÑOZ, A.M. y BLASCO, F. (1959): *Carta estratigráfica en el Poblado de La Pedrera, en Vallfogona de Balaguer (Lérida)*, Zephyrus, X, p. 5-79.
- MAÑANES PEREZ, T. (1977): *Contribución a la Carta Arqueológica de la Provincia de León*, Colección Fuentes y Estudios de Historia Leonesa, 18, León, p. 319-364.
- , (1977): *Nuevos hallazgos de la Edad del Bronce en la Provincia de León. (La Cabrera y el Bierzo)*, C.P.A.U.A.M., 11, p. 169-176.
- MARECHAL, J. (1962): *Zur Frühgeschichte der Metallurgie. Considerations sur la metallurgie Préhistorique*, Aachen, 1962.
- MARGALEF, R. (1956): *Oscilaciones del clima postglaciar del Noroeste de España registradas en los sedimentos de la ría de Vigo*, Zephyrus, VII, 1956, p. 5-9.
- MARIEN, M.E. (1956): *Inventaria Archaeologica. Belgique*, Bruxelles.
- MARTIN BOLAÑOS, M. (1946): *Consideraciones sobre los encinares de España*, Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias, Madrid, 1946.
- MARTIN VALLS, R. (1984): *Prehistoria Palentina*, en H.<sup>a</sup> de Palencia, Edades Antigua y Media.
- MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1974): *La cultura del Vaso Campaniforme en las Campiñas Meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 1, Valladolid, 1974.
- , (1975): *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II)*, B.S.A.A., XL-XLI, p. 445-476.
- , (1975 a): *El poblado Protohistórico del Cerro de San Andrés*, Archivos Leoneses, 57 y 58, p. 195-202.
- , (1976): *Sobre la cerámica de la fase Cogotas I*, BSAA., XLII, p. 5-18.
- , (1976 a): *Hallazgos arqueológicos en la Provincia de Zamora (III)*, BSAA., XLII, p. 411-440.
- , (1978): *Die Hallstattzeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid)*, M.M., 19, p. 219-230.
- , (1979): *Un puñal del Bronce hallado en el Mirón (Ávila)*, R.G., LXXXIX, p. 327-332.
- , (1980): *Un puñal de la Edad del Bronce hallado en El Mirón, Ávila*, Archivos Leoneses, 68, p. 385-397.
- , (1981): *Hallazgos Arqueológicos en la Provincia de Zamora (VIII)*, BSAA., XLVII, p. 153-186.
- , (1982): *Hallazgos arqueológicos en la Provincia de Zamora (IX). Cíncel de cubo del Bronce Final procedente de Otero de Sarragos*, BSAA., XLVIII, p. 45-70.
- MARTINEZ SANTA-OLALLA, J. (1942): *Escondrijo de la Edad del Bronce Atlántico en Huerta de Arriba (Burgos)*, A.M.S.E.A.E.P., p. 127-164.
- , (1946): *Esquema Paleontológico de la Península Ibérica*, Madrid.
- MATA CARRIAZO, J.R. (1947): *La Edad del Bronce*, en Historia de España de Menéndez Pidal, Madrid, 1947 y 1963, p. 755-852.
- MATEU, J. (1967): *Nouveaux objets en pierre polie provenants du Sahara*, B.S.P.F., 64, p. XLIX-LII, p. 50-52.
- MELIDA, J.R. (1920): *Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional en 1919*, R.A.B.M., 24, 1920, p. 481-496.
- , (1921): *Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional en 1919*, Madrid.
- MERGELINA, C. de (1944-1945): *La citania de Santa Tecla. La Guardia (Pontevedra)*, BSAA., XXXVII-XXXIX, p. 13-54.
- MERHART, G.V. (1947): *Donauländdische Beziehungen der früheisenzeitlichen Kulturen Mittelitaliens*, Bonner Jahrbücher.
- MILLOTTE, J.P. (1963): *Le Jura et les Plaines de Saone aux ages des métaux*, Annales Littéraires de l'Université de Besançon, 59, Paris.
- , (1970): *Précis de Protohistoire Européenne*, Paris.
- , (1976): *Les civilisations de l'Age du Bronze dans le Jura*, en la Préhistoire Française, II, Paris, p. 495-505.
- MOHEN, J.P. (1977): *L'Age du Bronze dans la Région de Paris*, Paris.
- MOLINA, F. (1978): *Definición y sistematización del Bronce Final y Tardío en el Sudeste de la península Ibérica*, C.P.U.G., 3, p. 199-232.
- MOLINA, F. y ARTEAGA, O. (1976): *Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la península Ibérica*, C.P.U.G., 1, p. 175-214.
- MOLINA, F. y PAREJA, E. (1974): *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena-Granada)*, E.A.E., 81, p. 175-214.
- MOLINERO PEREZ, A. (1954): *De la Segovia Arqueológica*, Segovia.
- , (1971): *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*, E.A.E., 72.
- MONTEAGUDO, L. (1954): *Metallurgia Hispana de la Edad del Bronce, con especial estudio de Galicia y el Norte de Portugal*, Cesaraugusta, 4, p. 55-96.
- , (1965): *Hachas Prehistóricas de Europa Occidental*, Conimbriga, IV, p. 13-35.

- , (1977): *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*, P.B.F., A, 6, Munich.
- MONTELIUS, O. (1895): *La Civilisation Primitive en Italie depuis l'introduction de métaux*, Stockholm.
- MONTEVERDE, J.L. (1969): *La colección Monteverde*, NAHis, X-XII, 1966-1969, Madrid, p. 225-234.
- MORAN, C. (1925): *Por tierras de León*, Salamanca.
- , (1941): *Molde salmantino para hachas de talón*, Corona de estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus mártires, Madrid, p. 185.
- , (1942): *Albores de Historia Salmantina*, R.G., LII, p. 145-154.
- , (1946): *Reseña histórico-artística de la Provincia de Salamanca*, Acta Salmanticensia, II, 1, Salamanca.
- , (1949): *Excursiones arqueológicas por tierras de León*, Archivos Leoneses, III, 6, p. 4-93.
- , (1962): *Excavaciones en los castros leoneses de la Provincia de León*, NAHis, V, 1956-1961, Madrid, p. 98-134.
- MOREAU, J. (1971): *Un moule d'enclume de l'Age du Bronze trouvé à La Lede-du-Gurp (Gironde)*, G.P., XIV, 2, p. 267-269.
- MORENO SORLI, F. (1966): *Noticario*, NAHis., VIII-IX, 1964-1965, Madrid, p. 345.
- MORTILLET, G. (1881): *Musée Préhistorique*, Paris.
- MUCKELROY, K. (1980): *Two bronze age cargoes in British waters*, Antiquity, LIV, 221, p. 100-109.
- MULLER KARPE, H. (1959): *Beiträge zur chronologie der Urnenfelderzeit Nördlich und Südlich der Alpen* R.G.F., 22, Berlin.
- NARANJO Y GARZA, F. (1841): *Reseña geognóstica y mineral de una parte de la provincia de Burgos*, Anales de Minas, II.
- NAVARRO GARCIA, R. (1939): *Catálogo Monumental de la Provincia de Palencia, III*, Palencia.
- , (1948): *Catálogo Monumental de España. Palencia*, Palencia.
- NEEDHAM, S. (1979): *A pair Early Bronze Age spearheads from ligh water surrey*, B.A.R., 67.
- NICOLARDOT, J.P. et GAUCHER, G. (1975): *Typologie des objets de l'Age du Bronze en France, Fasc. V. Outils*, Paris.
- NOVAK, P. (1975): *Die schwerer in der Tschchoslowakei I.*, P.B.F., A, IV, Munich.
- ORIOLO, R. (1888): *La industria minera de la Provincia de Palencia*, Madrid, p. 45 y ss.
- ORTEGO, T. (1954): *Un depósito de hachas de la Edad del Bronce en Covalada (Soria)*, Celtiberia, 8, p. 281-294.
- , (1957): *Bronce Atlántico en territorio soriano*, IV, CNArq., Burgos, 1955, Zaragoza, p. 113-122.
- , (1964): *Nuevo hallazgo de un hacha de la Edad del Bronce en terreno soriano*, NAHis., VI, 1962, Madrid, p. 115-118.
- OSABA Y RUIZ DE ERENCHUM, B. (1964): *Catálogo arqueológico de la provincia de Burgos*, NAHis., VI, 1962, Madrid, p. 227-277.
- OSABA, B., ABASOLO, J., URIBARRI, J.L. y LIZ, C. (1971): *El dolmen de Porquera de Butrón en la Provincia de Burgos*, NAHis., XV, p. 77-108.
- OSABA, B., ABASOLO, J., URIBARRI, J.L., LIZ, C. y BESABE, J. (1971): *El dolmen de Cubillejo de Lara (Burgos)*, NAHis., XV, p. 111-123.
- PALOL, P. de (1959): *La necrópolis Hallstattica de Agullana*, B.P.H., I.
- , (1966): *Estado actual de las investigaciones Prehistórica y Arqueológica en la Meseta Castellana*, CNArq, IX, Valladolid, 1965, Zaragoza, p. 24-35.
- , (1967): *Nuevos hallazgos arqueológicos de la zona de Valladolid. 2. Hallazgos en el pago de San Andrés, de Medina de Rioseco*, BSAA., XXXIII, p. 223-224.
- , (1969): *Una espada de bronce hallada en Villaviudas, provincia de Palencia*, BSAA., XXXIV-XXXV, p. 295-298, lám. I y II.
- PALOL, P. de y WATTENBERG, F. (1974): *Carta arqueológica de España. Valladolid*, Valladolid.
- PEARCE, S.M. (1983): *The Bronze Age metalwork of South Western Britain*, B.A.R., 91.
- PERONI, V. (1970): *Die schwerer in Italien*, P.B.F., IV, 1, Munich.
- PIGGOT, M.C. (1946): *Late Bronze Age razors in the British Isles*, P.P.S., XII, p. 121-141.
- PINHO BRANDAO, D. de (1963): *Achado da epoca do Bronce de Vila Cova de Perrinho-Vale de Cambra*, Lucerna, 3, p. 114-118.
- RAURET, A.M. (1976): *La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*, Barcelona.
- REBOUL, R. et MILLOTTE, J.P. (1975): *Inventaria Archaeologica. France. Dépôts de l'Age du Bronze Final en Lorraine et en Sarre*.
- REOYO DIEZ, J.L. (1964): *Explotaciones mineras. Burgos 1850-1950*. Publicaciones de la Institución Fernán González, Burgos, p. 63-79.
- RICALENS, H. et SOUTOU, A. (1965): *Les brazalets de bronze de Carlipa*, G.P., VIII, p. 13-20.
- RIHOVSKY, J. (1972): *Die messer in Mähren und dem Ostalpengebiet*, P.B.F., A, VII, 1, Munich.
- RIVALLAIN, J. (1971): *Contributions à l'étude du Bronze Final en Armorique. Elaboration d'une méthodologie appliquée aux dépôts des haches à douille armoricains*, Rennes.
- ROMERO CARNICERO, F. (1980): *Nota sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero*, BSAA., XLVI, p. 137-153.
- ROUDIL, J.L. (1972): *L'Age du Bronze en Languedoc Oriental*, M.S.P.F., X.

- ROUDIL, J.L. et GUILAINE, J. (1976): *Les civilisations de l'Age du Bronze en Languedoc*, en la Préhistoire Française, II, Paris, p. 459-469.
- ROWLANDS, M.J. (1976): *The organisation of Middle Bronze Age metalwork*, B.A.R., 31.
- RUBIO DE MIGUEL, I.L. (1983): *Estudio sobre las actividades económicas del yacimiento de «El Negralejo» (Rivas-Vaciamadrid)*, NAHisp. 17, p. 151-190.
- RUIZ GALVEZ, M. (1977): *Nueva aportación al conocimiento de la cultura de El Argar*, T. de P., 34, p. 85-110.
- , (1979): *El depósito de Hío (Pontevedra) y el final de la Edad del Bronce en la fachada atlántica Peninsular*, El Museo de Pontevedra, XXXIII, p. 129-150.
- , (1979 a): *Sobre algunos elementos de origen centroeuropeo en el Bronce Final portugués*, Actas da I Mesa Redonda sobre a Pré e a Protohistoria del Sudoeste Peninsular, Setubal, mayo (en prensa).
- , (1984): *La península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Tesis doctoral, 139/84, Universidad Complutense, Madrid.
- , (1984 a): *Reflexiones terminológicas en torno a la Edad del Bronce*, T. de P., 41, p. 323-342.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1983): *Modelos teóricos de invasiones / migraciones en Arqueología Prehistórica*, Información Arqueológica, 41, julio/diciembre, p. 147-158.
- SAMPAYO, P. (1876): *Datos geológico-mineros de la Provincia de Burgos*, Bol. de la Com. Mapa Geológico y Minas de España, III, Madrid.
- SANDARS, N.K. (1957): *Bronze Age Cultures in France*, Cambridge.
- SANGMEISTER, E. (1960): *Metalurgia y comercio en la Europa Prehistórica*, Zephyrus, XI, p. 131-139.
- SANGMEISTER, E. y SCHUBART, H. (1971): *Grabungen in der Kupferzeitlichen Befestigung von Zambuja, Portugal, 1970*, M.M., 12, p. 11-45.
- SANTOS JUNIOR, J.R. dos (1967-1968): *Quatro lanças de bronze de Lama Cha (Montealegre)*, T.A.E., XX, 3-4, Porto, p. 339-347.
- SAN VALERO APARISI, J. (1944): *Excavaciones arqueológicas en Monte Bernorio (Palencia). Primera campaña, 1943*, Informes y Memorias, V, Madrid.
- SAVORY, H.N. (1948): *The swords-bearers. A reinterpretation*, P.P.S., XIV, p. 115-176.
- , (1951): *A idade do Bronze Atlântico no Sudoeste da Europa*, R.G., LXI, p. 323-377.
- , (1975): *Some welsh Late Bronze Age hoards, old and new*, A.A., 1, 2, p. 111-125.
- , (1979): *Recensión de Monteagudo*, Die Beile auf der Iberischen Halbinsel, BSAA., XLV, p. 547-550.
- SCOTT, B.G. (1978): *The introductions of non-ferrous metal technologies to Ireland: motives and mechanisms*, en The origins of metallurgy in Atlantic Europe, Proceedings of the fifth Atlantic Colloquium, Dublin, p. 189-204.
- SCHAEFFER, C.F.R. (1848): *Stratigraphie comparée et chronologie de l'Asie Occidentale (III et II millénaires)*, London.
- SCHUBART, H. (1961): *Atlantische Nietenkessel von der Pyrenäehalbinsel*, M.M., 2, p. 35-54.
- , (1973): *Las alabardas de tipo Montejicar*, Estudios dedicados al Prof. Dr. Luis Pericot, Barcelona, p. 247-269.
- , (1975): *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*, M.F., 9, Berlín.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, M.F., 3, Berlín.
- SCHÜLE, W. y PELLICER, M. (1968): *El cerro de la Virgen. Orce (Granada)*, E.A.E., 46, Madrid.
- SIERRA RODRIGUEZ, J.C. (1978): *Sobre la tecnología del Bronce Final en los talleres del Noroeste Hispano*, S.A., 47.
- SIRET, E. et L. (1890): *Las primeras edades del metal en el Sudoeste de España*, Barcelona.
- SIRET, L. (1913): *Questions de Chronologie et d'Etnographie Iberiques*, Paris.
- SMITH, M.A. (1956): *Inventaria Archaeologica. Great Britain*, 17. London.
- , (1959): *Inventaria Archaeologica, Great Britain*, 42. London.
- , (1959 a): *Some Somerset hoards and their place in the Bronze Age of Southern Britain*, P.P.S., XXV, p. 144-187.
- SMITH, M.A. and BLIN STOYLE, A.E. (1959): *A sample Analysis of British Middle and Late Bronze Age Materials using Optical Spectrometry*, P.P.S., p. 188-208.
- SPINDLER, K., CASTELO BRANCO, A. y VEIGA FERREIRA, O. da (1973): *Le monument à coupole de l'Age du Bronze de la Roça do Casal do Meio (Calhariz)*, Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal, LVII, p. 91-154.
- SPINDLER, K. und VEIGA FERREIRA, O. da (1973): *Der spabronzezeitliche Kuppelbau von der Roça do Casal do Meio in Portugal*, M.M., 14, p. 60-108.
- TARACENA, B. (1932): *Excavaciones en la Provincia de Soria*, M.J. S.E.A., 119.
- , (1941): *Carta Arqueológica de España. Soria*, Madrid.
- TARAMELLI, A. (1915): *Scoperta di un ripostiglio di bronzi di età Preromana a Monte de Sa Idda*, Scavi, XII, p. 89-97.
- , (1916): *Il ripostiglio de bronzi nuragici di Monte Sa Idda*, Monumenti Antichi, XXVII, p. 5-108.
- TERAN, M. (1954): *Geografía de España y Portugal*, Barcelona.

- TERAN, M., SOLE SABARIS, L. y otros (1968): *Geografía regional de España*, Barcelona.
- THRANER, H. (1971): *Inventaria Archaeologica. Denmark. Hoards of the Danish Late Bronze Age (Mont. V)*, Bonn.
- TORBRÜGGE, W. (1970-1971): *Vor-und frühgeschichtliche Flussfunde*, B.R.G.K., 51-52, p. 1-146.
- TRUMP, A.V. (1959-1960): *Daggers, dirks and rapiers of the Scottish Middle Bronze Age*, P.S.A.S., XCIII, p. 1-15.
- , (1962): *The origin and development of British Middle Age rapiers*, P.P.S., XXVIII, P. 80-102.
- TYLECOTE, R.F. (1962): *Metallurgy in Archaeology. A Prehistory Metallurgy in the British Isles*, London.
- , (1976): *A History of Metallurgy*, The Metals Society, London.
- UENZE, D. (1958): *Die Frühbronzezeitlichen triangulären Vollgriffdolche*, Berlin.
- URIBARRI ANGULO, J.L. (1977): *Los silos de Estepar y Monasterio de Rodilla (Burgos)*, XIV, CNArq., Vitoria, 1975, Zaragoza, p. 465-470.
- VARELA GOMES, M. y PINHO MONTEIRO, J. (1977): *As estela decoradas da Herdade de Pomar (Evidel-Beja). Estudio comparado*, T. de P., 34, p. 165-214.
- VASCONCELLOS, J.L. (1934): *Amostras da Secção Hespanhola do Museu Etnologico de Belem (Portugal)*, A.C.A.B.A., Madrid, p. 49-60.
- VELASCO, E. (1953-1954): *Nuevo puñal de bronce en la Meseta*, BSAA., XX, p. 177-184.
- , (1954): *Arqueología Burgalesa*, Fernán González, 148, p. 750-753.
- VERRON, G. (1973): *Circonscription de Haute et Basse Normandie*, G.P., 16, 2, p. 361-399.
- VIEIRA MATIVIDADE, M. (1899): *As grutas de Alcobaça*, Portugalia, I, 3.
- VILANOVA Y PIERA, J. y RADA DELGADO, J. de (1898): *Geología y Protohistoria Ibérica*, Madrid.
- VILASECA, S. (1943): *El poblado y la necrópolis prehistóricos de Molá (Tarragona)*, A.A.H., I, Madrid.
- WATTENBERG, F. (1957): *Hallazgos arqueológicos en Renedo de Esgueva*, BSAA., XXIII, P. 189-191.
- , (1963): *Un brazalete de bronce en Amusquillo (Valladolid)*, BSAA., XXIX, p. 236-239.
- ZIEGERT, H. (1963): *Zur chronologie und Gruppengliederung Westlichen Hügelgräberkultur*, Berliner Beiträge zur vor-und Frugeschichte, 7, Berlin.

## ABREVIATURAS

A.A.	Archaeología Atlántica.
A.A.H.	Acta Arqueológica Hispana.
A.C.A.B.A.	Anuario del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.
A.E.A.	Archivo Español de Arqueología.
A.J.	The Antiquaries Journal.
A.J.A.	American Journal of Arqueology.
A.L.	Archivos Leoneses.
A.M.S.E.A.E.P.	Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria.
A.P.L.	Archivo de Prehistoria Levantina.
B.A.E.A.A.	Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología.
B.A.R.	British Archaeological Reports.
B.P.H.	Bibliotheca Praehistorica Hispana.
B.R.A.G.	Boletín de la Real Academia Gallega.
B.R.G.K.	Berich der Römisch-Germanischen Kommission.
BSAA.	Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología.
B.S.P.F.	Boletín de la Société Préhistorique Française.
C.E.G.	Cuadernos de Estudios Gallegos.
C.I.S.P.P.	Congreso Internacional de Ciencias Pre y Protohistóricas.
CNArq.	Congreso Nacional de Arqueología.
C.P.A.U.A.M.	Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid.
C.P.U.G.	Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada.
E.A.A.	Estudios de Arqueología Alavesa.
E.A.E.	Excavaciones Arqueológicas en España.
G.P.	Gallia Préhistoire.
J.R.G.Z.M.	Jahrbuch der Römisch-Germanischen Zentral Museums.
J.R.S.A.I.	Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland.
M.F.	Madriдер Forschungen.
M.J.S.E.A.	Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas.
M.M.	Madriдер Mitteilungen.
M.M.A.	Memoria de los Museos Arqueológicos.
NAHisp.	Noticiero Arqueológico Hispano.
P.B.A.	Proceedings of the British Academy.
P.B.F.	Prähistorische Bronzefunde.
P.P.S.	Proceedings of the Prehistorie Society.
P.S.A.S.	Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland.
R.A.B.M.	Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.
R.G.	Revista de Guimaraes.
R.G.F.	Römisch-Germanischen Forschungen.
R.S.P.	Rivista de Science Preistorica.
S.A.	Studia Archaeologica.
S.A.M.	Studie zu den Anfängen der Metallurgie.
T.A.E.	Trabalhos de Antropologia e Etnologia.
T.T.M.	Tello Téllez de Meneses.
T. de P.	Trabajos de Prehistoria.
U.J.A.	Ulster Journal Archaeological.





